



PASIÓN
A TRAVÉS
DEL HILO ROJO
DEL DESTINO

KAYLA LEIZ

zafiro[♥]

Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Biografía](#)
[Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



*Para Ricardo, por estar siempre ahí apoyándome
y ayudándome cuando lo necesito.*

Para mi madre, porque ella vela porque siga luchando por mis sueños.

*Y para ti, lector o lectora, porque cada vez que lees una novela,
le das luz a ese mundito. Nunca dejes que se apaguen.*

Prólogo

12 de agosto de 1040, bosques Tentsmuir, Fife

El caballo relinchó inquieto por la oscuridad que se cernía sobre ellos, una oscuridad para nada natural que hacía que el vello se le pusiera de punta. Siempre que trataba con los druidas, su cuerpo se mantenía alerta. Eran demasiado extraños para las personas normales, con esa sabiduría y conocimiento que parecían sacados de los mismos cielos.

Llevaba un día entero en los bosques Tentsmuir, cerca de su pueblo, sin tener ningún encuentro con nadie. Y aún debía esperar más, cosa que empezaba a impacientarlo. No tenía tiempo que perder, no si querían ganar esa batalla que se libraría en pocas horas.

Una rama crujió y levantó su espada en dirección al sonido.

—Guardad vuestra espada, milord —susurró una voz, en gaélico, detrás de él.

Miró de reojo y vio a un hombre envuelto en una capa marrón demasiado cerca de él para su tranquilidad.

—No pretendo haceros daño, como espero que vos tampoco queráis hacérmelo.

—¿Mortvail?

El hombre se apartó de él, moviéndose para quedar delante, y ejecutó una pequeña reverencia.

—El mismo, mi señor. ¿Qué os lleva a buscar mis servicios?

—Me han dicho que sois capaz de hacer cosas que nadie más puede.

—A veces las personas cuentan historias que no son verdad... —replicó éste.

—Te pagaré generosamente si lo que os pido sale como espero.

—¿Y cuál es el trabajo que debiera realizar, milord?

—Acabar con un hombre.

Las comisuras de los labios de Mortvail se elevaron en una sonrisa siniestra.

—¿Apuñaláis por la espalda, Barthas? —preguntó divertido—. Aunque no sé de qué debiera sorprenderme...

—¿Cómo sabéis quién soy?

—Vuestro estúpido disfraz no engaña a un druida, Barthas. Ni tampoco los juegos que os traéis. Haced que vuestro hijo salga de su escondite y me presente sus respetos u os juro que no le quedará aire en los pulmones para respirar un día más.

Barthas entrecerró los ojos, estudiando si el druida decía la verdad o no. Éste no hacía nada más que contemplarlo mientras se mesaba la túnica que llevaba bajo la capa.

—¡Gavrin! —exclamó haciendo que el caballo echara hacia atrás las orejas y se encabritara. Era el único sonido que ahora había en el bosque, todo silenciado desde el momento en que Mortvail apareciera.

—Padre —respondieron desde la izquierda. Un joven de unos veinticinco años salió de entre algunos arbustos y se unió al círculo inhóspito donde se encontraban su padre y el druida.

Mortvail contempló la figura fuerte pero delgada del hijo de Barthas. No se parecía en nada a su padre. Seguramente habría heredado la belleza y el porte de su madre, pues era atractivo. Sus cabellos serían castaños claros rizados —salvo en ese momento, recogidos en una coleta tirante—. Los ojos verdes como el campo de Escocia dotaban de mayor perfección su rostro de facciones delicadas pero no amaneradas. Sus cejas no estaban tan pobladas como las de otros hombres escoceses; eran del mismo color que su pelo, una de ellas partida por algún golpe de la infancia.

—Ahora, Mortvail. No tenemos tiempo.

—Será inútil, Barthas. La batalla de mañana ya está perdida. No lograréis nada.

—No... Os convoqué aquí para cambiar eso. ¡Tenéis el poder de hacerlo!

—El rey Duncan perecerá mañana a manos del futuro rey Macbeth —sentenció, y su voz se derramó por el lugar seguida de un mágico viento que se llevó las palabras, transportándolas hacia los oídos de toda Escocia.

—¡No! —gritó Barthas atacando a Mortvail. Lo cogió de la túnica y alojó la punta de su espada en la garganta de éste—. Despedíos de este

mundo, maldito druida.

—¿Tan pronto pretendéis deshaceros de mí, cuando aún tendréis una oportunidad para mantener el legado de Duncan en el trono?

—Explicaos.

—Su hijo Malcolm vivirá...

—Malcolm aún es un niño.

—Pero crecerá... Y sabrá enfrentarse a Macbeth, quizá con mejor resultado que su propio padre.

—No me servís de nada mientras tanto. Vuestras palabras son profecías que se cumplirán, vos mismo habéis predicho ya dos.

—Pero, para que esta última se cumpla, vuestro deseo debe realizarse.

—¿Deseo?

—¿Acaso habéis venido aquí a otra cosa, Barthas? ¿No buscáis la muerte de aquel a quien teméis?

—Yo no le tengo miedo a nadie —gruñó amenazadoramente, clavándole la espada lo suficiente como para que un hilo de sangre se deslizara por su garganta.

—Vos movéis las fichas dentro y fuera de la batalla —puntualizó Mortvail—. Y eso sentenciará el destino. Vos salvaréis mañana a Malcolm si llevo a cabo lo que queréis de mí.

Barthas empujó al druida hacia atrás, soltándolo y bajando de nuevo la espada. Podría salvar al chico y ponerlo en el trono, beneficiándose más de lo que esperaba con ello.

—Padre, ¿estáis seguro de lo que hacéis? ¿No desataréis la ira divina? Bien sabéis que alterar el destino como pretendéis...

—Cállate, Gavrin. No sois más que un patético debilucho, como vuestra madre —lo insultó haciéndole callar de inmediato y apartó la mirada.

—A veces hasta los débiles son útiles, Barthas. No lo olvidéis —murmuró Mortvail.

Se volvió a él con los ojos inyectados en sangre. La ira emanaba de su cuerpo y hubiera preferido rebanarle la cabeza a ese druida antes que hacer tratos con él.

—Sea, pues. Haced lo que debáis para matar a Kendrick Mackay.

—No. No seré yo quien lo mate, milord —contradijo él.

—¿¡Entonces quién!?

—Una mujer. Ella acabará por completo con el clan Mackay y podréis atacar sin miedo alguno.

—¿A qué os referís?

El sonido de las palabras que salían de la boca de Mortvail lo enmudecieron. No parecían ser voces humanas, herían los oídos y pronto su cuerpo empezó a temblar de miedo. Ese murmullo parecía fluir del mismísimo infierno.

El viento se hizo más potente y tanto Barthas como su hijo tuvieron que protegerse la cara para evitar que la tierra o las hojas de los árboles los azotaran en ella. El caballo de Barthas se encabritó y trató de escapar de ese lugar, pero estaba atado con destreza a una de las ramas.

De pronto, tan rápido como apareciera el viento, se esfumó. La capucha de la capa de Mortvail estaba caída, dejando al descubierto su cabeza desprovista de pelo, pero con un gran tatuaje sobre ella. Uno de sus ojos parecía de cristal, atravesado por una fea cicatriz cuyo color oscurecía el rostro de éste.

Padre e hijo dieron un paso atrás.

—Está hecho.

—¿Qué... qué está hecho? —se atrevió a preguntar Gavrin.

—El destino —contestó Mortvail sonriente mientras se desvanecía ante los ojos atónitos de ambos.

Capítulo 1

15 de agosto, época actual

Cómo odiaba a su jefe... Su estúpido e imbécil jefe, que ni siquiera dejaba que se tomara unas malditas vacaciones cuando ella quería. ¿Qué importaba que fuera 15 de agosto y que los termómetros no bajaran de los cuarenta grados? No, ella tenía que estar día tras día en esa habitación archivando los miles de papeles que nadie se había molestado en ordenar en todo el año. Y encima sin aire acondicionado.

Y no quedaba ahí la cosa. El tipo tenía que llegar dos horas antes de que su turno se cumpliera para meterle prisa y quejarse de su lentitud, al mismo tiempo que se lamentaba de su físico, algo a lo que la tenía acostumbrada.

Leilany apartó una de las manos del volante para limpiarse las lágrimas que caían de sus ojos. Por si eso no fuera suficiente, encima estaba con las hormonas alteradas y un gran cabreo. Había tenido que tragarse lo que de verdad quería decirle a su jefe, o por lo menos clavarle algo en el corazón para saber si en su pecho había sangre o bien estaba vacío.

Suspiró mientras aguardaba que cambiara el semáforo y trató de relajarse. Hacía su trabajo lo mejor que podía y sabía, a pesar de las amenazas de su jefe sobre lo que pasaría si se equivocaba cuadrando las nóminas de los trabajadores. Trataba a todos con respeto y cumplía su horario a rajatabla. Entonces, ¿por qué ella no se merecía algo de respeto? ¿Porque estaba gorda?

Chasqueó la lengua reprimiendo un nuevo ataque de autocompasión. Vale, no era como las modelos ni las personas que todos querían tener a su lado, pero tenía sentimientos. Y todo podía cambiar.

—Malditas sean las hormonas... —se quejó volviendo a limpiarse las

lágrimas—. Como si pudiera hacer algo para cambiarme.

Arrancó de nuevo con el semáforo en verde y siguió conduciendo. Le quedaba una hora para llegar a su casa, por suerte en pleno verano no había tráfico, menos a las cuatro de la tarde, justo cuando el sol pegaba fuerte y nadie se aventuraba a salir a la calle.

Leilany tenía veinticinco años y trabajaba en el departamento de contabilidad de una constructora. Llevaba sólo unos meses, pero, en ese tiempo, ya se sentía como una basura. Teniendo en cuenta que antes de entrar a trabajar allí ya no tenía mucha fe en sí misma y en su aspecto, en esos momentos se sentía incluso peor.

Al menos había decidido ponerle remedio a eso y había presentado su carta de dimisión. Unas semanas más y sería libre para poder ocuparse en otro lugar donde no la despreciaran desde el primer segundo que ponía los pies en la empresa hasta el último en el que salía.

Había disfrutado al darle la carta a su jefe, pasmado como estaba por ello. Sólo esa vez había logrado sonreír en su trabajo y atesoraba ese instante como algo especial. No los iba a echar de menos.

Con su casi metro setenta de estatura, su cuerpo estaba lleno de curvas, demasiado *rolliza* para los hombres de esa época. Toda su vida había servido de fuente de chistes y bromas a su costa y ya era hora de que cogiera el toro por los cuernos y se olvidara de su aspecto para hacerse una profesional. Por eso iba a montar su propia empresa de contabilidad, una compañía para ella sola, según sus normas, donde no juzgaría a nadie por su aspecto, sino por su inteligencia, sentimientos y carácter.

Llevaba el pelo corto por encima de los hombros de color castaño oscuro, que se le ondulaba si dejaba que se le secara al viento. Sus ojos, marrones algo más oscuros que el pelo, escondían en sus profundidades las heridas de una vida llena de insultos, así como la esperanza de encontrar a quien la mirara más allá, a quien la viera como la persona que gritaba para que alguien la quisiera, la amara.

—Dos semanas, Lei... sólo dos semanas y se irá al infierno — murmuró para sí misma dándose ánimos.

Giró la curva de la carretera con la velocidad justa para ello y siguió avanzando hacia su casa. O al menos lo intentó.

—¡Mierda! —gritó al ver que un niño salía a la calzada tras una pelota que botaba delante de él.

Pisó con ambos pies el pedal del freno y el embrague, y las ruedas

del coche comenzaron a chirriar, dejando una marca en el asfalto. El niño se quedó paralizado al ver el coche y ella tuvo que girar a la derecha para esquivarlo, justo donde la carretera daba a un terraplén de piedras y terreno inestable.

Trató de girar al otro lado, pero el vehículo se desestabilizó y perdió el control del mismo, provocando que empezara a dar vueltas sobre sí mismo.

Gritó con todas sus fuerzas y cerró los ojos esperando que su fin no fuera tan doloroso como podía parecer desde fuera. Al menos estaba feliz por no haber atropellado al niño que había visto con un adulto antes de que el coche volteara y cayera por el terraplén.

El golpe que sintió en todo el cuerpo al caer al suelo la asustó, sacándole de una vez todo el aire de los pulmones y haciendo que tosiera para recuperar la respiración. Se apoyó en el suelo para incorporarse y respirar un poco antes de centrarse en los sonidos que había a su alrededor: gritos, lamentos, choques de metal.

Abrió los ojos y miró hacia todos lados. ¿Dónde estaba su coche? ¿Y el niño? ¿Por qué demonios corrían por allí algunos hombres desnudos, espada en mano?

—Estupendo, Lei, acabas de morir y hasta en el infierno te imaginas cosas raras —se dijo a sí misma levantándose.

El calor por los fuegos iniciados y los cuerpos que había en el suelo en varios estados de desangramiento hicieron que la cabeza le diera vueltas. Hedía a muerte y desolación, a sudor y lágrimas esparcidos por todos los hombres que allí había. Con distintas túnicas y colores, éstos luchaban unos contra otros como feroces guerreros.

A pesar del entorno tan mágico y especial rodeado de verdor, cubierto éste con la sangre de los caídos, los gritos de aliento de los guerreros le parecían adictivos y por un momento se quedó mirando a uno de ellos.

Parecía muy alto, a pesar de la distancia que los separaba. Llevaba una túnica azul hasta sus rodillas, cubierta por sangre en varias zonas, que dejaba al descubierto sus largas piernas, torneadas y bronceadas, con los músculos tensos por el esfuerzo de la lucha. Los brazos también eran musculosos y estaban rígidos, por la presión al atacar al otro guerrero con sus embistes. Un cinturón le servía para ceñir la túnica a su cuerpo y no parecía importarle estar descalzo, ni siquiera resbalaba con la sangre

derramada.

El rostro de él era serio y decidido. Duro. Estaba moreno, supuso que por las muchas horas que pasaba al sol. De anchos hombros, era como un gigante, tanto que hasta ella podía sentirse pequeña a su lado, algo que nunca le había pasado con otros.

—Con uno como ese me conformo... —susurró echándose a reír por su atrevimiento.

—*Thú!*^[1] —gritaron haciendo que Lei se volviera.

Un guerrero de túnica azafrán se encontraba frente a ella con la espada amenazante. Tenía un horrible bigote espeso y negruzco con manchas de sangre, al igual que en la cara. No era posible discernir si su pelo era negro, marrón o de otro color, bañado como estaba con la suciedad de la tierra y el sudor de su cuerpo. La miró de arriba abajo, lo que la hizo sentir desnuda a pesar de su ropa, mientras una sonrisa atravesaba el rostro de aquel hombre.

—*Boireannach...*^[2]

—¿Qué? —Lei retrocedió al ver avanzar al guerrero hacia ella con no muy buenas intenciones—. ¡Aléjese! ¡Fuera!

El hombre entrecerró el cejo ante sus palabras y se detuvo sólo unos segundos.

—*Chaneil a' Gàidhlig agad... Cò às a tha thu?*^[3]

—No se acerque... —repitió Lei mirando a su alrededor en busca de algo con lo que hacerle frente.

Divisó una espada al lado de uno de los guerreros caídos y corrió hacia allí mientras notaba la presencia del otro persiguiéndola. En el momento en que sus dedos rozaron la empuñadura del arma, la mano del hombre se cerró sobre su hombro, dándole la vuelta y empujándola contra el suelo.

Su mano se movió por instinto y, aferrada como estaba a la espada, la blandió delante de él, que se apartó, aunque no lo suficiente como para evitar que le cortara la mejilla de un tajo.

El hombre gritó y se echó una mano a la cara. Lei soltó la espada y trató de escapar de él, pero, en cuanto se movió, él volvió a centrarse en ella y levantó su espada para dejarla caer después sobre el hombro derecho de la chica, traspasándolo y clavándola en el suelo.

Lei gritó por el dolor al ser atravesada por la espada. No podía moverse de cintura para arriba por miedo a abrir más la herida, pero

tampoco de cintura para abajo, sujeta como estaba por el cuerpo de ese hombre.

Sintió sus pegajosas manos sobre su cuerpo levantándole la camiseta y tratando de bajarle los pantalones, y empezó a darle golpes con la mano que tenía libre.

—¡No, no! ¡Socorro! —gritaba.

—*Duin an bheul!*^[4] —exclamó golpeándola en la mejilla, con lo que quedó aturdida.

Sentía las manos de él dejándole un rastro de sangre por el cuerpo y su bilis se rebeló ante ello.

—¡No! —gritó cerrando su mano en un puño y golpeándole en la cara, ahora que la tenía a la altura de sus pechos, hacia donde se dirigían las de él.

El golpe no tuvo el efecto esperado, dejarlo k.o., sino que lo enfureció aún más. Levantó su propio puño para volverla a golpear cuando el sonido de algo rasgando el viento hizo que los dos se detuvieran.

La sangre empezó a caer por todo el contorno del cuello del hombre y la cabeza se le movió en un ángulo extraño hasta que cayó al suelo separada de su cuerpo gracias a un corte limpio. La figura sin vida cayó, empapándola en sangre, mientras sólo tenía ojos para la persona que había de pie frente a ella. El primer hombre que había visto antes mientras éste luchaba.

Su espada aún goteaba la sangre del recién asesinado y su rostro no reflejaba ningún arrepentimiento por ello. La miraba fijamente y, a Lei, esto le hacía difícil parpadear por miedo a perderlo de vista y que esa espada terminara también con su vida.

«¿Dónde diablos me he metido?», se preguntó sin apartar sus ojos de los de ese guerrero.

Capítulo 2

El ruido de los soldados luchando seguía envolviéndolos a ambos y, por algún motivo, ninguno de los dos prestaba atención a lo que se oía, inmersos en los ojos del otro.

Ahora podía verlo más de cerca; tenía un imponente porte, era mucho más alto de lo que ella había pensado o, quizá, por el hecho de estar en el suelo, lo veía muy dominante. Seguramente rondaba los dos metros de altura. Su pecho era ancho, al igual que sus hombros, y los brazos parecían dos árboles a cada lado por el grosor de sus músculos. Una abertura en la túnica dejaba ver un torso igual de musculoso.

Sus ojos azules como dos océanos eran absorbentes, como si, una vez que te fijaras en ellos, te engulleran en un mar de sensaciones diversas hasta ahogarte y hacerte sucumbir a todos sus deseos. Estaban enmarcados por unas pestañas oscuras que le daban mayor profundidad y los resaltaban sobre todo su rostro. Su nariz y pómulos eran perfectos, cincelados con dureza pero escondiendo también suavidad y dulzura. La nariz sobresalía recta de su cara, ni demasiado grande ni demasiado pequeña, sencillamente perfecta para sus rasgos. Y su pelo negro, como si la oscuridad eclipsara cualquier tipo de luz en él, era largo hasta sus hombros y estaba suelto, manchado con tierra y húmedo por el sudor de la batalla.

Dio un paso hacia ella y Lei rompió el contacto visual para removerse tratando de escapar. La espada aún clavada en su hombro la avisó de que no podía ir a ningún sitio, pero no fue eso lo que la detuvo, sino la voz grave y solemne, una que sin levantar el tono ni gritar te obligaba a obedecerlo.

—*Sámhach*.[\[5\]](#)

Empujó el cuerpo inerte del guerrero con el pie para que dejara de

estar sobre ella.

Lei se quedó quieta al ver que él se agachaba y observaba la espada, acariciándole la parte por donde estaba hundida en la piel.

—*Am bheil pian agad?*[\[6\]](#)

Se quedó callada sin poder decir nada. No entendía ni una sola palabra de lo que escuchaba y ese lugar no se parecía a nada conocido.

—¿Dónde estoy? —le preguntó a punto de echarse a llorar. Lo vio entrecerrar el ceño. No la entendía.

—*Nach eil a' Gàidhlig agad?*[\[7\]](#)

Lei miró a su alrededor tratando de encontrar ayuda, pero no había nadie. Estaban solos en ese lugar, a pesar de los ruidos que se oían, cada vez más apagados, seguramente porque la lucha estaba terminando.

Notó la mano cálida y rugosa del hombre acariciándole la mejilla y cerró los ojos. No era un contacto desagradable, al contrario. Era la primera vez que alguien la trataba con tanto cuidado, como si fuera algo que se rompiera con cualquier presión.

Hizo que su cabeza se moviera a un lado y entonces sintió la presión de los labios de él contra los suyos. Estaban ardientes por el ejercicio y la quemaban en todo el cuerpo a pesar de ese único roce real entre sus bocas.

Sintió que sus labios se abrían y la lengua lamía los suyos, tratando de convencerla para que abriera la boca. Reacia al principio, no pudo más que sucumbir ante su feroz beso y, cuando obedeció, la lengua de él embistió con fuerza, arrancándole un gemido. Podía sentirlo por toda su boca, bebiendo su propio sabor y rodeándose a cambio del olor a sudor, sándalo y hombre que él emanaba. Estaba abrumada por esa esencia tan varonil, un aroma que ningún otro hombre al que se hubiera acercado tenía.

Éste puso una de sus manos sobre el hombro izquierdo, presionando un poco para que no se moviera. No sabía dónde se encontraba la otra mano hasta que el dolor se incrementó. Gritó dentro de su boca mientras sentía cómo iba sacando la espada del hombro, inmovilizada bajo su poderoso agarre.

Percibió el ruido del arma al caer al suelo a unos metros de donde estaban y, cuando él se apartó, vio en sus ojos algo que jamás creería ver: lujuria. Sin embargo, se le cerraron con rapidez y no tuvo fuerzas para mantenerse consciente.

¿De dónde había salido esa mujer?, se preguntó Kendrick admirando a la muchacha que estaba tendida bajo él. Había sentido su mirada cuando luchaba contra los guerreros del rey Duncan y corrido en su ayuda al oírla gritar.

Su voz, aun cuando no entendía lo que decía, era seductora y hacía que se despertara en él algo más que sus ansias de poseerla. Su cuerpo lo llamaba con fuerza y, de no haber estado herida, la hubiera tomado en ese momento, eufórico como estaba por la batalla librada.

—¡Milord! —exclamaron tras él. Se volvió para ver a un chico de no más de quince años con el pelo rubio despeinado y la túnica sucia por haber estado escondiéndose en la tierra, inmóvil, tratando de recuperar el aliento.

—¿Qué pasa?

—¡Hemos ganado, mi señor!

—¿Y Macbeth?

—Proclamado nuevo rey. Están vitoreando al nuevo *Mac Bethad mac Findlaích* como rey de Escocia.

—¿Qué hay de los heridos?

—Tenemos unos cuantos. Los sanadores están con ellos.

—¿Hay alguno libre?

—No, milord. ¿Estáis herido?

—No... yo no —contestó apartándose lo suficiente como para ofrecerle una vista de la persona que yacía en el suelo.

—¡Oh, Dios! —exclamó él—. ¿Qué hacía una mujer en Bothnagowan?

—No lo sé. Pero está herida.

—¿No está muerta? —preguntó un guerrero desde detrás del crío. Kendrick alzó algo más la vista para ver a su segundo al mando, Drough, igual de cansado y fatigado que él.

Drough era la mano derecha de Kendrick Mackay, un hombre igual de imponente pero más bajo, más impulsivo y menos musculoso que él. Juntos hacían una pareja temida en los confines de Escocia. Cuando los dos estaban juntos, no había batalla de la que no saliera victorioso el lado por el que ellos se inclinaban.

Su pelo largo pelirrojo estaba separado en varias trenzas para impedirle que éste interfiriera en la batalla. Iba completamente desnudo a

excepción de su espada y podía verle algunas heridas en los costados, brazos y piernas. Los ojos negros centrados aún en el cuerpo de la mujer analizaban el peligro que podía traer ésta.

Kendrick se sintió feliz de saber que Drough no había sufrido apenas daño en el combate. Su mujer estaría contenta de tenerlo de vuelta de nuevo en su lecho cuando volvieran a casa.

—La mayor parte de la sangre no es suya.

—Macbeth pregunta por vos. Quiere agradeceros a vuestros hombres y a vos mismo el haberle apoyado.

—Espero que mantenga su palabra —masculló él—. Sólo entré en esta batalla por algo que nos pertenecía antaño.

—Sutherland...

—Sí. Si Duncan no se hubiera atrevido a desposeernos de nuestro hogar, nada hubiera pasado. Pero la ambición pudo con él.

—Ahora volverá a ser vuestro. ¿Qué haréis con esa mujer?

—Necesita cuidados y los sanadores están ocupados.

—¿Queréis que me encargue?

—No. Yo lo haré —negó recogiendo con sumo cuidado el cuerpo de Lei y levantándose como si éste no pesara nada para él.

—Extrañas ropas las que lleva.

—Sí... y también su idioma. No entiendo nada de lo que dice.

—Entonces, tened cuidado. Vigilad bien vuestra espalda, Kendrick.

Esbozó una sonrisa ladina.

—¿Creéis que una mujer puede vencer al guerrero más poderoso de toda Escocia?

Caminó fuera del emplazamiento en el que había tenido lugar la sangrienta lucha hasta donde su caballo aguardaba. Algunos carros estaban dispersos por la zona y los hombres que había se afanaban en cumplir lo que los sanadores solicitaban para salvar a sus compañeros.

—Hola, chico —saludó a su caballo en cuanto éste lo oyó y se aproximó a él. Le rozó con el hocico el hombro en un saludo y Kendrick sonrió—. ¿Qué? ¿Pensabais que me dejaría vencer por esos patéticos guerreros? ¿En tan poca estima me tenéis?

El caballo bufó y Kendrick se echó a reír... una risa fuerte y potente que hizo gemir a la mujer entre sus brazos. La miró sofocándose para evitar despertarla y se fijó en uno de los niños que pasaba corriendo.

—Tú. Extiende la manta por mí.

El muchacho se detuvo en seco al oír la voz de Kendrick y pronto se acercó a él para hacer lo que le pedía.

—Ya está, milord. ¿Deseáis que avise a un sanador?

—No. Pero preciso agua limpia, paños y algo para coser la herida.

—Sí, milord. Os lo traeré enseguida.

Kendrick se arrodilló y depositó sobre la capa el cuerpo de Lei. Para él era una mujer hermosa, la más hermosa que había visto. Le extrañaba su atuendo y el hecho de que tuviera el pelo corto. ¿Una fémina con el pelo corto? ¿Acaso había cometido algún pecado para ello?

Contempló la ropa que llevaba, ya inservible tal y como estaba empapada de sangre. Cogió el tejido por la parte del hombro y tiró de él hasta desgarrarlo y dejarlo al descubierto. Un tirante negro apareció ante él y quedó sorprendido por tal hallazgo.

—Por los dioses, ¿qué es esto?

Cogió el tirante con la mano y trató de quitárselo tirando de él, pero éste no cedió y lo único que consiguió fue mover el cuerpo de ella. Sacó entonces la daga de su cinto y abrió la camiseta por completo. No le iba a servir de nada tal y como estaba, así que no importaba.

Se quedó boquiabierto contemplando cómo los senos estaban cubiertos por una tela negra con encaje, tan suave al tacto que se perdió en las sensaciones al sentirla bajo su piel.

—Mi... milord... —tartamudeó el niño de antes—. Lo... lo que me pidió, señor.

Kendrick se obligó a dejar de tocarla y cogió las cosas de las manos del chico antes de que cayeran al suelo.

—No dejes que nadie se acerque aquí. Diles que, si alguno se atreve a desobedecer, se las verá con Kendrick Mackay.

—Sí, señor.

Empapó uno de los paños en agua limpia y empezó a limpiar la sangre del cuerpo de Lei con cuidado de no dañarla. La camiseta había filtrado parte del fluido de ese hombre que la había atacado y manchado la piel por completo. Necesitaba un baño, pero no sería posible hasta que llegaran a Elgin por la noche, si tenían suerte. Allí podría asear su cuerpo y tratar la herida mucho mejor de lo que iba a hacerlo ahora.

Se acercó a su caballo y cogió otra de las mantas que llevaba para echársela por encima a la mujer.

Fue entonces cuando se centró en la herida. No parecía que hubiera

nada interno dañado, pero tenía que limpiarla y cerrarla para evitar infecciones. Tomó otro de los paños y procedió a quitar la suciedad de la herida con el agua fresca que había vuelto a ordenar traer. A pesar de las quejas que ella emitía cada vez que el líquido caía dentro de la herida, siguió afanándose hasta que quedó satisfecho con el resultado.

Enhebró la aguja con el hilo que tenía y se acercó a ella con cuidado. Pinchó la piel y Lei emitió un lamento de dolor. Kendrick la miró evaluando esa reacción.

—¡Chico! —gritó.

El niño que vigilaba el lugar donde estaban se acercó corriendo.

—¿Milord?

—Trae vino. En cantidad.

—Sí.

Esperó con paciencia a que cumpliera la orden, tapando aún más con la manta el cuerpo mientras tanto para evitar que otros pudieran verla desnuda. Cuando regresó el chiquillo, le arrebató el odre de vino que llevaba y lo abrió. Levantó un poco su cuerpo y le dio a beber a Lei sin permitirle resistirse, quien tragaba una y otra vez hasta que la inconsciencia se hizo visible.

Sólo entonces la dejó respirar y la depositó en el suelo, vertiendo lo que quedaba sobre la herida para desinfectarla y coserla lo más rápido y esmeradamente que sabía hacer. Quedaría cicatriz, sí, pero gracias a las habilidades que le había enseñado su madre, ésta sería menor que si otro sanador lo hubiera hecho.

—¡Kendrick! —gritó Macbeth abriéndose paso entre la gente que había a su alrededor para llegar a él y abrazarlo con fuerza—. ¡Ganamos, mi hermano!

Macbeth era un hombre de unos cuarenta y cinco años, con el pelo castaño largo hasta los hombros. Ahora lo tenía mojado por el sudor de la batalla y apenas tenía vida, pero, cuando estaba limpio, era como si pudiera brillar con luz propia.

Su aspecto no era el de un combatiente que había estado horas al sol luchando por su vida para alcanzar el sueño que tenía, sino el de un hombre satisfecho por lo logrado. La barba de varios días le endurecía el semblante y las canas que empezaban a entrecerse evidenciaban su edad,

mas no se veía nada de esto en la fuerza que ejercía cuando peleaba o quería demostrar de lo que era capaz.

De ojos verdes y nariz rechoncha, Macbeth era un hombre bien parecido que a su edad seguía encandilando a las jóvenes. Estaba muy versado en los tejemanajes del gobierno y la política, al haber servido durante un tiempo como comandante del rey Duncan hasta levantarse contra él.

Tan alto como Macbeth, Kendrick se diferenciaba de él en la constitución, ya que, al ser un guerrero, estaba más acostumbrado a ejercitar su cuerpo mañana y tarde. Además, eso no era lo único que hacía; las tareas administrando el condado de Sutherland lo mantenían viajando la mayor parte del tiempo para poder hacer justicia ante las adversidades con las que los pueblos se encontraban. Al menos seguiría haciéndolo hasta hallar una esposa y, ahora que la lucha había terminado y que Macbeth estaba al frente de Escocia, Kendrick intuía que era hora de engendrar un heredero.

—Sí, mi rey —contestó feliz por el hecho de haber vencido.

—Las cosas cambiarán a partir de ahora, Kendrick. Desde este mismo día.

—Me alegra oír eso.

—Lo primero será para vos. Tengo una deuda que saldar por vuestra ayuda en esta batalla. Pero, antes, ¿me han informado bien sobre una mujer que ha sido vista en medio de la batalla? —preguntó dejando el tono eufórico a un lado.

—Habéis sido bien informado. No sabemos de dónde salió, pero está herida.

—¿Puede ser alguien de la gente de Duncan? ¿Una joven enviada a matarnos?

—La muchacha no habla nuestro idioma.

—¿¡Cómo!? ¡Matadla inmediatamente! —exclamó volviéndose a los guerreros que había a su alrededor.

—Mi rey. Es inofensiva. No sabe luchar.

—¿Cómo sabéis eso?

—Yo mismo la salvé de uno de los guerreros de Duncan. La atacaron.

—¿Estáis seguro de lo que decís?

—Sí.

—Mucha fe ponéis en una mujer a la que apenas conocéis. Creía que

teníais más ojo para saber que las féminas nos hacen débiles, Kendrick.

—Milord, os recuerdo que vos estáis casado.

—Y sólo por eso puedo reivindicar hoy mi derecho como rey de Escocia, Kendrick. Pero nunca confiaría en una. En ninguna.

—Tendré cuidado.

—Eso espero. Es vuestra como premio por esta batalla. Si, como decís, no habla nuestra lengua ni tiene a nadie aquí, estoy en mi derecho de dársela a quien estime conveniente. Haced con ella lo que queráis, Kendrick.

—Gracias, mi rey.

—Y con respecto a Sutherland... —comentó Macbeth dándole la espalda a Kendrick. Se alejó de él manteniendo la expectación en el lugar —... ¡es vuestro! Todo volverá a vos.

—Mi rey. —Hizo una reverencia con una sonrisa en los labios.

—Ahora uníos a nosotros y celebremos en Elgin nuestra victoria.

—Sí.

Capítulo 3

Kendrick volvió con la mujer y observó su respiración. No parecía que estuviera peor y la herida no le había vuelto a sangrar. Abrió el bote que llevaba y colocó unguento en el corte antes de taparlo con algunas tiras para que estuviera protegido en todo momento.

Los guerreros, a su alrededor, estaban gritando y recogiendo todo lo que podían para volver a Elgin, donde disfrutarían de unos días de descanso antes de volver a sus casas. En su caso, pensaba ponerse en camino al día siguiente para llegar cuanto antes a su hogar y disponer de su territorio como auténtico laird de Sutherland. Echaría a los soldados de Duncan tan pronto como los viera aparecer y, quien osara enfrentarse a él, recibiría la ira de su espada.

—¿Cómo están los demás? —preguntó a la figura que estaba tras él.

—Sobrevivirán. Somos quienes menos bajas hemos sufrido.

—Me han dicho que Enhin está herido.

—Sí, ese idiota se metió en una pelea por intentar salvar a Daithi y por poco acaba ensartado él mismo.

—Aparte de Daithi, ¿quién más cayó?

—Michael, Kian y Patrick —contestó apartando la mirada y fijándola en el suelo. Empezó a revolver la tierra con las botas—. Habrá que decírselo a las mujeres.

—La mujer de Kian está embarazada. Será un duro golpe.

—Sí... También lo hubiera sido para la mía. Está en estado.

Kendrick se volvió hacia él sorprendido por tal revelación.

—Me lo dijo antes de irnos. Quería que tuviera algo más por lo que volver a ella.

—Es una bendición de los cielos. Espero que nazca un varón sano y fuerte como su padre.

—Yo también. Aunque espero que no herede el carácter de su madre... compadecería a la mujer que estuviera a su lado.

Se echaron a reír y miraron hacia donde Lei descansaba.

—¿Qué vais a hacer con ella? He visto cómo la miráis.

—¿A qué os referís?

—A que esa mujer os ha hechizado. Corristeis en su ayuda nada más oírla gritar.

—¿Así que también estabais mirando?

—Quedaban pocos a los que combatir, así que simplemente eché un vistazo. Por si no lo sabéis, cayó del propio cielo.

Entrecerró el ceño esperando algo más, pero Drough se encogió de hombros.

—Los designios de los dioses no creo que deban ser cuestionados, Kendrick. ¿La haréis vuestra esposa ahora que Macbeth os la ha dado?

—No lo sé. Necesito una pareja, eso sí es cierto.

—Ya va siendo hora de que deis un heredero al clan, milord —se burló poniendo la mano sobre el hombro de él—. Y ella es hermosa. Seguro que dará buenos hijos.

—La más hermosa que he visto hasta ahora —convino Kendrick sin apartar la mirada de Lei.

Todos comenzaron la vuelta hasta Elgin después de la batalla. Los que estaban mejor, los que podían caminar, ayudaban a transportar a los heridos, y dispusieron carros donde ubicaron a los peor parados para ser trasladados hacia el pueblo.

Kendrick se negó a dejar a Lei en uno de los carros y montó en su caballo junto a ella, a quien llevaba abrazada delante de él en la montura, con la cabeza rozándole el pecho y el cuello. Podía sentir su aliento y controlaba el calor de su cuerpo. Le echó la capa por encima del pecho para evitar que otros la vieran desnuda y refrescó con agua su piel para mantenerla fresca por el calor que hacía.

El efecto del vino aún persistía en ella y tenía las mejillas sonrosadas por el alcohol. Kendrick sonrió ante su poca capacidad para aguantar el licor, pues las que conocía, incluso su madre, toleraban bastante bien un solo odre de vino. Y ella apenas había podido con él.

El viaje les llevó casi todo el día y llegaron cuando el sol empezaba a

desaparecer en el horizonte. Allí los recibieron los aldeanos con vítores y algunas de las mujeres se acercaron a los guerreros buscando aliviar con su cuerpo las lesiones que pudieran sufrir.

Drough estuvo a su lado para ayudarle a bajar a la mujer y los dos se encaminaron hacia su tienda. Necesitaban un buen baño, cubiertos como estaban de sangre enemiga. Cuando llegaron, Kendrick vio cómo las doncellas ya habían dispuesto lo necesario para el baño y estaban llenando un recipiente con agua caliente.

Depositó a Lei en el montón de paja que servía como cama y se acercó al agua para probarla.

—Si no me necesitáis, quiero darme un baño, Kendrick.

—Podéis iros, Drough. Macbeth me hará llamar esta noche para celebrar la victoria. Buscad a dos que estén bien como para hacer guardia frente a mi tienda.

—¿Para protegerla? —preguntó señalando con la cabeza a la mujer.

—Sí.

—Milord, ¿necesitáis ayuda con vuestro baño? —preguntó una de las jóvenes con las mejillas enrojecidas. No tendría más de dieciséis años.

—Sí —respondió haciendo que la chica hiciera una reverencia y se quedara mientras las demás salían—. Mañana salimos hacia Sutherland, Drough. Avisad a los demás.

—Sí, milord.

Hacía demasiado calor y tenía el estómago revuelto. Apenas podía abrir los ojos y la cabeza le dolía como si tuviera un martillo golpeándole en ella.

Gimió por el dolor y movió las manos para ubicarse. Notó paja bajo su mano y respingó ante ello. Intentó levantarse, pero se echó la mano al hombro al dolerle éste por el movimiento.

—¿Qué?

Se lo miró, pero la oscuridad donde estaba sumida no le servía de mucho para saber qué tenía en la articulación. El hombro estaba envuelto con tiras y algo humedecía la herida, pero no sentía que fuera algo malo, sino que el cosquilleo parecía estar sanándolo.

Decidida a levantarse y conocer el lugar donde estaba, apretó los dientes y se puso de pie tambaleante. Miró a su alrededor y respiró

profundamente para intentar que pasara el mareo que tenía. Si no lograba controlarse, no serviría de nada haberse levantado, ni siquiera podría correr si fuera necesario.

Sus ojos se fueron habituando a la escasa luz que se filtraba de la noche y pudo ver unas sillas y una mesa en una esquina de la tienda. Encima de ésta había un recipiente extraño del que emanaba un olor fuerte y denso que hizo que el estómago protestara y tuviera que taparse la boca para reprimir las náuseas.

Dio un paso hacia delante y otro más hasta que la corriente de fresco que entró por la puerta de tela de la tienda hizo que se estremeciera y se mirara el torso. Chilló de sorpresa, tapándose con las manos en cruz mientras buscaba su camiseta. En la cama, si es que podía llamarse así, sólo había una manta, pero ni rastro de su ropa. Y encima tampoco tenía los pantalones...

Dos hombres entraron en la tienda, sorprendiéndola aún más al ir con las espadas desenfundadas. Gritó con la fuerza suficiente como para ser oída en todo el mundo y los dos extraños se miraron sin saber qué hacer.

No podía sacársela de la cabeza. Era un hecho ya. Después de bañarse y tener tan cerca una muchacha caliente, su vista sólo se dirigía a la mujer que estaba tendida a unos metros a su lado, sucia y desaseada por el sitio de donde venía.

Había pedido que prepararan otro baño limpio y lo habían dejado solo mientras se ocupaba de ella. Dormida durante todo el tiempo, no fue consciente de que le quitaba la ropa, dejándola completamente desnuda, y la introducía en el agua para eliminar la sangre y lavar su cabello y su cuerpo. Procuró que la herida no se mojara y se dio prisa en asearla, más por la presión que su verga ejercía cada vez que sus manos rozaban la piel de la mujer.

Era como si tuviera en él un efecto instantáneo, excitándolo desde el primer momento y haciendo que su mente imaginara miles de cosas que hacer con su cuerpo. Sus curvas lo atraían como ninguna otra; su cabello corto, espeso y de un color castaño oscuro con algunos brillos rubios, lo volvían loco. Le había lavado el pelo con cuidado, sosteniéndola con una sola mano para que no se hundiera en el agua, y sentido bajo sus yemas la suavidad del mismo.

Después... su cuerpo... pasarle el paño por todo él, frotando para hacer desaparecer la sangre, ver sus pechos con los pezones erectos cuando la tocaba, su centro oscurecido por el vello... Todavía se preguntaba qué era lo que tenían esas bragas que llevaba, pero sí sabía que necesitaba proteger esa zona, pues sangraba, y por eso había pedido ropa interior y unos paños para ella.

Tuvo que dejarla en la tienda a pesar de su excitación por ella, pues su rey reclamaba su presencia. Ni siquiera tuvo tiempo de aliviarse y trató de ponerse la túnica lo mejor que pudo para disimular la clara lanza que se asomaba y que daba fe de la tentación a la que se veía expuesto.

—¿Estáis escuchándome, Kendrick? —preguntaron a su izquierda.

Él giró la cabeza con cara de no haber oído nada de lo que pudieran hablar y Macbeth rio por ello.

—Me parece, buen amigo, que habéis estado fantaseando mientras os hablaba, ¿me equivoco?

—Mis disculpas, milord.

—¿Tan increíble es la mujer que encontrasteis? ¿He de dar marcha atrás en mi decisión?

—Sólo estoy preocupado por su salud. El hombre que la atacó le clavó la espada en el hombro para retenerla mientras la forzaba.

—Malditos bárbaros. Confío en que llegasteis a tiempo.

—Sí, mi rey. No sufrió daño, pero la herida tuvo que ser cerrada y tratada para impedir que se infectara.

—Comprendo. Os estaba diciendo que me apena que iniciéis mañana vuestra vuelta a casa. Esperaba teneros conmigo unos días más.

—Me complace que mi presencia os alegre, pero necesito sacar a los guerreros que asedian mi hogar inmediatamente. No permiten a los sirvientes hacer su trabajo y el castillo necesita ser abastecido cuanto antes; no sobrevivirán mucho más tiempo.

—¿Cómo están vuestra madre y hermana?

—Mi madre está bien, milord. Ella se hizo cargo de la situación con agilidad y pronto todo estuvo bajo control. En cuanto a Erin, sigue tan hermosa y alocada como siempre. Antes de irnos de Dornoch, tuve que registrar nuestro grupo.

—¿Registrar vuestro grupo?

—Milord, Erin es buena escondiéndose y, en dos ocasiones, la descubrí camuflada entre mis guerreros: una de las veces como un

escudero, mientras que la segunda iba oculta en uno de los carros de provisiones que llevábamos.

La risa de Macbeth retumbó en todo el edificio que servía para albergar al rey y a sus allegados. Todos se centraron en ese momento en ellos, dejando de comer y mirándolos esperando entender el motivo por el cual el monarca de Escocia se reía con tanta relajación y diversión.

—Esa hermana vuestra será una fuente de problemas.

—Sin duda, milord. Pero pronto será hora de que se case.

—¿Habéis pensado ya en alguien?

—Aún no. Todavía estoy pidiendo perdón a los dioses por tener que entregarla a un hombre y que éste pase a hacerse cargo de sus travesuras.

La risa volvió a reverberar en el salón y Macbeth cogió su copa, que fue prontamente rellenada. La bebió de un trago antes de soltarla y volver a hablar.

—Aprenderá su lugar cuando sea necesario. Las mujeres saben lo que esperamos de ellas.

—Sí, mi rey. Lo sé. Erin será una buena esposa, pero, aun así, temo porque su energía supere a cualquier hombre con el que la case.

—Eso, Kendrick, es algo que no podréis evitar. Pero si precisáis ayuda para buscarle un buen partido, podéis mandarla con vuestro rey. Yo me encargaré de encontrarle un buen marido.

—Muy agradecido, milord.

—Vuestro padre estaría muy orgulloso de vos, Kendrick. Una lástima haberlo perdido tan joven...

Kendrick dejó de comer en ese instante. Su padre, Deckaln Mackay, había sido, hasta hacía dos años, el laird del clan Mackay; falleció en una de las batallas que libró al lado de Macbeth por el trono de Escocia. Su lucha no era sólo por Sutherland, sino también por vengarle de los que tuvieron la culpa de su muerte.

—Era un buen guerrero, esposo, padre y hombre, milord.

—Los dioses lo saben. Sin duda, uno de los mejores hombres que tuve a mi lado. Y vos sabéis honrar con creces el lugar que ahora ocupáis.

—Milord. —Correspondió inclinando la cabeza.

—Tendréis el documento que os da plenos poderes indefinidos como laird de Sutherland. Si no deponen las armas con eso, tenéis vía libre para hacer lo que queráis con esos miserables.

—Gracias, mi rey.

Lei los escuchaba hablar. Demonios, sabía que se estaban comunicando entre ellos, pero no se enteraba de absolutamente nada de lo que decían. Trataban de rodearla, pero ella no se iba a dejar capturar por esos... esos...

—¡Bárbaros! ¡Dejadme salir! —gritó desesperada levantando más alto la silla que había interpuesto entre ella y los dos guerreros.

Después de descubrir que estaba casi desnuda delante de dos hombres, había cogido la manta y se había tapado con ella, pero, también, agarrado la silla más cercana y amenazado con estamparla contra ellos.

Habían dicho algo, pero no sabía el qué, con lo cual no estaba segura de si se encontraba en buenas o malas manos. Encima no había rastro del otro hombre, ese que la había besado sin siquiera pedirle permiso para quitarle la espada. Sí, el dolor había sido mínimo transformado en placer, pero ya se encargaría ella de vengarse de él en cuanto lo viera.

Uno de los que tenía delante avanzó para intentar quitarle la silla y Lei trató de empujarlo con ella, pero era igual que intentar mover un árbol.

—¿Qué cuernos os dan para ser tan fuertes? —masculló aplicando toda la fuerza de que era capaz.

El hombre cogió la muñeca de Lei y la apretó lo suficiente como para que soltara la silla, que cayó al suelo. Empezó a gritar y trató de arañarlo con la mano del otro brazo, que apenas podía mover, pero el otro hombre se lo cogió también. Intentó patear, golpear cualquier parte de ellos para escapar, pero resultaba inútil, eran el doble o el triple de fuertes y parecían estar acostumbrados a lidiar con personas en ese estado. Se reían de los intentos fútiles y eso la encrespó más.

—¡Soltadme!

—¿¡Qué pasa aquí!? —bramó una voz en gaélico tras la tela de la tienda y, cuando ésta se abrió, un hombre igual de grande que el primero que conoció entró.

Los tres se quedaron parados ante la entrada de Drough y fue lo suficiente para que Lei pudiera enfocar bien y propinar una patada en las partes a uno de los hombres. Éste gritó con una voz aguda y la soltó inmediatamente para cogerse sus partes y caer al suelo gimiendo de dolor.

Se giró hacia el hombre que acababa de entrar; éste, arqueando las

cejas divertido por el espectáculo, se volvió hacia el otro, que ya la soltaba y se protegía sus partes poniendo distancia. La manta se le escurrió y estuvo a punto de perderla justo antes de agarrarla y taparse con ella de nuevo.

—¿Estáis bien? —le preguntó Drough. Lei lo miró sin comprender, asustada por ese varón tan grande.

Miró a su alrededor, sopesando las posibilidades de salir corriendo de allí, sin ropa y con una herida a la que habría que hacerle curas cada poco tiempo. No sabía dónde estaba, ni siquiera si estaba viva o muerta, y, desde luego, no iba a durar mucho si ni siquiera podía hablar con alguien.

—Salid de aquí vosotros —se dirigió a los otros hombres.

Lei vio cómo uno ayudaba a salir al otro, por lo que se quedaron solos ellos dos. ¿Les había dicho que los dejaran solos? Una alarma se encendió en la mente. ¿Querría violarla?

—Vamos, Lei, ni que te fuera a pasar eso... —murmuró ella.

—¿Qué habéis dicho? —Por su tono, parecía que le preguntaba algo, pero no sabía el qué.

Desde luego, no se parecía al inglés; si así fuera, podría entenderlo, y tampoco era francés ni italiano... ¿Qué clase de idioma hablaban allí? Pero lo más importante era... ¿dónde se encontraba? Temía la siguiente pregunta: ¿en qué año estaba?

—¿Tenéis dolor?

Eso le sonó. Era la misma pregunta que le había hecho el otro hombre y Drough se dio cuenta del reconocimiento ante la cuestión. Lo que no tenía claro era si la entendía.

Señaló con su mano hacia la herida del hombro y volvió a repetir la pregunta, esperando que la entendiera. La mujer miró la herida y entrecerró los ojos como si estuviera tratando de entender.

—*Tha?*[\[8\]](#)

De nuevo lo miró como si reconociera la palabra. Se acercó un poco más a ella, pero, en el momento en que retrocedió asustada, levantó las manos y se separó de nuevo.

Esa palabra la entendía. Significaba sí... pero... No, ella no podía estar en Escocia... Además, *tha* ya no se utilizaba... ahora era *aye*... *Tha* sólo se empleaba en la época de... Miró al hombre que tenía delante con auténtico pavor y las piernas le flaquearon.

Drough no dudó en abalanzarse sobre la mujer antes de que ésta

cayera al suelo. Parecía haber descubierto algo y estaba pálida como si hubiera perdido toda la sangre de su cuerpo. La sostuvo con cuidado, manteniéndola de pie.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntaron desde la entrada.

Kendrick estaba frente a ellos con una cara que mostraba su malestar porque Drough sostuviera a la muchacha.

—¿Qué le pasa?

—Creo que acaba de darse cuenta de algo.

—¿De qué?

—Reconoce la palabra *tha*.

Lei los escuchaba hablar, pero no sabía qué decían. Sólo entendía la palabra *tha*. Por las novelas escocesas que leía, sabía que eso quería decir «sí», pero en la época de reyes, en los primeros siglos de Escocia, cuando había guerreros, clanes y demás.

Miró al otro hombre, al que ella ya conocía. Sus ojos se encontraron en cuanto lo enfocó y éste se le acercó. Entrelazó los dedos de su mano con los de ella y se quedó sorprendida al ver que los de él eran mucho más grandes y anchos, haciéndola sentir pequeña... ¿Desde cuándo podía un hombre hacerla sentir de esa forma?

—*A bheil gu math?*[\[9\]](#)

Tiró de ella para cogerla entre sus brazos, pero Lei estaba muy mareada, demasiado... Su vientre se contrajo y no pudo evitar acabar vomitándole encima.

—*As ucht Dé!*[\[10\]](#)

No le hacía falta saber que eso bien podía parecerse a una maldición por lo que acababa de hacer.

Capítulo 4

Sin soltarla, Kendrick se separó algo más de ella... no fuera que volviera a vomitarle encima, pues ya tenía suficiente con una sola vez. La miró, enojado, pero las lágrimas incipientes en sus ojos y el hecho de que estaba más que arrepentida por lo ocurrido hizo que su enfado se esfumara.

—*A bheil gu math?*[\[11\]](#) —repitió cogiéndole la barbilla y levantándosela para que lo mirara.

—Lo siento —dijo flaqueándole las piernas. De no ser por él, hubiera caído al suelo.

—Aquí —intervino Drough acercando una silla, y Kendrick la colocó antes de que ella misma se ensuciara de vómito.

Los intentos de su amigo por no estallar en risas se desvanecieron y toda la tienda se inundó de las carcajadas graves y ligeras de su amigo. Al menos había uno que se divertía, porque Kendrick apretó la mandíbula y los labios, censurando el comportamiento de su segundo al mando.

—Traed algo de agua, Drough.

—Sí, sí, voy.

Tocó el hombro de Kendrick antes de volver a estallar en risas y salir de la tienda.

—*Go hifreann leat!*[\[12\]](#) —exclamó demasiado alto, asustando a Lei.

Se volvió hacia ella y dio un paso hacia delante, pero después recordó la túnica sucia. Giró sobre sus talones y se quitó el cinturón, donde llevaba la espada, dejándolo sobre uno de los baúles que había. Cogió la túnica y se la sacó del cuerpo para tirarla luego al suelo y quedar completamente desnudo de espaldas a ella. Se agachó y empezó a rebuscar otra túnica.

No podía creer lo que veía. Tenía ganas de frotarse los ojos hasta hacerse sangre para comprobar si lo que estaba viendo era de verdad...

¡¡Se había desnudado delante de ella!! Vale, sólo lo veía de espaldas, pero ¡qué espalda! Estaba lleno de músculos y tenía cicatrices en varias partes, pero sus lumbares se iban estrechando hasta unas caderas prietas que albergaban el mejor trasero que jamás había visto. Ni siquiera los modelos más aclamados tendrían nada que hacer ante él.

No supo cuándo se había dado la vuelta, pero, al subir la vista que había estado recreándose en las piernas, la túnica fue lo primero que le chocó en esa visión, y más al seguir hacia arriba y encontrarlo mirándola con una sonrisa pícaro en el rostro que evidenciaba unos pequeños indicios de hoyuelos. Seguro que, cuando sonriera de verdad, éstos serían más pronunciados.

La contemplaba como ningún hombre la había mirado nunca y eso hizo que se sonrojara, apartara la vista y se removiera incómoda en la silla.

La tela de la tienda se volvió a abrir y Drough apareció con un vaso y una jarra.

—Vuestra agua —le dijo ofreciéndole ambas cosas.

—Gracias.

Llenó el vaso delante de ella para que viera lo que era el líquido, consciente de que lo vigilaba de reojo, y dejó la jarra en la mesa mientras se acercaba. Posó una de sus rodillas en el suelo y le ofreció el vaso.

—*A bheil am pathadh oirbh?*[\[13\]](#)

Lei miró sus ojos azules y después al vaso. Era agua, la había vertido con la jarra bien alta para que ella pudiera ver el contenido. Alzó la mano temblorosa para cogerlo y la cerró sobre el vaso, pero Kendrick debió de notar algo, pues trasladó la suya a la base del mismo para sostenerlo mientras ella lo acercaba a sus labios, lo rozaba con ellos y los abría lo suficiente como para que el líquido entrara en su boca y aliviara el mal sabor que tenía.

Le cogió el vaso nada más terminar de beber y se lo ofreció a Drough para que lo atrapara al vuelo.

—*Dè an t-ainm a th' ort fhèin?*[\[14\]](#)

Lei torció la cabeza sin comprender lo que quería decir. Kendrick pensó un momento cómo poder hacerle entender de una forma rápida lo que le preguntaba. Se levantó de golpe, haciendo que ella retrocediera en la silla, y se acercó hasta Drough. Puso las manos sobre sus hombros.

—¿Qué estáis haciendo? —le masculló bajito a Kendrick.

—Callad —contestó y miró a la mujer—. Drough.

Se acercó de nuevo a ella arrodillándose y se señaló el pecho.

—Kendrick.

La señaló a ella sin llegar a tocarla. Sus largos dedos la cautivaron por un momento, olvidándose de responder. Sólo cuando la mano de él se movió, salió de sus fantasías con lo que ellas podrían hacer en su cuerpo y respondió con demasiada rapidez.

—Leilany.

Kendrick entornó los ojos ante la palabra que había salido de sus labios. Parecía un nombre, pero sonaba demasiado extraño, tanto que no podía repetirlo.

—Le...

—Leilany —repitió ella señalándose con su pequeña mano.

—Lei... la...

Por primera vez oyó su risa, y se quedó maravillado por la sonrisa que sus labios, tan rosados y carnosos, mostraban.

—Lei —dijo señalándose.

Lo apuntó, de repente.

—Kend.

De nuevo a ella.

—Lei.

La entendía. Estaba diciéndole que era un diminutivo.

—Lei —murmuró él para que supiera que había comprendido.

Ella asintió con la cabeza, pero ese movimiento hizo que se agarrara de inmediato, mareada de nuevo. Cerró los ojos para tranquilizarse.

Kendrick se levantó y la cogió en brazos a pesar del chillido que pegó al sentirse alzada. Lei se aferró a su ancho cuello con fuerza y pensó que era la primera vez que alguien había hecho eso por ella.

¿Acaso, de donde venía, nadie la había cargado?, se preguntó él.

La llevó hasta el rincón que hacía de cama y la acostó. La manta la envolvía, pero dejaba sus brazos al descubierto y trató de quitársela para tajarla bien.

—¡No! —gritó apretando con las manos para evitar que pudiera cogerla.

—Kendrick —llamó la atención Drough. Se dio la vuelta y agarró otra que le ofrecía su amigo.

La estiró y le tapó todo el cuerpo con ella, esperando que el calor la

convenciera de quitarse la de abajo.

—*Oidhche mhath*[\[15\]](#) —dijo acercándole la mano para cerrarle los ojos.

—Buenas noches... y gracias —murmuró ella cediendo al cansancio y dejándose sumir de nuevo en la inconsciencia.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Drough.

—No tengo ni la menor idea.

El sol de la mañana le daba de lleno en los ojos y tenía demasiado calor con las mantas que cubrían su cuerpo. Se movió tratando de encontrar algo más fresco cuando una mano se cerró sobre su hombro, asustándola.

Se levantó de golpe sin preocuparse de taparse los pechos, al menos hasta que vio a Kendrick a su lado mirándola con descaro, no precisamente a los ojos.

Tenía algo en la mano y se fijó en que la herida del hombro estaba descubierta. Trató de tocarla cuando se lo impidió.

—*Chan eil.*[\[16\]](#)

Lei bajó su brazo. Esa palabra también la entendía y Kendrick parecía satisfecho porque le hubiera hecho caso. Se concentró entonces en lo que llevaba, una especie de crema que extendió por la herida con sumo cuidado.

No la miró ni una vez, a pesar de que Lei sí lo hacía, asombrada porque un guerrero pudiera demostrar tal grado de mimo al curar una herida.

Una vez terminó de vendarla, Kendrick se levantó y se aproximó a la mesa, donde dejó el cuenco con agua y el bote que había usado, cogiendo otra cosa a cambio. Se lo mostró a Lei y ella no pudo decir nada.

—*Éideadh.*

Se lo acercó y pudo notar en su propia piel la suavidad de éste. Estaba hecho de tela, pero era tan fina que seguro que se transparentaría todo. De color rojo, acentuaba su pelo castaño y sus labios rosados, llamando así la atención de quien la viera. Era de tirantes y tenía un bordado en el escote, un conjunto de flores entrelazadas entre sí con dorado. Realmente era un vestido hermoso, sólo que para otra que no fuera ella.

—No... —rechazó ella incapaz de aceptar algo así.

Kendrick entrecerró el ceño. Sabía que no lo quería, pero no el motivo. ¿No le gustaba?

—*Carson?*[\[17\]](#) —preguntó él.

Volvió a ofrecérselo y ella negó con la cabeza.

Necesitaba que se vistiera. No había otra ropa para ella y sus guerreros esperaban fuera para partir. Dejó el vestido a sus pies para coger la comida.

Ella lo siguió con la mirada, pero, a veces, se encontraba observando el vestido. Lo rozó con sus dedos y su gesto se relajó. Recordó entonces su ropa; tenía que estar por alguna parte.

—Mi ropa —dijo en voz alta, haciendo que él se volviera con un plato en la mano.

Lo alzó esperando que esas palabras se refieran a la comida, pero ella negó.

—Ropa —repitió.

Kendrick se quedó confuso intentando adivinar qué podía estar diciéndole esa mujer. Iba a ser una dura tarea enterarse de lo que le pedía y sus conversaciones parecían un diálogo de niños.

Lei se levantó cubriendo su cuerpo con la manta como si quisiera protegerlo de él. La sonrisa lo traicionó al aparecer en sus labios; conocía bien ese cuerpo del día anterior y una sencilla manta no podía ocultar la belleza que poseía.

—Una camiseta... unos pantalones... mis zapatos... —gesticuló ella en cada parte de su cuerpo.

Se señaló el cuello y dibujó el contorno de una inexistente camiseta; situó su mano en las caderas y se agachó simulando ponerse algo invisible. Cuando se levantó para mirarlo, sus ojos esperaban entendimiento y éstos se apagaron al ver que no lo había.

Sus hombros se hundieron y Kendrick sintió la tristeza en su propio cuerpo. Se veía tan desvalida y perdida. ¿De dónde había llegado esa pequeña criatura?

Se acercó y recogió el vestido del suelo, sujetándolo para ponérselo. Ella interpuso la mano para impedirle que se lo metiera por la cabeza, pero Kendrick la detuvo antes de lograrlo. Le cogió la muñeca y no apartó la mirada mientras le deslizaba el vestido sobre el cuerpo y la ayudaba a sacar el brazo herido. Cuando la fina tela cayó sobre ella, tiró de la manta para quitársela, haciendo que su ropaje ondeara por la brisa creada.

Fue el momento en que ella rompió el contacto y se fijó en su vestidura. Parecía sorprendida con algo tan sencillo, maravillada después. Se tocó el vestido como si fuera algo delicado y observó cómo daba vueltas sobre sí misma.

—*Briagha*... —susurró él deteniendo a Lei, quien quedó paralizada.

Hermosa... acababa de decirle hermosa. ¿A ella? Su mirada no la abandonaba, sino que estaba comiéndosela con los ojos. En cuestión de segundos se encontraba frente a ella, apartándole uno de sus mechones de la cara.

Lei se mordió el labio inferior y los ojos de él siguieron con expectación el movimiento, cómo la lengua había ayudado a entrar el labio en su boca y los dientes lo presionan, escondiéndolo. Le rozó con sus manos el labio y ella los entreabrió, dejándose seducir. Se inclinó para besar ese fruto que le ofrecían cuando la tela de la tienda se movió.

—Milord, se están impacientando —avisó un niño de no más de trece años.

Kendrick gruñó por la interrupción y se apartó un poco. Ella se asomó para ver quién había entrado.

—Decidles que salimos en breve. Podéis empezar a desmontar todo esto.

—Sí, señor.

Desapareció corriendo del lugar y enseguida varios guerreros y sirvientes llegaron para ir despejando la tienda.

—*A bheil an t-acras oirbh?*^[18] —preguntó mostrándole el plato con comida. Ella lo miró y abrió la boca titubeante.

—*Tha*...

Lei se vio recompensada con una sonrisa y el plato de comida. Correspondió a la primera y cogió un poco de carne fría del segundo, comiéndola con cuidado. No quería volver a vomitar y aún no se sentía demasiado bien. No recordaba qué podía haberle sentado mal para haber devuelto, pero, teniendo en cuenta que estaba metida en un buen lío, cualquier cosa podía ser.

Tragó despacio contemplando el ir y venir de personas que vaciaron en minutos toda la tienda. Kendrick la cogió del codo, llevándola hacia fuera y, cuando salió, vislumbró una gran multitud. Muchos iban a caballo, otros, a su lado, hablando o haciendo otras cosas menos habituales en un sitio público.

El olor era intenso e hizo que arrugara la nariz hasta que se acostumbró a él. No se veían casas cerca, como si fuera un campamento del que ahora sólo quedaba la tienda que estaban desmontando.

Kendrick se separó de ella y fue hasta un caballo enorme de color negro azulado. Sus ojos negros la miraron, asustándola. ¡Era enorme! Dos hombres mantenían las riendas sujetas mientras el animal se removía inquieto. Sin embargo, fue susurrarle unas palabras él y el caballo se calmó. Permitted que lo acariciara y lo condujera hasta donde él quería, dejando impresionada a Lei. Se veían hermosos los dos, dos demonios disfrazados de ángeles.

Con un estilo elegante, subió al caballo y controló los movimientos para acercarse a ella y ofrecerle la mano.

—Oh, no... ni hablar... —retrocedió apartando la mano de él—. Yo no me monto ni voy a ninguna parte.

—*Chan eil mi a' tuigsinn.*[\[19\]](#)

—Mira, ya sé que has dicho algo con «no», seguramente que no me entiendes, pero no pienso ir a ningún lado contigo. Tengo que encontrar la forma de volver a mi tiempo... Si no estoy muerta y alucinando, claro.

Kendrick la miró sin saber qué hacer. Por todos los cielos, estaba hablándole y no comprendía absolutamente nada. Sólo sabía que esa mujer iba a echar a correr en cualquier momento.

Drough se acercó a él.

—¿Se puede saber qué pasa? La gente se impacienta.

—La mujer no quiere subir.

Miró a Lei y arqueó una ceja.

—Está hablando.

—Decidme algo que no sepa.

—¿Estáis seguro de que no preferís dejarla con Macbeth? Quizá él sepa hacerle entender algo. O que mantenga la boca cerrada.

—No —gruñó—. Su vida me pertenece.

Espoleó a su caballo para acercarse, pero ella volvió a retroceder, lo miró a los ojos y echó a correr.

—¡Cogedla! —gritó, y varios guerreros se interpusieron en su camino, sonriéndole e incitándola a tratar de pasar entre ellos.

—¡Quiero irme a casa! —chilló ella corriendo hacia otro lado, donde más guerreros la esperaban.

Intentó cambiar la dirección, pero sus pies resbalaron y cayó al suelo,

lastimándose en el hombro.

—Maldición... —masculló Kendrick bajando del caballo y acercándose mientras avisaba al resto de que no la tocaran.

Se arrodilló a su lado y la enderezó para comprobar la herida. Dio instrucciones y pronto le trajeron un trozo de tela que colocó a modo de cabestrillo para el brazo. De esa manera se cercioraba de que no lo moviera y la herida no se abriera.

La levantó del suelo agarrándola de la cintura y le calzó uno de los zapatos que había pedido. Después tiró de ella hacia su caballo, pero Lei se soltó de su agarre y trató de escapar de nuevo.

Kendrick levantó los brazos al cielo mientras varios de sus hombres se reían.

—¡Por todos los dioses, traed una cuerda!

Capítulo 5

Sentía la mirada fija de Kendrick cuando se volvía a observarla, pero ella no se dignaba a cruzar sus ojos con los de él. ¡Se había atrevido a atarla! Al menos sólo lo estaba por la muñeca, y la cuerda era lo bastante larga como para dejarle espacio y apartarse de él. El problema era que estaba unida a la montura del caballo y no podía soltarse debido a la forma en que había sido amarrada.

Ella no quiso montarse en el caballo y al final, quizá para que desistiera de su resistencia, había ideado ese plan y echado a andar tirando de ella. Si esperaba que se cansara y le dijera algo, podía esperar sentado, porque no le importaba caminar.

El caballo de Drough se situó al lado del de Kendrick, y el guerrero arqueó su cuerpo para susurrarle algo al oído. Echó la vista atrás de nuevo hacia ella para ver cómo iba.

—¿Tenéis sed? —le preguntó en gaélico esperando que entendiera una pregunta que ya otras veces le había hecho.

Sin levantar la cabeza, ella negó.

—¿Vais a tenerla todo el camino así? Llevamos casi dos horas y hace mucho calor.

—¿Y qué hago? No tengo ganas de que me rompa los tímpanos con sus gritos. Ya la oísteis cuando intenté hacerla montar.

—Sí, oírse, se ha oído —convino pasándose la mano por el pelo.

Después de atraparla por segunda vez y sujetarla, trató de subirla al caballo, pero empezó a gritar y patalear tanto que temió quedarse sordo. Sólo cuando la bajó y separó del animal, se calló y, como en el carro no podía ir porque iban los heridos y no se fiaba de las intenciones y las manos de algunos, optó por atarle la mano sana con la cuerda y el otro extremo a su silla en un intento por romper su resistencia y que permitiera

llevarla en su montura.

Sin embargo, no había salido como esperaba. Lei no abría la boca y el tiempo pasaba, poniéndolo más nervioso por preocuparse sobre su estado. Era una mujer, no podía aguantar tanto bajo el sol asfixiante. Sus propios hombres estaban cubiertos de sudor e iban a caballo.

Oyó que Lei emitía un sonido extraño y se volvió, para verla de pie. No andaba y miraba a su alrededor como si buscara algo. Detuvo su caballo y Drough hizo lo mismo, fijándose en la muchacha.

—¿Qué pasa?

—No lo sé.

La mirada de Lei por fin buscó la suya.

—Baño —murmuró ella.

Kendrick no comprendió esa palabra y su gesto de indiferencia no pasó inadvertido para Lei.

—Un baño... necesito un baño.

—¿Ahora qué quiere?

—¿Creéis que estaría aquí contemplándola como un estúpido si supiera lo que pide?

—¡Un baño! ¡*Toilet, bain, bagno!* ¡Tengo que ir al baño! —exclamó asustando a algunos caballos.

—Creo que es algo importante. ¿Se habrá hecho daño?

—No, no se ha caído ni nada, la he vigilado.

—Sí, pues algo le pasa... —puntualizó Drough viendo cómo se movía.

Lei se cruzó de piernas y se inclinó hacia delante apretando con fuerza los ojos y las piernas. Si no se aliviaba pronto, acabaría haciéndoselo delante de ellos.

—¡Pis! —gritó roja como un tomate maduro esperando que esa palabra sí la entendieran.

Drough estalló en carcajadas junto a Kendrick cuando reconoció lo que su cuerpo estaba indicándoles. Varios hombres se volvieron hacia ellos y rieron acompañando a Drough. Lei, por su parte, se veía aún más avergonzada y a punto de llorar.

—¡Basta ya! —vociferó acallando las bromas en un momento.

Suspiró bajando del caballo y desatando la cuerda de la silla mientras la recogía en sus manos. La sujetó por el codo y la llevó al interior del bosque, lejos de miradas indiscretas.

La empujó un poco hacia delante y ambos se quedaron inmóviles. Lei volvió a apretar los muslos para contenerse, mordiéndose el labio. Lo miró como si esperara algo más y, cuando no se movió, se enfadó.

—Fuera —dijo señalándole hacia otra parte del bosque.

Oh, no, no pensaba irse. Negó con la cabeza.

—Fuera —repitió.

Él se cruzó de brazos.

Lei quiso dar un paso hacia él, pero las ganas que tenía de aliviarse eran demasiadas y finalmente desistió. Tiró de la cuerda para alejarse lo que daba la longitud de la misma, liberó su brazo herido y se levantó el vestido. Cogió la cinturilla de las bragas y tiró hacia abajo, agachándose. Ya se había puesto en ridículo gritando esa palabra infantil, no le quedaba mucha dignidad.

Suspiró aliviada cuando su vejiga se vació como si fuera lo mejor que le había pasado en el día. Cuando se sintió bien, observó sus bragas... sólo que ésas no eran suyas. Los paños que llevaba estaban un poco manchados con lo último de su menstruación, pero lo que más le urgía era saber qué había pasado.

—No... no habrá sido capaz... —Se volvió hacia él con los ojos abiertos, consciente de cómo había acabado cuando el cuerpo de ese hombre cayó sobre ella.

No estaba manchada de sangre, lo que quería decir...

—¿¡Me has bañado!?! —le espetó.

Kendrick frunció el ceño y dio un paso hacia ella, preocupado.

—¡No! ¡¡No te acerques!! —le gritó subiéndose con rapidez la ropa y bajándose el vestido.

Kendrick no le hizo caso, así que corrió hacia él poniéndole las manos sobre su pecho para impedir que avanzara. Su contacto fue tan electrizante que los paralizó a los dos. Ninguno se movía, manteniendo la unión, al menos hasta que ella vio sobresalir algo de su pecho, algo de color negro.

—¡Mi sujetador! —gritó alargando la mano para cogerlo.

Kendrick la retuvo antes de alcanzarlo.

—¡Es mío! ¡¡Devuélvemelo!!

Así que esa pieza tenía un nombre extraño... Vio los intentos de Lei por arrebatarse el tesoro que guardaba bajo su túnica, lejos de sus propios hombres para evitar que lo vieran, y sonrió ante la furia de esa mujer por

recuperarlo. Era toda una caja de sorpresas.

Posó las manos sobre la cintura de ella y la levantó sin esfuerzo, echándosela a los hombros a pesar de sus protestas. Lei trató de enderezarse apoyándose en su hombro y arqueándose para liberarse, cuando sintió el golpe en sus nalgas.

—¡Me has pegado! —acusó quedándose quieta de repente.

—*Tha* —respondió como si entendiera lo que le preguntaba.

Volvió a moverse y otra palmada cayó en su trasero, haciendo que jadeara.

Lei bufó derrotada y se quedó quieta mientras Kendrick volvía con sus hombros. Al menos tenía una bonita vista de su trasero. La próxima vez que él le hiciera algo así, ella se encargaría de devolvérselo, pensó sonriendo para sí.

Salieron del bosque ante la atenta mirada de los hombres y la dejó en el suelo cerca de su caballo. Subió al mismo sin perder tiempo y le dio la mano para ayudarla a montar. Aún llevaba la cuerda en la mano.

—No —dijo cruzándose de brazos a pesar de hacer una mueca de dolor y tener que descruzarlos enseguida.

Resopló desesperado y ató el extremo a la silla, espoleando luego al caballo para avanzar. Si no quería ir más cómoda, allá ella. Ya se cansaría en algún momento del viaje. Vería entonces si le ofrecía o no un lugar en su caballo.

Durante todo el trayecto, Lei no se quejó ni una sola vez. Miraba alrededor como si fuera nuevo para ella y se quedaba prendada con algunos paisajes. ¿Acaso, de donde venía, las tierras no eran de esa manera?

Habían parado para almorzar y no se había quejado de la comida que Kendrick le había ofrecido. Había aprovechado para enseñarle palabras cada vez que cogía algún alimento y ella, a cambio, las repetía en su idioma. Al menos avanzaban algo.

Antes de proseguir el viaje, Kendrick revisó el vendaje, limpiándole la herida del sudor que tenía su cuerpo. El sol en lo alto no daba tregua con el calor y por eso el viaje estaba yendo despacio, además de por no querer montar a caballo.

Le había ofrecido de nuevo montar y ella había vuelto a rechazarlo. Cansado de esa negativa, aumentó el ritmo de la marcha esperando que se cansara, pero, tras ver cómo caía por tercera vez y se levantaba para

seguir el ritmo, decidió retrasarse de sus hombres para ir a un paso lento y que ella recuperara las fuerzas.

—¿Y si nunca ha montado a caballo? —expuso Drough.

Estaban sentados en un tronco descansando del día que habían tenido mientras algunos sirvientes y guerreros levantaban las tiendas para pasar la noche. Kendrick miró hacia Lei, quien tenía entre las manos un vaso y una jarra al lado. Era la segunda que le había llevado.

—No le pido que monte sola, Drough.

—Pues, entonces, les tiene miedo... Cualquiera le tendría miedo a tu bestia, Kendrick. —Éste sonrió. Sabía que muchos temían a su caballo y el carácter que se gastaba el pobre con cualquiera que se acercara.

—Aun así, os habría aceptado a vos —replicó recordándole que él también lo había intentado en un par de ocasiones.

—Pues, como sigamos a este ritmo, no llegaremos en menos de cuatro días.

—Ya lo sé. Pero si la fuerzo...

—Sí, sí, no queréis que os deje sordo. ¿Y si la amordazamos?

—¿Con qué clase de mujeres habéis tratado? ¿Tratáis así a la vuestra?

—Mi mujer y yo nos entendemos. En cambio, ella no sabe ni de lo que hablamos, no nos entiende. De alguna forma tendrá que aprender.

Un chico pasó corriendo por medio de ellos con varias manzanas en las manos. Tropezó con una piedra y cayó al suelo, desperdigándolas.

—Por Dios, eso era parte de la cena... —suspiró Drough haciendo un amago de levantarse.

El brazo de Kendrick lo retuvo.

—Mira —instó.

Lei estaba en el suelo recogiendo una de las manzanas. Se levantó y se acercó al chico, ofreciéndosela. Éste la miró sin saber si cogerla o no; decidido a no intimidarse, tomó la fruta de su mano y le dio las gracias. Ella sólo sonrió e inclinó la cabeza como si hubiera entendido.

—¿Qué queréis decirme con eso?

—Que puede aprender sin ser bruscos con ella.

—Esa mujer se os ha metido en los pantalones, Kendrick —resopló él levantándose para encargarse de sus tareas.

Lei se dio cuenta de que los hombres empezaban a quedarse dormidos por todo el campamento sin importarles estar al aire libre. Simplemente caían rendidos en el suelo y, al poco tiempo, roncaban como

si llevaran horas durmiendo. Se frotó los ojos para apartarse el sueño que tenía cuando sintió la mirada de Kendrick clavada en ella.

Había algo en ese hombre que la llamaba, lo sentía como un roce en toda su piel. La oscuridad le confería mayor brillo a sus ojos y tener apoyada la cabeza sobre su brazo en un gesto despreocupado lo hacía más sensual.

El pulso empezó a acelerársele y los labios se le secaron. Se los mojó con la lengua, pero eso sólo hizo que Kendrick se viera más voraz. ¿Cómo podía estar un hombre como él fijándose en alguien como ella? Pero luego pensó que era normal: no había ninguna mujer allí. A falta de una bonita, ella le servía. Iba listo.

Lo siguió mientras se levantaba y acercaba a ella. ¿Qué pretendía? Se plantó delante y la cogió del brazo, levantándola de un tirón para llevarla hasta una tienda. Ella clavó sus talones en la tierra y tiró con todo su cuerpo hacia atrás, asustada. ¿Iba a forzarla? Ni hablar, haría lo posible por resistirse.

Kendrick se volvió sin entender qué pasaba ahora. Sólo quería que se fuera a dormir a la tienda, donde estaría protegida de los otros hombres. Estaba pálida y luchaba como si le fuera la vida en ello.

La empujó de nuevo, consiguiendo que arrastrara los pies unos centímetros antes de que empezara a gritar. Se abalanzó sobre ella para taparle la boca, evitando que despertara a todos con una alerta inexistente, y la reprendió con la mirada. Pareció ser suficiente, porque dejó de emitir sonido alguno.

Liberó poco a poco su boca, recreándose en el aliento que salía de su interior rozándole la mano. Estaba tan caliente que podía quemarse con él. Lei quiso aprovechar ese desliz para escapar, pero no le dio ni una fracción de segundo antes de cogerla y echársela al hombro de nuevo, golpeándola en las nalgas por no estarse quieta. Lo que no esperaba era que ella, desde detrás, también le arreará.

Se quedó sorprendido al sentir la mano de Lei caer sobre su trasero y, en un pronto, la bajó de ahí y la empujó hacia un tronco, apresándola con su cuerpo. Le cogió el cuello y alzó con su mano la cabeza para inclinarse a besar ese fruto que eran sus labios. Ella gimió nada más rozarle los labios, lo que hizo que sus ansias crecieran y presionara con más fuerza, instándola a abrirlos, a permitirle entrar en su boca.

Ella lo rechazó, trató de librarse de él y, cuando vio que sus intentos

eran fútiles, le hizo pensar que ganaba, pero Kendrick se encontró con que ella lo empujaba con su lengua, prohibiéndole el paso. Si quería batalla, iba a tenerla.

Gruñó entre sus labios y la empujó con su cuerpo, encerrándola más entre el árbol y él. Sus pechos se rozaban con el torso de Kendrick, su centro palpitaba al sentir el calor que emanaba su miembro agujerándole el vientre. Trató de rechazarlo, de apartarlo para tener espacio, pero era como intentar mover una roca.

Los embistes que hacía iban demoliendo la poca resistencia que le ofrecía, colmada como estaba de esa pasión. Finalmente Kendrick logró entrar en su cavidad y gimió en señal de victoria recorriendo su boca, saboreándola con ferocidad, como un manjar que tuviera que degustar.

En un instante, el dolor le hizo gemir y retirarse. La miró sorprendido y se tocó el labio. Una pequeña mancha de sangre le humedeció el dedo.

Lei lo miraba asustada por la reacción que podía tener. ¿Iba a golpearla? ¿A llevársela a la tienda? Comenzó a temblar sin poder remediarlo. Por supuesto que el beso le había gustado; nadie la había besado como él lo hacía y sentía las piernas de gelatina, pero tenía que volver a casa, no podía enamorarse de él, no pertenecía a... a donde fuera que estuviera.

Kendrick volvió a levantar la mano e, instintivamente, Lei cerró los ojos y se encogió, esperando el golpe, pero, en lugar de eso, una caricia en sus labios la sorprendió. Abrió los ojos confundida y supo que estaba limpiándole la sangre que había quedado.

—Lo siento —susurró.

Él se detuvo y asintió con la cabeza. La dejó un momento apoyada sobre el árbol y cogió una manta, señalándole la tienda. ¿Sólo había querido que se fuera a dormir? Era una tonta por creer que él y ella... ¿Por qué le dolía el corazón al pensar en eso?

Avanzó siguiéndolo hasta la tienda. Sólo había un montón de telas que hacían la vez de cama y nada más. Al fin y al cabo, sólo iban a pasar la noche allí.

Se las señaló para que fuera hacia ellas y así lo hizo. Él, por su parte, se puso al otro lado y agarró la cuerda que aún tenía ella atada a la muñeca. Se la pasó por la cintura y la anudó ante la mirada atónita de Lei.

—¿Vas a dormir aquí? —preguntó.

Kendrick torció la cabeza sin comprender. Miró entonces cómo juntaba sus manos y las ponía en un lado de la cara para simular que dormía. Le preguntaba si iba a dormir.

—*Tha*.

—¿¡Aquí!?! —chilló ella. Tuvo que hacer señas hasta que él entendió que preguntaba si dormiría allí y asintió.

Cogió entonces la cuerda e intentó desatarse, pero era imposible. Los nudos que tenía sólo podían ser liberados por un experto.

Kendrick le dio la espalda a pesar de las llamadas de atención de Lei.

—No puedo dormir si tú estás ahí... —masculló ella sentada sobre lo que iba a ser su cama, las piernas encogidas y abrazadas con sus manos.

No pasaron ni veinte minutos cuando el arrullo de la voz de ella llamándolo le sacó de su ensoñación.

—Kendrick... —susurró.

—¿Humm?

—Baño... —Kendrick se volvió hacia ella y vio que seguía en la misma postura—. Baño... —Recordaba esa palabra en sus labios. La vio mirar hacia otro lado y, si hubiera habido luz, sonrojarse—. Pis...

Kendrick arqueó las cejas.

—¿Pis?

—¡Pis! —exclamó más fuerte con la voz temblorosa.

Se levantó de golpe del suelo tirando de la cuerda, desestabilizando a Lei.

—¡Condenada mujer! —gritó en un idioma que Lei no entendía—. ¡Podíais haberlo dicho antes de haberme atado a vos! —añadió intentando desatar la cuerda para que pudiera ir a aliviarse.

Capítulo 6

Kendrick fue despertando poco a poco, adaptándose a la luz del día que empezaba. Se giró y arqueó las cejas. Lei estaba sentada justo en la misma postura que había tomado después de volver del bosque.

—¿Lei?

Ésta levantó la cabeza de inmediato, mirándolo. Tenía ojeras y algo le decía que no había dormido.

—¿Has dormido?

Hizo el mismo gesto que ella para decirle que le preguntaba sobre si había dormido y ella negó. No entendía el motivo, ¿acaso no se sentía segura? Sonrió al recordar el beso de esa noche. Cuando ella lo golpeó sin pensar, todo su cuerpo se había estremecido de placer por esa mujer y no pudo soportar tenerla cerca y no enterrarse de algún modo en ella. Su cuerpo lleno de curvas era un delicioso premio del que estaría dispuesto a apropiarse; pero no iba a tratarla como un mero objeto. Era una mujer, se merecía algo de respeto, el mismo que su padre había tenido por su madre, el que él quería ofrecerle a la que fuera su esposa.

Se puso de pie y desató la cuerda, dejándola luego en el suelo. Observó cómo la miraba, pero no hizo amago de cogerla. Quería ver si podía confiar. Salió de la tienda en busca de agua y algo de comida para emprender el viaje cuanto antes.

Sola... estaba sola. Y libre. Debía levantarse y escapar antes de que la arrastraran más lejos de donde se suponía había llegado. Quizá si volvía al mismo sitio... Pero estaba cansada. Durante toda la noche, lo único que había hecho era mirar a Kendrick, disfrutar de sus movimientos mientras dormía, deleitarse en sus formas.

Se levantó para estirar los músculos y se compadeció de sí misma. Le dolía todo el cuerpo del día anterior y, al no descansar, parecía que todo le pesaba el doble. Bostezó sin poder evitarlo e intentó espantarse el sueño frotándose los ojos con los puños. ¿Dónde se dirigían? No tenía ni idea, porque, aunque los escuchaba hablar, sólo algunas palabras conocidas por los libros le sonaban. Encima ella no sabía casi nada de la historia de Escocia. ¿Era Kendrick alguien importante? Macbeth, que era uno de los nombres que reconocía, si lo había sido. Pero no conocía su verdadera historia. ¿En qué año estarían? ¿Habría más guerras?

Saber que Kendrick participaba en ellas hizo que su corazón protestara. ¿Podía morir en alguna de ellas? Por alguna razón, ese desconocimiento la angustiaba, no quería que le pasara nada malo, a él no...

La tela de la tienda se movió y Kendrick entró, empapado, con un cuenco lleno de agua en una mano y un plato y un vaso en otra con algo de fruta y carne fría. Tampoco parecía haber mucho más para comer en ese lugar.

—*A bheil gu math?*

Las frases ya repetidas no le eran difíciles de identificar y ésa la conocía.

—*Tha.*

No parecía muy conforme. Veía la incertidumbre en el rostro, la preocupación por algo nuevo que la angustiaba más que otra cosa, pero no quiso insistir y le ofreció a cambio el cuenco. Ella sabía que era para lavarse, así que lo cogió y lo puso en el suelo para usar las dos manos y echarse agua sobre la cara e intentar despertarse.

Atisbó a ver cómo le dejaba el plato y el vaso en el suelo a su lado y salía de nuevo. No tardó mucho en regresar con una nueva muda para la herida y algo para que se secase.

Una vez terminada de asearse, comer y ver cómo todos recogían, fue hora de montar en los caballos y reemprender la marcha. Y como el día anterior, Lei se negó a subir a cualquier animal. Kendrick tuvo que desistir y volver a atarla, a pesar de no haber intentado escapar cuando la dejó sola.

Durante la mitad de la mañana, Lei anduvo junto al caballo de Kendrick al mismo paso que le marcaban los demás. Sin embargo, cuando el sol estaba en su cénit, un golpe en la grupa del animal le hizo darse la

vuelta y observar que ésta se tambaleaba y apoyaba en el anca. Tenía los ojos cerrados, pero seguía andando como podía.

A sabiendas de que no la dejaría montar si él desmontaba y la subía, fue disminuyendo la distancia hasta que su mano le rozó la pierna. Fue entonces cuando se inclinó y la alzó hasta sentarla delante de él, la cabeza sobre su hombro.

La miró esperando que empezara a gritar, pero apenas podía mantenerse despierta. Abrió la boca para decirle algo, pero el cansancio la venció y se quedó dormida en segundos. La acomodó lo mejor que pudo y alentó a los demás para que el paso se acelerara. Ahora que estaba dormida y no iba a protestar, aprovecharía para sacar unas cuantas millas de ventaja.

Kendrick no detuvo a sus hombres hasta que Lei dio muestras de empezar a despertarse, cuando el sol ya terminaba su día. Encontró un bonito lugar para quedarse a dormir, cerca de un lago donde la humedad del lugar podría ofrecerles algo de frescor durante la calurosa noche.

Condujo a su caballo hasta un árbol algo alejado del campamento y bajó con Lei en sus brazos. La recostó en el suelo, donde la cercanía del agua junto a la brisa aliviaban el calor, y se ocupó de su montura, dándole agua y cepillándola para relajar los músculos. Aún quedaba bastante trayecto de por medio y necesitaba llegar cuanto antes a su hogar para expulsar a los soldados de Duncan, así como para que los heridos que llevaban consigo recibieran los cuidados que precisaban.

Afortunadamente no estaban demasiado graves. Sólo dos de ellos seguían estando mal; los demás podían mantenerse en pie y charlaban con otros cada poco tiempo. El sanador que había llevado se ocupaba de los heridos con diligencia, cuidando de todos los hombres, pero sabía que ellos necesitarían reposo tras los meses de batallas que habían vivido.

Ahora que la guerra se saldaba con la victoria del rey Macbeth, los tiempos tranquilos llegarían y muchos se asentarían como esposos y padres. También él debía tener eso en mente y contempló a Lei, dormida sobre la hierba verde como si nada le preocupara. Sintió el deseo de tumbarse a su lado y aferrarla a él para no perderla de vista. Macbeth había decretado que era suya y, en el poco tiempo que llevaba con él, el sentimiento de posesividad crecía.

Suya. No podía ser de nadie más. Pero ¿aceptaría ser desposada? No tenía dudas del deseo que sentía por él, tras la inspección que ella le hizo cuando se quitó la túnica y percibió su forma de mirarlo.

—Kendrick —llamó Drough. Cuando se dio la vuelta, éste subía por la pequeña colina hacia él.

—¿Qué pasa?

—¿Está bien? —preguntó señalando con la cabeza a Lei.

—Sí, se despertará dentro de poco.

—Necesito que vengáis. Nos han informado de que hay ladrones por esta zona y me temo que pueden atacarnos.

Kendrick se acercó a él y empezaron a bajar la colina juntos, haciendo planes sobre las guardias que debían llevarse a cabo y dando órdenes sobre la comida y los víveres que aún conservaban. Si los ladrones osaban aparecer, se llevarían una buena sorpresa.

Alguien estaba tirándole del pelo y, a pesar de los manotazos que daba, no parecían captar el mensaje de que la dejaran en paz. Movi6 la cabeza para encontrarse con el hocico del gigantesco caballo de Kendrick, demasiado cerca para su gusto.

Se incorpor6 lo m6s r6pido que pudo, alej6ndose de 6l. Sus ojos la miraban de manera extraña.

—Oye, tranquilo, muchacho, que no soy comida.

El caballo buf6 demasiado fuerte y pudo sentir el aire que expuls6.

—Tampoco tengo comida, si es lo que buscas.

Observ6 entonces el lugar y divis6 el campamento. ¿Por qu6 estaba tan lejos de ellos? La brisa le azot6 la melena y el vestido. Se dio la vuelta y atisb6 el lago que estaba iluminado parcialmente por la luz de la luna y los 6ltimos rastros del sol.

—Vaya, esto s6 que es precioso. Y la temperatura es m6s suave aqu6.

Como si el caballo la entendiera, pate6 el suelo y rasc6 con sus pezuñas. Ella lo mir6 mientras hac6a eso.

—S6, la hierba tambi6n parece m6s fresca y jugosa que en otros sitios.

Se aventur6 a agacharse y arranc6 un puñado de hierba. Estaba fresca al tacto y ol6a a verdor. Se la acerc6 al animal con mano temblorosa.

—No me vayas a morder, ¿vale?

El caballo olisqueó su mano antes de sacar la lengua y usarla para tragar la comida que le ofrecía. Era una sensación pegajosa, pero, de algún modo, le hacía cosquillas ese trozo de carne y los labios buscando más alimento mientras respiraba.

—Vale, chico, tendrás toda la hierba que quieras. Seguro que Kendrick te ha dejado aquí por eso. —Miró alrededor—. Por cierto, ¿dónde está tu dueño?

Recogió la cuerda esperando que estuviera atada a algún sitio, pero no fue así.

—Vaya, o se ha olvidado de mí o ha pensado que no soy tan idiota como para montarte sola... o irme en plena noche.

Bajó la colina hacia el lago y se descalzó para meter los pies en él. El agua estaba fresquita, pero notaba su cuerpo sucio y sudado y ese líquido limpio y cristalino la invitaba a bañarse y nadar en él.

—Oye, chico, hagamos un trato. Tú me avisas si alguno de esos grandullones se acerca y, a cambio, mañana prometo darte una manzana. ¿De acuerdo?

Comenzó a asentir con la cabeza con brío, agitando con ello sus crines.

—Tomaré eso como un sí.

Se alejó algo más y encontró unos arbustos donde pudo quitarse el vestido. Se dejó las bragas y se precipitó al agua, soltando un suspiro de alivio al notarla alrededor de su cuerpo. Era el paraíso. Se hundió para mojarse la cara y la cabeza y nadó lo que pudo teniendo en cuenta la herida. Finalmente acabó haciendo el muerto, cerrando los ojos y dejándose llevar por la corriente.

Había tardado más de lo que pensaba en organizar a sus hombres y modificar la instalación del campamento para enfrentarse a un ataque. Que el día anterior no sufrieran uno no quería decir que, cuanto más lejos estuvieran de donde Duncan había gobernado, menos asaltantes encontrarían.

—Espero que no sean los mismos que quisieron robarnos a la ida... —masculló recordando las luchas ocurridas de camino al encuentro de Macbeth.

Vislumbraba la colina y el árbol, pero no las figuras que esperaba

encontrar.

—¿Dónde demonios está? —preguntó en voz alta—. ¿Y mi caballo?

Aceleró el paso pensando en lo peor, maldiciéndose por no haberla atado. Llegó hasta arriba, apoyó la mano sobre el tronco y oteó para encontrar algún rastro. Entonces la vio, su figura flotando tranquilamente en el lago.

En la orilla, su caballo tenía las patas metidas en el agua y lo miraba como si le preguntara qué hacía allí.

Sigiloso, se acercó hasta él para acallararlo en caso de que fuera a protestar y volvió a centrarse en ella. Los pechos sobresalían del agua como dos montículos cuyas puntas estaban erectas, supuso que por el efecto de la temperatura en esa zona. Llevaba la ropa interior puesta y el pelo ondeaba alrededor de su cabeza.

Una parte de Kendrick quería arrancarse la ropa y unirse a ella en ese lago, pero otra, su lado racional, le decía que debía ir con cuidado.

Lei se irguió y arqueó hacia delante la espalda, zambulléndose en el agua como si diera una vuelta sobre sí misma, sacando los pies para después hundirse y bucear. Kendrick esperó ansioso verla aparecer, pero no supuso que emergiera como si de una sirena se tratara, sacando la cabeza con rapidez y echándola hacia atrás, los ojos cerrados, la espalda ligeramente arqueada resaltando sus pechos.

No pudo evitar gruñir ante esa visión y el ruido alertó a Lei, quien miró directamente hacia él.

—¡Quedamos en que me avisarías! —gritó enfadada.

Su caballo relinchó en respuesta a lo que Lei había dicho.

—¡Sí, claro! Muchas gracias —bramó ella.

Fantástico; hasta su caballo era capaz de entenderse con ella.

Lei nadó con lentitud hacia la orilla, pero se quedó allí agachada sin salir. Ambos se miraron.

—Fuera... —gruñó ella.

Kendrick buscó en los alrededores el vestido y anduvo hasta él sin prestar atención a la mirada penetrante de Lei. Lo cogió de los arbustos donde estaba y se dio la vuelta para ponerse delante de ella, el vestido extendido entre ambos.

—No puedo salir contigo ahí —rechazó tapándose con las manos los pechos.

Él se encogió de hombros y sonrió. No quería salir; bueno, tenía todo

el tiempo del mundo y el agua se iría enfriando.

El relincho del caballo hizo que ambos se giraran hacia el mismo lado. Vieron aparecer a dos hombres que se quedaron parados al verlos en el lago. Ella se hundió más en el agua, mientras él los fulminaba para que se largaran. Su mirada, hasta entonces cálida y sensual, se transformó en la fría y distante con la que dirigía a sus guerreros, unos muy entrometidos en ese momento.

También su caballo ayudó a echarlos cuando galopó hacia ellos y se detuvo en seco, bufándolos. Al parecer la mujer se había ganado a ese animal arisco en... ¿treinta minutos? Ni siquiera los que se ocupaban de las cuadras eran capaces de enfrentarse a él y esta mujer terca que no se subía a uno por su propia iniciativa lo había domado.

—Lei —llamó alzando el vestido.

Ella lo miró.

—Sal. —Movió la mano para indicarle que saliera.

—¿No puedes irte tú? —preguntó señalándolo.

Él negó y señaló hacia donde se habían marchado los otros.

—Sí, pueden venir más —reconoció.

Kendrick sonrió. Por su tono de voz acababa de ganar. Sin embargo, Lei levantó la cabeza de nuevo, con gesto desafiante. Sonrió ante ella, marcándosele sus hoyuelos, esperando que saliera del agua y contemplar su cuerpo acercarse a él.

—Date la vuelta —dijo entonces haciendo girar su mano en círculos.

La miró boquiabierto. No esperaba que le pidiera eso y blasfemó, maldijo y masculló palabras ininteligibles mientras se giraba y quedaba de espaldas a ella. Estiró el brazo hacia atrás para que pudiera coger el vestido de su mano.

Lei miró a ambos lados antes de ponerse de pie y avanzar hacia Kendrick. Se tapaba los pechos con el brazo herido mientras que con el otro iba a alcanzar el vestido. Necesitaba estar vestida, más delante de ese hombre que le encendía tantas pasiones.

Kendrick supo el momento en el que Lei estaba cerca por el sonido que su cuerpo hacía al salir del agua. Podía embriagarse de su olor y su presencia. Los dedos acariciaron su mano, esperando encontrar el vestido, y notó la humedad de la cuerda en su muñeca. Él se movió más rápido, atrapándola por la cintura y empujándola hacia delante. La tumbó en el suelo debajo de él y observó su rostro lleno de miedo y excitación. Sí, ella

también lo deseaba.

Su piel, fresca y mojada, estaba muy sonrojada, lo que hizo que la propia sangre de él se calentara varios grados más. Dioses, era verdaderamente hermosa. Su pálida piel ahora cubierta por ese toque rojizo le hizo la boca agua. Su respiración se aceleró tanto como la de ella y era incapaz de controlar la protuberancia que se hacía evidente bajo su túnica.

Los ojos de Lei brillaban con una tonalidad ocre y no los apartaba de él, como si la hubiera hechizado, cuando era al contrario. Ella lograba hacerle miles de cosas que no controlaba.

—*Briagha*...[\[20\]](#) —susurró antes de agacharse y besarla en el hombro derecho con suavidad, ya que era donde tenía la herida, para luego seguir un camino hacia su cuello. El sabor del agua del lago se mezclaba con su propia esencia.

Olía a azahar, la flor más pura y antigua que existía. Todo su cuerpo se envolvía en el perfume de esas flores. Y él quería hacerla florecer en ese mismo lugar.

Lei sollozó y Kendrick levantó la cabeza hacia esos ojos brillantes por el ardor de su cuerpo, pero, también, entristecidos por esa palabra. Frunció el ceño sin entender, ¿no sabía lo que esa palabra significaba? Ya se la había dicho antes y creyó, por su reacción, que la entendía.

Acunó su mejilla interrogándola con la mirada y repitió la palabra. Se sorprendió entonces cuando ella negó, dejando escapar sus lágrimas, y sollozó aún más fuerte. Por Dios, ¿creía que le pedía otra cosa? ¿O acaso no sabía lo hermosa que era? La mujer perfecta para cualquier hombre. ¿Nadie se lo había dicho?

Se acercó cubriendo la desnudez de ella, dejando que sintiera la reacción que tenía por verla a su lado, darle pruebas de lo que su belleza hacía en su miembro, cuando los gritos los alertaron.

Todas las alamas se encendieron en Kendrick. Los ladrones atacaban.

Capítulo 7

Barthas atravesó las grandes puertas del castillo Dunsinane, donde Macbeth pretendía instalar su residencia para gobernar toda Escocia. Los sirvientes que allí había se afanaban por limpiar y tirar aquello que no sirviera o que recordara en alguna medida al que, días atrás, fuera su rey, Duncan.

Apretó las manos y endureció el rostro para impedir que éste mostrara lo que de verdad sentía ante su nuevo monarca, un rey que traicionaba por la espalda y asesinaba con los hombres que juraron lealtad y fidelidad a uno ahora caído.

Al menos había logrado salvar a su hijo. Su semblante se relajó difuminando una ligera sonrisa. Malcolm estaba a salvo rumbo a casa de su tío, donde sería instruido para enfrentarse al usurpador que ahora ocupaba el trono que le correspondía por derecho propio. Ya se encargaría él de enseñarle también a quién le debía la vida y quién tuvo que ponerse en peligro para sacarlo de allí antes de que los soldados acabaran con su insignificante existencia.

Miró en derredor hacia los nobles que estaban reunidos para presentar sus respetos al nuevo rey. También él se los daría, pero nunca de corazón. Jamás podría jurar a un regente que accedía al trono a golpe de espada. Pero era necesario estar cerca de ese rey para saber cuándo atacar, preparar un buen plan para sesgar la vida de éste lo más pronto posible antes de que su trasero calentara el trono de Escocia y sumiera al país en un sopor, escondiendo sus intenciones de poder.

Inclinó la cabeza a modo de saludo con aquellos que se encontraba por el camino rumbo a la sala de recepción en la que Macbeth lo había convocado. Seguramente querría saber por qué el laird de Fife enviaba a sus hombres a luchar cuando él no era capaz de ponerse al frente del

mismo. Era un iluso si esperaba una respuesta a esa pregunta.

Los soldados abrieron la puerta, silenciando la conversación que en ese momento se desarrollaba en la sala. Avanzó dentro y observó el lugar: una estancia luminosa con las amplias ventanas desprovistas en ese momento de cortinas que paliaran el eco existente en la sala. Un trono delante de él, unos escalones por encima del suelo, presidía el espacio, dotando a la persona allí sentada de un poder palpable aun a gran distancia.

—Acercaos, Barthas —habló Macbeth desde su trono, sus ojos faltos de calor y cercanía.

Barthas levantó el mentón y se acercó sin llegar a cruzar su mirada con la de él. Sólo cuando estuvo a la altura que era adecuada, hincó la rodilla en el suelo en una reverencia.

—Mi rey...

—¿Vuestro rey? —ironizó—. ¿Desde cuándo soy vuestro rey, Barthas?

—Desde que vencisteis a Duncan en la batalla, milord.

—Oh... esa batalla en la que no tomasteis parte...

—Mis hombres os apoyaron, según tengo entendido.

—Sí. Así es. Vuestro hijo, Gavrin, lideró a los caballeros con una mano inteligente. De no ser por él, muchos de los hombres de Duncan hubieran escapado.

—Me complace serviros. —Se inclinó más para que no viera su rostro enfurecido ante tal acto de su hijo. Ya le ajustaría cuentas cuando lo tuviera bajo su techo.

—¿Acaso habéis venido aquí a solicitar algún premio por el trabajo de vuestros hombres?

—No, milord.

—Mejor. Porque, de ser así, el premio se lo otorgaría a vuestro hijo, no a vos. Fue él quien luchó en la batalla mientras su padre... ¿Qué demonios se supone que estabais haciendo? —rugió levantándose del trono y bajando los escalones para situarse frente a él.

—Me ocupé de otro asunto, milord. La descendencia de Duncan.

—No mataré a un niño, Barthas. Eso es demasiado rastrero hasta para Duncan —siseó él, molesto por la insolencia que estaba oyendo.

—Por ese motivo, señor. Yo me ocupé de él. No causará problemas.

—¿Me estáis diciendo que alzasteis vuestra espada sobre un niño que

no tenía culpa de nada? —bramó echando mano a su espada.

—Milord, todo niño crece. Y si queréis conservar el trono...

—¡¡El trono se conserva con la espada y la fuerza!! —gritó con una voz tan profunda que traspasó los muros de la habitación y silenció todo el castillo, paralizando a los que la escuchaban.

Barthas se encogió ante la demostración de autoridad que acababa de presenciar. Ese hombre era temible cuando quería. Sería un duro oponente para Malcolm cuando fuera tiempo, pero, si lo mermaba antes...

—Suplico vuestro perdón, milord. Esperaba que mi decisión fuera a bien tomada, pero veo que no ha sido así.

—¿Qué pasó con Malcolm?

—Cayó, mi señor.

—¿Tan fácilmente? ¿Sin resistencia por parte de los más allegados al joven príncipe?

—No, milord, por supuesto que hubo resistencia. Yo acabé con ella.

La carcajada de Macbeth encendió por completo la piel de Barthas. El maldito bastardo se reía de él en su cara.

—¿Desde cuándo, Barthas? ¿Cuándo os habéis vuelto tan activo que sois capaz de luchar sin viles trucos? Os conozco, rufián... No seríais capaz de enfrentaros a alguien que no os diera la espalda.

—Quiero demostraros que puedo seros útil, mi rey.

—¿Y cómo pretendéis hacer eso?

—Fife está a vuestra disposición. Podéis disponer de él... Destituidlo de mi gobierno.

Macbeth arqueó una ceja mirándolo detenidamente.

—¿Me estáis diciendo que, si quisiera despojaros de lo que Duncan os otorgó, no tomaríais represalias contra mí?

—Exacto, milord.

—Ponte en pie, quiero oír eso viéndoos los ojos.

Barthas se levantó, quedando a la altura de Macbeth, los dos señores compitiendo con sus miradas.

—Fife es vuestro, sire. Disponed de él como mejor os convenga —repitió sin apartar la mirada.

—Conservaréis Fife como laird, Barthas —sentenció apartándose de él para volver al trono, donde se sentó—. Pero una parte de vuestras ganancias se destinará a Dunsinane. Desde aquí se dividirá para ser enviado a cada uno de los reinos que me apoyaron en la batalla.

—Milord, Fife también participó en tal batalla...

—Pero no su laird. A mi entender, Gavrin tiene más agallas que su propio padre presentando batalla. Por eso él se queda bajo mi cargo, Barthas. Le falta experiencia y, bajo mi mando, la obtendrá.

—¿Me priváis de los beneficios y de mi hijo?

—¿Osáis contradecirme? —gruñó a cambio.

—No...

—Ya podéis retiraros. Y aseguraos de enviar el pago puntualmente todos los meses, Barthas. Si pensáis que no sé que estabais de parte de Duncan y no mía, es que me subestimáis. Sin esos extras no podréis llevar a cabo ninguna estupidez para sublevaros.

—Os equivocáis, milord. No haré nada para desafiaros.

Macbeth despachó con un gesto de la mano a Barthas, quien se dio la vuelta y salió de la sala. En ese instante, su apariencia de indiferencia dejó paso a su verdadero sentimiento: un odio visceral por Macbeth y aquellos seguidores que lo miraban por encima del hombro. Cuando Malcolm llegara al trono, se ocuparía de ellos uno a uno con el beneplácito del rey.

Se alejó por el pasillo enfilando hacia las escaleras y de ahí a las caballerizas. Su hijo Gavrin estaba dando de comer a su caballo, pero, en el momento en que el padre apareció por la puerta, el saco de comida se le escurrió de las manos, volcándolo en el suelo.

Barthas chasqueó la lengua ante la torpeza de su hijo. No era bueno para nada; demasiado débil para luchar, demasiado inútil para servir para algo.

—Tan estúpido como siempre... —le dijo a modo de saludo.

—Padre... pensé que vuestros asuntos os mantendrían lejos algo más de tiempo.

—Como veis, llegué para presentar mis respetos al rey Macbeth —soltó haciendo hincapié en las dos últimas palabras, como si decir las le hiciera querer vomitar.

—¿Hablasteis con Macbeth?

—Sí... Me puso al corriente de vuestra bravura en la batalla —soltó.

—Me dijisteis que mantuviera a la tropa en la guerra... —trató de explicarse.

—Que los mantuvierais, no que hicierais que lucharan a favor de él, despojo... Debí haber dejado que os pudieras con vuestra madre cuando se encerró con vos —escupió—. Está claro que no os he enseñado lo

bastante bien.

Gavrín agachó la cabeza ante las palabras de desprecio de su padre. Estaba acostumbrado a ellas, pero, aun así, dolían.

—Macbeth ha dicho que os quedaréis con él.

—Sí, padre. Si vos lo permitís. Puedo decirle que...

—¡No se os ocurra abrir la boca! —exclamó cogiéndolo de la camisa que llevaba puesta y estampándolo contra la pared de la cuadra. Gavrín afianzó las piernas para no caer al suelo y lo miró con el rostro desencajado.

—Ganaos la confianza de Macbeth, haced algo en la vida por lo que pueda sentirme orgulloso.

—No os entiendo...

—Quiero que me tengáis informado de sus movimientos. Iremos siempre un paso por delante y él no sabrá quién es el traidor.

—Padre, Macbeth puede no ser un mal gobernante.

El gruñido de su padre y su mirada iracunda lo acalló antes de seguir hablando.

—¿Habéis oído algo de Kendrick?

—Salió hace dos días hacia Sutherland. Iba con una mujer.

—¿Una mujer?

Su hijo asintió.

—La llaman la mujer de los cielos porque la vieron caer de él. No saben de dónde ha venido, pero dicen que no habla nuestra lengua. Macbeth se la dio a Kendrick como premio por la victoria de la batalla. ¿Creéis que esa mujer puede ser...?

—Si no es ella quien acaba con él, entonces seré yo... —masculló—. Espero que los hombres que he enviado para darle muerte no erren en tal cometido.

—¿Padre?

—Sacad mi caballo. Regreso a casa antes que quedarme en este lugar con ese usurpador.

—Pero es de noche, padre. Podéis tener un accidente.

—No he pedido vuestra opinión —silenció.

—Sí, padre —claudicó Gavrín yendo hacia el caballo de su progenitor.

—Y procurad comportaros como el noble que sois —añadió—. No quiero volver a encontraros en las caballerizas cuando vuestro lugar está

al lado de Macbeth y los otros nobles.

Capítulo 8

Por un momento, tanto Kendrick como Lei se quedaron paralizados sin saber qué hacer, mirándose el uno al otro a pesar de que los envolvían los gritos de sus hombres, quienes daban la alarma del ataque.

Fue Lei quien sacó de su ensimismamiento a Kendrick. La vio mover los labios, pero no supo lo que le decía. Se levantó, ayudándola a ella. Miró a su alrededor por si había algún rastro de ladrones por la zona mientras Lei se ponía el vestido. Se quejó cuando tuvo que meter el brazo herido por la manga y Kendrick estuvo a su lado para ayudarla, aunque no apartaba su mirada del lugar.

Había demasiadas sombras para dejar a Lei allí y él lo sabía. Pero no podía llevarla al campamento si estaban atacando. Si descubrían que había una mujer con ellos, sería su principal objetivo y, a pesar de no dudar de la capacidad de sus hombres para acabar con unos desgraciados ladrones, no quería ponerla en peligro. Todo su ser le exigía ponerla a salvo lejos de la batalla.

Se fijó entonces en el árbol que había y sopesó la idea de esconderla entre las ramas. Sería el mejor escondite que tendría y nadie se molestaría en mirar hacia arriba si no hacía ruido.

Lei se puso a su lado y miró el campamento. Los hombres corrían y luchaban delante de ellos, defendiéndose de los que atacaban. Era una visión salvaje y llena del rojo de la sangre derramada de los que habían osado entrar en combate con ellos. Jamás había visto matar a un hombre antes, pero, después de ser casi violada y asesinada por uno, no guardaba mucho recelo para ver cómo uno daba muerte a otro cuando ambos estaban jugándose la vida por sus objetivos.

Sintió las grandes manos de Kendrick en su cintura y que era alzada. Ella se agarró a él como pudo, pero, cuando éste le indicó con la cabeza

que agarrara la rama del árbol como si quisiera que trepara, un escalofrío la recorrió. Empezó a negar con la cabeza, mordiéndose el labio inferior mientras Kendrick la levantaba más alto.

—¡No! —gritó ella aferrándose, a pesar del dolor en el hombro, a su cuello. Kendrick se dio cuenta de que temblaba como una hoja.

—*Dè tha ceàrr ort?*[\[21\]](#) —preguntó acariciándole la coronilla.

—Arriba no... —susurró levantando el brazo para señalarle el árbol.

¿Podía ser que tuviera miedo a las alturas? Eso explicaría muchas cosas. Se agachó para que los pies de ella tocaran tierra firme. En ese momento, el agarre de Lei disminuyó y se apartó un poco de él. Sus ojos volvían a tener lágrimas y se vio tentado de cogerle el rostro y no soltarlo hasta haberle secado con su boca cada una de ellas.

—*Seo*[\[22\]](#) —dijo señalándole el lugar. Ella asintió y giró la cabeza para seguir los gritos que se oían en el campamento. Por los dioses, tendría que ocuparse de sus hombres para enseñarles a no gritar como bebés lloricas cuando eran atacados. Le cogió con las dos manos el rostro para centrarlo en él y se inclinó hacia ella—. *Dad ort.*[\[23\]](#)

Posó sus labios con suavidad sobre los de Lei, dejándole sentir sólo una ligera presión antes de soltarla e ir hacia su caballo, al que le susurró algo, y luego salió corriendo rumbo a la batalla, desenvainando su espada.

Lei lo contempló sin poder apartar la vista de su figura. En el instante en el que los hombres lo vieron, los vítores resonaron en la zona y los enemigos se concentraron en llegar hasta él, pero era como si una fuerza los expeliera: la espada de Kendrick acababa uno a uno con ellos sin demorar para enfrentarse al siguiente, y al siguiente. Fueron cayendo poco a poco y, los que quedaron, huyeron de allí con el rabo entre las piernas. La victoria era suya.

Era un hechizo... tenía que serlo. Lei sólo tenía ojos para él. Únicamente podía verlo con la espada, flexionando sus brazos y piernas para enfrentarse a todo aquel que se le pusiera por delante sin temer a la muerte, como el guerrero más fiero que podía existir.

El relincho del caballo de Kendrick hizo que se volviera para ver cómo un extraño trataba de acercarse al animal, seguramente para robarlo. El hombre le susurraba algo que ella no llegaba a entender, pero, por la forma en que iba acortando distancia, eran palabras suaves para ganarse su confianza y atraparlo.

Lei corrió hacia ellos sin pensar y se encontró con la mirada del

hombre, que hizo que se detuviera. Le sonreía como si el caballo ya no le interesara, toda su atención centrada en ella.

—Mierda... —masculló retrocediendo unos pasos.

La lujuria de ese ladronzuelo hizo que se sintiera desnuda aun cuando llevaba el vestido puesto. Era consciente de la humedad en el mismo, pegado a su cuerpo y dejando poco a la imaginación, pero, por alguna razón, se negaba a cubrirse, a ser un blanco más fácil de atrapar. Si tenía las manos libres podría pelear con él.

El caballo pateó el suelo y trató de interponerse entre ella y él, pero el hombre blandió su espada y Lei tuvo miedo de que saliera herido.

—¡Ve a buscar a Kendrick! —le gritó al cuadrúpedo.

En ese instante el bandido la miró desconcertado, seguramente por su idioma. Bien, podía entretenerlo de esa forma hasta que Kendrick llegara.

—¡Ve! —insistió.

Éste salió al galope colina abajo, esperaba que para buscar entre los guerreros a su dueño, y Lei se centró en el enemigo que tenía delante. Era tan alto como ella, y delgado. Por lo que logró vislumbrar gracias a la luz de la luna, vio que no tenía tantos músculos como los guerreros y que le faltaban varios dientes. Su ropa estaba desgarrada y sucia, y llevaba un gorro en la cabeza, aunque no entendía por qué, con el calor de esos días.

—Bueno, qué tal si ahora te quedas quietecito mientras viene Kendrick, ¿vale?

El hombre torció la cabeza y la miró de forma extraña.

—Sí, ya sé, mi lengua es rara para ti y no te estás enterando de nada, así que podría decirte que eres un saco de mierda y te quedarías tan tranquilo, ¿verdad?

Lei no pudo evitar sonreír ante su descaro. Hablar una lengua que no era entendida podía servir para desahogarse un poco, aunque fuera en una situación como esa.

Cuando vio que daba un paso hacia delante, Lei retrocedió dos, anteponiendo los brazos. El hombro derecho se quejó por el movimiento, seguramente por el frío del agua del lago, pero no quiso dar señales de debilidad ante él.

—Mira, las cosas pueden ponerse muy feas si me atacas. Por si no lo sabes, los de ahí abajo están acabando con tu gente —señaló colina abajo, donde se oían gritos de júbilo.

El otro frunció el ceño, como si se hubiera dado cuenta en ese

instante de que estaba en clara desventaja, con sus compañeros huyendo, y la miró con furia.

—Oye, que yo no tengo la culpa. Quien se metió en la boca del lobo fuisteis vosotros.

Volvió a avanzar hacia ella y Lei retrocedió. No parecía que se fuera a detener esta vez. Bien, algo tendría que hacer, porque aún no había rastro de Kendrick. Se fijó en la cuerda atada a su muñeca; aún estaba húmeda.

Comenzó a recogerla con prisa mientras el hombre la observaba contrariado y después se echaba a reír. Al tenerla atada en la mano izquierda, le iba a dificultar manipularla, pero no iba a dejar que ese tipo se le acercara con esa clase de intenciones.

Cuando estaba cerca de ella, Lei lanzó la cuerda lo más fuerte que pudo con ambas manos, haciendo que ésta pareciera un látigo, y el extremo de la misma impactó de lleno contra la mano del hombre, quien siseó por el dolor y soltó su espada.

—Te lo advertí —murmuró apretando los dientes. El tirón que había dado hizo que un relampagueo de dolor le nublara la visión por un momento y que el hombro le ardiera.

Volvió a coger la cuerda, preparándose para golpearlo de nuevo. El otro no se molestó en coger la espada, sino que la miraba de una forma encolerizada.

—Por Dios, ¿dónde demonios está Kendrick? —susurró para sí. Estaba muerta de miedo y dolorida, en una tierra que no conocía y en un año aún más desconocido; ¿acaso no podía alguien indicarle la salida o decirle, al menos, si estaba viva o muerta?—. Sólo quiero volver a casa...

Al ver que el ladrón volvía a aproximarse, restalló la cuerda, esperando impactar otra vez en él y que desistiera de su avance. Lo que no esperaba es que la agarrara con una mano.

Ambos se miraron conscientes de lo que ocurriría a continuación. El hombre sonrió, dejando a la vista una boca mellada y un rostro malicioso.

—Oh, oh...

Él estiró la cuerda con fuerza hacia delante, tirando de su brazo, pero ella presentó batalla, tirando hacia atrás con toda la resistencia de que fue capaz. Sus pies resbalaban en la hierba y la fricción de la cuerda en la muñeca le quemaba, pero no se rendía.

Los músculos del ladrón no podían compararse a los suyos y sus intentos eran vanos. El grito de alguien los sorprendió a los dos, más

cuando un caballo saltó sobre ambos y una figura se precipitó del animal, cortando con su espada la cuerda y provocando que ambos cayeran al suelo.

Lei impactó en tierra golpeándose el hombro izquierdo, pero la vibración en el otro hizo que se le escapara un quejido de dolor. Por su parte, el hombre cayó de espaldas en la hierba y, antes de poder recuperar el aliento, tenía una espada en la garganta.

—¿Quién sois? —exigió Kendrick mirándolo fríamente.

—No me matéis, por favor, milord.

—Os he preguntado quién sois.

—Sólo trato de sobrevivir... —se excusó.

—Los grupos de ladrones no son tan numerosos como el vuestro. Había hombres que no parecían saqueadores. Os lo repito por última vez, ¿quién sois?

—Milord, soy ladrón... Los mercenarios... —se mordió la lengua antes de seguir hablando.

Kendrick presionó más con la espada en la garganta hasta sentir que ésta se movía con el movimiento del hombre al tragar. A su espalda oyó ruido y se volvió lo suficiente para ver cómo su caballo y Drough estaban junto a Lei.

—Drough, ¿cuántos escaparon?

—Uno. Pero supongo que os habéis dado cuenta, ¿verdad?

—¿De que era una trampa? Sí... Los ladrones y los mercenarios unidos con un fin —se volvió hacia el que estaba tendido—. ¿Qué buscabais?

—No... no lo sé, milord. De verdad que no lo sé... Yo... yo sólo me uní a ellos porque nos dijeron que obtendríamos un buen botín.

—Drough, ¿cuántos mercenarios os atacaron? —preguntó entonces sin volverse.

—¿Antes o después de que vos aparecierais?

—Después.

—Ninguno. Todos fueron directamente a vos.

—Ahí tenemos la respuesta. Los ladrones sólo estaban aquí para entreteneros a vosotros. Los mercenarios me querían a mí.

—Pero ¿quién los contrató? ¿Quién querría matar al laird de Sutherland?

—Enemigos no me faltan, buen amigo. Eso lo sabéis bien —contestó

con una sonrisa que hizo que uno de sus hoyuelos se hiciera evidente, dotándolo de una máscara fría y sin corazón ante el ladrón que estaba delante—. Llevaos a Lei —añadió poniéndose de espaldas a ellos.

—Sí.

Levantó en sus brazos a la mujer, mareada como estaba sin poder centrarse en nada. Había escuchado la conversación, pero sin entender una palabra. Consiguió ver la silueta de Kendrick antes de bajar la colina y cómo éste alzaba la espada sobre su cabeza, pero no fue capaz de mantenerse consciente para lo siguiente, pues su cuerpo cayó desfallecido sobre Drough.

Kendrick limpió el filo de la espada con la capa del ladrón. Enviaría a uno de sus hombres para que se deshiciera del cuerpo a fin de no atraer lobos ni nada por el estilo.

Alguien iba por él. No le sorprendía después de llevar un año en el bando de Macbeth. Era un guerrero poderoso, mano derecha y amigo del rey de Escocia en ese momento. Su cabeza, sin duda, tenía un precio más elevado que antes. Pero ahora había que saber quién estaba detrás de ese ataque, quién era tan cobarde como para no enfrentarse a él de frente y enviar a otros a hacer su trabajo.

Contempló el lago maldiciendo por lo bajo. Ese ataque había frustrado sus dulces planes con Lei. Si no lo hubieran interrumpido...

Un golpe en su hombro hizo que se diera la vuelta y acariciara la cabeza del caballo. En el momento en que lo había vislumbrado corriendo hacia él, su corazón había dejado de latir y no volvió a hacerlo hasta ver a Lei de pie forcejeando con ese otro hombre. Si le hubiera tocado un solo mechón de cabello, su muerte no habría sido tan rápida; estaba seguro de ello.

Se había desbocado al ver cómo Lei plantaba cara a ese desconocido, cómo no se daba por vencida, y eso hizo que sonriera a pesar de la situación. Esa pequeña mujer tenía carácter y eso era algo que le gustaba. Pero también sabía que guardaba pasión en su interior y quería ser él quien dejara salir eso de ella. Desconocía de dónde venía, pero no le importaba si se quedaba a su lado.

—Maldición... En cuanto llegemos a Dornoch, pienso convocar al druida para celebrar la boda... —masculló pasándose la mano por el pelo,

hacia atrás. Se dio la vuelta y volvió con su caballo hacia el campamento, donde se estaba celebrando una fiesta por la victoria.

Kendrick rio con algunos de sus hombres mientras se abría paso rechazando las invitaciones a unirse o los tragos de vino que le ofrecían. Necesitaba saber si Lei estaba bien. Después de cortar la cuerda no había podido acercarse a ella y el grito que salió de sus entrañas fue para él como brasa en su pecho.

Recogió la tela de la tienda con un brazo y la apartó para entrar. En el suelo se hallaba Lei tumbada y, a su lado, el sanador que llevaban consigo. El hombro de Lei estaba descubierto y ella se retorció de dolor cada vez que éste le rozaba la herida.

Dio un paso hacia ellos hasta que una mano se cerró sobre su brazo. Giró la cabeza sin contener la ira por aquel que osaba detenerlo. Drough palideció ante lo que vio en Kendrick, pero no se amedrentó ni lo soltó.

—Tranquilizaos. Se le han abierto los puntos y están curándoselos.

—Siente dolor. ¿No le habéis dado vino? —apuntó mirándola y escuchando sus suaves gemidos.

—Lo intenté. Pero, en cuanto probó un poco, empezó a toser y lo rechazó. He tratado de que se lo tome, pero es muy terca. De todas maneras, él ya le ha dado algo y dice que pronto se dormirá.

—Ocupaos de los hombres. Saldremos antes del amanecer. No quiero quedarme aquí más tiempo del necesario.

—De acuerdo.

Drough salió de la tienda sin más dilación mientras Kendrick se acercaba a Lei. Tenía los ojos cerrados y, cada vez que el sanador le rozaba la herida, ésta contraía el rostro en una clara mueca de dolor. Después, exhalaba poco a poco el aire que había contenido para calmarse.

Kendrick llamó la atención del hombre; éste levantó la cabeza y, sin articular palabra, vio cómo lo instó a marcharse. Reacio a acatar la orden, pero sabiendo que era su laird quien la dictaba, se incorporó y salió de la tienda. Fue él quien ocupó el lugar que había dejado el otro y empapó un trozo de lino para limpiar la herida que aún sangraba.

En lugar de dolor, lo siguiente que Lei notó fue una caricia en su hombro. Parecía que el dolor se transformara en placer. No lo entendía. Hasta hacía poco, cada roce de esa tela sobre su herida la había obligado a morderse la lengua y apretar las manos para evitar gritar. Y ahora... ahora tenía que hacer lo mismo, pero para que sus labios no dejaran salir los

gemidos que la recorrían por todo el cuerpo.

Las manos que la rozaban eran ásperas al tacto y muy grandes, pero, cada vez que sus pieles entraban en contacto, sentía una descarga por todo el cuerpo que le ponía el vello de punta. Giró la cabeza y abrió un ojo para saber el motivo por el que había cambiado tanto y se encontró con los ojos de Kendrick observándola atentamente, bebiendo de esa mirada que ella le ofrecía. Ya no sentía dolor porque no sentía su cuerpo. De alguna manera, esos ojos hacían que perdiera la noción de corporalidad y sólo existía él.

Sus labios, fuertes, carnosos y sensuales, se movieron, pero el sonido no llegó a sus oídos. Parpadeó entreabriendo sus propios labios para volver a centrarse en los de él, que volvían a moverse. Su mente sólo estaba llena de imágenes donde era protagonista: la primera vez que lo vio, cuando la salvó de ese hombre, cuando le puso el vestido, cuando estuvo encima de ella y la besó... Un beso... Eso estaba sintiendo ahora. Sus ojos se abrieron de par en par observando el rostro de Kendrick junto al suyo, sus labios moviéndose en torno a los de ella como si quisiera despertarla de un sueño.

Sus ojos se cerraron de inmediato y sus labios comenzaron a devolverle el beso con el mismo ardor que él profería. Kendrick se retiró en el momento en que empezó a aceptarlo y sonrió al saber que la había dejado insatisfecha y embotada.

—¿Estáis bien?

—Sí... —contestó hablándole en gaélico. Sonaba como si su propia voz no surgiera de ella, sino de algún lugar más lejano. Ese hombre ejercía una mala influencia para su libido, era algo seguro. Se aclaró la garganta y volvió a probar—. Sí.

La sonrisa de Kendrick se ensanchó dejando ver sus hoyuelos. Maldito hombre; era consciente de que sus encantos provocaban ese estado en las mujeres y ella había caído como cualquier otra. Y, sin embargo, quería acariciarlo, tocar el lugar donde los hoyuelos se marcaban.

Apartó la mirada de él para serenarse y trató de incorporarse cuando una fuerte mano se lo impidió. Lo miró y Kendrick se señaló la muñeca y después a ella. Confusa al principio, supo que se refería a la suya propia. Levantó el brazo izquierdo y dejó que viera el vendaje que el sanador había aplicado sobre la quemadura de la cuerda, ahora desaparecida. Él

acarició sobre las vendas, cerciorándose de que estaba bien, pero eso sólo consiguió encenderla aún más y retiró la mano en cuanto pudo para poder concentrarse.

Volvió a observarlo y descubrió algo que jamás había visto. Adoración, miedo, pasión... Los sentimientos se interponían unos a otros como si de una ruleta se tratara. Levantó la mano y le acarició la mejilla, cubierta por una fina capa rasposa. Sus labios se relajaron esbozando una sonrisa mientras que el cuerpo de Kendrick se tensaba bajo ese sencillo gesto.

—Ojalá alguien como tú me amara... —susurró ella antes de sumirse en el sueño.

Kendrick había observado esos labios moverse. Había escuchado el sonido de sus palabras, pero... que el demonio se lo llevara si había entendido algo de lo que había dicho. Sólo sabía que, si hubiera podido exigirle más, le habría hecho el amor en ese lugar, en ese momento. Ella era la elegida, su mujer, y no iba a tardar mucho en demostrarle el amor que sentía.

Capítulo 9

El ligero bamboleo adormecía a Lei, quien gemía y se quejaba por despertar. Tenía calor, pero no era el del ambiente, sino más bien el que le ofrecía otro cuerpo.

Movió la cabeza frotándose contra algo duro y el perfume que la impregnó le hizo inhalar con fuerza, acercándose más a su fuente. Olía a sándalo y hombre, también a humedad. Se movió un poco y notó una mano agarrándola de la cintura, inmovilizándola. Entrecerró el ceño y se obligó a abrir los ojos.

Lentamente los párpados la dejaron ver a Kendrick, vigilante de todos sus movimientos. Por un instante se quedó fija en esos ojos pero, después, se dio cuenta de que el paisaje se movía. Que ellos se movían.

Levantó un poco la cabeza y miró alrededor. Estaba encima del caballo de Kendrick, trotando. Cuando su vista enfocó el suelo, todo empezó a darle vueltas y se aferró a Kendrick como pudo.

—¡No! ¡Bájame! —chilló ella negando con la cabeza mientras mantenía los ojos cerrados.

—No —respondió en gaélico.

Drough se acercó a ellos.

—Deduzco por los berrinches que ha despertado.

—Conducid a los hombres hacia delante. Me reuniré con vosotros antes del almuerzo.

—¿Vais a parar? —le preguntó arqueando una ceja.

—No. Pero necesito que pierda el miedo a las alturas.

—¿Eso es lo que teme?

Kendrick fue a responderle cuando el cuerpo de Lei se impulsó con fuerza para saltar del caballo. Si no hubiera tenido buenos reflejos para cogerla en el último momento, Lei se habría caído. Volvió a sentarla,

cogiéndole el mentón con fuerza para que mirara lo enojado que estaba con ella.

—¡Aquí! —le gritó.

—¡No! ¡Déjame bajar, Kendrick! ¡Por favor! —respondió a gritos.

Miró a Drough, quien asintió con la cabeza antes de espolear a su montura, girando y poniéndose al galope. Lei se aferró como pudo a él, incapaz de pensar o hacer nada. Éste le acarició con suavidad la espalda, tranquilizándola, aunque su cuerpo se estremecía cada vez que saltaban en el caballo.

Había muchas cosas que podía decirle para calmarla, pero la falta de comprensión del idioma era un gran inconveniente y sólo la comunicación física, sus caricias, sus gestos, podían servirle para hablar con ella.

Aminoró la marcha hasta moderarla en un paso lento, dejando que su caballo siguiera el camino que quisiera, siempre vigilando sus pasos.

Bajó la cabeza para observar a Lei abrazada a él. Su mano izquierda le rodeaba la cintura mientras que, aferrada a su pecho, la mano derecha se cerraba en un puño. Por una parte, encontraba la posición cómoda y apetecible. Quería tenerla siempre así, rodeándole con sus manos, sintiendo su cuerpo pegado al suyo. Pero, por otro lado, estar tan cerca, presionando ella sus caderas contra su entrepierna, era un dulce tormento que empezaba a transformarse en una agonía.

Antes de amanecer, sus hombres ya estaban listos para reanudar el viaje, pero no quiso despertar a Lei para que ésta se negara a montar. Aprovechando los efectos de las hierbas para dormir tomadas por la noche, le pidió a Drough que la sostuviera y se la pasara una vez subido a su caballo.

Había conseguido mantenerla así varias horas y le hubiera gustado seguir de esa forma, pero ahora estaba despierta y muy asustada, algo que no podía permitirse ver en sus ojos.

—Lei... Lei... —llamó rozándole el hombro con afecto. Tenía los ojos cerrados y su respiración parecía normal—, Le...

—Déjame bajar... —susurró ella cortando sus palabras.

Kendrick chasqueó la lengua al no saber lo que decía. Necesitaba mirarla a los ojos para intuir el significado de sus palabras. Le cogió la barbilla y la separó lo suficiente de su cuerpo para besarle los párpados.

—Lei —repitió.

Ella abrió los ojos, impregnados en lágrimas que rodaron por sus mejillas. Tenía mucho miedo. Dejó de respirar al verla tan indefensa, sólo quería bajarla del caballo, abrazarla y besarla para hacerle olvidar todo. Sin embargo, señaló hacia delante para que mirara.

Titubeante, Lei siguió la dirección de su mano, esperando encontrar algo especial que ver, pero sólo se extendía llanura a su alrededor, poblada por algunos árboles y desniveles. Quiso mirar hacia abajo cuando la mano firme de él se lo impidió.

—No —le dijo con suavidad—. Mira hacia delante —añadió volviendo a señalar con la mano.

Ella así lo hizo, a pesar de los temblores que su cuerpo experimentaba. Kendrick la abrazó con más fuerza para tranquilizarla, mientras observaba cómo miraba siempre hacia delante, no hacia el suelo. Era lo mejor que podía hacer para no asustarse.

Animó a su caballo a acelerar el paso y, aunque al principio Lei se aferró con ahínco a él, se calmó al ver que todo seguía tranquilo.

—Mira.

Kendrick señaló a la izquierda, hacia una colina cubierta por completo de un manto verde salpicado por algunas florecillas de distintos colores, como si fueran pequeñas perlas.

Lei se quedó mirando ese lugar durante todo el tiempo que pasaron por él, incluso echando hacia atrás la vista, cautivada como estaba por ese lugar. Hubiera querido pararse y bajar para verlo más de cerca, pero el caballo no se detenía. En cambio, Kendrick volvió a llamar su atención hacia un acantilado que ofrecía la vista del mar. No podía ver el suelo de ese acantilado, pero sí sentía en su piel la humedad del lugar y oía el impacto que las aguas hacían sobre la pared de piedra. Anheló ir más cerca de ese mar azulado que contemplaba, pero siguieron su camino.

La tercera vez que llamó su atención fue para mostrarle una pequeña manada de ciervos que se ocultaba entre unos árboles. En el momento en que ellos captaron su olor, salieron corriendo justo delante de donde estaban y, por un instante, se extrañó de poder verlos con tanto detalle, al menos hasta que cayó en la cuenta de que estaban galopando. Estaba tan concentrada en observar esos animales, en seguirlos con sus ojos, que no notó a Kendrick espoleando al caballo hasta que llevaban varios minutos corriendo.

Mirar el paisaje mientras su cuerpo se movía al son del de Kendrick

la impresionó, y aún más el hecho de no tener miedo. La mano de él se aferraba a su cintura como si quisiera afianzar con ello que estaba protegida, y su pecho le daba seguridad al resto de su cuerpo. Giró la cabeza para mirarlo a él sobre todo lo demás.

Kendrick miraba al frente controlando a los ciervos para que ninguno tratara de atacarlos en el último momento. Había querido que ella perdiera el miedo, y enseñarle algo en lo que centrar su atención era lo mejor. Si no miraba el suelo, no pasaría nada mientras mantuviera la concentración en otra cosa. Sintió la caricia suave de las yemas de sus dedos y agachó la cabeza para encontrarla. Le quitó el aire en el mismo instante en que sus ojos vislumbraron el agradecimiento y adoración que ella le ofrecía.

—*Tapadh leat.*[\[24\]](#)

—*'S e do bheatha.*[\[25\]](#)

Quiso agacharse un poco más para probar esos labios enrojecidos por el calor y el sol, entreabiertos para su propio disfrute. Iba a hacerlo, hasta que su caballo protestó moviéndose por sí mismo para esquivar a uno de los ciervos. Lei gritó y se refugió en el cuerpo de él apretándose más, escondiendo la cabeza en su pecho. Kendrick masculló algo y tiró de las riendas para dejar a los ciervos en paz y buscar un lugar más tranquilo donde pudieran relajarse un poco. Tenían que volver con el grupo, pues se hacía tarde, pero ese tiempo que había pasado observándola en silencio mientras se deleitaba de sus gestos y movimientos no había hecho más que aumentar su deseo.

Jamás le había pasado algo así, él no enloquecía tanto por una mujer y, en cambio, con ella... Si no recordara a su madre y a su hermana, seguramente ya la habría desposado en alguno de los pueblos que había de camino al hogar. Pero sabía que eso no se lo perdonarían ninguna.

Se fijó en una zona de sombra y encaminó al animal hacia el lugar para descansar un poco antes de regresar. Al menos le daría unos instantes para bajar del caballo y poder aliviar el calor que sus cuerpos se daban, unido al calor del propio tiempo.

Detuvo su montura y esperó que ella alzara la cara, acariciándole la espalda con ternura para llamar su atención. Giró la cabeza para observar el lugar sin separarse de él ni un centímetro, esperando encontrar algo, pero sólo estaban rodeados de árboles que daban tregua al calor del ambiente. Kendrick se removió a su lado y ella se ciñó más a él.

—No... —dijo con suavidad acariciándole con ambas manos las suyas, aflojando las de ella hasta que se soltó.

Se puso de pie en la silla y pasó una pierna hacia el otro lado mientras desmontaba, sus ojos fijos conteniéndola con la mirada en la silla.

—*Trobhad*[\[26\]](#) —susurró abriendo los brazos para recibirla en el suelo.

Lei se empujó con las piernas a los brazos de él, entrelazando los suyos por detrás de la cabeza de Kendrick; éste la sostuvo, con las manos en su cintura. No le importó el dolor de su hombro por tal movimiento, no cuando tenía la cabeza enterrada en el hueco de su cuello, los ojos cerrados con el resto de sentidos trabajando para paliar el que faltaba; el olor, el tacto y lo que le hacía sentir cuando notaba sus manos sobre ella, el sabor salado de su cuello por el sudor, el sonido de su corazón latiendo en el pecho.

Kendrick se agachó lo suficiente como para que ella notara el suelo bajo sus pies y se separó a regañadientes. La soltó de la cintura, pero el jadeo y el hecho de que sus piernas cedieran de repente le hizo volver a sostenerla. Lei se cogió a sus brazos endurecidos, echando su cuerpo sobre el de él, y rio por la situación; tenía tanta tensión que, al relajarse por bajar del caballo, había cedido a esa debilidad.

Trató de enderezarse y lo miró. Una ceja arqueada como si se preguntara el motivo por el que reía le hizo hacerlo más. Y a Kendrick le encantó. La risa era tan pura y dulce que le estremecía todo el cuerpo. Quería que siempre riera, que ese sonido se le grabara en el corazón y sustituyera los gritos y lamentos de las cruentas batallas libradas.

Lei se dio cuenta de la forma en la que él la miraba y se detuvo en un instante. Volvía a ver en sus ojos una batalla entre el deseo y el control, y su cuerpo tembló de anticipación. ¿Realmente ese hombre podía desearla a tal nivel?

Bajo sus manos, un cosquilleo constante le decía que estaba tocándolo, sintiendo el movimiento de sus músculos bajo ella y quemándose por su tacto. Se puso de puntillas, ayudándose de ese agarre para acercarse a él. Por primera vez sentía la urgencia de besarlo, de saber si él huiría si era ella quien tomaba la iniciativa. Quería probar esos labios ardientes que se relamían de antelación por su avance. Estaba tan cerca que podía sentir el aire saliendo de su boca, mezclándose con el suyo. Unos

centímetros más y Kendrick no retrocedía... ¿De verdad quería eso?

El relincho le hizo perder el poco equilibrio que tenía y tuvo que ayudarse del cuerpo de él para mantener el equilibrio. Ambos miraron al caballo, Lei enrojada por ese atrevimiento que se había tomado.

El animal pateaba el suelo y miraba hacia un árbol cerca de donde estaba, un manzano. Entonces lo recordó; le había prometido una manzana. Se separó de Kendrick tanteando el terreno para comprobar que no iba a caerse y fue hasta el árbol. Buscó una rama lo bastante cerca de su alcance para conseguirle la pieza, pero apenas si llegaba a alcanzar alguna. Si no estaban a suficiente altura para que el caballo pudiera acceder a ellas, Lei, de menor estatura, no tenía muchas oportunidades de conseguirla.

Kendrick observó los intentos de Lei por coger alguna de las manzanas que pendían del árbol y sonrió. Era tenaz y no se resistía... y, si ese estúpido caballo no hubiera protestado, la tendría ahora en sus brazos. Suspiró y fue hasta ellos, y luego se subió en su montura para alcanzarle la ansiada manzana.

Ella lo observó en lo alto mientras el animal se quedaba quieto y él cogía unas cuantas manzanas. Después saltó de la silla al suelo, llevando entre sus manos unas seis frutas que le ofreció.

—Gracias.

Cogió una y empezó a limpiarla un poco con las manos. Kendrick observó el cuidado con que la trataba, como si fuera lo más delicado que hubiera cogido jamás. Sus dedos pasaban con lentitud por la piel, arrastrando la suciedad que podía albergar y dejando brillantez donde antes no había nada.

Su mente voló hacia otras cosas que esas manos podían tocar con igual delicadeza y no pudo más que sentir todo su cuerpo retorcerse de deseo... ¿Cuánto más tendría que esperar?

Aguardó a verla morder la manzana, dejar una marca de sus dientes y sus labios en ella, para arrancársela y morder en el mismo lugar; un beso indirecto que ansiaba y buscaba. Pero se contrarió al verla ir hacia el caballo y ofrecérsela a él en lugar de comerla ella.

—La manzana, como te prometí —le susurró Lei mientras le palmeaba el cuello y dejaba que cogiera la pieza de su mano.

La risa de Kendrick se manifestó segundos después y Lei volvió la cara hacia él asombrada porque ésta fuera tan seductora. Parecía

acariciarle en partes que nunca otro había alcanzado. Contempló maravillada la sonrisa, la verdadera sonrisa de aquel hombre, sus hoyuelos perfectamente definidos, y deseó no estar tan lejos, para tocarlo. Por segunda vez en lo que llevaban de tiempo allí, quería ser ella quien lo besara.

Kendrick se acercó a su caballo y lo acarició con satisfacción. Le murmuró algo al oído que no pudo entender, pero el otro asintió con brío y se alejó de ellos, dejándolos de nuevo relativamente solos. Observó cómo él seguía con la mirada los pasos del animal hasta que éste se detuvo a comer. Ella se mordió el labio, pensativa.

—*Cia aimn?*[\[27\]](#)

La miró extrañado por su pregunta mientras ella agachaba la cabeza y señalaba al caballo. Controló la sonrisa antes de acercarse a ella y, posando sus dedos bajo el mentón, hizo que levantara la cabeza hasta él.

—*Dè an t-ainm a th' air an each sin?*[\[28\]](#) —murmuró hacia ella con lentitud para que aprendiera el acento. Señaló a su compañero y volvió a repetir la frase para, a continuación, darle una sola palabra—. Dorcha.[\[29\]](#)

Éste levantó la cabeza del suelo donde estaba pastando y los miró a ambos. Lei supo entonces que él le estaba explicando cómo hacer bien la pregunta y trató de repetirla, aunque necesitó varias veces la ayuda de Kendrick hasta que logró pronunciarla como debía y él la recompensó con una sonrisa.

No pudo resistir entonces la tentación de alzar su mano hacia la mejilla y seguir el contorno de ese hoyuelo, notar bajo su dedo la piel mientras se quedaba quieto ante su exploración. Era suave al tacto, seguramente por haberse afeitado por la mañana. Estaba caliente por el sol y el sudor había desaparecido por estar resguardados de la luz solar. Como un rato antes, se puso de puntillas y sus labios rozaron los de él levemente, como si esperara el rechazo por su parte; asombrada porque no lo hubo, se lanzó hacia un siguiente paso.

Abrió la boca para que la lengua recorriera el labio inferior del otro, para empaparlo y sentirlo con una parte de su ser más íntima. Oyó que gruñía y quiso retirarse, con temor, cuando las manos de Kendrick la asieron por la espalda, atrayéndola hacia sus labios, fusionando los cuerpos a través de sus bocas, arrasando la suya antes de tener tiempo de cerrarla e impedirle el paso.

Jadeó ante tal reacción y colocó sus manos en el pecho para

sostenerse, aunque no hacía falta porque él la sujetaba de tal forma que no podría escaparse. Tímidamente, trató de entrar en su boca, de luchar con una lengua que quería arrasarla a ella, y se maravilló al sentir cómo retrocedía, dejándole paso según sus exigencias.

En el momento en que entró en la boca, ambos gimieron compartiendo la misma sensación. Estaba muy caliente y su sabor era adictivo. Un tanto ácido, mezclado con algo de dulzor, le embargó los sentidos, y se frotó más cerca de él. Quería sentirlo pegado a su cuerpo. Recorrió con la lengua su boca, entremezclándose con la de él, pero, sobre todo, dejándola explorar con libertad. Acarició sus dientes con cuidado antes de reclamar la atención de su lengua y volver a juntarse en un nuevo baile.

Percibió entonces que sus lenguas no eran lo único que se movía. Kendrick se balanceaba dejándole notar en su vientre la dureza de su miembro, el cual despertaba en ella sensaciones antes no experimentadas. Gimió entre sus labios para luego volver a invertir los papeles y que fuera él quien entrara de nuevo en ella, saqueándola, colmándola con sus atenciones.

Notó cómo sus manos le levantaban el vestido y todo su cuerpo se tensó; no podía estar hablando en serio, no iba a hacerlo con ella... ¿O sí?

Kendrick se retiró en el momento en que sintió el cuerpo de ella rígido, obligándose a detenerse. La miró a los ojos y vio el miedo, pero también una pequeña porción de sorpresa. Exhaló lentamente para que el suyo se calmara antes de soltarle el vestido y que éste cayera de nuevo, ocultándola de él. Le besó la sien y se retiró, necesitaba un poco de tiempo a solas para aliviar el deseo insatisfecho que punzaba entre sus piernas.

Fue hasta el caballo y cogió uno de los odres de agua que llevaban, volcándolo luego directamente sobre su cabeza, inclinada hacia delante. Respiraba con profundas inspiraciones y Lei lo contempló sin poder apartar la mirada. Todavía conservaba el calor del beso, el sabor de su boca en la lengua. Y él no la forzaba... Tenía sentimientos contrapuestos debido a las ilusiones y esperanzas de que alguien como él se fijara en ella y, a cada hora que pasaba, se hacían mayores... pero, por otro lado, los miedos a ser rechazada, a no servir más que porque no había por allí ninguna mujer... Pero, entonces, ¿por qué el resto de los hombres no intentaba algo? Vale, parecía comprender que ella sólo era de Kendrick, pero ninguno trataba de propasarse.

Lei no se dio cuenta de que Kendrick la observaba con el ceño fruncido hasta que dejó de pensar y se centró en dónde estaba. Volvió a ruborizarse y apartó la mirada. Ese hombre le provocaba deseos como ningún otro y estaba segura de que él también los tenía por ella, pero no el motivo por el cual era así. ¿Sería igual cuando hubiera otras alrededor?

Kendrick se acercó con el odre de agua en la mano y se lo ofreció. Ella lo cogió un poco temblorosa y bebió cerrando los ojos para evitar mirarlo. Tan cerca como estaba, no sabía si lo dejaría seguir besándola en ese momento.

Cuando le devolvió el odre, Kendrick lo volcó sobre un paño, empapándolo, y puso éste en la nuca de ella, provocando que gimiera por el frescor que sentía. Se mordió el labio al darse cuenta de los sonidos que había emitido y el calor volvió a florecer en su cuerpo. Iba a necesitar una ducha fría para enfriarse del todo.

Él se rio y ella lo miró de reojo. Le encantaba verlo sonreír de esa forma. Atrapó el paño de su nuca y Kendrick retiró su mano mientras ella usaba el mismo para aliviar el calor en su cuello, escote y brazos. Podía sentirlo recorriendo el mismo camino del paño y eso hizo que sintiera una mayor humedad entre las piernas, humedad que no podría secar en ese lugar, con esa persona.

Kendrick le tocó el hombro herido y ella saltó ante el mero roce. No le dolía demasiado, pero, tras el golpe de la noche, tenía demasiado sensible la zona y le daba miedo cualquier fricción ahí. Al menos tenía un vestido de tirantes que ayudaba. Apartó la mano sin insistir más, pero Lei casi podía asegurar que estaba pensando algo.

Volvió hacia Dorcha y cogió las riendas, acercándose luego con él. La cogió de la cintura y la levantó hasta sentarla sobre el caballo antes de que ella se diera cuenta o poder hacer algo. Y, segundos más tarde, el cuerpo de Kendrick estaba tan cerca que volvía a notar el calor flotando alrededor de los dos. Aún estaba nerviosa por ir sobre una montura y varios metros por encima de la tierra, y eso se notaba en sus tensionados músculos y en que no podía dejar de moverse.

Él la apretó más contra sí para convencerla de que estaba a salvo y puso en movimiento a Dorcha, primero a paso lento, después, conforme iba tranquilizándose, más rápido.

Alcanzaron al grupo porque éste ya se había detenido a comer y, en cuanto Lei y él también lo hicieron y se asearon, prosiguieron de nuevo la

cabalgata que los acercaba más a casa. Se ocupó de cambiarle el vendaje y la vigiló con más celo, buscando algo en su comportamiento que le hiciera saber por qué no quería que la tocara. Cómo odiaba no poder hablar con ella... aunque al menos estaba aprendiendo palabras. Sus hombres la ayudaban siempre que veían que lo necesitaba y le enseñaban palabras o frases; afortunadamente no las que una mujer no debía oír.

Anocheceía cuando llegaron a una aldea de camino a casa. Kendrick no había querido detenerse después del almuerzo de ese día y todos cabalgaron sin descanso hasta la aldea, una donde podrían pasar la noche algo más cómodos que en otros sitios: sus hombres dejándose agasajar por las mujeres de libre albedrío que había y él, con un baño y una cama. Lei dormía en brazos de Drough después de dejar que montara con él a media tarde para descansar un poco su cuerpo, sobre todo su parte inferior, que no dejaba de excitarse cada vez que las caderas de ella lo acariciaban.

Kendrick bajó del caballo y le pasó las riendas a un chico que aguardaba, sacó su espada del lugar donde la guardaba en la silla y se la pasó por el cinturón que llevaba. Se acercó hasta Drough para ayudar a bajar a Lei, que despertaba en ese momento y aún estaba desubicada. Miró a Drough y sonrió. Murmuró algo, pero ninguno de los dos supo qué decía. Kendrick le llamó la atención tocándola en una pierna y ella miró hacia abajo para cruzarse con su mirada; también a él le sonrió y, ayudándose para bajar, pronto estuvo en el suelo. Bostezó tapándose la boca y parpadeando varias veces para apartar el sueño; era adorable con esa carita llena de sueño por aburrimiento, pues, al no poder hablar con ellos, el camino se le hacía demasiado largo.

Lei comprobó cómo algunas mujeres se acercaban a los hombres y los arrastraban hacia otros sitios. También Drough parecía ser tentado por ellas y, aunque Lei estaba a su lado, Kendrick empezó a recibir las atenciones de varias.

Eran más altas, más delgadas y mucho más guapas que ella. Era normal que quisieran estar con alguna y eso confirmaría las sospechas que tenía: que sólo era una opción cuando no había féminas cerca.

Se detuvo dejando que Drough y Kendrick siguieran andando y disfrutaran ambos de las atenciones que recibían y agachó la cabeza. No

tenía que haberse hecho ilusiones. Esas jóvenes sí eran más del estilo de un hombre, con su pelo largo y sus cuerpos esbeltos, no uno lleno de curvas.

Kendrick miró hacia atrás buscando a Lei cuando la vio de pie en el camino. Apartó a las otras, que no dejaban de fastidiarlo, y caminó hacia ella. Si alguna le había hecho daño, mandaría azotarla. Le rozó el brazo y ella emitió un jadeo asustada por ese toque. Levantó la cabeza, los ojos abiertos y húmedos, su gesto de sorpresa ante él. Giró entonces sus ojos hacia las que esperaban a Kendrick y se mordió el labio volviendo a agachar la cabeza.

—Vete —susurró señalando con su mano a las mujeres.

—No —respondió sin apartar la mirada de ella—. Vamos.

Le cogió la mano y avanzó con ella hacia la posada. Estaba incómoda con la presencia de las otras y él empezó a descubrir el motivo por el cual le daba tanto miedo que él la tocara de una forma más íntima. ¿Era eso lo que temía? ¿No ser lo suficientemente hermosa? Si pensaba que cualquiera de éstas podía comparársele, tendría que demostrarle que no era así.

Capítulo 10

Lei siguió casi corriendo a Kendrick cuando entraron en la posada. Algunos ojos se posaron en ellos nada más abrir la puerta, hombres y mujeres que disfrutaban en las mesas o servían. Todos enmudecieron al verlos aparecer. Los murmullos siguieron después, pronunciando el nombre de Kendrick, por lo que oía.

Él la llevó consigo hasta el mostrador, donde un posadero con canas y poco pelo los esperaba secándose las manos en un paño que no parecía demasiado limpio.

—Buenas noches, milord. ¿Qué puedo hacer por vos?

—Necesitamos habitaciones y comida. Pasaremos la noche aquí. También nuestros caballos precisan cuidados.

—Por supuesto. ¿Cuántas habitaciones necesitáis? —preguntó mirando a Lei antes de volver a centrarse en él.

—Tres, y quiero que una esté enfrente de las otras dos.

—¿Qué estáis pensando, Kendrick? —inquirió Drough, quien lo había seguido y esperaba unos metros más atrás.

—Necesitáis algo de descanso y sé que no vais a retozar con ninguna de las mujeres que pululan a vuestro alrededor. Así que os necesito cerca para vigilar la habitación de Lei.

—¿Milady se quedará sola en una?

Kendrick y Drough se volvieron hacia el posadero, sus miradas atravesándolo.

—¿Algún problema? —El tono de voz usado por Kendrick no dejaba duda acerca de que, si abría la boca, podría pasar cualquier cosa.

—No, milord, es sólo que pensé... Os prepararé de inmediato vuestras habitaciones. ¿Deseáis algo más?

—Un baño —contestó Drough—. Y creo que Lei lo agradecerá

también.

Ella los miró y asintió. Esa palabra la conocía y lo cierto era que quería darse un baño para eliminar el sudor de su cuerpo.

—También necesitaremos un vestido para ella. ¿Os encargáis, Drough?

—¿De dónde demonios saco yo un vestido ahora? Además, no creo que a ella le guste llevar uno como los de estas mujeres.

Ambos miraron a las otras y después a Lei. No, seguramente ese tipo de ropajes no le gustarían nada a ella.

—*Lèine... briogais...*[\[30\]](#) —susurró al lado de Kendrick.

Él la contempló sorprendido porque hubiera captado lo que decían. Los oía a todas horas hablar en gaélico, así que debía ir reconociendo ciertas palabras o frases.

—De eso sí que puedo conseguir. Miraré en el carro —dijo Drough antes de salir a la calle de nuevo, dejando a las otras suspirando.

Imaginarse a Lei vestida como un hombre con camisa y pantalones hizo que la mente de Kendrick se removiera inquieta. Si el vestido ya de por sí lo ponía caliente, verla con ropa más ceñida... Al menos tendría algo que ponerse, ya que lo que llevaba necesitaba lavarse para poder quitarle la suciedad y el sudor.

El dueño de la posada subió con ellos las escaleras mientras el ruido de las conversaciones y risas retornaba. Lei los siguió cogida de la mano como iba con Kendrick y se quedó en el pasillo mientras él inspeccionaba los cuartos. Finalmente murmuró algo más con el posadero y le dio varias monedas antes de empujarla hacia una de las habitaciones. Cerró la puerta y respiró profundamente.

—¿Tienes hambre?

—Un poco —contestó.

—Van a traer el baño. Después comeremos.

Lei asintió para dejarle claro que había entendido lo que le decía.

Un suave golpe en la puerta hizo que los dos miraran hacia ella. Kendrick, por estar más cerca, abrió y se encontró con una joven que cargaba varios cubos y un par de hombres que transportaban una tinaja.

—El baño, milord.

—Sí.

Se apartó de la puerta y dejó que entraran y lo prepararan todo mientras ellos dos se quedaban observando. Lei captó las miradas de los

muchachos hacia ella y les sonrió como agradecimiento a la vez que daba las gracias, pero eso hizo que se sonrojaron y salieran corriendo de allí. Miró a Kendrick preguntándole si había dicho mal la palabra, pero éste miraba hacia su propia habitación, donde también preparaban el baño.

—Milady, no están acostumbrados a que nadie les dé las gracias. No se preocupe. —La chica que estaba a su lado le hablaba, pero no podía entenderla y tenía miedo de decir algo que la metiera en algún lío.

Miró de reojo a Kendrick, quien asintió con la cabeza y, al asentir ella, la chica le sonrió siguiendo con sus quehaceres.

Kendrick se acercó a Lei para tranquilizarla. Estaba claro que no había entendido a la joven, pero no iba a ponerse a explicarle delante de los demás lo que estaba diciéndole, no cuando había otros escoceses abajo que verían con peores intenciones a una mujer de nacionalidad desconocida en Escocia.

Le bajó el tirante del vestido para poder alcanzar el vendaje del hombro y descubrir la herida. Estaba mejor y cicatrizaba con rapidez; otra hubiera estado en cama con la herida durante una semana y ella se había puesto en pie en apenas un día, e incluso lo había movido como si no le doliera.

Apartó el emplasto de hierbas que llevaba y la observó más detenidamente. Seguía enrojecida, pero al menos estaba cerrada por los dos lados y la hinchazón apenas era visible. Un baño caliente le vendría bien.

—Milord... ¿milady necesita ayuda con su baño? —Le preguntó la misma chica de antes.

Sopesó la idea un momento antes de mirar a Lei. La cogió del codo y se apartó un poco para susurrarle y gesticular.

—¿Quieres que se quede? —señaló a la mujer y al suelo, esperando no tener que decirle más para que entendiera.

Ella miró a esa persona, a la tinaja y después a Kendrick. Si se quedaba mientras se bañaba y le preguntaba algo... Negó con la cabeza y Kendrick respondió por ella, recibiendo una reverencia por parte de la chica, que cerró al salir.

Lei miró entonces a Kendrick esperando que él también se fuera.

—¿Puedes sola? —preguntó señalándole el hombro y después al baño. Ella asintió, notando cómo la sangre le subía hasta las mejillas, y lo empujó con ambas manos hacia la salida ante la sorpresa de éste. Sonrió

mientras se dejaba llevar hacia la puerta y, cuando la abrieron, Drough apareció delante con la mano a punto de tocar.

—A tiempo. Tomad, Lei. —Le ofreció la ropa.

—Gracias —dijo cogiéndola entre sus manos.

—He aprovechado y pedido que nos preparen comida. Algunos de los hombres están abajo también. ¿Queréis que les diga que le traigan la comida a Lei aquí arriba o vais a dejarla bajar?

—Abajo. Le vendrá bien divertirse un rato —contestó mirándola—. Lei, después del baño, comeremos abajo —le indicó con la mano las escaleras y esperó que ella girara la cabeza—. ¿Entendéis?

—Sí. Abajo.

Asintió satisfecho y señaló la llave de la puerta antes de marcharse. En cuanto cerró la puerta, ella echó la llave. El sonido avisó a Kendrick de que lo había comprendido y no pudo evitar que se le formara una sonrisa.

—He de reconocerlo. Esa chica aprende rápido. Lleva sólo unos días con nosotros y ya puede mantener una mínima conversación.

—Los hombres también le han estado enseñando palabras.

—Sí. Al menos sabéis que podréis enseñarle a hablar antes de casaros con ella; aunque no sé si aceptaría de saber lo que queréis hacer.

—Sé que lo hará. En cuanto le quite esa tonta preocupación de la cabeza —contestó yendo hacia su habitación, donde le esperaba su aseo—. Nos reuniremos abajo después.

Lei asomó la cabeza hacia el comedor, donde los hombres reían y las mujeres chillaban cuando alguno las pellizcaba o les hacían otras cosas. Buscaba a Kendrick y Drough, esperando que ya hubieran terminado su baño, pero no estaba segura de ello.

Tras finalizar el suyo, se había puesto la ropa limpia. Le estaba demasiado grande, pero al final había conseguido amarrar la camisa y la cinturilla de los pantalones, de manera que no se le cayeran en cualquier momento. Al menos sabía que sentada no tendría problemas y sólo debía preocuparse cuando se levantara, por si el nudo que había hecho con la camisa y las presillas se deshacía.

Los platos de comida y, sobre todo, el vino y la cerveza, eran lo que más iba y venía de la cocina. No dejaban de salir y de entrar camareras llevando montones de alimentos y jarras a las mesas, que seguían en pleno

apogeo. El olor a comida hizo que su estómago protestara y tuvo que agarrárselo con un brazo para acallar los sonidos.

Se centró en buscar por el lugar la mesa de Kendrick, quien observaba a todos los presentes. Algunos eran sus hombres, que ella ya conocía y con los que viajaba. Muchos estaban con mujeres en su regazo, bebiendo cerveza o metiendo su cara entre los pechos de alguna mientras ésta suspiraba o gemía. Eso hizo que el calor volviera a su cuerpo de nuevo y apartó la mirada. Estaba visto que en esa época no importaba tanto lo que pensarán los demás de ese comportamiento.

Había algunas damas sentadas junto a hombres que comían en silencio. Lo más seguro era que fueran viajeros que pasaban por allí de camino a otro lugar, por el atuendo que llevaban: pantalones y camisa para ellos y vestidos entallados y pelo cubierto con pañuelos para ella.

Siguió mirando a derecha e izquierda hasta que encontró lo que quería. Kendrick y Drough estaban sentados en una mesa algo alejada del jolgorio, con varias féminas a su alrededor. Kendrick tenía una a sus espaldas, inclinada sobre él para que sus pechos lo tentaran por detrás. Otra estaba sentada muy cerca de él, sus senos rozándole el brazo mientras sostenía un pedazo de carne entre sus manos y se lo acercaba para que lo mordiera.

Drough tenía también a una mujer a su lado, pero no parecía prestarle demasiada atención y sólo la miraba para pedirle que rellenara la jarra.

Volvió a clavar su mirada en Kendrick cuando descubrió que estaba mirándola fijamente y su corazón se olvidó de latir. Esa intensidad le abrasaba la piel y se sentía desnuda ante ella. Abrió la boca jadeando y respirando con dificultad, como si le faltara el aire.

Éste se puso de pie y ella pudo fijarse en la ropa que llevaba. La túnica había desaparecido y, a cambio, llevaba una camisa azul que dejaba al descubierto parte de su torso musculoso y un vello tan oscuro como su pelo que le enmarcaba el pecho. Los pantalones eran negros, ceñidos a su cintura, rodeada por el cinturón, donde descansaba la espada y una daga, así como a sus largas y contorneadas piernas.

Sabía que su mirada era de hambre por ese hombre, pero no podía evitarlo. Era todo un ejemplo de virilidad y de esos ejemplares no se encontraban en la época a la que pertenecía.

El movimiento de su mano la sacó de sus propios pensamientos y se dio cuenta de que le hacía gestos para que se acercara. Echó un vistazo a

las mujeres de la mesa y suspiró. Su apetito era demasiado grande como para dejar pasar la oportunidad de comer algo y, además, tampoco era la primera vez que se sentaba en una mesa donde las personas flirteaban con todos menos con ella.

Caminó hasta ellos con cuidado de no rozar a nadie o tirar algo, así como para evitar que los pantalones se le cayeran, y se sentó al lado de Drough, justo frente a Kendrick. Sólo cuando ella lo hizo, los dos hicieron lo mismo y las mujeres regresaron a sus lugares.

Se atrevió a mirar a las muchachas, comparándolas con ella. Tenían el pelo más largo, todas por debajo de la cintura y de color pelirrojo, rubio o negro. En cambio, su pelo era corto, sólo por encima de los hombros, y de un color castaño oscuro, ni marrón ni negro. Las formas que los cuerpos tenían dentro de los vestidos ceñidos hacían que considerara la ropa que llevaba poco adecuada, a pesar de sentirse más cómoda con ella. Siempre estaba a gusto con ropa holgada que impidiera ver sus curvas, pero, a la vista del vestuario femenino, iba poco agraciada.

Kendrick seleccionó varios alimentos y le pasó el plato a Lei para que comiera. Ella asintió sin mirarlo y lo cogió de sus manos, rozándole ligeramente los dedos y enviando una descarga por todo su cuerpo. El plato tembló hasta que lo puso de nuevo en la mesa y escondió las manos debajo de ella para frotárselas y tranquilizarse. Había pasado los últimos días cabalgando con Kendrick, pegada a él, y era ahora cuando se sentía inquieta a su lado.

Drough cogió su jarra y se la acercó a la mujer, quien cogió el vino y fue a servir a Lei.

—No... —susurró.

Miró a Drough y éste asintió.

—Ve a buscar agua —le dijo a la chica, quien lo besó en la boca y se marchó como si nada hubiera pasado, aunque Lei se quedó sorprendida.

La risa de Kendrick hizo que reaccionara. La miraba directamente como si supiera lo que estaba pensando y eso hizo que agachara la cabeza y volviera a notar la cara ardiéndole. Cogió un pedazo de carne y empezó a comer sin prestar atención a nada más.

Cuando la camarera volvió y le sirvió el agua, se lo agradeció y la vio sentarse de nuevo cerca de Drough, quien le pedía vino de nuevo. Se permitió echarle un vistazo a Kendrick antes de bajar de nuevo la mirada y lo descubrió observándola. Tenía la cabeza apoyada en una mano, con el

codo descansando sobre la mesa, y comía sin prestar atención ni a lo que se llevaba a la boca ni a las mujeres que lo intentaban seducir. Parecía tener ojos sólo para ella, y esa tonalidad azul, más oscura de como la recordaba, hacía que su cabeza se llenara de pensamientos nunca antes pronunciados.

Los dos se miraron fijamente durante unos instantes hasta que la boca de Kendrick se abrió y escuchó una sola palabra:

—Hermosa.

Las mujeres se detuvieron en ese momento y se fijaron en Lei, quien no podía apartar la vista de él.

—No —contestó ella rompiendo el hechizo y agachando su mirada.

—Sí —contradijo él. Sonreía sólo para ella.

Miró a las otras mujeres.

—Ellas no..., vos sois hermosa.

Esas palabras la devolvieron a él y algo creció en su corazón, amenazando con desbordarse. Quería gritar, llorar y reír al mismo tiempo... salir a la calle a chillar a los cuatro vientos que alguien pensaba que era hermosa. Y lo único que pudo hacer fue quedarse sentada sin decir nada más.

Las muchachas murmuraron algo y sus rostros denotaron enojo. Les dieron la espalda y se fueron a otras mesas, donde fueron mejor recibidas, mientras Kendrick seguía mirándola. La voz de Drough se filtró por sus oídos, pero fue incapaz de registrar el significado de sus palabras, aunque Kendrick rio y apartó la mirada para seguir comiendo y bebiendo.

Lei también se centró en comer, aunque el hambre ya no era algo que le importara demasiado. Todavía no podía creer lo que había hecho Kendrick.

Las risas a su alrededor la envolvían y muchas veces se giraba para ver de qué se reían tanto. El ambiente relajado y distendido animaba a seguir comiendo y bebiendo a pesar de que ya era tarde. Terminó la comida de su plato y buscó algo para limpiar su mano antes de coger la jarra, pero no había nada.

—¿Un paño? —preguntó.

Kendrick la miró y cogió el paño de una de las camareras que pasaba por allí. Atrapó la mano de Lei y le acarició con suavidad la muñeca, enviando pequeñas descargas hacia sus zonas más erógenas cada vez que le rozaba las venas. Le pasó el trapo lentamente, deshaciéndose de la

suciedad sin frotar demasiado fuerte como para hacerle daño. Ella miraba su mano y los movimientos suaves y precisos de él. Limpió cada dedo individualmente, dedicándole su tiempo sólo a ése, y finalmente la soltó. A Lei se le escapó un pequeño sollozo por perder el contacto.

Eso hizo que Kendrick alzara la mirada impresionado por la reacción de ella, pero, cuando su sonrisa se hizo mayor, le embargó la felicidad. Estaba consiguiendo lo que quería, que se sintiera deseada y hermosa.

Lei no miró a Kendrick de nuevo a los ojos, avergonzada como estaba por haber emitido ese ruido delante de ellos. Seguro que incluso las otras mesas lo habían oído.

Cogió su jarra y bebió el agua que había para tranquilizarse y enfriarse un poco. Tenía que recuperar algo de dignidad, no tirarse encima de él sólo porque la veía como ningún hombre la había visto jamás. Se permitió el atrevimiento de atisbar alrededor a los otros comensales, descubriendo que algunos se centraban en ellos; un par de veces cabeceó a modo de saludo ante los hombres que la miraban directamente a ella o levantaban sus jarras cuando la pillaban espiándolos. Algunos incluso le habían guiñado un ojo, uno de ellos de los hombres de Kendrick. Un gruñido escapó de éste y ella volvió la cabeza para mirar cómo fulminaba con la mirada a ese hombre que le había gesticulado, mientras bebía, claramente molesto, de su jarra. No pudo evitar una risilla, era la primera vez que alguien estaba enfadado por las atenciones que otros le ofrecían, la primera también que recibía tantas.

Terminados de comer, los tres se levantaron de la mesa. Quedaban pocas personas ya en la sala y menos aún de los hombres de Kendrick, seguramente disfrutando de otro tipo de placeres en esos momentos. Kendrick puso la mano en la parte baja de su espalda y el calor que emanó de esa zona le hizo contener la respiración. Avanzó manteniendo su mente ocupada en poner un pie delante del otro para no pensar en el roce de él sobre su piel. Drough iba detrás de ellos hasta que un tumulto les hizo darse la vuelta. Uno de los hombres de Kendrick se enfrentaba a otro y estaban a punto de llegar a las armas.

Los oyó blasfemar a ambos y Drough fue hacia ellos para mediar. Contempló la indecisión de Kendrick, dividido entre acudir para reprender a su hombre o quedarse con ella. Lei llamó su atención y le sonrió mientras le señalaba a los hombres con los que Drough lidiaba.

—Ve.

Kendrick la miró y se fijó en el camino que tendría que seguir. Estaba casi desierto, muchos de los hombres durmiendo. Asintió y la soltó, poniéndole entre las manos una daga y cerrando sus dedos sobre ella. Lei observó el arma y después a Kendrick; aferró con más fuerza la misma y avanzó hacia las escaleras sin mirar atrás.

Sabía que la mirada de Kendrick la había seguido hasta perderla de vista y ahora se sentía un poco abandonada. Abrió la puerta de su habitación con la llave que se había llevado antes de bajar y entró, cerrando de nuevo y dejando el cuchillo sobre la mesa. Cuando Kendrick volviera, le abriría para que supiera que estaba bien y se la devolvería.

Se aproximó a la ventana y contempló la vista del país donde estaba, las estrellas en el cielo.

—No sé en qué época estoy, pero, si pudiera, me quedaría aquí para siempre, si es que aprendo algún día este idioma, claro —susurró abrazándose a sí misma.

La luz de la luna se filtraba en la habitación y no se molestó en encender ninguna vela. Se sentó en la cama apoyando la espalda sobre la pared y abrazando sus piernas. Era la primera cama que probaba en... cuatro días. Llevaba en ese lugar cuatro días y habían sido los más maravillosos de su vida, obviando algunas situaciones un tanto vergonzosas. Y el rechazo de esas mujeres por parte de Kendrick... ¿De verdad él la veía como decía? ¿No sentía nada por ellas?

—A lo mejor va a buscar alguna esta noche... —masculló tratando de hacer desaparecer las esperanzas que crecían a un ritmo peligroso—. Si es un laird, seguro que tiene a muchas esperándolo.

Recordó la multitud de libros que había leído sobre Escocia y trató de hacer memoria sobre palabras o situaciones que podían ayudarla a integrarse. Normalmente la persona que iba de una época a otra solía tener la oportunidad de regresar, pero ella no quería hacerlo. La gente se portaba bien con ella, no la miraban por encima del hombro por sus kilos de más y estaba segura de que podría ser feliz allí. Pero... ¿cómo había acabado en ese lugar? El coche había dado vueltas de campana, había caído por el terraplén y después... Después el tirón y aterrizar sobre el duro suelo.

—Ni siquiera estaba en Escocia, para empezar... —comentó al silencio—. Y no sé nada de estos hombres, jamás he oído hablar de Kendrick, y de Macbeth sólo me acuerdo de que era una obra de

Shakespeare... ¿Por qué fui traída aquí, entonces?

Los golpes en la puerta hicieron que se moviera de la cama y se acercara a ella sin abrirla.

—¿Lei?

—Sí —contestó aliviada de que fuera Kendrick.

—¿Estáis bien?

—Sí.

Un silencio se filtró entre los dos, basado más en la falta de entendimiento que en otra cosa. Lei se debatía entre abrir la puerta o no, a sabiendas de que, si lo dejaba entrar, las cosas podían ir más allá de un simple beso.

—Buenas noches —dijo finalmente Kendrick.

—Buenas... noches... —susurró ella.

Apoyó su mano sobre la puerta, entristecida de algún modo por esas palabras. Al otro lado, Kendrick apoyaba la suya. Hubiera querido decirle que abriera, quería verla otra vez.

Drough estaba ya en su habitación y él se separó a regañadientes de la de ella, cerrando luego su propia puerta.

Dos días después, Lei contemplaba el enorme castillo adonde se dirigían. Cabalgaba junto a Kendrick a lomos de Dorcha y, a pesar de estar aún incómoda con las alturas, la seguridad de él era suficiente para dejarla aguantar varias horas. El problema venía cuando quería descender: sus piernas eran inútiles durante unos instantes y necesitaba sentarse y serenarse para poder sostenerse por sí sola.

Kendrick detuvo a Dorcha en uno de los lugares desde donde mejor vista se tenía de su castillo, Dornoch, para que Lei pudiera contemplarlo en toda su gloria. Estaba más que orgulloso de esa fortaleza que había servido de hogar, durante cinco generaciones, a los Mackay y esperaba que lo siguiera siendo de todos sus descendientes.

Dejó que la mirada de Lei navegara a lo largo de los sólidos muros que cubrían y protegían la estructura para impedir los ataques directos de los enemigos, flanqueados como estaban por detrás por los acantilados.

El castillo se dividía en dos plantas, además de una buhardilla. Se alzaban a su alrededor algunas torres y torreones, que servían para vigilar los posibles acercamientos, tanto enemigos como amigos. Una gran

muralla separaba la ciudadela de la aldea que se asentaba en el lugar. Sin embargo, dentro de los muros podían verse varios edificios utilizados para diversos usos. Por detrás, aunque no se veía desde donde estaban, había un pequeño lago antes del acantilado que ofrecía una zona de reposo y relajación, usado muchas veces por él para descansar, resguardado por la vegetación y árboles que crecían allí.

—Es precioso... —susurró Lei a su lado. Esas palabras lo llenaron de orgullo. Ella pensaba que era precioso y esperaba que las gentes de su pueblo le dieran la mejor de las bienvenidas.

Al fin y al cabo, Lei se convertiría en la señora de Dornoch.

Capítulo 11

Kendrick observó a los soldados que impedían el paso de sus hombres en las tierras legítimamente suyas. Las noticias de la caída de Duncan quizá aún no habían llegado hasta allí, pero el decreto oficial del nuevo rey de Escocia avalaba cualquier acción que emprendiera, incluyendo el asesinato de aquellos que osaran enfrentarse a él.

Bajó la vista hacia Lei, quien contemplaba a los guerreros y, más allá, hacia el pueblo y el castillo. Parecía ansiosa por llegar. Hizo que Dorcha se moviera hacia el carro y la alzó hasta dejarla en él.

—Esperad.

Lei asintió y lo vio alejarse hacia los otros hombres. ¿Pasaba algo? ¿No eran de los suyos? El color de sus túnicas desde luego le decía que no, porque no eran azules sino ocres, pero no estaba segura de lo que sucedía. Drough avanzó con él e igual hicieron algunos soldados, apostándose detrás de su laird o bien alrededor del carro. Vio que Kendrick echaba un vistazo hacia atrás, directamente hacia ella, asegurándose de que estaba bien. ¿Habría otra batalla allí mismo?

Contempló con miedo los movimientos de los presentes, sobre todo de los extraños que empezaban a rodear a los demás. No parecían demasiado amistosos y el ambiente estaba enrareciéndose. Después de vivir dos ataques más de camino hacia ese castillo, Lei había empezado a notar los signos de una disputa en ciernes y a observar con atención desde todos los ángulos, pues el peligro podía venir de donde menos te lo esperases.

Los ruidos de las espadas desenvainadas le dijo que las cosas no habían salido bien y Kendrick y sus hombres comenzaron a atacar. Los enemigos defendieron sus flancos, pero uno a uno cayeron bajo las espadas más fuertes. Algunos arrojaban sus armas al suelo, rindiéndose

antes de perder la vida al ver la suerte que sus compañeros estaban corriendo. Al final, sólo diez de los hombres quedaron en pie, prisioneros en ese momento de Kendrick.

Éste dio la vuelta a su caballo y se acercó de nuevo al carro donde Lei lo esperaba. Le ofreció la mano para que montara con él, esperando ser rechazado por la matanza que acababa de llevar a cabo. Ella podría hacerlo, desconocía el motivo por el que los había matado.

Lei miró su mano extendida. Ese gesto era más que un ofrecimiento, lo sabía. Tenía las ropas manchadas con restos de sangre de las personas que acababa de eliminar; tanto en la camisa como en los pantalones había pruebas de esos asesinatos, pero no habían sido los primeros en desenvainar, fueron los otros y ellos se defendieron. Esa época se regía por la ley del más fuerte, por las espadas, no por la lógica o el pensamiento. No podía culpar a nadie por defender lo que era suyo y, por lo poco que entendía, donde iban en ese momento era el hogar de Kendrick, el laird de Sutherland.

Cogió la mano de Kendrick ante la atenta mirada de éste. Él la alzó, colocándola de nuevo delante de él en la montura, lo bastante cerca para notar su cuerpo caliente por la batalla y mancharse su propia camisa y pantalones con la sangre. Pero no le importó; para ella sólo existía Kendrick y, quien amenazara la vida de ese hombre, merecía morir.

Sintió que Kendrick la abrazaba con más fuerza de lo normal y alzó la mirada hacia él, esperando quizá un ceño fruncido o algo que lo hubiera alertado y que motivara ese abrazo, pero se encontró con algo que le cortó la respiración. Sus ojos azules eran de un color tan puro que le hacían querer entrar en ellos. De hecho, podía ver su reflejo.

—¿Qué?

Kendrick negó con la cabeza, sonrió y la besó en la frente antes de ponerse en marcha. Lei se fijó en los hombres capturados, atados de manos, avanzando detrás del carro. No sabía lo que harían con esos infelices, pero confiaba en él lo suficiente como para esperar buenas acciones para con ellos.

El griterío la hizo mirar al frente. Mucha gente, adultos y niños, corrían hacia ellos con sonrisas y lágrimas en los rostros. Algunos de los hombres de Kendrick se lanzaban hacia esas personas y las abrazaban o besaban con efusión. Miró a Kendrick, quien le ofreció algunas palabras nuevas.

—*Mac*.[\[31\]](#) —Señaló a un niño al que uno de los hombres alzaba en brazos antes de abrazarlo.

—*Nighean*.[\[32\]](#) —Una niña se inclinaba hacia su padre en una reverencia.

—*Bhean*.[\[33\]](#) —Una mujer besaba a otro de los hombres.

—*Teaghlach*.[\[34\]](#) —Apuntó hacia un grupo de personas que rodeaba a otro—. ¿Entendéis?

—Sí.

Kendrick la recompensó con una sonrisa antes de volverse hacia los que aclamaban su nombre y le decían cosas que no llegaba a comprender del todo. Necesitaba algo más de práctica con esa lengua, pero al menos no estaba tan perdida como antes.

El paso de los caballos se hizo más lento debido a las conversaciones que todos querían mantener con él. Muchos de ellos se quedaban cortados ante la presencia de ella en brazos de su laird y rehusaban mirarla a los ojos aún cuando les sonreía. Observaba cómo el ceño de él se iba frunciendo más claramente, preocupado, pero sin saber bien el motivo. Al final, Kendrick dio algunas instrucciones antes de espolear a Dorcha y cabalgar hacia el castillo con algunos de los guerreros detrás de él.

—¿Qué pasa? —le preguntó Lei sosteniéndose con más fuerza a él.

—No os preocupéis —contestó sin mirarla. Su mirada volvía a ser la fría y analítica de los momentos graves.

Avanzaron hacia la ciudadela, pasando por calles repletas de personas que los saludaban y se echaban a llorar. Parecían insuflar un halo de vida al pueblo, sus salvadores. ¿Qué habría pasando entonces en ese lugar en ausencia de Kendrick? Al traspasar las puertas que separaban el castillo del pueblo, observó que todo estaba desierto y en silencio. Sólo los cascos de los caballos hacían eco en el patio y llamaban la atención de algunos que se asomaban con miedo hacia el origen del sonido para emerger del todo con rostros aliviados.

—¡Laird Kendrick, los dioses nos bendicen! —gritó un anciano mientras corría hacia ellos.

—¡Seumas! —exclamó Kendrick—. ¿Aún sigues vivo, viejo?

—¡Claro que sí, milord! Todavía no ha llegado mi momento y los dioses saben que os puedo servir en algo. ¿Qué tal se portó Dorcha?

—Fue un valiente, viejo amigo. Y se ha ganado el corazón de una dama mucho antes que yo —agregó mirando a Lei.

Como si el caballo hubiera entendido, su relincho confirmó lo dicho y ambos rieron.

—Es un alivio volver a teneros aquí, milord. Las cosas no van bien...

—Me han dicho que Sean está dentro. ¿Qué hay de mi madre y Erin?

—Vuestra madre está dentro, discutiendo con Sean. Y Erin... La última vez que la vi estaba siendo escoltada a su habitación por varios soldados para ser encerrada, laird. A Sean no le gustó el comportamiento de vuestra hermana.

—¿Qué hizo?

—Cuando Sean llegó, Erin sirvió la cerveza, pero la aderezó con algunas hierbas y los hombres de Duncan tuvieron vómitos y diarreas toda la noche —contestó tratando de encubrir las risas con ataques de tos.

Algunos de sus hombres se echaron a reír abiertamente.

—¡Oh, vamos, Seumas, ni que eso fuera algo grave! —bramó una voz femenina.

Una mujer salió de la esquina del castillo ataviada con un vestido en color crema y una capa sobre los hombros. El pelo lo llevaba despeinado y con algunos mechones fuera de la trenza; tenía suciedad en manos, ropa y rostro.

—¡Erin! —gritó Kendrick.

Bajó de Dorcha y corrió hacia ella, cogiéndola por la cintura y levantándola para darle vueltas. Se unieron en un abrazo que, para Lei, duró una eternidad mientras los contemplaba.

Ella se parecía un poco a él en los ojos y el color del pelo. Su silueta era la de una verdadera dama, aunque se veía un poco joven y parecía muy aventurera.

Se fijó en que todos bajaban de los caballos y éstos eran atendidos por niños, posiblemente escuderos, que se los llevaban a las caballerizas. Drough se acercó a ella y le ofreció ayuda para desmontar. Correspondió con una sonrisa antes de tenderle los brazos y dejar que la cogiera para tocar tierra firme, la tierra de Dorcha. En cuanto sus pies lo hicieron, los sintió cosquillar, lo que siempre le pasaba cuando bajaba de las alturas. Agradeció la paciencia de Drough por no soltarla, consciente de la debilidad que tenía al apearse.

—¿Dónde está madre? —preguntó Kendrick.

—Dentro, discutiendo con Sean. Espero que traigáis algo que lo eche de aquí, porque en caso contrario, de verdad, si vos no lo matáis, pienso

hacerlo yo.

—¿Y se puede saber cómo habéis acabado así? —Hizo alusión a su estado.

—¿Cómo queríais que escapara de mi habitación? He salido por la ventana, atravesado la pared hasta la habitación de madre y ahí he usado el pasadizo hasta las cocinas.

—¿¡Os habéis atrevido con una pared del segundo piso!?! —gruñó tan alto que los caballos pifiaron.

—No fue difícil, aunque el vestido ha acabado... mirad. —Se volvió para que Kendrick viera la espalda del mismo, roto casi por completo—. Eso fue cuando lo intenté la primera vez, me enganché con las piedras, así que tuve que volver a buscar la capa y probar suerte de otra forma.

Kendrick se echó las manos a la cara para taparse mientras oía las risas de sus hombres ante la conversación que mantenía con su hermana. Por dios, sólo quería un hombre que la domara, ¿era mucho pedir?

—¿Quién es ella? —preguntó su hermana haciendo que Kendrick mirara hacia atrás, donde Drough mantenía sujeta a Lei por la cintura y daba algunos pasos inseguros.

—Os lo explicaré luego. Ahora necesito hablar con el bastardo de Sean y contarle las novedades.

—¿Macbeth derrotó a Duncan?

—Sí. Es el nuevo rey de Escocia.

—¡Sí! —chilló entusiasmada lanzándose al cuello de Kendrick y dejando que éste cargara con su peso—. Sabía que lo conseguiría.

—Eso no fue lo que le dijisteis la última vez que estuvo aquí —le recordó.

—La última vez fue muy grosero conmigo —replicó ella—. Quiso endilgarme a uno de sus soldados como marido y el muy debilucho ni siquiera me duró diez espadaos.

Kendrick rio ante el recuerdo de ese enfrentamiento. La habían subestimado por el hecho de ser mujer y le dio una lección a los hombres de Macbeth, quienes no se atrevieron a llevar a cabo ningún intento de seducción con ella. El propio Macbeth consideró la idea de llevarla también a la batalla bajo su mando. Ése había sido el desencadenante de que se escondiera en un carro cuando tocó partir, deseaba acompañarlos.

—¿Algo que deba saber antes de enfrentarme a Sean? —Arqueó una ceja mirando fijamente a Erin.

—Bueno... Primero nos quedamos sin comida, se lo dijimos pero no permitió que entrara nada hasta ayer noche y sólo porque él quiso celebrar una cena por todo lo alto en el castillo. Se cree el laird aquí y ordena a los sirvientes como si fueran suyos.

—¿Segundo?

—Me he enfrentado algunas veces a él.

—¿Os ha hecho algo? ¿Os ha tocado?

—¿Bromeáis? Que alguien se atreva a ponerme la mano encima, veréis lo que encuentra. Sólo os digo que he roto algunos huesos mientras habéis estado fuera y he mantenido alejado a Sean y a sus hombres de nuestras cosas. Pero desde ayer se cree con derecho a todo.

—Pues eso se acabó. El laird aquí soy yo. Me extraña que no haya salido ya a recibirme...

—Quizá os está tendiendo una trampa.

—Es lo más probable. Necesito que saquéis a madre de allí. Lo más seguro es que quiera mantenerla cerca si quiere tener ventaja.

Erin le dio un beso y se alejó corriendo mientras sacaba su daga. Podía confiar en su hermana para cumplir la orden. Se volvió hacia Lei, ya recuperada y en pie ella sola. Le cogió la mano e hizo que descansara sobre su brazo mientras la escoltaba hacia las puertas principales de su hogar. Observó que se mordía el labio, un gesto realizado en momentos en los que se sentía nerviosa o curiosa por algo, y vio que miraba hacia el lugar donde Erin se había marchado. ¿Se preguntaría quién era? ¿Estaría celosa de su hermana? Ese pensamiento le divirtió, porque entrañaba que sentía algo por él más profundo que la propia lujuria.

Subieron la escalera despacio, pues sabía que Lei estaba prestando más atención al castillo que a sus pasos. Tenía la boca abierta y sus ojos miraban a todos lados, sorprendiéndose por las altas paredes y los diseños del castillo. Estaba seguro de que el jardín sería algo satisfactorio para ella y el lago... Anhelaba el momento de mostrárselo y poder disfrutar de otro espectáculo como el vivido de camino a casa.

En cuanto entraron al interior, el hedor que se respiraba hizo que Lei gimiera, tapándose la boca y la nariz. También a él le costaba respirar, pero aguantó y siguió adelante. Oía toser a Lei, pero en ningún momento ella abandonó su lugar a su lado. Llegaron hasta el comedor y la voz de su madre irrumpió en sus oídos.

—¡Mi hijo Kendrick ha regresado! ¡¡Él es el auténtico laird de este

castillo!!

—¡Vuestro hijo fue despojado de su título y posesión por el rey Duncan! Jamás recuperará el poder aquí. El rey me lo otorgará a mí.

—¡El rey no os dará más que un puñado de estiércol, sucio cobarde!
—bramó Kendrick detrás de ellos.

Los hombres de allí echaron mano a sus espadas, sin desenvainarlas, pero sí listos para la batalla. Sabía que detrás de él iban Drough y el grupo de compañeros que lo acompañaban, la mayoría de ellos porque sus esposas estaban dentro, ocupándose de las tareas.

—Así que habéis vuelto, Kendrick.

—Sí. Y he regresado para reclamar lo que es mío. Por si aún no os habéis enterado, Duncan ha muerto. Larga vida al rey Macbeth.

—*Go dté Mac Bethad mac Findlaích an céad!*[\[35\]](#) —se oyó de sus hombres.

La mandíbula de Sean se tensó y agarró el mango de la espada. Los hombres de Kendrick hicieron lo propio.

—Tengo en mis manos el documento que me acredita bajo los ojos del rey como laird de toda Sutherland. Y, como tal, exijo que depongáis las armas. Éste ya no es vuestro lugar.

—¿Creéis que voy a tragarme ese papel que traéis? Pudisteis obtenerlo de cualquier lado, incluso Macbeth pudo hacéroslo sin ser el rey.

—¿¡Decís que no confiáis en la palabra del laird!?! —gruñó Drough avanzando hacia él, sacando parte de la espada.

—Aquí no ha llegado nada sobre la muerte del rey Duncan.

—Duncan murió atravesado por la espada del rey Macbeth —siseó Drough—. Él le dio a nuestro laird aquello que ya tenía.

—Deponed las espadas y rendíos, Sean. No quiero derramar sangre en mi castillo.

—*Mi castillo* —contradijo él—. Hasta que las noticias de la muerte del rey Duncan no se extiendan, esto seguirá siendo mío —añadió sentándose en la silla y cruzando las piernas.

Kendrick sonrió ante tal demostración de insolencia, sentarse ante el laird de Sutherland.

—Madre, deberíais salir de aquí —se dirigió a su progenitora.

Lei se fijó en la mujer. Tenía el pelo castaño oscuro con varios mechones encanecidos y parecía estar entre los cincuenta y los sesenta

años. Conservaba su figura delgada, y su rostro contenía algunas arrugas debidas a la edad. Llevaba el pelo recogido en un moño y su vestido era color borgoña, entallado en la parte de arriba, las mangas largas pero de una tela transparente.

Uno de los hombres de Sean avanzó hacia ella y le cerró el paso cuando ésta trató de irse. Kendrick blasfemó y sus ojos se entrecerraron. Soltó a Lei y echó mano a su espada, desenvainando y acortando la distancia que lo separaba de sus enemigos. Algunos de sus hombres también avanzaron.

—Apartad a esa escoria de mi madre, Sean —masculló apretando con fuerza su espada.

—No levantéis la espada en mi castillo.

—¡Es mi castillo! —ladró—. ¡Y os juro que disfrutaré hundiendo mi espada dentro de vuestro cuerpo como no os rindáis de una vez!

—¿Estáis amenazando al laird de Sutherland? —inquirió, su mano sobre la espada.

—¿Sabéis lo que me dijo el rey? Que tenía libertad para hacer lo que quisiera con aquellos quienes se interpusieran. Los hombres que custodiaban el pueblo han sido los primeros y supongo que vosotros seréis los siguientes.

Kendrick miró hacia atrás y Lei lo siguió para ver cómo varios hacían entrar a los prisioneros atados. Eran la prueba de la resistencia vencida.

—Hijo de perra... —lanzó Sean dando la orden para el ataque.

Kendrick avanzó con rapidez hacia el soldado que tenía a su madre e insertó su espada en uno de sus los omóplatos, sacándola por delante sin problemas para atravesarlo. Empujó al hombre con su pierna para sacar el arma y le susurró algo a su madre, quien giró hacia una puerta donde Erin la esperaba. Asintió y corrió hacia el lugar mientras él protegía su huida.

Poco a poco fueron cayendo todos, dejando en el salón charcos de sangre que se unían en olor al que reinaba de suciedad y podredumbre. Lei estaba protegida en una de las paredes del salón por dos hombres, pero el movimiento que captaron sus ojos no fue alertado por uno de ellos, quien se desplomó a su lado.

Ella gritó y el otro la cubrió con su cuerpo para protegerla. Retrocedió dándole espacio hasta que su espalda chocó contra el pecho de alguien. Quiso darse la vuelta, pero en ese momento le cogieron el brazo

y la empujaron hacia delante.

—¡Sean! —vociferó alguien. Éste, aún luchando contra Kendrick, quien mantenía la distancia después de que él lo lograra herir en dos ocasiones, se volvió a tiempo de sujetar entre sus brazos el cuerpo de Lei.

Kendrick jadeó al ver a Lei apresada en los brazos de Sean y todo su cuerpo se fundió en lava a punto de explotar.

—Soltadla —dijo con una voz que no parecía de ese mundo. Todos detuvieron el combate, los pocos partidarios de Sean que quedaban en pie arremolinándose al lado de su señor.

Sean miró a Lei como si hasta ese instante no se hubiera percatado de su presencia y mucho menos del valor que le daba Kendrick Mackay. Movi6 su espada hasta que ésta quedó rozándole el cuello.

—¿Quién es, Kendrick? ¿Qué significa para vos esta mujer?

—Soltadla —repitió.

Sean apretó la espada contra el cuello de Lei, abriendo una línea sobre él por la que aparecieron los primeros hilos de sangre.

Quiso avanzar hacia ellos cuando Drough se lo impidió, agarrándolo.

—Vaya, vaya... Al parecer Kendrick Mackay tiene un punto débil después de todo. Decidme, ¿es vuestra puta? ¿Esta mujer es vuestro premio por pelear junto al bastardo esposo de Grouch?

Lei sentía la espada sobre su cuello y los brazos de él le impedían moverse un solo centímetro. Los suyos estaban sobre sus piernas... y era suficiente para ella. Con mucho cuidado, movió la mano derecha lo bastante lentamente como para no llamar la atención de nadie. Llegó hasta el bolsillo del pantalón y lo abrió, revelando el mango de la daga que, días atrás, Kendrick le diera en la posada. Arrastró con sus dedos la empuñadura hasta poder cogerla completamente con la mano y entonces la sacó del todo. Cambió el agarre de la misma y se apresuró a coger fuerza para clavarla en la pierna de Sean, quien gritó y soltó su espada.

Cuando se vio libre, corrió hacia Kendrick, pero éste avanzaba también y, en el momento en que se cruzaron, él la giró, empujándola hacia atrás mientras ensartaba a Sean antes de que éste tuviera tiempo de recuperar su espada.

—Pudríos en el infierno —escupió mirándolo a los ojos para ver cómo perdía el color de la vida.

El resto de los enemigos soltaron de inmediato las espadas tras la

pérdida de su señor y dejaron que los condujeran lejos. Kendrick se volvió hacia Lei, sujeta por Drough, y abrió los brazos para darle un tímido abrazo.

Ella corrió hacia él y dejó que sus brazos se cerraran en torno a su cuerpo. Le susurraba palabras incomprensibles, como toda la conversación que había tenido lugar, pero no le importaba si estaba a salvo junto a su cuerpo. Había pasado miedo, no por ella, sino por la mirada de él. Como si le hubieran estado clavando un puñal en el corazón.

Dejó que las lágrimas afloraran y pronto el llanto se hizo presente en el salón. Kendrick no la soltó ni un segundo, acunándola y acariciándole la cabeza para tranquilizarla. Era una mujer valiente al haberse liberado ella sola. Ni siquiera recordaba que tenía la daga en el bolsillo. Había insistido en seguir usando ropa de hombre a pesar de ser demasiado grande, ya que, con unas cuerdas, ésta iba bien ceñida a su cuerpo. No sabía que guardaba la daga en el bolsillo del pantalón, pero sí había visto los movimientos al sacarla para enfrentarse a él. Y estaba a salvo.

La separó de su pecho y le cogió la cara para orientarla hacia él, no a los cuerpos que yacían muertos.

—¿Estáis bien? —Al no obtener respuesta, volvió a repetir la frase y no fue hasta la tercera ocasión que logró una afirmación por su parte.

Se fijó en la sangre de su cuello y la herida que tenía.

—Drough, mandad a alguien con agua limpia a mi habitación —ordenó antes de coger en brazos a Lei y encaminarse con paso ligero hacia las escaleras.

Ni siquiera esperó la contestación de su segundo. Cumpliría con cualquier cosa que le pidiera.

Kendrick abrió de una patada la puerta de su habitación y depositó a Lei en la silla. Se arrodilló a su lado, levantándole con los dedos la barbilla para mirar el corte. No era profundo, sólo asustaba por la sangre, pero parecía que ésta se había detenido ya.

—Estoy bien... —susurró ella.

Él respondió con un gruñido y se levantó para asomarse a la puerta. En cuanto vio a uno de sus hombres subiendo con un cuenco lleno de agua y un paño en sus manos, fue hasta él para arrebatarse los objetos y volver a la habitación.

Puso el recipiente en la mesa y empapó el paño en el agua. Después, agachado frente a Lei, giró el cuello y lo levantó, dirigiéndola por la barbilla. Le pasó el trapo lentamente sobre la piel, eliminando los restos de sangre y humedeciendo la herida para ver cómo estaba. Lei movió la cabeza para mirarlo, pero Kendrick volvió a cogerle el mentón y a llevarla a la misma postura de antes. Trataba de mirarlo de reojo, pero no conseguía verlo con nitidez y, finalmente, volvió a moverse.

Kendrick gruñó ante la insistencia de ella y de nuevo hizo que girara la cabeza, pero una risita por su parte lo congeló y sus ojos conectaron. Lo observaba con un punto de diversión y todo su cuerpo reaccionó a la mirada.

Sujetándole la barbilla, instó a sus piernas a abrirse para posicionar todo su ser entre ellas. De sus labios escapó un suspiro cuando notó la proximidad del cuerpo de él en su sexo, más aún cuando Kendrick se inclinó sobre el cuello y sacó la lengua, recorriendo con ella la herida infligida por la espada. Su respiración se hizo incapaz de salir normalmente, mientras las caricias la llevaban hasta un estado de calor inmenso en todo su cuerpo. Sentía la humedad en su interior deslizándose hacia fuera y se agarró a los bordes de la silla.

Trató de mover la cabeza, pero la protesta de Kendrick la detuvo; empezó entonces a besarla siguiendo el corte, dejando un rastro abrasador a lo largo del mismo. Las manos de él estaban sobre su cintura, asentándola en la silla para no darle posibilidad de escape, aunque tampoco quisiera hacerlo.

De forma sutil, una de las manos de Lei le acarició el pelo y luego hundió sus dedos en él. Kendrick siseó por el toque y se acercó más, haciendo que jadeara y se arqueara ante el contacto. Ella cerró esa mano en un puño, cogiendo un puñado de su pelo y manteniéndolo cerca de ella.

—Kendrick, hijo. No creo que ésa sea la forma de curar una herida —comentó alguien desde el marco de la puerta.

Los dos se volvieron al mismo tiempo para ver allí paradas tanto a Erin como a su madre. De nuevo volvieron a mirarse entre ellos. Lei estaba sonrojada y su respiración era entrecortada. Él también estaba respirando con fuerza, sus ojos más oscuros de lo que solían ser. Vio que ella bajaba la cabeza, pero sus ojos lo miraron unos segundos más y pudo observar una ligera sonrisa en su rostro.

Sí... Estaba mucho más cerca de Lei ahora.

Capítulo 12

Kendrick se incorporó y fue hasta la mujer mayor. La rodeó en un abrazo correspondido y besó su mejilla.

—¿Os hizo algo? ¿Estáis herida?

—La única herida que tengo es no haber podido salir a recibirlos, hijo. Ese idiota no me dejó abandonar el salón cuando oyó que erais vos quien volvía.

—Debería haberlo matado más lentamente —masculló él.

—Creo que ya es tarde para lamentarlo, nunca os había visto ponerlos así con un enemigo. Ni siquiera le disteis tiempo a reaccionar. En cuanto esa mujer se soltó, embestisteis como un toro.

Se volvió para ver a Lei, quien permanecía de pie al lado de la mesa y la silla, como si no quisiera molestar. Sabía que no entendía todo lo que hablaban y desconocía quiénes eran.

—Drough no ha querido decirnos nada —soltó Erin—. Pero la he visto montada en Dorcha y ese maldito caballo no deja que nadie se suba en él si no eres tú. ¿Y bien? —Se cruzó de brazos esperando una respuesta.

Kendrick arqueó las cejas sorprendido por la actitud de su hermana pequeña.

—¿Creéis que voy a responderos?

Hizo el mismo gesto que ella, cruzarse de brazos.

—Oh, por lo que más queráis, no empecéis a pelearos ya. Tengo suficiente con saber que vos os habéis puesto en peligro por la pared del castillo —señaló a Erin— y vos no hacíais ni cinco minutos que habíais llegado y ya estabais guerreando con otros.

—¡No tuve la culpa! —exclamaron al unísono Kendrick y Erin con las mismas palabras, como dos niños pequeños.

Su madre los miró con enojo poniendo los brazos en jarras, pero fue

la risa de Lei lo que hizo que los tres se giraran hacia ella. Trataba de taparse la boca para contenerse, pero no podía hacerlo. Se dio la vuelta en cuanto se giraron, avergonzada. Ver a un guerrero tan poderoso y alto comportarse como un niño había podido con ella y la risa, escapado sin poder evitarlo.

Erin se alejó de ellos hacia Lei y le tocó el brazo para llamar su atención. Eran casi de la misma altura, pero las diferenciaba la delgadez de una y el hecho de vestir con elegancia un vestido, por muy raído que éste estuviera.

—Seguro que este tonto ha hecho de las suyas por el camino. A la vista está que no os ha proporcionado ropa adecuada para alguien como vos.

—¿No me digas que no lleva ropa interior? —preguntó su madre dejando a Kendrick solo observando a las tres mujeres—. Oh, por todos los cielos, Kendrick, ¿habéis traído a una mujer sin ropa interior? ¡Sólo lleva puesta esa ropa!

—El viaje ha sido caluroso y antes llevaba un vestido pero, cuando paramos hace unas noches en uno de los pueblos, decidió usar ropa de hombre.

—¿Ésa es la educación que le he dado a mi hijo? ¿A pasear a una mujer sin ropa interior? Aunque sea vuestra nueva amante, no deberíais despreciarla de esa manera...

—¡No es mi amante! —gruñó acercándose a ellas y cogiendo de la cintura a Lei—. Va a ser mi esposa.

Ambas se quedaron boquiabiertas ante las intenciones de Kendrick, mientras Lei lo miraba ajena a lo que decía. Sólo entendió la última palabra, nada más. No sabía quiénes eran, pero parecía que su relación era muy cercana.

—*Màthair*.[\[36\]](#) —Señaló con su mano a la mujer mayor y después a él—. *Mac*.[\[37\]](#) —Volvió a señalar a la mujer—. Siona.

Lei cabeceó para decirle que había entendido y extendió su mano para saludar a la madre de Kendrick. Ésta miraba a su hijo como si se hubiera vuelto loco hablando de esa manera y apartó el brazo cohibida por esa incomodidad creada.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

—Madre... Lei no habla nuestro idioma.

—¿Es extranjera? ¿Inglesa? ¿Francesa? ¿De qué país?

—No, no es un idioma que hayamos oído antes. Ha aprendido mucho en estos días, pero aún le cuesta seguir una conversación.

Levantó el mentón de Lei para que lo mirara, ofreciéndole confianza. La sonrisa de ella fue muy tenue antes de girarse hacia Siona.

—Hola —saludó en gaélico. El acento que le ponía era extraño, pero aun así se la entendía perfectamente.

Siona no dijo nada, por un momento impactada no sólo por la noticia que su hijo acababa de darle, sino por el hecho de ser una mujer que no hablara su lengua. Sin duda era guapa, pero aún tenía sus dudas para con Kendrick.

—Hola —correspondió al saludo—. Kendrick, ¿seguro que no estáis hechizado? —preguntó centrándose en él—. Puedo llamar a los druidas y...

—Madre, por favor. Esta mujer cayó literalmente del cielo en medio de la batalla; no sé de dónde viene, pero, si alguien puede averiguar algo, sois vos.

—¿Queréis que lo haga?

—Si así os quedáis más tranquila... —contestó suspirando—. No vais a estaros quieta hasta que averigüéis algo más, con lo cual, después os daré un informe completo para que podáis poner en marcha esos contactos que tenéis. ¿Cómo está tío Eoin?

—Sigue bien. Ahora mismo deberíamos ocuparnos de vosotros. Os vendrá bien un baño caliente y, como todo vuelve a su cauce, me encargaré de que se traiga comida y se limpie todo.

—Me parece bien, madre. Erin debería ayudarte.

—Yo, ¿por qué? —se quejó ella.

—Porque no haces nada.

—Erin... ¿hija? —preguntó Lei sobresaltando a los demás. Estaba señalando a Siona y a Erin.

—Sí —contestó Kendrick—. Y ahora marchaos, me gustaría descansar un rato —añadió atrapando de nuevo a Lei en sus brazos.

—¿Descansar? ¿O hacer otra cosa? —insinuó Erin—. Porque lo que estabais haciendo hace un rato no se parecía mucho a descansar.

Cogió la mano de Lei y tiró de ella, haciéndola trastabillar. Kendrick puso el brazo para ayudarla a enderezarse, pero Erin no esperó y volvió a impulsarla hacia delante para que se moviera.

—Erin, ¿dónde la lleváis?

—A una habitación. Me ocuparé de su baño, su ropa y su herida. ¿No

pretenderéis que la deje con un pervertido como vos?

—Serás... —Dio un paso adelante, pero su madre lo detuvo con la mirada.

—Vos y yo tenemos que hablar.

Chasqueó la lengua observando a Lei perderse por la puerta.

Lei se acercó a la ventana, desde donde podía ver el lago cubierto parcialmente por las ramas de los árboles que lo rodeaban. Parecía un lugar mágico y se moría de ganas de ir allí a descansar un rato después de las horas que había pasado en manos de Erin. Era una mujer increíble, capaz de ordenar sin prestar atención a las quejas o lo que tuvieras que decir al respecto. En cuestión de minutos, había conseguido una habitación preparada y una bañera lista para usarse. Ella misma había encendido el fuego de la chimenea y ayudado a bañarse.

Después se había encargado de la ropa, proporcionándole no sólo el vestido de lino blanco que llevaba, bajo el cual se ocultaba una combinación a modo de ropa interior para cubrir su cuerpo, sino también otra serie de trajes, ahora guardados en un baúl al pie de la cama. El atuendo llevaba un fajín ceñido justo debajo de los pechos en dorado con un extremado diseño bordado en hilos plateados y dorados que entusiasmó a Lei. Y, debajo, Erin le había escondido una daga más fina que la de Kendrick. Había entendido algo de las palabras pronunciadas cuando le habló, al parecer concedora del incidente entre ese hombre y ella.

Después de ocuparse de las heridas del cuello y el hombro, se marchó dejándola sola para que descansara, quedando toda la habitación en silencio.

—Así que aquí voy a vivir por ahora... —murmuró en voz alta mirando de nuevo por la ventana. El olor a distintas flores le llegaba unido al de la humedad del lago y a un aroma que le despertaba el apetito.

Se oía hablar a algunas personas, dar órdenes o discutir antes de salir corriendo para cumplir los encargos. Todo el castillo parecía un hervidero. Seguramente estarían limpiando y preparándolo para la comida, y Siona, la madre de Kendrick, era quien se encargaba de todo. Si éste era el castillo de Kendrick y no había una señora de la casa más que su madre... eso quería decir que estaba soltero... Su mente empezó a recopilar montones de lugares donde se podía uno quedar a solas en un

castillo con la persona amada y el calor de sus mejillas le dijo que llegaba a su máximo. O dejaba de pensar en esas cosas o su mente se iba a fundir.

—Para empezar, no pertenezco a este tiempo. ¿Y si me marcho cuando menos me lo espere? Kendrick se merece una buena esposa. A mí sólo me quiere... —calló un momento, tratando de entender por qué la quería a ella y no a las mujeres de la posada. ¿Por qué ella?

Se cruzó de brazos pensando en los motivos que podía tener él.

—¿Porque soy su premio? ¿O porque me he resistido a él? Aunque últimamente no lo he hecho... ¿Y si fuera sólo por sexo? Quizá, una vez se quite las ganas, se acabará todo... —rumió en su cabeza—. Sea lo que sea, tengo que dejar de imaginarnos a Kendrick y a mí juntos... —Se volvió para apartarse de la ventana, cuando vio que él estaba en su habitación mirándola fijamente.

Lei se puso una mano en el corazón e inspiró asustada. No lo había oído abrir la puerta ni tampoco entrar.

—Kendrick...

—Tan hermosa... —Sus ojos no abandonaban el vestido ciñéndose a sus curvas, dejando al descubierto toda su feminidad. Llevaba el cabello peinado y recogido con algunas horquillas para impedir que le tapara la cara. Al llevarlo demasiado corto, no podían hacer más.

Se mordió el labio apartando los ojos. ¿Tenía que llegar en ese momento? Estaba ataviado con otra ropa y el pelo aún lo tenía mojado. Habría tomado un baño como ella y la ropa desprendía el olor a limpio y a flores silvestres, pero era su olor a sándalo y hombre lo que la desarmaba. Una camisa blanca y unos pantalones por debajo de las rodillas en color marrón formaban su atuendo, completado por una larga pieza en color azul que se enroscaba en sus caderas y cruzaba su pecho y espalda, cerrándose al lado del corazón con un broche. ¿Eso sería un tartán? Era diferente de los que recordaba haber visto en Internet, pero no iba desencaminada. Quizá un antecedente de éste.

El cabello lo tenía recogido en una coleta, dejando su cuello y nuca libres, dos partes que se veían tan poderosas y sensuales por sí mismas... Su mente volvía a estar repleta de imágenes que los implicaba a ambos y no precisamente con ropa. Recordó la forma en que había *curado* su herida del cuello y se preguntó a qué sabría si hiciera lo mismo. ¿Salado?, ¿dulce? Jadeó ante las nuevas imágenes de él desnudo en toda su gloria y se apresuró a ir hacia la mesa, donde había una jarra con agua fría.

Necesitaba un vaso desesperadamente.

Kendrick siguió a Lei sin poder quitarle la vista de encima. Ese vestido le estaba tan espléndido que tenía que contenerse para no acercarse y sentir más próximo el calor que irradiaba su cuerpo. Todo en él se sentía atraído por ella, como un imán. Y ahora estaba en casa. Hubiera querido llamar de inmediato al druida para casarse, pero su madre insistió en esperar mientras ella, como celta e hija de celtas y druidas, encontraba algo más acerca de por qué había sido convocada. No había dudas de que no provenía de esa época. Sus ropas, el acento y la lengua tan diferentes que usaba, sus modales, todo lo indicaba; quedaba por saber cuál era ese otro mundo.

Después de verla con ese vestido, e imaginarla sin él, se dijo que debía apresurar a su madre si no quería quedarse sin nietos por culpa de aguantar demasiado la tentación. Podía sentir su miembro palpitando, llamando la atención por ser liberado y enterrado de nuevo en un lugar más húmedo y cálido.

Observó cómo vertía agua en la jarra y la acercaba a sus labios, bebiendo con rapidez, tragando por su suave cuello con los ojos cerrados. Reprimió un gruñido y se movió para evitar tener más tenso el cuerpo. Ante ese sonido, Lei se giró, ambas miradas conectaron. El deseo en ellos era evidente para el otro, pero se contenían. Al menos hasta que no pudieran más.

—¿Casa?

Kendrick no respondió al principio, cautivado por los ojos, sus pensamientos y esa boquita suya que se movía de forma tan sensual.

—Sí. Es mi hogar.

—Es hermoso.

Recortó la distancia que lo separaba de ella y le tocó las manos para soltar la jarra y dejarla en la mesa.

—¿Tenéis hambre?

—Sí.

—Vamos.

Le ofreció su brazo y lo aceptó, dejando que él colocara su mano tal y como debía ser.

La condujo a través de la habitación y de unos pasillos hasta la parte de abajo. Lei trató de recordar el camino, pero el hecho de tenerlo tan cerca, de tocarlo de nuevo, le nubló la mente y, para ella, sólo estaban

ellos dos. Ni siquiera se dio cuenta de que ya no estaban solos.

—Madre, ¿habría algo de comer? —preguntó Kendrick al llegar al salón.

Varias mujeres estaban barriendo y apartando las esteras de juncos sucias. El hedor empezaba a disiparse, pero aún permanecía en la habitación y estaba empezando a marear a Lei, quien se tambaleó y se sostuvo del brazo de él. El movimiento alertó a Kendrick; se volvió hacia ella para agarrarla con su otra mano.

—¿Lei?

—Fuera... —murmuró en su idioma esperando que las miles de veces pronunciadas le dijeran a Kendrick lo que necesitaba.

—Comeremos fuera, madre. Enviadnos a alguien con comida —instruyó sacando del salón a Lei.

Siona vio cómo su hijo prodigaba atenciones a esa mujer, sacándola fuera del castillo para evitar que siguiera mareándose por el hedor.

En el momento en que salieron, Lei se soltó de él y se inclinó hacia delante, las manos sobre sus rodillas. Nada la había preparado para los olores de esa época, y eso que durante el viaje había soportado mucho. Pero llegar allí y ser consciente de la fetidez por la falta de limpieza... Era posible que el otro hombre hubiera impedido su aseo por cómo le había visto comportarse, pero ¿acaso podía vivir con esa inmundicia?

—¿Estáis bien?

Asintió creyendo no ser capaz de abrir la boca para hablar.

—¿Seguís teniendo hambre?

Eso hizo que sonriera. Su estómago se encontraba cerrado ahora, así que no iba a poder comer mucho. Cuando se incorporó, vio a una muchacha de unos catorce años portando una bandeja con comida variada que dejó sobre la baranda de piedra de la entrada principal. Kendrick habló algo con ella y ésta enrojeció, haciendo una reverencia antes de salir corriendo.

Lei frunció el ceño ante el rostro de Kendrick. Parecía satisfecho por la reacción de la chica y eso no le gustaba ni un pelo. ¿Era capaz de flirtear delante de ella misma? ¿Acaso ya estaba cansado? Una caricia suave por encima de su nariz le hizo respingar y mirar hacia arriba. Él estaba tan cerca, ni siquiera lo había oído acercarse. Le sonreía con autosuficiencia, como si supiera que estaba celosa, lo que hizo que resoplara y se alejara de él. Si se creía irresistible, le demostraría que no

era así, podría aguantar sus ansias... al menos hasta que reventara.

Después de comer algo en el exterior del castillo, Lei pudo acompañar a Kendrick mientras éste visitaba las distintas instalaciones que había. En la mayoría de los sitios las gentes se afanaban en limpiar y almacenar los alimentos y productos que llegaban en carros. Parecía que habían estado esperando que llegara su laird para poner orden. Eso o que los soldados habían impedido que se hiciera nada.

En la parte oeste del castillo estaban las cuadras, donde se guardaban los caballos. También había otro edificio anexo del que salían algunos hombres con armas, por lo que supuso que ahí estaría la armería. Al este, un pequeño edificio se alzaba, pero no sabía bien para qué se utilizaba. Las cocinas debían estar dentro del castillo o por la parte de atrás, pues no las veía. Tampoco sabía qué más podría haber en esa época.

Se preguntó por el futuro de los hombres vencidos. Quería preguntarle a Kendrick, pero no saber cómo hacerlo la cohibía a abrir la boca por si al resto de personas a su alrededor les hacía sentir incómodos o, peor aún, por si consideraban que era una bruja. ¿En esa época quemaban a las mujeres por hablar de forma diferente?

Kendrick se dio cuenta del modo tan callado como se comportaba Lei. Con sus hombres no había estado así, siempre tratando de preguntar por lo que veía o escuchaba, pero en ese momento era demasiado tímida. Había pensado mostrarle todo el castillo para que se hiciera una idea de sus posesiones, una mínima parte si tenía en cuenta que el territorio de Sutherland se extendía centenares de kilómetros y él estaba asentado sólo en uno de los pueblos. Pero no iba como esperaba.

—¡Kendrick! —gritaron por detrás.

Éste se volvió para ver corriendo a su hermana con el vestido alzado, dando una vista a los hombres de sus tobillos, y gruñó ante tal espectáculo.

—Bajad ese vestido, Erin —la reprendió en cuanto se detuvo delante de él.

—Ni que fuera la primera vez que me ven así —masculló ella recuperando el aliento—. ¿Me la dejáis? —preguntó señalando a Lei.

—No es una mascota.

—Sí, bueno, pero ¿dejáis que venga conmigo?

—¿Adónde?

—Madre me ha pedido que ayude en la cocina y ya sabéis lo poco que me gusta. Así que he pensado que tal vez ella...

—Si os han pedido un trabajo, aprended a hacerlo. Ella está conmigo.

—Sois cruel... Drough me ha dicho que me enseñaría un nuevo movimiento con la espada.

—Drough estará ocupado ahora mismo con su mujer. Dejadlo en paz unos días, acabamos de volver de una batalla, Erin.

—Sí, una en la que no me dejasteis participar.

Kendrick soltó a Lei y avanzó hasta su hermana para seguir discutiendo. Lei, que no entendía la mitad de las cosas que decían, se giró para contemplar un ejemplar blanco con las crines negras que pastaba tranquilamente en un cerco. Era casi tan grande como Dorcha, aunque el color hacía que fuera más puro. Avanzó hasta la valla y se echó sobre ella, observando al caballo. Como si éste hubiera sentido su presencia, levantó la cabeza, dejándole ver unos ojos azules. ¿Los animales podían tenerlos de ese color? Arqueó las cejas ante ello y le sonrió. Éste arrastraba una pata por el suelo en un signo de nerviosismo, así que bajó lentamente la cabeza, poniéndola sobre las manos. Eso pareció tranquilizarlo.

Miró a ambos lados hasta que encontró lo que buscaba y se acercó a coger unas cuantas zanahorias. La valla estaba construida de tal forma que podía pasar entre los troncos que formaban parte de ella y, recogiendo el vestido para que no se ensuciara demasiado, logró llegar al otro lado. Ahora estaba dentro del cerco, donde el caballo la miraba con los ojos entrecerrados como si sopesara el peligro que podía entrañar.

A lo lejos seguía oyendo la discusión de Kendrick con su hermana. Pero ahora sólo tenía pensamientos para lo que tenía delante. Quería acercarse y poder ver más de cerca el ejemplar que era. Desde pequeña le habían gustado los caballos, pero, por su miedo a las alturas, era incapaz de subirse a uno. Ahora, gracias a Kendrick, podía hacerlo y disfrutar de la sensación de volar a lomos de uno. No iba a montar sola, por supuesto, pero nadie podía prohibirle acercarse a esos animales.

Caminó despacio manteniendo extendida la mano donde llevaba una zanahoria. Sabía que solían apreciar la comida y era una especie de ofrenda de paz. Estaba ya muy cerca de él... de ella, se corrigió al contemplar que no era sino una yegua.

—¿Sabes que eres preciosa?

La cabeza de la yegua se ladeó, inquieta por el acercamiento.

—Tranquila, no quiero hacerte daño. Tienes hambre y ahí hay poca

hierba, he pensado que esto te puede gustar algo más, ¿no te parece? — Cogió la zanahoria y estiró el brazo para que pudiera comerla sin tener que acercarse a ella.

La yegua resopló moviendo todo su cuerpo retrocediendo de Lei, quien se quedó quieta sin moverse.

—Vale, no me muevo. Si la quieres, cógela.

Esperó pacientemente con el brazo extendido sin hacer ningún movimiento. Lo único que se movían eran sus ojos, fijos en la yegua y en la zanahoria. Cuando vio que ésta se acercaba a olisquear la verdura, sonrió. Estaba cerca.

—Sólo la zanahoria... —susurró.

Sintió el tirón de la boca al coger la hortaliza y la soltó. La yegua se alejó de ella antes de comérsela, pero Lei permaneció en el mismo sitio, esperando por ella y ofreciéndole una segunda. Esta vez fue más rápida. Se acercó y se la comió, pero no se alejó tanto y, en la tercera, se quedó a su lado mientras la masticaba sin perder de vista sus manos. Lei sabía que cualquier brusquedad podía alterarla y dar alguna coz, por eso trataba de mantenerse lo más quieta posible. En la tercera zanahoria había podido tocarle parte de la boca, aunque la protesta de la yegua fue evidente y dejó de hacerlo. Ahora, con la última, se armó de valor y le rozó el cuello y las crines.

—Eres enorme... tan grande como Dorcha. ¿Sabes quién es? Un caballo negro gigante montado por el laird de este castillo. Seguro que lo has visto en las cuadras. —Las palabras parecían apaciguar a la yegua y, aunque ya no estaba comiendo nada, permaneció en su lugar dejando que la acariciara.

—¡Me importa poco que vos no queráis casaros, Erin, tenéis que hacerlo! —soltó Kendrick desesperado con su hermana. Se suponía que había ido para llevarse a Lei y acababan desembocando siempre en lo mismo.

—¡No es que no quiera casarme! ¡Pero no podéis entregarme a un hombre a quien puedo derrotar hasta con los ojos cerrados! —replicó ella.

—¡Laird! —gritó uno de los muchachos a cargo de las cuadras.

—¡Ahora no! Erin, no vais a probar a todos los hombres que vengan aquí para ver si pueden con vos o no. Sabéis que yo, como laird, puedo

decidir con quién casaros.

—Intentadlo —retó—. Hacedlo y os juro que llegareis impotente a vuestra boda.

Kendrick abrió los ojos de par en par, levantando las cejas. Lo estaba amenazando su hermana pequeña...

—¡Laird! —gritó otra voz más adulta con un tono de angustia.

—¡No! —negó—. En cuanto a vos, Erin, veremos si os salís con la vuestra. Ahora mismo no tengo a nadie, pero en cuanto haya alguien que se ocupe de vos...

—Como si alguien fuera digno de mí... —resopló ella—. Yo escogeré a mi propio marido.

—¡Ja! Eso tengo que verlo.

—Un año, dadme un año y yo haré la elección. Pasado ese tiempo, es cosa vuestra.

—¿En serio?

—Al fin y al cabo, decís que os vais a casar con esa mujer. Invitaréis a muchos, así que podré ver lo que hay. Y, como se celebrarán torneos, podré comprobar de lo que son capaces.

—Un año, Erin. Ni un día más.

—Hecho.

—¡¡Laird!! —exigieron.

Kendrick se dio la vuelta dispuesto a enterrar al hombre que acababa de llamarlo de esa manera cuando vio que había muchos mirando el cerco de las cuadras donde se colocaban los caballos salvajes para ser domados. Murmuraban entre sí y miraban al centro con la boca abierta.

—¡Laird, lo siento, no me di cuenta! —se explicó uno de ellos—. Había salido a por comida para esa yegua y, cuando volví, esa mujer ya estaba dentro. Señor, la yegua es salvaje, no ha permitido a nadie acercársele.

Kendrick contempló a Lei cerca de un animal blanco. Era como una extensión de ella misma, con el mismo color. Palideció al pensar en lo que un caballo salvaje podría llegar a hacerle al frágil cuerpo de ella. Saltó la valla con rapidez y se acercó gritando su nombre.

Lei se giró para mirarlo con una sonrisa en los labios mientras la yegua abandonaba el contacto y se retiraba hacia una esquina vacía.

—¿Os ha herido? —preguntó demasiado rápido para que lo entendiera. Examinaba sus manos en busca de mordiscos o cortes, pero

estaban intactas. Lei no comprendía lo que pasaba; era un caballo, ¿no era como Dorcha?

—¿Qué?

Los relinchos de la yegua llamaron su atención y vio cómo varios hombres le cerraban el paso para que no pudiera moverse. Quiso ir hasta ellos, pero Kendrick la cogió en brazos y corrió fuera del lugar. Subió con ella la valla y otro hombre la alzó, depositándola en el suelo después. Ella volvió a mirar hacia su nueva amiga, quien había tirado al suelo a algunos en un intento por liberarse.

—¿Está herida? —se preocupó Erin a su lado. Ella negó antes de que respondiera Kendrick.

—¿Qué? —volvió a preguntar. Kendrick señaló a la yegua.

—Salvaje —dijo en gaélico. Uno de los hombres montó encima de ella y la yegua empezó a encabritarse, para lanzar por los aires a éste en cuestión de segundos.

Conocía lo suficiente para saber que el comportamiento era el de un animal salvaje, pero ella estaba bien.

—¡La asustas! —protestó en su idioma. Señaló hacia el lugar y Kendrick vio que ésta trataba de escapar de los hombres mientras algunos se retiraban demasiado doloridos.

Se volvió hacia ella, cogiéndola del brazo y apuntando al cerco.

—¡No!

Lei lo miró y se deshizo de su agarre. Se dio la vuelta y se cruzó de brazos, para regresar luego al castillo.

—Creo que acabáis de hacerla enfadar —recalcó Erin antes de correr hacia Lei.

Capítulo 13

La vida en las Highlands no era fácil y podía sentirlo en carne propia. Allí no había baños o lavabos como en su época, sino que eran *garderobes*, palabra que recordaba de los libros que había leído, y no es que fueran muy higiénicos. Sin embargo, después de pasear por todo el castillo del brazo de Erin escuchándola hablar demasiado rápido sin entender ni una mínima parte de la conversación, se dio cuenta de que había visitado todo el castillo y las instalaciones anexas.

Erin era una muchacha muy activa que no podía estarse quieta ni un momento. En un segundo estaba hablando con Lei cuando, al siguiente, se enfrentaba con uno de los hombres que pasaba con alguna espada y se la arrebataba, retándolo a que la venciera. Era tan buena como su propio hermano, aunque finalmente la fuerza física siempre primaba (no sin antes dejar a su adversario pasando algunas calamidades por no ser capaz de acabar en menos tiempo, o que ella consiguiera pincharle con la punta de la espada en el trasero).

Estar con otra mujer era agradable después de pasar casi una semana rodeada de hombres. Desde luego se sentía mucho mejor que estando cerca de Kendrick, ya que, cuando él estaba a su lado, los pensamientos no le coordinaban lo bastante bien ni lo bastante ni rápido.

Junto a Erin recorrió toda la planta superior, llena de habitaciones, algunas sin usar, otras que servían para el almacenamiento. Había un *garderobe* en esa planta y otro en la planta de abajo que estaban siendo saneados. De hecho, todo el castillo parecía haberse llenado de repente de mujeres y hombres que se afanaban por adecentarlo bajo las órdenes de la madre de Kendrick, pendiente hasta del más mínimo detalle.

También ella acabó ayudando a limpiar tras ver cómo Siona regañaba a Erin y la ponía a trabajar. Obviamente no pensaba volver a

hablar con ese terco, caprichoso y mandón primate que le negaba estar en compañía de un animal tan hermoso. ¿Qué, si era salvaje? Estaba tranquila con ella, no le había hecho nada. Había conseguido hacerse amiga de Dorcha, ¿por qué no podía serlo de esa yegua? La negativa de él señalándole el cerco aún pesaba en sus oídos. Ella no acataba órdenes estúpidas de guerreros como él...

Por eso prefería ponerse a ayudar y corresponder a la hospitalidad que allí le daban a tener que salir y enfrentarse a la mirada de Kendrick, quien estaría fuera escondiéndose de las posibles órdenes que su madre pudiera darle. Así, después de entenderse, mitad con palabras, mitad con señas, con Siona, acabó limpiando las mesas del salón principal y los bancos, además de las chimeneas.

Eso le hizo poder observar más detalladamente el lugar. Tenía un techo altísimo, como el de una catedral o una iglesia. Dos chimeneas en las paredes daban el calor que se necesitaba en la habitación, aunque sólo una estaba encendida, seguramente por ser verano. En los muros podía ver varios tapices en los colores azules del clan colgados decorando y haciendo más confortable la sala. A más de tres metros de altura, había algunas ventanas estrechas sin cristales, supuso que para evitar ataques por esa zona del castillo y la entrada de flechas. El suelo, de piedra gris, estaba siendo fregado por varias mujeres que frotaban con ahínco mientras otras sacaban las esteras de juncos sucias, de donde provenía casi todo el mal olor, para ser quemados.

La iluminación del salón le correspondía a tres inmensos candelabros circulares que pendían del techo con múltiples velas encendidas. Unas cadenas atadas a distintas partes de las paredes le hicieron saber que éstas servían para bajarlos y poder cambiar los cirios. Al parecer, las lámparas aún no se utilizaban.

Las mesas eran de madera cruda, largas y anchas, de tamaño suficiente para albergar a veinte hombres cada una, mientras que los bancos, también de madera e igual de pesados que las anteriores, eran de estilo diferente a los que ella había encontrado en su época. A pesar de cumplir la misma función, parecían más estables y confortables que los del futuro. En total eran quince tableros con soportes, que hacían la vez para comer, y veinte arquibancos; cuando terminaba de limpiar uno de los muebles, era colocado en el lugar correspondiente, ya fregado el suelo. Se fijó en que la distribución dejaba una mesa y un banco principal, en

horizontal, sobre una plataforma elevada y, enfrente de ella, ya en el pavimento, era colocado, de forma vertical, el resto. No dudaba de que la primera estaba reservada al laird y su familia, mientras que, en las otras, debían de sentarse los hombres de Kendrick.

Finalmente, después de pasar varias horas frotando los muebles para que quedaran libres de mugre y decentes para ser utilizados, y las chimeneas libres de cenizas y llenas de madera para quemar de nuevo, Lei pudo ver el gran salón, como había recordado que se lo denominaba, característico de un castillo medieval. Había pillado a Erin colocando hojas en las esquinas de la estancia y en algunos huecos de las paredes por donde se filtraba el aire. El olor que se desprendía de ellas hacía que todo oliera a hierbas, a romero y tomillo.

No dudaba de que el resto del castillo también se encontraba limpio a juzgar por los olores que recogía mientras Erin la acompañaba hasta su habitación y la ayudaba a asearse, quitarse el vestido, ahora más gris que blanco, y enfundarse en otro. Aún no entendía cómo podía llevar tanta ropa con el calor que hacía, pero ni una sola vez mientras trabajaba había pensado en ello; la ropa era tan suave y fina que no le subía la temperatura corporal, a no ser que Kendrick estuviera cerca.

Después de que Erin le anudase el lazo delante de los pechos (y de deshacerlo ella para atarlo algo más flojo, a fin de no destacar tanto sus *encantos*), tuvo unos minutos a solas al dejarla para ir a cambiarse ella. Bajó la mirada para ver el vestido azul pálido que llevaba en esa ocasión. Era de mangas cortas y llevaba una sobrecamisa que era la que anudaba entre sus pechos, también del mismo color azul pálido. El tejido, tan fino y suave a la vez, hacía que no pudiera dejar de acariciarlo entre sus manos sin llegar a creer la suavidad que tenía. Y encima no era seda. Podía acostumbrarse a esa vida; de hecho, salvo por el problema del idioma, la gente era amable con ella y, como ya ocurriera con los hombres de Kendrick, se habían acercado para ayudarla cuando quería mover una mesa o un banco.

Cuando Erin regresó, tiró de ella hacia las escaleras, donde pudo ver, a través de éstas, que había ya varias personas esperando sentadas en los bancos. Parecían inquietos mirando la puerta que conducía a las cocinas, una de las zonas que había visitado pero no durante mucho tiempo por la ingente cantidad de comida que estaban preparando y el gran número de hombres y mujeres que entraban y salían, ocupándose de sus quehaceres.

Nada más pasar el arco que delimitaba el gran salón y lo separaba del resto del castillo, algunos hombres las saludaron con gritos, gruñidos o alzamientos de copas repletas de vino que ya corría por las mesas. Por Dios, no habían empezado a comer y ya se veían borrachos. Erin salió disparada hacia un grupo de jóvenes que la llamaban con gestos mientras ella se quedaba allí de pie. Siguió con la mirada las mesas en vertical, viendo cómo éstas eran ocupadas tanto por mujeres como por hombres. Había incluso algunos niños que corrían persiguiéndose unos a otros. Divisó a Drough sentado junto a una mujer de largo cabello pelirrojo y se encendió al ver cómo éste, ajeno a las miradas que podía haber, comenzó a besarla y acercarla más a él. No había tenido ese comportamiento en la posada, con lo cual debía de ser alguien especial para él.

Drough detuvo esa inspección bucal tras las pullas, gritos y silbidos que empezaron a oírse en el salón y se fijó en Lei, de pie en el arco sin saber bien dónde mirar. Se levantó del banco y ayudó a su acompañante a levantarse también, para caminar luego hacia ella.

—Hola, Lei —saludó él mirándola de arriba abajo—. Estáis hermosa.

Ella bajó la mirada al suelo; aún no se acostumbraba a ese tipo de adjetivo dirigido a ella.

—Hola, Drough —devolvió ella el saludo con una tímida sonrisa. Vio entonces que acercaba a la mujer a él.

—Mi esposa —pronunció con lentitud esperando ser entendido.

Lei sonrió más abiertamente mientras miraba a la pareja de Drough y hacía una pequeña reverencia

—Teagan.

—Soy Lei —se presentó ella.

Teagan le cogió las manos, las encerró con las suyas y las apretó débilmente.

—Hola, Drough; hola, Teagan —saludó otra voz detrás de ella que envió por su columna un relámpago de deseo.

Todo su cuerpo se tensó al notar las vibraciones en la voz de Kendrick, tan profunda y viril que la recorrió un cosquilleo. Sin volverse para mirarlo, vio que la pareja se alejaba de ella para saludar con efusividad al laird. Continuaba enfadada con él, así que no iba a dejar que la intimidara, aunque su presencia hiciera que todo su cuerpo se volviera líquido.

Dio la vuelta lentamente hasta encontrarse con la imagen que le hizo

perder la respiración. Esta vez llevaba sólo la larga pieza azul rodeándole el cuerpo por encima de una camisa blanca de manga corta. Sus piernas eran visibles desde medio muslo y se vio presa de esos músculos cincelados sin poder apartar la mirada de ellos. Era eso o seguir un poco más arriba, a lo que tapaba con esa pieza sus caderas. Ya por la mañana había esperado ver la versión primitiva del *sporrán*, uno de los accesorios de la vestimenta escocesa que cumple la función de monedero o bolso, pero, al parecer, no estaba presente aún en ese siglo. Lo que tuvieran que llevar, como el oro o las armas, seguramente estaría entre los pliegues de la ropa.

—¿Cómo os encontráis, Teagan?

—Mucho mejor ahora —contestó ella—. Tenía miedo del resultado de la batalla y de que mi esposo no pudiera formar parte del nacimiento de nuestro hijo —añadió tocándose el vientre aún liso.

—Ya os dije que volvería. Os hice una promesa —replicó Drough.

—Lo sé, amor. —Teagan acarició la mejilla de él.

—¿Qué tal si vais a otra parte para seguir lo que tenéis pensado? —propuso al ver los ojos oscurecidos de ambos y el hambre reflejado en ellos—. Lo más seguro es que la comida tarde un rato, y siempre os podéis unir después.

Drough apartó la mirada un momento de su mujer y la dirigió a su amigo, palmeó su hombro y, luego, avanzó con rapidez hacia el exterior, llevando consigo a Teagan, quien lanzaba risillas al aire.

Kendrick se fijó entonces en Lei. Estaba centrada en él, o en una parte al menos, con las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos. Era la viva imagen del deseo para un hombre y eso despertó de nuevo sus ansias por tomarla. Se aclaró la garganta tratando de calmar la sed por beber de esos labios y habló.

—Lei... —Salió más bien como un susurro, uno que estremeció todo el cuerpo de ella, haciéndole cerrar los ojos y soltar un gemido sordo lo suficientemente bajo como para ser oído sólo por ambos—. Lei —pronunció algo más fuerte después de ver la forma en que había reaccionado la primera vez y casi lanzarse sobre ella delante de sus hombres, su madre y su hermana. Dioses, iba a ser duro mantenerse alejado.

Alzó la mirada para conectar con los ojos de Kendrick. Brillaban con intensidad, los dos conteniendo el deseo interno. Parpadeó varias veces

como si saliera de una ensoñación y frunció el ceño. Se suponía que estaba enfadada con él.

También Kendrick entrecerró el ceño al verla cambiar de humor. ¿Seguía molesta? Le tocó el codo para llevarla hasta la mesa donde la comida comenzaba a ser servida, pero ella se apartó de su roce, retándolo con los ojos a volver a cogerla de nuevo.

—*A bheil thu ann an droch?*[\[38\]](#)

Lei lo miró con enfado y él la señaló para que supiera que se refería a ella.

—Sí —masculló como si le costara reprimir la ira.

—¿Por qué?

¿Por qué? ¿Ese bruto le preguntaba por qué estaba enfadada? Abrió la boca para decirle lo que pensaba de él por sacarla cuando estaba pasando un agradable tiempo con una yegua tan hermosa como su propio caballo, cuando el grito de Erin detrás de ella le hizo cerrarla antes de soltar nada. No debía olvidar que era el laird de esa tierra y, delante de sus guerreros, no debía cuestionarlo.

Se volvió hacia Erin, interrogándola con la mirada.

—Comida. Vamos —dijo empujándola hacia la mesa horizontal. Ella hubiera preferido sentarse con los otros hombres, no en la mesa principal donde en esos momentos sólo Kendrick, Siona y Erin ocupaban sus sitios.

Kendrick avanzó detrás de Lei, impotente por no poder apartar la mirada de sus caderas y trasero. Aun con el vestido podía intuir sus formas y, sin duda, tenía unas nalgas redondeadas donde agarrarse para... Tropezó con un par de compañeros que se levantaron para saludarlo y maldijo por perder de vista algo con lo que sus ojos se estaban deleitando.

Después de malgastar unos instantes con los hombres, más pendiente de dónde llevaba Erin a Lei, subió los escalones hacia la mesa y se sentó en el centro. A su izquierda se encontraba su madre y, al lado de ésta, su hermana. A su derecha, el lugar destinado para su esposa, estaba Lei, al menos hasta que ésta se levantó y se colocó al lado de Erin ante la mirada atónita de él. No se molestó en decir nada, pero los refunfuños que salían de su boca lo clarificaban todo. Ya ni la comida que ingería le sabía bien.

Lo había molestado. Cuando se había levantado y cambiado de sitio, el tenue gruñido de él la siguió por el camino y las miradas que le echaba

sin duda eran como para temerlo, pero sólo podía pensar en cómo la había tratado. No era una niña a la que ordenarle las cosas, no estaba haciendo nada, no corría peligro; al menos no en esos momentos.

Vale, era una yegua salvaje que podía enfadarse y darle una coz que, en el mejor de los casos, sólo le dejaría un moratón y, en el peor, la llevaría directamente a otro mundo. ¡Pero estaba tranquila! ¿No se suponía que ellos se enfrentaban para domarla? Bueno, ella también lo hacía.

Eché un vistazo hacia Kendrick y el plato repleto de comida. ¿Cómo podía comer tanto y estar tan... sexi? Ella apenas ingería la tercera parte de lo que comía él y, sin embargo, tenía sus kilos de más. Eso sí, la comida era mucho más apetitosa que la de su época. Lo que hacía la evolución... en pro de algo perdíamos el verdadero sabor de los alimentos.

Las mesas seguían llenas de carnes, pescados, frutas y pasteles, y los allí presentes parecían no tener suficiente. Miró a Erin, quien comía pescado, ocupada en eliminar las espinas de la carne del mismo para llevárselo a la boca, y después a Siona, quien tenía en su plato varias chuletas de las que daba buena cuenta. Ella se había servido una chuleta y un poco de pescado. Después había cogido una manzana, pero, ¿acaso había que comer más? Vio a Kendrick levantarse de la mesa para arrancar un muslo de pollo con sus propias manos y girar la cabeza para mirarla.

—¿No coméis? —Lei negó y se tocó el estómago.

Kendrick arqueó una ceja.

—¿Os duele?

De nuevo negación.

—Llena.

Miró entonces su plato, donde la raspa de un pescado y el hueso de una chuleta sobresalían junto al corazón de una manzana. ¿Sólo había comido eso y ya estaba llena? Había vianda de sobra ahora que lo habían abastecido todo, no era como en el viaje, cuando se racionaban las provisiones. Podía alimentarse con lo que quisiera...

Soltó el muslo y se limpió en el paño que tenía al lado. Quería decirle que podía comer sin preocuparse por la comida, y que, si quería otra cosa, sólo tenía que pedirla. Captó el movimiento de su vestido justo a tiempo de agarrarle la muñeca y volverla hacia él.

—¿Adónde vais? —gruñó.

Lei se mordió el labio. Señaló las escaleras sin saber cómo decir que se iba a su habitación.

—No.

Oh, vamos, ¿ahora por qué no podía irse? Ese gruñón merecía que alguien le diera una serie de lecciones sobre las mujeres y el hecho de que no toleran demasiado bien las órdenes.

Trató de librarse de su mano, pero era imposible tal y como sus dedos se cerraban sobre ella.

—Lei —llamó él.

Y ella lo miró. E hizo algo más que lo dejó anonadado y colgando del borde de su control.

La lengua de Lei fuera de su boca, claramente haciéndole burla como una niña pequeña, hizo que por su mente pasara un torrente de imágenes sobre lo que podría hacer con ella, en la cama, fuera de la cama, en cualquier sitio donde pudieran estar juntos. Su mano perdió el contacto con ella, quien echó a correr saltando la tarima hacia las escaleras. Sólo cuando su esencia se perdió, recuperó el sentido. Oía las risas y murmullos de sus hombres mirando hacia donde había desaparecido.

—Kendrick, ¿qué ha pasado? —preguntó su madre ante la paralizada figura de su hijo. Éste se sentó en el banco de nuevo y empezó a comer.

—Nada —bufó.

—¿Adónde ha ido Lei? ¿Se encuentra bien?

¿Adónde había ido? Más le valía esconderse en el castillo porque, si volvía a encontrársela de nuevo y le hacía burla otra vez, esa lengua no volvería a su boca precisamente.

—¡Esa mujer tiene fuego en el cuerpo! —exclamó uno de sus aguerridos guerreros, comentario que no le sentó nada bien a Kendrick.

Lei dejó de correr cuando supo que Kendrick no la perseguía. Miraba hacia atrás de vez en cuando mientras caminaba hacia su habitación esperando que, en cualquier momento, irrumpiera en el pasillo para echársela al hombro y enseñarle modales. ¿Cómo se atrevía a sacarle la lengua como si fuera una chiquilla? ¡Ni siquiera de pequeña había hecho eso! Pero es que, cuando se había negado a soltarla para irse a su habitación, toda su rabia había saltado y... era eso o pegarle una patada, insegura sobre la parte donde su pie hubiera impactado.

Aún podía sentir el calor en su cuerpo al comportarse de esa manera. Si tuviera un espejo, seguro que se vería completamente roja.

Giró a la derecha en el pasillo que daba a sus habitaciones y siguió caminando en pos de tranquilizarse. Ciertamente ya se había puesto en ridículo delante de él, pero, en ese momento, cuando necesitó el baño, no tenía mucho conocimiento de su lengua. Ahora sabía algo más, aunque aún no había aprendido un buen insulto para soltárselo en la cara, quizá así se quedaría más tranquila.

Estaba casi llegando a su habitación cuando algo captó su atención. Giró la cara.

Y gritó.

Kendrick masticaba un buen pedazo de pollo cuando el chillido de Lei hizo que se atragantara y alcanzara la jarra de vino para ayudarse a engullir. Se levantó de golpe del banco, al igual que varios de sus hombres, y echó a correr escaleras arriba con la espada en su mano. Si alguien se había atrevido a hacerle daño...

—¡Lei! —llamó Kendrick, desesperado por los metros que los separaban. Llegando a la esquina donde giraba a la derecha para ir hacia su habitación, Lei apareció corriendo hacia él y se le abrazó con fuerza. Estaba temblando y farfullaba una palabra que no entendía.

Miró atrás, hacia los que lo seguían, casi todos los que habían compartido con ella el viaje.

—¿Qué murmura? —preguntó Drough.

—No lo sé, id a echar un vistazo.

—Sí.

Señaló con un simple movimiento de cabeza a dos hombres y, los tres, espada en mano, avanzaron con precaución hacia el pasillo de donde ella había salido. El resto se mantuvo en silencio mientras él abrazaba a Lei, quien no cesaba en sus temblores. Al menos ahora estaba a salvo en sus brazos. Quien quiera que le hubiese hecho algo pagaría caro la osadía.

De pronto comenzaron a oírse golpes y maldiciones por doquier, mientras los demás se miraban unos a otros sin entender nada.

—¿Drough? —preguntó Kendrick desconcertado por lo que oía.

—¡Casi! —gritó éste.

Segundos después, el ruido cesó, seguido de carcajadas. Los tres aparecieron por el pasillo muertos de risa sin poder articular palabra alguna, Drough incluso sosteniéndose en la pared, temeroso de que sus

piernas no lo sostuvieran. Lei abrió un poco los ojos para mirarlos y se movió lo suficiente para ser notada por Kendrick, quien la confortó acariciándole la espalda.

—¿Se puede saber qué ha sucedido? —gruñó ante la actitud de su segundo.

Drough le pidió algo de tiempo mientras volvía a echarse a reír y, esta vez, sus rodillas flaquearon y cayó al suelo cogiéndose el estómago sin poder parar. Miró entonces a los otros dos para toparse con el mismo panorama. Tenían que haberse vuelto locos, no había otra explicación.

—¡Hablad! —tronó la voz de Kendrick.

Drough se levantó del suelo ayudándose de la pared mientras intentaba dejar de reír. Metió una mano en el bolsillo de su pantalón y sacó, cogido por el rabo, un ratón marrón oscuro que luchaba por liberarse.

Tras la aparición del roedor, Lei volvió a chillar de nuevo, apretándose con más fuerza a Kendrick. El resto de los hombres estallaron en carcajadas.

También Kendrick reía, pero, en deferencia a la mujer que lo abrazaba cortándole la respiración, prefería guardar las formas, al menos hasta que estuviera lejos de su posible ira.

—En serio, Kendrick —comentó Drough acercándose a ellos con el ratón en una mano—. No puedo entenderlo, no le da miedo un caballo salvaje y se pone así por un ratón que está más asustado de ella que al revés.

—¡Llevaos al ratón, Drough, me está ahogando! —exhortó cogiéndole los brazos a Lei para que dejara de estrujarlo.

Éste alzó al pobre roedor y todos clamaron montones de frases, a cada cual más ocurrente. Las risas no dejaron de escucharse hasta que entraron en el gran salón y, aún así, si agudizaba el oído, podía oírles hablar de la aventura de esa mujer. No pudo evitar sonreír apretando los labios para no acompañarlos en su diversión.

—Vamos —instó Kendrick.

Ella negó.

—No hay ratones —agregó.

Ella lo miró como si quisiera discutirle ese punto después de lo que había visto.

—No hay *más* ratones —corrigió entonces.

La condujo con su brazo sobre los hombros, aún aferrada, a su habitación. Abrió la puerta y entró con ella. Observó cómo revisaba el suelo y las esquinas en busca de algún nuevo roedor y eso le hizo reír, lo más flojo que pudo. Estaba encantadora, entre asustada y avergonzada por el espectáculo.

—*Lucha...*[\[39\]](#) —murmuró balanceando su cabeza y abriendo los brazos.

Lei saltó encima de él, robándole el aire de sus pulmones mientras las manos de ella se entrelazaban detrás de su cuello. Kendrick cerró sus brazos por debajo de sus nalgas para sostenerla contra su cuerpo y afianzó sus piernas para no caer los dos al suelo. Oh, la acababa de asustar al mover sus manos y decir ratones... Pero, ahora que la tenía así, no se arrepentía de ello.

Sentía el calor del cuerpo tembloroso filtrándose a través de su ropa hacia él. Su perfume a azahar, aderezado con el jabón de caléndula que Erin habría usado para ayudar a cicatrizar su herida del hombro y el cuello, entraba por sus fosas nasales cubriendo toda su anatomía con ese aroma, alimentándose de él.

Cerró los ojos, dejándose llevar por el momento de tener lo que ansiaba. Con lo menuda que era, sus pies no alcanzaban el suelo, pero no parecía notarlo en ese instante, su cabeza hundida en el hueco de su garganta. Podía notar el aire salir de su nariz y boca, incitándolo, llamándolo. Su miembro despierto a la vida sabía que estaba presionándola sobre su sexo y peligrosamente cerca de éste hasta para su propio control. Miró alrededor en busca de una silla donde sentarse —la cama quedaba desechada, a no ser que ella finalmente claudicara— y fue hasta allí.

Sentarse y colocar a Lei fue toda una odisea que le costó tiempo, maldiciones y resoplidos hasta adecuar su lanza en una zona donde ella no lo presionara tanto ni fuera incómodo para ninguno de los dos.

Por su parte, Lei le soltó del cuello sólo para cogerse a él por debajo del brazo, su mano agarrada a la camisa por su espalda. La otra mano descansaba en el pecho de él. Kendrick bajó la cabeza hasta ver su rostro, cubierto por el pelo que le caía hacia delante. Cuando lo apartó, vio que no lo miraba; sus mejillas seguían rojas y de pronto parecía muy tímida. Su corazón se quebró y le levantó el mentón para verla. Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas y se aprestó a besar cada uno de ellos para

tranquilizarla.

—No hay ratones... —murmuró de nuevo.

Ella asintió y trató de levantarse y separarse de él, pero, que los dioses lo castigaran, no pensaba soltarla todavía.

—No tienes que preocuparte.

—Hay ratones —replicó ella señalando la puerta, o donde pensaba que estaba, pues no apartó la cabeza de él.

Kendrick se echó a reír recordando el grito que casi lo atraganta y lo que había armado esa muchacha por un simple ratón. El puño de Lei se estrelló contra su pecho sin hacerle el menor daño y trató de salir de sus brazos sin mucho resultado, salvo una gran molestia para Kendrick en cierta parte.

Besó su frente antes de dirigirle la cabeza hacia su pecho y comenzar a acariciarle el brazo, el hombro y el cuello en una secuencia fijada para tranquilizarla. Su cuerpo aún temblaba por ese insignificante ratón y, si les tenía miedo, mataría a cualquiera que osara meter sus bigotes en el camino de su mujer.

Limpio el castillo, se ocuparía de recoger hierbas para mantener a los roedores fuera y duplicaría las veces que se debía realizar la tarea para que no hubiera ni rastro de ellos. Sería el castillo más pulcro.

La acunaba como si fuera una niña pequeña a la que calmaba de una pesadilla y, sin darse cuenta, las palabras comenzaron a brotar de su boca, entonando una antigua cancioncilla que oía a su padre cantarle a su madre.

*Gods Spéir
seo a bhailiú mhian,
mo naisc cosanta
do mo stór is luachmhaire.
Coimeád do chroí
le mo shaol agus mothúcháin,
Dum páil mo ghrá domhain
an aisling mo ionúin.*[\[40\]](#)

Lei levantó la vista al percibir esa entonación que usaba Kendrick, que nunca antes le había oído. Sus ojos se cruzaron y él sonrió, provocando que se marcaran esos hoyuelos que tanto la fascinaban. Las palabras se entrelazaban entre sí y, aunque no las entendía, su corazón le

decía que eran las más hermosas que jamás había escuchado. Se dejó seducir por su aroma, descansar sobre su pecho sin importarle nada más, dejando que la voz de él la tranquilizara, hasta que los párpados se le cerraron a pesar de sus intentos por no dormirse escuchando una y otra vez esa melodía que le regalaba, sin obtener victoria.

Cuando la mano de Lei en su espalda fue descendiendo por ésta, Kendrick supo que el sueño la había vencido. Se mantuvo un rato contemplando su hermoso rostro dormido y dio gracias a los cielos por enviarle a esa criatura. Realmente era una mujer de fuego. Y sería suya.

Se levantó de la silla y la llevó hasta el lecho, donde la desnudó, salvo la ropa interior, para luego introducirla en la cama. Besó con delicadeza sus labios y salió de la habitación sin hacer el menor ruido.

El canto de los pájaros y el griterío de los niños robó de su inconsciencia el sueño que estaba teniendo. En él, Kendrick la besaba con tanta dulzura... se preocupaba por ella como si fuera una pieza frágil que pudiera quebrarse con cualquier roce. Se sentía amada y reconfortada en esos brazos.

Se estiró en la cama y puso un poco de orden en sus recuerdos. Aún podía recordar las frases de esa canción que Kendrick le había cantado para que se durmiera, pero no podía entender su significado y era algo que le hubiera gustado. ¿Cómo preguntarle lo que significaba si no era capaz de hacer la simple pregunta?

Las voces de niños le llamaron la atención y miró hacia la ventana. No estaba tapada con el tapiz y el amanecer comenzaba a romper la oscuridad de la noche. ¿Qué hora sería? Sentía todo su cuerpo descansado, así que saltó de la cama, descubriendo que llevaba sólo la ropa interior de esa época, cortesía seguramente de Kendrick, y trató de mirar por la abertura. No llegaba a ver a los chiquillos, pero sabía que estaban allí, y, siendo tan temprano, supuso que debían ser los hijos de aquellos que trabajaban en el castillo para mantenerlo en orden.

Echó un vistazo hasta localizar su vestido y, tras asearse con el agua que había, se lo puso con rapidez. Si iba a quedarse, lo mínimo que podía hacer era ayudar. Quizá en esa época despertarse temprano era lo más habitual.

Salió de su habitación terminando de calzarse sus zapatillas y corrió

por el pasillo sin prestar demasiada atención al suelo, no fuera que encontrara otro de esos asquerosos roedores. Aún no sabía cómo iba a enfrentar a los hombres en el desayuno; si podía, comería en la cocina durante el resto de su estancia allí.

El gran salón estaba ocupado por media docena de mujeres que limpiaban el suelo de los restos de comida y bebida de la noche anterior. Ninguna se percató de su presencia y ella no quiso interrumpir al ver la organización con la que trabajaban. Si no podía ayudar allí, quizá en las cocinas... Pero tampoco tuvo mucha suerte en ese aspecto, es más, acabaron echándola al verla para que no se manchara el vestido.

Derrotada, salió al patio y se sentó en las escaleras. No había visto a Kendrick o a Erin y, acostumbrada como estaba a despertar nada más romper el alba para iniciar el viaje, ahora dormir más le parecía algo raro.

Se fijó entonces en los niños que corrían por el patio. Había de muchas edades, los mayores cuidando de los pequeños. Sonrió al verlos a todos tan unidos con algo de celos. De pequeña no había tenido muchos amigos con quien jugar, ni hermanos o hermanas. Era hija única, pues sus padres no habían querido tener más.

Una niña de unos cuatro años se acercó a ella y le ofreció una florecilla con la mitad de sus pétalos, toda arrugada por haberla apretado demasiado. Lei sonrió y cogió de su manita la flor como si fuera el mayor regalo ofrecido alguna vez.

—Gracias —dijo en gaélico.

—*'S e do bheatha*[\[41\]](#) —contestó ella con una dulce vocecilla.

Algunos de los niños estaban mirándola como si calibraran el peligro que representaba. Les sonrió esperando caerles bien; le encantaban los pequeños, pues eran capaces de conservar la inocencia hasta que los cánones de la sociedad la aplastaba. Un par de ellos corrió hacia ella, tomándola de las manos y empujándola para que los siguiera.

Kendrick apartó el brazo para mirar por la ventana cómo el amanecer había llegado y masculló una serie de maldiciones sobre la almohada. Después de dejar a Lei en la habitación, su estado de excitación era tal que le llevó varias horas conseguir superar sus ansias. Y, después, sus sueños se plagaron del curvilíneo cuerpo de Lei... Cualquier hombre la

hubiera metido en su cama ya, pero él tenía que ponerse las cosas difíciles. Debía buscar una mujer que le satisficiera tanto fuera como dentro de la cama y, ahora que la tenía, no quería apresurar las cosas por miedo a perderla.

Suspiró consciente del despertar de otra parte de su cuerpo y, resignado, se levantó y aseó, vistiendo los pantalones más frescos que tenía. Ese día se encargaría de revisar las cuadras y mandaría arreglar un par de desperfectos del castillo. Iría después a recoger las hierbas para crear las mezclas contra los roedores.

El recuerdo de lo sucedido hizo que riera en silencio. Miedo de un ratón, pero no de una yegua salvaje. ¿Qué podía pensar de ella que no honrara su valentía? No se había desmayado ante el ratón, eso era impensable, pero sí se alejaba de ese peligro.

El castillo estaba lleno de vida, con las doncellas de aquí para allá. Desde las escaleras notó que el gran salón ya se llenaba de gente para el desayuno y anhelaba ver de nuevo a Lei. Se detuvo en seco al pensar algo; con lo del ratón, era capaz de no salir de su habitación. Dio la vuelta para ir a buscarla, y se encontró a Erin en su puerta.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó molesto por tenerla allí.

—¿Y vos?

—Vengo a por Lei.

—Igual que yo. Pero, a diferencia de vos, yo puedo entrar sin ser invitada —lanzó sacándole la lengua, seguro que para recordarle lo de la noche anterior.

—¿Lei?

El matiz de preocupación en la voz de su hermana hizo que irrumpiera en la habitación. No había rastro de ella.

—¿Se habrá levantado ya? —planteó Kendrick.

—No... Vine a buscarla porque no la encontré en el castillo.

La alarma en el interior de Kendrick removi6 todo su cuerpo. ¿D6nde estaba?

Capítulo 14

Sus hombres habían recorrido todo el castillo y los alrededores sin éxito, ni rastro de ella. La desesperación por haberla perdido de vista, porque se hubiera escapado o incluso desaparecido igual que llegó, estaban consumiendo por dentro a Kendrick, quien no podía estarse quieto.

Su madre y hermana estaban en el gran salón esperando noticias y él acababa de llegar de inspeccionar las cuadras por si se le había ocurrido visitar de nuevo a esa yegua salvaje. Pero tampoco había tenido suerte.

—Kendrick, por favor, sentaos.

Miró a su madre cerrando los ojos para reprimir el gruñido que iba a lanzar por exhortarle a hacer algo cuando no sabía dónde se había metido la mujer que atesoraba su corazón.

—Ya veréis como la encontramos. Quizá ha ido a dar un paseo.

—Ella no conoce esta tierra. Además, nadie la ha visto.

—Si estaban trabajando, es lógico que no la vieran —intervino Erin—. Tal vez se despertó demasiado pronto.

Lo había considerado. Estaba acostumbrada, por el viaje, a levantarse con el amanecer... y él tenía que quedarse dormido justo en ese momento. Dio un puñetazo encima de la chimenea en la que estaba apoyado y maldijo en silencio.

—¡Laird! —exclamó uno de los hombres avanzando hacia él con otro a sus espaldas—. Este hombre dice haberla visto.

—Hablad —siseó Kendrick conteniendo su lengua y su cuerpo para no abalanzarse hacia él.

—Milord, vino a las cocinas nada más romper el alba. No la entendíamos, pero parecía que quería ayudar y, al ver quién era, la echamos para que no se manchara y os enfadarais.

—¿Adónde fue?

—Al patio, milord. La vi sentarse en las escaleras mientras los niños jugaban.

—¡Los niños! —gritó Erin levantándose de la silla.

Kendrick se volvió hacia ella.

—¿Qué pasa con los niños? —preguntó antes de que otro lo hiciera.

—En todo el tiempo que hemos estado buscando a Lei no hemos visto ni a uno solo. De hecho, en el desayuno tampoco estaban sentados. Deben de estar con ella.

—¿Adónde suelen ir los chiquillos? —Se volvió hacia el hombre que frotaba sus manos en un intento por infundirse valor frente a la cólera de su laird.

—Si... si no están por aquí... ellos suelen...

—¿¡Dónde!? —bramó.

—¡¡El bosque!! ¡Suelen ir al bosque a jugar! —respondió lo más rápido que pudo.

Kendrick comenzó a andar en largas zancadas hasta fuera del castillo y, de ahí, hasta pasar las puertas del mismo y doblar a la derecha rumbo al lugar. Cuando la encontrara, la encerraría en su habitación sin dejarla salir hasta que se celebrara la boda. Y después lo haría con ella.

Entró en el bosque sin saber bien adónde dirigirse hasta que las risas de los niños, acompañadas por la de Lei, fueron perceptibles por sus oídos. Los agudizó para seguirlos mientras escuchaba a los pequeños hablar y la voz de Lei se adecuaba a las palabras que ellos decían. ¿Qué diantres estaban haciendo?

Cuando los divisó, vio que estaban todos sentados en un semicírculo. Lei estaba delante del mismo, en el centro, frente a varios niños de distintas edades. En sus brazos tenía a una niña pequeña de unos cuatro años que jugaba con las manos de ella mientras los otros hacían gestos y pronunciaban palabras.

Avanzó hacia ellos con gran irritación. Habían estado allí durante todo ese tiempo y, mientras, ellos buscando a Lei como locos. En el momento en el que los infantes lo vieron aparecer, enmudecieron y todos quedaron pálidos al ver a su laird con un semblante que no presagiaba nada bueno. Lei estaba de espaldas a él, así que sólo pudo fijarse en el cambio de los chiquillos y, cuando todo a su alrededor se oscureció, se giró para ver qué pasaba, encontrándose con Kendrick a su espalda.

—Buenos días —saludó en gaélico con una sonrisa.

La niña pequeña de su regazo salió corriendo, a lágrima viva, después de haber visto a Kendrick y se abrazó a una de las mayores, que ya estaban levantadas. El resto terminó de incorporarse y dio un paso atrás.

Kendrick cogió del brazo a Lei y la alzó del suelo sin mucha suavidad.

—¿¡Tenéis idea de cuánto tiempo llevo buscándoos!? ¡No sabía dónde estabais!

—Lo siento... —respondió en gaélico.

—¿Que lo sentís? Lei, pensaba que os habíais escapado.

—No me he escapado.

La contestación de ella lo dejó estupefacto, soltándole el brazo. Estaba hablando con ella. ¡Hablando!

—¿Entendéis el gaélico?

—Sí. Los niños me enseñaron mucho —contestó, con una tímida sonrisa sobresaliendo en sus labios.

—¿Los niños?

Miró a cada uno de ellos, niños y niñas de los hombres que servían en el castillo, de distintas edades. Sólo los mayores lo miraban de reojo antes de apartar los ojos y fijarlos al suelo, donde los demás los enfocaban mientras se movían inquietos. Un suave roce sobre su brazo le hizo volverse.

—¿Tienen problemas? Es culpa mía, yo... —La mirada apenada de ella hizo que su mano se moviera, sellando con los dedos sus labios y, con ello, las palabras. Abrió los ojos expectante.

—Está bien. Ya no pasa nada. ¿No os entró hambre?

Lei señaló un cesto cerca de ellos donde había restos de comida. Así que por eso no habían vuelto para el desayuno... y, mientras tanto, los demás lo habían interrumpido por buscarla. ¿Debía darles una reprimenda o agradecerles que le enseñaran en unas pocas horas más cosas de las que él o sus hombres habían sido capaces?

El estómago de Lei empezó a rugir y se echó las manos al mismo para silenciarlo. El rubor tiñó sus mejillas mientras agachaba la cabeza. Algunos niños rieron.

—¿No habéis comido?

—Un poco.

La cogió de la mano y echó a andar para salir del bosque rumbo al

castillo. Los otros salieron corriendo, adelantándolos, uno de ellos con la cesta de comida. Una vez desaparecidos los críos, Kendrick se dio la vuelta y empujó a Lei contra un árbol, apropiándose de sus labios, besándolos con ferocidad y mostrándole lo enfadado que estaba. Ella intentaba apartarlo, sus manos sobre el pecho de él, pero el calor y el tacto sólo hicieron que gimiera y el empuje se convirtiera en una caricia. Pronto sus manos estuvieron dentro de la camisa, acariciando su vello, sus pezones, sus pectorales. Kendrick gruñó ante el toque de esas manos y se separó un momento de sus labios.

—Me habéis preocupado.

—Lo siento.

—No volváis a iros sola.

—Estaba con los niños.

—Nunca.

Lei lo observó por un instante, recordando que ese hombre era el mismo que, por la noche, la había acunado y cantado para aliviar el miedo en su cuerpo hasta conducirla al sueño. Posó su mano en la mejilla de él y asintió.

—Nunca —repitió ella.

Kendrick volvió a besarla, pero, antes de darle tiempo a devolverle el beso, se apartó y se echó a Lei al hombro a pesar del grito que dio.

—¡Kendrick! ¡¡Abajo!! —chilló pataleando.

—Nos habéis hecho perder el desayuno.

—¿Qué?

—Nadie ha desayunado —aclaró al percatarse de que aún no dominaba el idioma del todo.

—¿Por qué?

—Porque estaban buscándoos.

Lei dejó de removerse.

—¿Lo entendéis? —preguntó al no obtener respuesta de ella.

—Sí. Pero no comprendo.

—Lo haréis —respondió a su vez sin decirle más, cargando con ella hacia el castillo.

—¿Por qué voy así?

—Vuestro castigo.

—¿Eh?

—Porque estoy enfadado —contestó entonces por si no había

quedado claro.

Oyó cómo bufaba y le clavaba los codos en la espalda mientras apoyaba la cabeza en sus manos.

Sujetó con firmeza a Lei, moviéndola un poco para acomodarla mejor y, sin querer, le rozó las nalgas. Lei chilló ante ello y le dio un golpe en el trasero a Kendrick.

—¡No toques! —gritó.

—¡No peguéis! —replicó él.

—¡Pues no toques! —contraatacó ella.

Las risas de los niños llamaron la atención de ambos, aunque Lei no podía verlos y tuvo que apoyar sus manos en los hombros de Kendrick para impulsarse hacia arriba con los brazos y levantar la cabeza, sus pechos demasiado cerca de la cara de él, sin que éste pudiera apartar la mirada de ellos, de la fina silueta de sus pezones erguidos.

Cuando Lei se dio cuenta, empezó a moverse demasiado rápido, provocando que perdiera el equilibrio y cayeran al suelo. Las risas se acentuaron en el patio, uniéndoseles las de los adultos, que los observaban entre sorprendidos y divertidos.

—¡Pervertido! —exclamó en su lengua.

—¡No os entiendo, mujer! —le espetó.

Se miraron como si quisieran arrancarse la piel uno al otro. Los niños corrieron hacia Lei y la ayudaron a levantarse; también Kendrick se levantó del suelo sin perderla de vista.

—Llevala a desayunar —les dijo a los niños.

Varios de ellos empezaron a empujarla para que avanzara hacia el castillo, mientras más personas entraban al mismo para, por fin, comer algo después de la búsqueda.

Kendrick se estaba encargando de los caballos cuando vio pasar a Lei con varios niños que le hablaban a la vez mientras ella movía la cabeza de un lado a otro intentando captarlos a todos. Apoyó la cabeza en la valla de la cuadra mientras observaba a esa mujer. Unas horas con ellos y ya entendía muchas más palabras; en unos días podría entenderlo casi todo. Y gracias a unos pequeños. Nunca había pensado en eso.

—Una buena moza, ¿verdad? —elogió Seumas—. Dicen que será vuestra esposa en cuanto vuestra madre hable con sus parientes.

—Dicen bien —contestó sin apartar la mirada de ella. Los chicos trataban de enseñarle a ordeñar una de las vacas que habían llevado, aunque no se le daba nada bien.

—Los hombres han dicho que apareció de repente en la batalla. ¿Una bruja tal vez?

—No es una bruja —negó con rotundidad mirándolo por primera vez—. No volváis a pronunciar eso en mi presencia.

—Por supuesto, milord —convino él—. ¿Cuándo os casaréis?

—Demasiado tarde para mi gusto. Pero mi madre quiere preguntar antes a mi tío por ella y, teniendo en cuenta que él es uno de los más ancianos, podría hacer que me casara nada más llegar aquí. ¿Sabemos dónde se encuentra?

—Sí, esta mañana uno de los mensajeros salió a buscarlo a caballo. No creo que tarde más de tres días.

—Perfecto.

—Milord... ¿ella lo sabe?

—No. Y por ahora pretendo que siga así.

No quería decirle nada porque temía el rechazo. Si no era capaz de robarle más que unos besos antes de que ella se tensara, la idea de la boda sería demasiada presión para ella. La perdería antes de haberla tenido. Pero ahora que el idioma no era un impedimento, podría hablar con ella.

Durante tres días, las horas de Lei estuvieron rodeadas de niños o de la presencia de Erin y Siona. Sentía la mirada de Kendrick de vez en cuando, a veces siguiéndola en la distancia, y sólo hablaba con él por las tardes al finalizar el día, antes de la cena, eso si Erin no la arrastraba a alguna travesura.

La hermana de Kendrick era incansable. A veces la veía enfrentándose a algún hombre y ganando, mientras que otras corría como alma que llevaba al diablo después de armar jaleo en algún sitio.

Siona, su madre, era muy tranquila y le recordaba a su propio padre en ese sentido. Él siempre había sido calmado, hasta el mismo día de su muerte, ocurrida poco después de fallecer su madre. Se fue después de ésta, como si ella hubiera sido su energía y, al faltarle, todo hubiera acabado.

Lei, a veces, se sentaba a su lado para contemplar lo que hacía y se

quedaba embobada viéndola hilar o mezclar hierbas y hervirlas para distintos botes y usos. En una época donde no se conocían las medicinas ni tampoco existían los médicos, la curación por hierbas era lo más natural. Habría querido preguntar para qué era cada una, pero su limitación a la hora de formar frases aún persistía y, aunque ya podía entablar una conversación más fluida y entendía lo que hablaban aun cuando no prestaba atención, todavía le faltaba vocabulario y era corregida a menudo.

También consiguió que la dejaran pasar tiempo con la yegua, siempre que Kendrick estuviera presente. Aunque eso era más mérito de la propia yegua, pues ésta se acercaba a ella o relinchaba cuando la veía, llamándola para que se acercara. Muchos hombres trataban de montarla cada día, pero todos acababan con sus traseros en el suelo después de unos segundos. Incluso Kendrick lo intentó un par de veces para acabar desistiendo.

Él le había dado un nuevo paseo por todo el interior del castillo para enseñarle las habitaciones y lugares a los que podía entrar sin miedo a roedores indeseables. De hecho, le mostró una mezcla de hierbas que había preparado y colocado por todo el recinto para alejar a los ratones y otros animales similares. Y desde ese día no había vuelto a ver uno, para alivio suyo.

Gracias a esas conversaciones, había sabido el año en el que se encontraba, 1040, casi mil años antes de su propio tiempo. Todavía no entendía cómo había acabado allí si ella no había hecho nada, y temía desaparecer para reaparecer de nuevo en su época. También sabía que estaba en la ciudad de Dornoch, en Sutherland, y que Kendrick era el laird de todo el territorio.

Pasar de una época a otra era difícil, sobre todo adaptarse a algunos cambios importantes, como el hecho de no tener agua caliente siempre que se necesitaba o los baños primitivos. En ocasiones, Kendrick había quedado sorprendido cuando ella le había explicado, encubriéndolos como sugerencias para mejorar el castillo, algunos avances del futuro, y, aunque no sabía qué pensaba él al respecto, jamás había dicho nada.

No echaba de menos su sociedad, ésta era mejor. Todo se veía de otro color, la propia tierra estaba más viva y Escocia, sin duda, era un lugar rico en muchos sentidos. Se maravillaba varias veces al día con lo que veía en el cielo o en el horizonte, siempre encontrando algo nuevo por

descubrir, algo llamativo. Esa mujer que jamás había estado en ese país se preguntaba si ese paisaje de ensueño era, de alguna forma, el mismo que hubiese visto de haber viajado.

En ese momento Erin y ella estaban en el pueblo, ocupándose de algunas compras. Los niños se acercaban a ellas mientras paseaban y reían. Las mujeres se las quedaban mirando, sobre todo a Lei, y después murmuraban. Le recordaba demasiado a su propio tiempo; quizá eso de cuchichear sobre aquello que se veía no cambiaba con los siglos, daba igual una época u otra.

—¿Lei? ¿Pasa algo? ¿Estáis pálida?

Ella miró a Erin.

—Dioses, vuestra mirada es muy triste, ¿qué os pasa?

—No es nada... —contestó apartándose del camino que llevaban para evitar seguir oyendo los cuchicheos que incluían palabras como mujer, Kendrick e imposible.

—Vamos, podéis contarme lo que sea —insistió ella.

—No me gusta que... hablen —confesó señalando suavemente a las mujeres de la calle.

—¿Por qué? Hablan de la *bainise*.[\[42\]](#)

—¿Qué? No entiendo.

Erin posó su dedo índice en sus labios, pensando en cómo explicar esa nueva palabra. ¿No la había oído antes?

—Cuando un hombre y una mujer se unen.

—¿Sexo? —preguntó en su idioma y Erin arqueó las cejas sorprendida por ese sonido—. Perdón, pero tampoco sé explicarla... ¿Cuando un hombre y una mujer están en la cama?

—No, antes, cuando el hombre y la mujer... El *pósadh*.[\[43\]](#)

Lei negó con la cabeza, dándole a entender que no cogía el significado.

—¿Esposa?

Afirmó y Erin suspiró aliviada.

—Vos seréis la esposa de Kendrick.

De nuevo asintió comprendiendo el significado de esa frase. Entonces su palidez fue mayor. ¿Ella la esposa de Kendrick? Lo que hay antes de que un hombre y una mujer vayan a la cama... ¡¡matrimonio!!

—¿¡Qué!?! —bramó con los ojos abiertos por completo.

—¿Kendrick no os lo dijo? Vos seréis su mujer.

—¡Y una mierda! —gritó en su lengua dando la vuelta hacia el castillo.

¿Iba a casarse y ella no sabía nada? ¿Y con Kendrick? Jamás... Nunca pasaría eso porque... porque... Echó a correr intentando escapar de sus pensamientos. Casarse y tener hijos era el sueño de su vida, lo más deseado por su corazón. Tener a un hombre como Kendrick de esposo era lo mejor que podía pasarle, pero... él se merecía otra cosa, no a ella. ¿Qué ocurriría si de repente volvía a su tiempo? ¿O si él estaba destinado a otra mujer, una más hermosa que ella, de la que se enamorara? Aunque, cuando Kendrick la miraba... Había veces en las que esa mirada no era de lujuria, sino de completa devoción, de amor, tal y como ningún otro la había mirado antes. Iba a hablar con él para hacerlo entrar en razón; que la encontrara y salvara su vida no quería decir tener que casarse con ella... o ella con él.

—¡Lei! —la llamó Erin por detrás.

Se detuvo delante de un hombre que se apeaba de un caballo. Llevaba una túnica marrón oscura y, al dejarla caer, desveló un rostro de mirada analítica. Toda su aura se percibía como si pudiera entrar en el cuerpo de otra persona y ver su interior, conocer los pensamientos más recónditos que tuviera, sin poder mantener un solo secreto ante él. Era casi de la misma edad que la madre de Kendrick, los mismos rasgos físicos en ojos y nariz, pero de boca más fina, con unos labios poco prominentes y blancos. Su pelo estaba ya blanco y le caía por dentro de la capa.

No podía apartarse de él por mucho que quisiera hacerlo, como si éste se lo impidiera. Sintió una sensación extraña en el cerebro, como si alguien indagara en sus recuerdos. Todo su cuerpo se encrespó por la intrusión, y luchó contra ese enemigo invisible.

—¡Tío! —gritó Erin al ver ante quién estaba Lei.

Perdido el contacto visual, Lei se tambaleó hasta que pudo mantener el equilibrio de nuevo. ¿Era su tío? ¿Ese... ese... mago?

—¿Lei? ¿Estáis bien? —le preguntó acercándose a ella—. ¡Tío, no tenías que haberlo hecho! Kendrick se pondrá furioso.

—¿No he sido llamado para averiguar cosas sobre ella?

—¡Pero no así! Lei, ¿podéis andar? Os llevaré a vuestra habitación para que descanséis.

—No... Kendrick... quiero hablar con Kendrick.

—Ahora mismo está entrenando con sus hombres. Mandaré que lo llamen.

—No —negó echando a correr tambaleante hacia el campo de entrenamiento a pesar de los intentos de Erin por detenerla.

Había que acabar con esto de una vez. Si quería que trabajara a cambio de la comida y el alojamiento, lo haría, pero no se casaría con él.

Divisó a Kendrick hablando con otro hombre y atravesó el campo hacia él gritando su nombre.

Una sucesión de exclamaciones a su alrededor hizo que se volviera hacia atrás para ver cómo un joven con un arco hacía aspavientos, asustado. La flecha se acercaba a ella a cámara lenta. Iba a atravesarla, estaba en su trayectoria.

La oscuridad llegó después y sintió el tirón en todo su cuerpo, cayendo al suelo. Soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo y abrió los ojos. Esperó el dolor, pero éste no hizo aparición. Entonces, ¿esa negrura? Un gruñido a su lado hizo que volteara la cara y se encontrara con Kendrick. Tenía una mano en su costado, del que manaba algo de sangre. Pero no había rastro de la flecha en él, sino a unos metros hacia delante. ¿No lo llegó a atravesar?

Él se levantó, llevando consigo a Lei, y apretó con fuerza su brazo.

—¿¡Por qué habéis venido aquí!? ¡¡Es peligroso!! Idos al castillo, mujer.

Ella negó, fijándose en la sangre de su camisa. ¿Era una herida grave? ¿Necesitaría puntos?

—¡Lei!

Tembló al oír ese tono.

—¡Haced lo que os digo! ¡Maldita sea, podían haberos matado!

—Estás herido —murmuró ella tratando de llegar hasta la zona para cerciorarse de su estado.

—¡Sí! ¡Es culpa vuestra! ¿¡Cómo se os ocurre venir aquí!?

Los ojos de Lei se dilataron ante la acusación. Estaba en lo cierto, era culpa suya que él estuviera herido. Bajó la cabeza incapaz de mirarlo a los ojos.

—¡Kendrick, basta! —exclamó Erin acudiendo a su lado.

—¡No os metáis, Erin!

—¡No lo entendéis! Ella...

—¡Callaos, Erin! —bramó—. ¡¡Llevala dentro!!

—Kendrick, hay que curar esa herida —intervino Drough—. Deberíais ir también dentro.

—Iré después. Lleváoslas.

—Kendrick, es importante, ella...

Lei echó a correr de nuevo ante los tres. Erin le pidió que se detuviera, pero no lo hizo. Sólo quería alejarse lo más posible de Kendrick, lo más lejos de la culpa que ahora la oprimía por la herida de él.

—¡¡Sois un idiota!! —le espetó.

—¡¡Erin!! —le regañó él—. Id a buscar a Lei, puede perderse.

—¡¡Un hombre sin ojos para darse cuenta del estado de Lei!!

—¿Qué?

—Las mujeres en el pueblo estaban hablando de la boda y ella se puso muy triste. Pero no sabía de lo que hablaban y cuando se lo expliqué...

—¿Le habéis hablado de la boda?

—Sí.

—¡No tenía que haberse enterado! —gritó él.

—¿Y yo qué sabía!? Encima se ha encontrado a nuestro tío por el camino y...

—¿A Eoin?

—Sí... y algo hizo. Creo que la sondeó usando sus poderes drúidicos y está asustada. ¡¡Por eso os decía que pararais!!

Kendrick quiso ir tras ella, pero los brazos de Drough lo detuvieron.

—Primero la herida, Kendrick. Después podéis salir a buscarla. Iba hacia el castillo, seguramente a su habitación.

Capítulo 15

—Laird, ¡de verdad que lo siento! La flecha se me escapó por los nervios y...

—¡Infiernos, cerrad la boca de una vez! —protestó perdiendo la paciencia.

Saltó de la silla al notar el pinchazo a traición de su madre en la piel por haber gritado.

—Ya os habéis disculpado una docena de veces, ¿cuántas más voy a tener que aguantar, Jamie?

—Lo siento... No por la flecha, sino por enojaros, aunque también siento lo de la flecha, milord. Bueno, yo...

—¡Drough, tened piedad de vuestro laird y sacad a este saco de huesos de mi vista antes de que le rebane el pescuezo! —chilló desesperado.

La aguja volvió a atravesar su piel sin delicadeza.

—¡Madre!

—Si os estuvierais quieto y callado, podría trabajar... —masculló arrodillada a su lado mientras cosía la herida infligida.

Drough apartó al muchacho antes de que volviera a abrir la boca y perdiera su lengua en el proceso y lo acompañó fuera del salón. También él debía salir antes de provocar la ira de Kendrick, pues no aguantaba más las risas de ver a su amigo perdiendo los papeles por algo así. Divisó asomada a Lei fuera de la habitación y le sonrió, pero ésta apartó su mirada. Tenía los ojos hinchados y rojos, advirtiéndole de que había estado llorando.

Le murmuró algo al muchacho y éste salió corriendo mientras él se acercaba a ella. Se apoyó en la pared del pasillo al tiempo que Lei volvía a mirar hacia dentro, donde estaba Kendrick.

—Sólo es una herida pequeña. Se pondrá bien —la tranquilizó Drough.

Ella asintió con dejadez.

—¿Por qué no vais con él? Seguro que os quiere a su lado.

Negó con energía, apartándose por si se le ocurría cogerla de improviso sin darse cuenta de que, con ese movimiento, se acababa de exponer para que todos la vieran desde el interior.

—Lei —la llamó Kendrick al verla allí de pie, mirando al pasillo—. ¿Ocurre algo? —preguntó levantándose de la silla.

—No pasa nada, Kendrick. Soy yo —respondió Drough dejándose ver—. Le decía que se acercara a vos.

—¡Vos no os acerquéis! —exclamó Erin de pronto corriendo hacia ella—. No se lo merece. Es un bárbaro...

—Ya os voy yo a dar bárbaro... —masculló él removiéndose en la silla.

Siona le dirigió una mirada reprobatoria, obligándolo a quedarse quieto. Refunfuñó en silencio y miró hacia la chimenea mientras sentía el frío en su piel. Desnudo de cintura para arriba, el torso de Kendrick era perfectamente visible para Lei, un cuerpo esculpido por las batallas y horas de entrenamiento, con algunas cicatrices en él. Su pecho estaba cubierto por un vello tan oscuro como el cabello, que se perdía por debajo de los pantalones, donde no le cabía duda de que encontraría una mata de pelo protegiendo sus partes nobles.

Lei dejó escapar un suspiro al notar cómo se ruborizaba por verlo sin la camisa. Como si lo hubiera notado, Kendrick se giró hacia ella conectando sus miradas. Extendió su brazo abriendo la mano, invitándola a acercarse.

Ella dio un paso hacia delante apartándose de Erin, quien los contemplaba en silencio. Cuando quiso dar el siguiente, el ambiente se enfrió de pronto y se estremeció. Se dio la vuelta para ver avanzar al mismo hombre que, un rato antes, había entrado en su mente como un huracán, abriendo para él sus recuerdos y secretos más ocultos. Se alejó lo más rápido que pudo, chocando con una de las mesas en su huida, lo que le causó daño pero no quiso darle importancia.

Kendrick gruñó ante la presencia de su tío y la forma en que alteraba a Lei. Erin se puso a su lado, susurrándole palabras que no llegaba a oír, pero éstas parecían ser suficientes para calmarla un poco. La abrazó con

su cuerpo y salió con ella del salón hacia la parte de arriba, seguramente a sus habitaciones. Iría a buscarla tan pronto como conversara con su tío.

Eoin avanzó hacia Kendrick sin perder tiempo con ellas y se inclinó sobre Siona para besar su mejilla mientras ella vendaba la herida.

—Confío en que tuvierais un agradable viaje, hermano.

—Así fue. Y he de decir que llegué antes de que la lluvia haga su aparición —puntualizó él—. ¿Necesitáis ayuda?

—No, ya he terminado.

—Tío Eoin, ¿cómo se os ocurre asustarla de esa manera? —intervino Kendrick, molesto porque él no se hubiera dirigido aún al laird del castillo.

—Mi hermana me pidió ayuda para conocer algo sobre una muchacha extraña a la cual queríais hacer vuestra esposa.

—Quiero hacerla mi esposa —rectificó apretando los dientes.

—Sea, pues. Quizá habéis de saber que no es de esta época, que viene de una muy muy lejana a la nuestra.

—Eso ya lo había supuesto, tío, no es algo nuevo para mí. Me ha contado cosas que son difíciles de creer incluso para mí, aunque todavía no me ha dicho nada en claro.

Siona se levantó del suelo con la ayuda de su hermano e hijo y éste le cedió la silla para que se sentara mientras él le masajeaba las piernas doloridas por el tiempo que había pasado de rodillas.

—Eoin, sólo deseo saber si esa mujer es adecuada para Kendrick. No quería que la incomodaras de ese modo. No sospecho de ella hasta tal punto.

—Sobre si es la adecuada, Siona... —Mantuvo la pausa mientras los rostros de ambos quedaban fijos en el de él, expectantes—. Es la adecuada. Pero sospecho que las cosas no serán tan fáciles como podéis pensar.

—¿A qué os referís? —preguntó Siona.

—Esa mujer ha sufrido mucho en su vida. No confía con facilidad y teme abrirse a otros. No sé el motivo por el que ha aparecido aquí, pero sin duda es algo que sólo otro druida ha podido provocar.

—¿Creéis que es una trampa para Kendrick?

—No puedo estar seguro, pero cabe esa posibilidad.

—Como también que fuera una trampa para Macbeth. Quizá querían que ella se quedara con él y no conmigo.

—Pudiera ser, Kendrick. Pero, respondiendo a la pregunta que no

queréis formular, la respuesta es no, no la considero una amenaza para vos. —Esbozó una sonrisa mientras seguía hablando—. Más bien, yo diría que la amenaza sois vos para ella.

El resto de la conversación siguió circulando alrededor de Lei y de lo que su tío había visto en ella. Soledad y dolor fueron los vocablos citados por su familiar, dos palabras que encogieron el corazón de Kendrick al saber lo que escondía Lei. Quería subir arriba, abrazarla y no soltarla nunca, intercambiar ese dolor y soledad por el amor y la felicidad que él le proporcionaría.

Ninguno de los tres llegó a una conclusión que aclarara el motivo por el cual estaba en una época y una tierra no correspondida. Eoin expuso una serie de situaciones que podían explicar la aparición de Lei, tanto de índole maligna como meros accidentes en los conjuros que se hubieran realizado. Y, el hecho de su aparición en un lugar donde quien la invocaba no estaba, sólo podía hacerle entender que algo había salido mal, quizá no era a ella a quien querían.

—No me importa si es una amenaza o no para mí. Es mía y me casaré con ella —se pronunció con autoridad.

Kendrick notó a Erin avanzar hacia ellos y besar a su tío en la mejilla, aunque seguía con el entrecejo fruncido.

—¿Dónde está Lei?

—La he dejado en su habitación. Conseguí que se echara en la cama y descansara un poco. ¿Has regañado a nuestro tío?

—Eso os lo he dejado a vos.

Ella puso las manos en sus caderas y lo miró enfadada.

—¿Y bien?

—Vamos, Erin. ¿Qué iba a saber yo? Vuestra madre pocas veces me hace llamar y menos para *revisar* a una posible mujer para Kendrick.

—¿¡Pocas veces!? Madre os llama cada vez que una mujer se acerca demasiado a Kendrick para que la espantéis.

—Por eso hasta ahora ninguna ha conseguido embaucarlo y hacerle perder el juicio.

—Yo me sé de una que sí... —murmuró ella por lo bajo con una sonrisa en los labios.

—Calladita estáis mejor, Erin —siseó él.

Tanto Siona como Eoin se echaron a reír.

—Veo que estos dos siguen igual.

—Es como seguir teniendo a dos críos en la casa. Sólo les falta corretear de un lado para otro como hacían de pequeños —se quejó Siona.

—¡Madre! —chilló Erin—. Yo no tenía la culpa; era él quien me quitaba las cosas.

—¿¡Yo!?! Os recuerdo que erais vos quien me robaba las espadas cuando tenía que entrenarme.

—¡Yo también quería entrenar!

—Oh, dioses, dadme un respiro. ¿No podéis estar juntos sin empezar a pelear? —medió Siona entre ellos—. Kendrick, ruego a los dioses porque a Lei no le deis tantos problemas.

—¿A Lei? —preguntó Erin. Sus cejas se arquearon y sonrió—. ¿Quiere decir que no sospecháis de ella? ¿Pueden casarse de verdad?

—Ella quizá fue enviada aquí por algún propósito —respondió Eoin—, pero mis poderes me dicen que es la adecuada para Kendrick, sus almas se llaman la una a la otra. He podido verlo antes, cuando la habéis llamado para que acudiera a vos: no ha titubeado. Sin embargo, algo me impide ver más allá, me bloquea.

—¿Pero puede casarse con Kendrick? —insistió ella.

—¿A vos qué bicho os ha picado? —preguntó entonces Siona.

—¡Es perfecta! ¿No la habéis visto lidiar con él? Es capaz de bajarlo del pedestal en el que siempre quiere estar.

—¿Pedestal? —repitió indignado.

Kendrick avanzó hacia la habitación de Lei. Tenía que pedirle disculpas por haberle gritado antes, asustado como estaba por casi perderla. Pero eso no era excusa, ella estaba alterada, enfadada y temerosa. Según Erin, había dicho algo en su idioma al explicarle que iba a ser su esposa y, como la conocía, no creía que fuera algo bonito. ¿Por qué no iba a querer casarse? ¿Acaso veía en él algo malo? Muchas mujeres pelearían por ocupar el estatus que le ofrecía y... ¿lo rechazaba?

Tocó la puerta y esperó una respuesta para entrar. Tras un tiempo más que considerable a su entender, volvió a golpear, esta vez más fuerte. Si estaba jugando, no había escogido un buen momento.

El tercer golpe lo dio tan fuerte que la puerta retumbó y decidió entrar. Le daba igual que no estuviera preparada, ya estaba harto de aguardar delante de la puerta para que ella se dignara a darle paso, más

con sus hombres asomando la cabeza a cada minuto.

Abrió la puerta y la cerró detrás de sí. Esperaba encontrar a Lei allí de pie, indignada o incluso asustada por entrar así en su cuarto, pero no sentada en uno de los sillones al lado de la chimenea mirándolo directamente.

—He tocado —se excusó de repente.

—Te he oído. No quiero hablar contigo —replicó ella volviendo la cara hacia la chimenea apagada. Empezaba a hacer fresco y la habitación iba a quedarse helada por la noche. Tomó nota de avisar para que encendieran el fuego.

—Tenemos que hablar —insistió dando mayor énfasis a la primera palabra.

—No... —Lei se mordió el labio.

Él frunció el ceño, sabiendo que quería decirle algo pero sin saber las palabras exactas.

—No voy a ser tu esposa.

—¿Por qué? —siseó conteniendo su enfado.

—No quiero.

—¿Por qué? —repitió.

—No puedo quedarme. Tengo que irme.

—No. No iréis a ningún sitio.

—Kendrick, busca otra esposa —dijo derrotada.

Se acercó a ella, se arrodilló y tomó su mentón para obligarla a mirarlo.

—No quiero otra esposa. Os quiero a vos.

—No soy un objeto que podáis tener. No soy de... aquí.

—No importa. Seréis mi esposa y la unión os mantendrá a mi lado.

—No pasará... No puedo ser tu esposa.

—Dadme una buena razón.

—Yo vengo del año 2015 —contestó esperando su reacción.

Kendrick se cruzó de brazos, sonriéndole.

—¿Y?

—¿¡Y!?! ¡Kendrick, vengo del...!! —calló al no poder encontrar la palabra que le faltaba.

—*Todhchaí*. El año 2015 es el futuro.

—Sí. Por eso no puedo ser tu esposa... ¿Me crees? —preguntó pasmada. Le estaba diciendo que venía del futuro y él se quedaba

indiferente.

Él asintió.

—Sois una mujer extraña: vuestras ropas al llegar, vuestra extraña lengua y... cuando me hablasteis de esas *mejoras* para el castillo... Pero ahora estáis aquí, podéis ser mi esposa.

—¡Mírame! —exclamó poniéndose de pie.

Kendrick levantó el cuello para hacerlo. Llevaba un vestido amarillo, con algo de verde en las mangas, de lino fino, seguramente uno de su hermana que había sido arreglado. Se mordía el labio y evitaba el contacto con sus ojos, tan adorable delante de él.

—Ya os miro, Lei. Ya lo hago.

Se levantó lentamente, dejando que ella lo observara con avidez. Sabía que eso le gustaba, ver sus músculos flexionándose. Hizo una mueca por la herida y ella dirigió su mirada hacia el costado y se levantó.

—No es una herida grave. Se curará en unos días.

—Lo siento —se disculpó ella—. No sabía que estaban entrenando.

—Soy yo quien lo siento por gritaros, no debí haberlo hecho.

Ella negó con la cabeza.

—Me lo merecía.

Kendrick se acercó a ella hasta acorralarla delante de la chimenea.

—Vos no os merecéis ningún grito mío que no sea debido a la pasión que me hacéis sentir. Os lo juro, Lei, no volveré a gritaros de ese modo.

—No seré tu esposa.

—Dioses, mujer, no hay razón para no serlo —masculló perdiendo la paciencia.

—Sí la hay. Tú eres... —Sus manos le acariciaron el pecho y tanto los ojos de uno como los del otro se oscurecieron por el placer encontrado—. Y yo soy...

—Hermosa. Grabaré esa palabra en vuestro cuerpo hasta que no podáis referiros a vos de otra forma. ¿De dónde venís, muchacha, que no son capaces de apreciar vuestra belleza?

Le rozó los labios con los suyos antes de cogerla de la nuca y levantarle la cabeza para tener un mejor ángulo en el beso. El vientre de Lei se contrajo de necesidad y gimió ante los avances de Kendrick. Sus atenciones siempre eran tan deliciosas que no quería ninguna otra cosa en la vida. Le acarició el pecho y entrelazó las manos detrás de su cabeza, poniéndose de puntillas para llegar, consciente del brazo de Kendrick en

su cintura, sosteniéndola por si las rodillas le flaqueaban.

Kendrick estaba sorprendido. ¿Por qué no quería casarse con él si respondía a sus besos y caricias? Había vuelto a descalificarse a sí misma por la belleza, y era algo que corregiría en cualquier momento, incluso en ese mismo.

La empujó un poco más, intentando sentir más cerca su cuerpo, pero el quejido de ella le hizo despegar sus labios. La chimenea, no se acordaba de que estaban delante de ella y no había pared firme.

—Kendrick, para, por favor —suplicó de pronto—. ¿Qué ocurrirá si vuelvo a mi tiempo? Me crees al decirte que vengo del futuro y aún no sé por qué. Bien podrías calificarme de bruja o de loca.

—Mi tío siempre me ha enseñado a creer en todo. A su lado ocurren muchas cosas raras. No pienso que seáis ni una bruja ni una loca, es sólo que vuestro tiempo y el mío no son los mismos. Os creo, Leilany —susurró su nombre completo como si fuera una caricia para ella. Eran pocas las veces que la llamaba así, una vez lo hubo aprendido, siempre a solas—. Nuestra boda os atará a mí con los ritos druídicos.

—No puedo, Kendrick... no puedo ser tu esposa. —Se apartó de él dejándolo herido.

Él apretó sus manos en puños.

—Decidme por qué. Sólo eso Leilany, decidme sólo por qué no podéis serlo. —Se volvió a ella esperando una contestación por su parte, algo que justificara el dolor que sentía. Ella se giró, con los ojos llenos de lágrimas. Cerró los ojos en un intento por calmarse.

—Porque te amo —dijo en su idioma dejando a Kendrick sin saber lo que decía.

—Lei...

Ella avanzó hacia él y se puso de puntillas para llegar a su boca y besarlo con tanta ansiedad que, al principio, Kendrick no supo reaccionar.

—*Gráím thú*[\[44\]](#) —susurró.

Un gruñido salió de lo profundo de su pecho y la tomó en sus brazos, aflorando todos los sentimientos hacia ella.

Después de unos minutos besándose, Lei se separó de él. Ambos se contemplaron, sus labios hinchados y sonrojados.

—Busca otra mujer como esposa —susurró.

Kendrick frunció el ceño.

—¿Queréis ser mi amante?

—No —contestó con una mueca.

—Entonces, ¿qué? Me acabáis de decir que me amáis, ¿u os equivocasteis con las palabras?

Ella negó mirándolo a los ojos.

—Te mereces algo mejor que yo —contestó separándose de él y abandonando la habitación.

Capítulo 16

Erin pasaba la mirada de su hermano, sentado en el centro de la mesa principal presidiendo en el gran salón, a Lei, junto a Drough y Teagan, en otra mesa. No había conseguido encontrarla para el almuerzo y Kendrick, al contrario que otras veces, no se preocupó lo más mínimo. De hecho, llevaba bebiendo desde la tarde, algo que jamás hacía. A su lado, varias mujeres competían por darle de comer y éste reía como un hombre abandonado a la bebida.

Se fijó entonces en Lei. Estaba distraída y se quedaba a menudo con la mirada perdida y triste. Sus hombros caídos y los suspiros que lanzaba le decían que no estaba bien. Drough trataba de hablarle, pero ella sólo respondía brevemente con suaves sonrisas. Teagan le pidió cambiar de sitio para acompañarla y le murmuró algo que le hizo tensarse y mirar a Kendrick para, después, negar con rapidez.

—Erin, ¿ha pasado algo entre ellos? —susurró su madre.

—No lo sé, pero a la vista está la reacción.

—Kendrick fue a hablar con ella, pero desde entonces está de un humor de mil demonios. ¿Oísteis gritos?

—¿Qué os hace suponer que estaba espiando detrás de la puerta de la habitación de Lei? —preguntó dolida por ello.

Siona arqueó una ceja y la reprendió con la mirada.

—Ya, vale, sí, estuve espiando. Pero no hubo gritos, hablaron de forma calmada.

—¿Y?

—Seguramente la mujer no quiere casarse con Kendrick —intervino Eoin cortando un pedazo de pan y llevandoselo a la boca.

Madre e hija se volvieron hacia él.

Se había quitado la capa y llevaba una túnica marrón larga hasta los

tobillos a pesar de ser verano. Las mangas las tenía remangadas para evitar manchárselas. Su pelo blanco estaba recogido con un cordel de cuero, apartado de su rostro. Se levantó y arrancó un muslo del pollo que había delante.

—Eoin... ¿queréis soltarlo de una vez?

—¿El qué? —Erin resopló cruzándose de brazos—. ¡Oh!, eso. Ya dije que lo tendría difícil.

—Sabíais que lo rechazaría. —Asintió—. ¿Y por qué no se lo dijisteis?

—Ya oíste a vuestro hijo. Pase lo que pase, se casará con ella. Además, creo que los preparativos estaban en marcha.

—Eso es cierto —masculló Siona—. Kendrick mandó mensajeros a todos los condados, invitándolos a su boda. Creo que nadie esperaba un rechazo por parte de ella.

—¿Y ahora? —preguntó Erin—. Tío, haz algo.

—¿Yo? —Miró a su sobrina con los ojos bien abiertos.

—Bueno, sois druida, tenéis vuestros poderes... ¿Por qué no hacéis que Lei...? —Movi6 las manos y hombros dándole a entender cualquier cosa.

—Erin, esa muchacha está enamorada de vuestro hermano como nunca antes lo ha estado de otra persona.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Entonces? ¿No cree a Kendrick cuando le dice que la ama?

—No es eso. Tiene miedo de volver a su época dejando aquí algo importante para ella, y no hablo sólo de Kendrick, sino de su corazón. Además, tampoco se ve adecuada para él.

—¿Para un bárbaro? Por supuesto que no —gritó mirando enfadada a Kendrick, quien tenía en sus brazos a una mujer—. Idiota...

Otra vez sus ojos lo habían buscado en el gran salón. A pesar de los intentos por no mirar donde estaba, la risa grave de él era como una cuerda que tiraba de ella, y acababa observándolo. Sabía que estaba bebiendo demasiado y su comportamiento la había sorprendido; jamás, en las semanas que llevaba con él, lo había visto así.

Ella había huido al bosque por la mañana para poder desahogarse en solitario. Había sido doloroso rechazarlo, pero temía volver a

desaparecer. ¿Y si lo hacía? Quería hablar con el tío de Kendrick para preguntarle, pero el miedo a ser expuesta de nuevo la paralizaba. Él le había dicho que los ritos drúidicos la atarían y le impedirían volver a su tiempo... pero ¿sería verdad?

Y eso no era lo único. Kendrick le decía que la amaba a pesar de su aspecto. ¿Podía ser eso posible? ¿La amaba a pesar de su físico? No podía creerlo, pues jamás nadie lo había hecho. Las personas sólo se acercaban a ella buscando algo, por interés, pero nunca por amor o amistad verdadera. ¿Y encontraba eso aquí tan fácilmente?

Bajó la cabeza hasta su plato. Apenas había tocado la comida. Tenía el estómago revuelto, llena como estaba de preocupaciones y la desazón por haberlo rechazado. Drough se había encargado de llenarle el plato, ofreciéndole algunos pedazos de la bandeja, pero, a pesar de llevar varias horas sin ingerir, no podía hacerlo. Y tampoco quería abandonar el gran salón dejando a Kendrick en ese estado.

Miró de reojo hacia donde estaba y lo que vio hizo que girara la cabeza. ¡Tenía a una mujer en sus brazos! Fue como si todo se silenciara en el lugar y sólo escuchara la risa y murmullos que él les profería a las féminas a su alrededor mientras se dejaba alimentar y servir como el laird que era.

—Lei, ¿estáis bien? —preguntó Teagan dándole unos golpes en la espalda. Se volvió hacia ella y ésta ahogó un grito.— ¡Cielos, estáis pálida!

Drough se volvió al oír a su mujer y observó a Lei primero y después a Kendrick. Frunció el ceño y sirvió una copa de vino. Se levantó del banco y se acercó a Lei, a quien le ofreció la bebida. Ella trató de rechazarla, pero en esta ocasión él no desistió.

—Lo necesitáis —murmuró para que sólo ella se enterara.

La obligó a llevársela a los labios y bebió el contenido a pesar de lo poco que le gustaba. Él miró hacia Kendrick, quien los observaba en silencio apartando a las mujeres que trataban de darle algo de comer.

—La llevaré a tomar un poco de aire fresco, Drough.

—Me parece bien. Tened cuidado, Teagan. —Se apartó para que pudieran levantarse y las dos salieron fuera mientras la mirada de su marido y del otro *posible* marido las vigilaban.

Dejó la copa en la mesa y se acercó hasta Kendrick. Éste se concentró en agradar a las chicas y empezó a besar y tocar a todas por igual.

—Ha tenido que pasar algo bastante fuerte para que os comportéis como un maldito desgraciado —masculló.

—Idos al infierno.

—Intuyo que Lei no se ha tomado demasiado bien lo del matrimonio. Kendrick rio.

—¿Bien? Básicamente me ha dicho que me ama pero no se casará conmigo. ¿Tenéis una explicación para ello?

El rostro confuso de Drough no dejaba duda de su desconcierto.

—¿Os dijo que os amaba?

Kendrick bebió de un trago su vino y puso la copa para que le sirvieran más.

—Ya qué más da. Elegiré a una de las mujeres que hay aquí y, cuando lleguen los invitados, lo tendré todo dispuesto. Con suerte, Macbeth vendrá, así que se la dejaré a él.

—¿Qué estáis diciendo?

—Sois un idiota —lo insultó Erin por detrás, propinándole un coscorrón en la cabeza—. ¿Oísteis todo lo que dijo tío Eoin de ella y no sois capaz de saber por qué os rechaza?

Kendrick se levantó lleno de ira hacia su hermana, pero el exceso de vino le hizo tambalearse y caer al suelo. Drough y Eoin se acercaron a él para ayudarlo a levantarse.

—Creo que ya está bien de vino por hoy, Kendrick —sugirió Eoin—. Esta noche habrá tormenta y sería bueno contar con el laird en todas sus facultades.

—¡Soltadme! —bramó liberándose de los brazos de ambos.

Cogió el odre de vino y se marchó del gran salón.

Teagan se estremeció de frío, abrazándose a sí misma. La noche auguraba un cambio de estación próximo a llegar y el cielo estaba cubierto de nubes que impedían ver la luna.

—Hace frío. Entra —dijo Lei.

—¿Y vos?

—Más tarde.

—¿Estáis bien?

Ella asintió.

Sentada en un banco cerca de la puerta principal, todavía desde dentro

podría vigilarla.

—Iré a por algo de ropa. ¿No tenéis frío?

Se encogió de hombros.

Teagan entró en el castillo y sus ojos pronto localizaron a Drough, que conversaba con Eoin y Erin. No había rastro de Kendrick por ninguna parte. Se acercó a ellos y su marido pronto la abrazó.

—Estáis helada.

—Ha bajado mucho la temperatura.

—¿Y Lei?

—Está fuera. He entrado a por algo de ropa, ¿tendríais, Erin?

—Claro, subiré a mi habitación. —Salió corriendo hacia las escaleras.

—¿Dónde está Kendrick?

—Continuando su fiesta personal en cualquier otra parte del castillo —masculló Eoin.

—¿Pero sabemos lo que ha pasado? Kendrick jamás se ha comportado de esa manera y Lei... no ha tocado la comida y esta mañana no se presentó a almorzar.

—Al parecer, rechazó a Kendrick —intervino Siona—. Y él no se lo ha tomado demasiado bien.

Teagan y Drough se miraron el uno al otro y sonrieron.

—¿A vosotros qué os pasa?

—Teagan me rechazó tres veces antes de lograr hacerla mi esposa. Y tuve que pagar un buen precio por ella.

—¿En serio? Nunca lo habíais comentado.

—No es algo de lo que me enorgullezca mucho... pero, después del tercer rechazo, me decantaba más por raptarla y casarme a la fuerza con ella que por intentarlo una vez más.

—¿Y cuál fue el motivo por el que lo rechazasteis?

—Bueno, a decir verdad lo amaba con locura, pero era un guerrero bruto y sin mucho romanticismo. Hasta que no se comportó como un loco enamorado, no di mi brazo a torcer.

—El problema aquí es ella. Tiene razón al decir que no sabe si volverá de alguna manera a donde pertenece. ¿Qué pasaría si eso ocurriera? —expuso Drough—. ¿Hay alguna forma de atarla a este tiempo?

—Primero, ella tiene que decidir quedarse aquí. En cuanto a una

forma de atarla, los ritos druídicos de casamiento pueden ayudar a vincular sus almas y atarla a Kendrick, pero, si fue un druida quien la trajo, es ese druida quien podría devolverla.

—¿No se puede hacer nada? —preguntó Teagan.

—Mandé un mensajero esta tarde avisando a mi clan para investigar en los clanes vecinos. Si alguno sabe de algo así, nos avisará. Pero, mientras, tendremos que esperar.

—Si Lei no ha sido enviada para amenazar a Kendrick, quiere decir que el objetivo era Macbeth. Ellos dos eran, con diferencia, los que más posibilidades tenían de sufrir un atentado contra sus vidas. Kendrick siempre tiene que estar vigilando su espalda por culpa de los asesinos a sueldo.

—Macbeth es ahora el rey de Escocia y sus enemigos se multiplicarán. Es posible que alguien quisiera tenderle una trampa.

—Quizá Lei tiene órdenes de matarlo. A lo mejor está hechizada e intentará asesinarlo cuando lo vea.

—¿No lo vio en la batalla?

Drough negó.

—Kendrick le salvó la vida cuando uno de los hombres de Duncan intentó violarla. La herida del hombro es de ese momento y estuvo inconsciente todo el tiempo. Kendrick fue solo a entrevistarse con Macbeth y a disfrutar de la fiesta mientras nos encargamos de la muchacha. Así que, no, ella no lo ha visto aún.

—Si bien no vi nada malo en ella, hay una parte de su mente que continúa oculta para mí, como si algo me expulsara. Sospecho que puede haber algo importante.

—¿Pero no peligroso para Kendrick? —preguntó Siona.

—Tal y como se ha comportado tu hijo, el mayor peligro que existiría es que esa mujer desapareciera de su vida. Eso lo destrozaría.

—De todas maneras —prosiguió Teagan ante el tenso silencio de los demás—, debemos ayudarlos de alguna forma. Si ella está preocupada por eso, podéis hablarle y...

—No es sólo por eso, ¿verdad? —cortó Drough.

—¿Cómo lo sabéis?

—He viajado con ella. Kendrick me ha contado cosas. Y he visto la reacción que tiene cuando la elogian o le dicen palabras hermosas.

—¿Qué ocurre con eso? —preguntó su mujer, cruzándose de brazos

—. Conociéndoos, sois capaces de haber dicho cualquier barbaridad sin daros cuenta del daño que hacíais.

—Vamos, muchacha —rodeó con sus brazos por detrás la cintura de Teagan—, ella no se ve hermosa. Cada vez que Kendrick le decía algo, todo su cuerpo se tensaba.

—¿Y? Él la ama, ¿no?

—Ella tiene dentro mucho dolor por el rechazo de otra gente. No puede confiar en la palabra de un hombre porque nunca antes lo ha hecho. Y tampoco se ha encontrado en esta situación —contestó Eoin.

—Bueno, entonces es cosa de Kendrick convencerla.

—¿Y creéis que no lo ha intentado? Durante todo el viaje, día tras día, y después aquí... Al parecer, no ha conseguido mucho.

—O no se ha esforzado lo suficiente.

—Ella está a gusto con él —intervino Siona—. Los he visto conversando y riendo juntos como si fueran una sola persona. También la he visto interactuar con los demás y sé que se comporta de manera loable con todos.

—Pero... cuando oyó a esas mujeres... —lanzó Erin, quien volvía con un par de capas en los brazos—. Cuando las vio murmurar, se puso triste.

—¿Entendió lo que hablaban? —preguntó Drough.

—No. No conocía ninguna palabra relacionada con la boda, así que se lo expliqué. Y eso más bien la enfureció, no la puso más triste.

—Quizá esa conversación le hizo pensar que la despreciaban —propuso Teagan.

—¿Y qué hacemos? ¡Vamos, tío, vos fuisteis quien metió la pata primero!

—¡Niña! —exclamó.

—Es la verdad. Si no hubierais tratado de leer su mente, las cosas estarían mejor. Deberíais haberos presentado como corresponde a un pariente de Kendrick y luego hablado con ella.

—Os recuerdo que ella ya llegaba alterada del pueblo.

—La hubiera calmado —contrarrestó ella.

—Por Dios, no empecéis ahora vosotros... —masculló Siona.

—Como sea, ahora voy a llevarle la capa a Lei, debe de estar helada.

Drough le colocó la otra capa sobre los hombros y la cerró por delante, para protegerla del frío.

—Os acompaño —comentó.

—No es necesario; Lei está sentada en el banco cerca de la puerta.

—Aún así, es de noche y no quiero que os pase nada.

Teagan acarició su mejilla y lo besó.

—¿A quién protegéis, a vuestro hijo o a mí?

Drough la rodeó con sus brazos, atrayéndola hacia su cuerpo.

—¿Tengo que responder?

Teagan lo golpeó entre risas, separándose de él y caminando hacia la salida. Él observó el vaivén de sus caderas y su redondeado trasero. Un gruñido nació de su pecho.

—Venga, idos de una vez a casa, muchacho —determinó Eoin.

Se dio la vuelta y asintió con la cabeza antes de correr hacia su mujer. Salieron los dos al exterior y Drough siseó.

—¡Demonios, qué frío!

—Sí, Lei debe de estar... —Teagan se volvió hacia el lugar donde la había dejado... vacío—. ¿Lei?

Ambos se miraron.

La mente de Lei seguía atormentándola con la imagen de esas mujeres cerca de Kendrick. Y él les hacía caso. Se reprendió a sí misma por sentirse de tal modo, pues lo había incitado a ello. Necesitaba una esposa, esposa que no sería ella. Era normal que buscara a otra. Pero ¿tenía que ser tan rápido?

Tiritó de frío y entró por la cocina para utilizar luego el pasadizo que usaban los criados para subir a la planta de arriba. Una vez allí, se deslizó por los pasillos hacia su habitación; necesitaba estar sola y poder pensar qué haría a partir de entonces. ¿Debía marcharse del castillo? Pero ¿adónde iría? ¿El tío de Kendrick podría devolverla a casa? Sus piernas se negaron a avanzar. ¿Volver? No, ella no quería volver. Había sido más feliz esos días allí que toda su vida en su época.

El murmullo de voces femeninas le llamó la atención y siguió el sonido hasta ellas. Parecía que cargaban con algo pesado y luego percibió que alguien gruñía y mascullaba sin llegar a entenderse lo que decía. Se asomó por una esquina y vio a dos mujeres cargando con un Kendrick tambaleante. Su rostro se descompuso al ver cómo él las llevaba agarradas, tocándole a una el trasero mientras jugaba con uno de los pechos de la otra.

Se dirigían a su habitación y no pudo evitar un sollozo, alertando a los otros. Kendrick se quedó mirándola con una expresión llena de dolor y culpa. Las otras mujeres aprovecharon para empujarlo dentro de la habitación, pero éste resistió.

—Perdón —se disculpó ella antes de salir corriendo.

Kendrick dio un paso para seguirla, pero se detuvo a mitad del segundo. Cerró los ojos y maldijo en voz alta. Se dio la vuelta agarrando a cada mujer para echarlas de su habitación y cerrar luego con llave la puerta. Ninguna fémina que no fuera Lei volvería a entrar en su alcoba.

Un ensordecedor trueno despertó a Kendrick de su letargo inducido por el vino ingerido durante toda la tarde y la noche. Sus ojos no podían enfocar nada y un tremendo dolor se instalaba en su cabeza, como si ésta fuera un tambor al que golpeaban. Se la cogió con las manos, tratando de aliviarse, cuando un nuevo trueno le hizo gritar de angustia.

Miró hacia la ventana y oyó la incesante lluvia. Se aproximaba ya el cambio de estación y las lluvias, al final del verano, eran normales. Parecía que iba a ser una noche de aguacero. El olor a humedad y tierra mojada se filtraba por la abertura de la ventana.

Apartó las sábanas de su cuerpo gruñendo en el proceso, pues no acababa de coordinar con la borrachera que tenía encima, y se observó. La camisa a medio desabrochar, los pantalones y botas aún puestos. Después de echar a las mujeres, le había dado uso al vino de su habitación y éste consiguió adormecerlo lo suficiente como para dejar de pensar en Lei, de verla en su mente todo el tiempo.

Se quejó al levantarse de la cama y las náuseas llegaron, reprimiéndolas como pudo. Se merecía el estado en el que estaba. El vino no era buen consejero para nada y él había pecado como un tonto. Le había hecho daño a Lei y lo sabía, pero en su miseria sólo veía una venganza por el rechazo.

Un nuevo trueno llegó de fuera y el relincho de los caballos lo siguió. Se acercó a la ventana y observó las cuadras. No parecía haber nada fuera de lo normal, pero los caballos estaban inquietos, sobre todo esa yegua blanca que seguía siendo tan terca como para no dejar que nadie la montara y menos que la encerrara en las cuadras con los demás.

Se encontraba atada a uno de los postes de la cerca y parecía estar

encabritándose cada vez que se oía un trueno. Los otros caballos respondían a los resuellos y parecían ponerse más nerviosos a cada minuto.

—Condenada yegua... —masculló yendo hacia la puerta.

Desde pequeña había odiado los truenos de noche. Era el momento en que más miedo le daban, porque estaba sola en su habitación y sus padres la regañaban si intentaba ir a la suya. Siempre tenía la costumbre de acurrucarse en su cama y taparse los oídos para no oírlos, pero éstos eran tan fuertes que ni siquiera ese truco funcionaba.

Las luces de los relámpagos se filtraban por la ventana, dotando a la habitación de una espeluznante e inquietante variedad de sombras que la ponían más nerviosa. Saltó de la cama y se puso el vestido con prisa para salir de allí. Si la tormenta iba a durar toda la noche, prefería estar en el gran salón, donde otros hombres se quedaban a dormir. Allí se sentiría más protegida que en un cuarto solitario y a oscuras.

Abrió la puerta y se deslizó a través de ella. No quería molestar a Erin ni a su madre, quienes dormían en habitaciones cercanas a la suya. Atravesados los pasillos, bajó los escalones para encontrarse con los murmullos y gritos de los hombres. La mayoría de ellos provenían de fuera. Cuando bajó lo suficiente, pudo ver a dos sosteniendo a un tercero que entraba cojeando. Corrió los últimos escalones hacia ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmada.

—Esa yegua... —masculló uno—. Estamos tratando de tranquilizarla, pero está atacando a todo el que se acerca.

Lei los contempló. Estaban empapados por la lluvia que caía como un manto de agua y los truenos y relámpagos silenciaban cualquier sonido que hacían. El hombre que sostenían entre los dos tenía un hombro dislocado y toda la ropa cubierta de barro. No parecía tener heridas sangrantes, aunque sí se aquejaba de dolor en algunas partes.

—A este paso, el laird tendrá que matarla —murmuró el otro, dejando a Lei en el pasillo mientras llevaban el herido al salón.

¿Matarla? ¿Kendrick la mataría? Se cogió la falda del vestido y salió corriendo hacia fuera. La oscuridad y la lluvia apenas dejaban ver los pasos que daba y el suelo resbaladizo hizo que cayera varias veces siguiendo los gritos de los hombres hacia donde se suponía que estaban

las cuerdas. Kendrick estaba herido por la flecha, ¿cómo podía estar allí, luchando con un caballo salvaje? Los puntos se abrieron y él sufriría... Su garganta se cerró al pensar en que pudiera sucederle algo malo y apretó el paso.

Cada vez que uno de los truenos retumbaba en el cielo, se encogía de miedo por el sonido. En la ciudad no sonaban tan fuertes como lo hacían allí. Estaba calada por completo y sus dientes entrechocaban por el frío. Por fin llegó hasta el cerco y observó en silencio la escena.

Había cerca de una docena de hombres alrededor de la yegua. Asían varias cuerdas amarradas en el cuello y el lomo del animal, lo que estaba dejándole feas marcas por la fricción de las mismas. De hecho, parecía estar sangrando. Los guerreros trataban de aguantar la fuerza que el animal ejercía por soltarse para mantenerla quieta. Pudo ver que uno de ellos la montaba con un trozo de tela en una mano. Sin embargo, al momento de sentirlo en su grupa, ésta empezó a cocear y removerse con fuerza, atacando al resto para liberarse.

El trueno cayó de nuevo y el relámpago iluminó la zona donde estaban, ofreciéndole a Lei una visión del hombre que intentaba vendarle los ojos a la yegua. Kendrick. El animal resolló con fuerza, mitad asustado, mitad encolerizado, elevándose sobre sus cuartos traseros y desestabilizando a su jinete, quien se precipitó al suelo con un golpe seco.

Los gritos de los otros lo alertaron para girar sobre sí mismo antes de ser pisoteado por las patas de la yegua y trató de alejarse, pero sus sentidos aún estaban embotados, no se había recuperado. Estaba mareado, mojado y furioso. La yegua estaba herida y, si seguía así, tendrían que matarla para que dejara de poner nerviosos a los otros caballos. Pero eso sería lo último que haría, no pensaba liquidar al animal ni dejarlo libre, porque le recordaba a Lei.

Intentó levantarse del suelo para volver a caer con estrépito golpeado por algo. Su cara se llenó de barro y tosió para expulsar el que había entrado en su boca y nariz. Los cielos parecían estar de un humor de perros esa noche. Parpadeó varias veces intentando ver más allá de sus manos mientras seguía oyendo los gritos de sus hombres. Un nuevo relámpago seguido del trueno desgarró el cielo y el sonido desesperado del animal le hizo volver la cabeza. Iba directamente hacia él, con los ojos desorbitados. Oyó los alaridos de los suyos advirtiéndolo, pero era demasiado tarde para esquivarla, no podía intuir hacia dónde giraría y

sería peor que embestirla de frente.

Afianzó las rodillas en el suelo y se preparó para enfrentar al animal con su fuerza. No sería suficiente, pero al menos opondría la resistencia que necesitaba para disminuir su arremetida.

Vio entonces, a uno de sus lados, una tela moviéndose como el viento que se puso delante de él y a alguien con los brazos extendidos, protegiéndolo.

—¡Detente! —gritó Lei en su idioma lo más fuerte que su voz le permitió.

La yegua se levantó sobre sus patas traseras y ella retrocedió lo justo para no ser pateada por las delanteras.

—Por favor, tranquilízate. Es una tormenta, tratan de ayudarte —murmuró con temblorosa voz—. Tienes la puerta abierta, puedes irte si quieres —añadió señalándole la cerca abierta—. Pero, por favor, no le hagas daño a Kendrick. Lo amo...

La yegua resopló con fuerza, soltando el aire delante de ella. Lei apretaba los dientes con fuerza para impedir perder la fuerza que la mantenía en pie mientras se enfrentaba a una bestia fuera de sí. Finalmente, el animal se alejó de ellos resollando y acelerando mientras se perdía de vista.

Suspiró aliviada por sentirse a salvo y no supo si los brazos que la agarraron por detrás fueron los causantes de su caída o quienes la recogieron antes de golpearse. Miró a Kendrick, pálido como un papel, sus labios temblando, casi azules. Empezó a palparla por todo el cuerpo en busca de alguna herida y, cuando fue consciente de su inexistencia, la atrajo hacia sí hundiendo su cabeza en el cuello de ella. Pudo sentir el estremecimiento de él mientras se aferraba con firmeza.

Lei le acarició el hombro y la espalda intentando calmarlo, pero su propio miedo se desgarró y acabó enterrando su cabeza en él, aliviando con sus lágrimas la tensión y el terror de poder haber asistido a su muerte.

—*Gráím thú*[\[45\]](#) —susurró Lei.

Los brazos de Kendrick se cerraron más estrechamente en ella.

Capítulo 17

Lei empezó a temblar a pesar del calor del cuerpo de Kendrick y éste se percató enseguida del frío que sentía. Estaba igual de empapada que él y no ayudaba estar en el barro. Los hombres se arremolinaban a su alrededor preocupados por el estado de su laird.

Levantó la cabeza y dio órdenes para calmar a los caballos y cerrar la cerca. Una vez huida esa yegua, no volvería a acercarse de nuevo a Dornoch. Si hubiera podido domarla, se la habría regalado a Lei, tal era el cariño que le procesaba.

La miró entonces, acurrucada en sus brazos. Se veía tan pequeña en ellos. Cabeceaba vencida por el entumecimiento provocado por el frío.

—Laird, debéis entrar en calor o cogeréis un resfriado —le dijo uno de los hombres.

—Ordenad que preparen la bañera en mi habitación. Deprisa.

—¡Sí, milord!

Salió corriendo hacia el castillo. Kendrick se levantó cargando a Lei.

—No os durmáis, mujer. Aguantad un poco —le susurró andando hacia el castillo. Un nuevo trueno restalló en el cielo y Lei chilló, refugiándose en él—. ¿Tenéis miedo? —Asintió contra su pecho—. No debéis temer nada, yo estoy aquí.

Apresuró el paso protegiéndola de la lluvia y del sonido de los truenos hasta entrar en el gran salón. Todos allí estaban despiertos, atendiendo a los heridos de esa testaruda yegua o cambiándose de ropa, apartando a un lado la mojada.

—Oh... —jadeó asombrada en sus brazos. No podía apartar la mirada de los cuerpos de esos guerreros, todos bien conservados, de fuertes músculos y torsos, de vigorosa... virilidad entre sus piernas. ¿Qué había pasado con la evolución?

Kendrick miró cómo ella observaba a los hombres desnudos y gruñó ante ello. Se dio la vuelta para subir la escalera, pero Lei no tenía muchas ganas de perderlos de vista y siguió mirando por encima de su hombro. Volvió a gruñir nuevamente en un ataque de celos ante su afán, y aceleró el paso.

Cuando ya no pudo seguir deleitándose la vista, gimió su pérdida y se recostó contra su pecho.

—¿Os gustó el panorama? —le preguntó, mordaz.

—En mi tiempo no hay hombres así —contestó ella tartamudeando por el frío.

Kendrick frunció el ceño ante los escalofríos de ella.

—Enseguida llegaremos y entraréis en calor.

En cuanto alcanzaron el pasillo que dividía las dos alas, Kendrick tomó la dirección hacia su habitación.

—Mi... mi... mi habitación... —dijo señalando al lado contrario.

—Hay una bañera de agua caliente esperando en la mía.

El rubor tiñó sus mejillas blancas de un pálido rosado.

—No... no... me voy... a bañar... contigo... —logró pronunciar.

—Ya lo hemos hecho una vez —puntualizó él.

—¿Cuándo?

Era incapaz de recordar eso y, si así había sido... ¿¡dónde demonios se había ido su recuerdo de eso!?

—Cuando os lavé la sangre de quien os atacó en Bothnagowan.

—¡M... me bañas... te! —gritó casi en un chillido, teniendo que toser para aliviar el dolor de su garganta; empezaba a notarla muy seca.

—Sí —contestó sin remordimientos. Entró en su habitación y observó a las mujeres que estaban terminando de llenar la bañera—. Fuera. —Las echó, corriendo todas a cumplir su orden. La última de ellas cerró la puerta.

Kendrick bajó a Lei al suelo, cerciorándose de su estabilidad. Se alejó un poco y empezó a quitarse la ropa. Ella le dio la espalda en cuanto le vio desprenderse de ella.

—Cuando... tú te... bañes... —comentó tiritando.

—Nos bañaremos los dos a la vez, no podéis aguantar más tiempo sin entrar en calor y yo tampoco.

—Yo... puedo... grrrrr.... —No pudo terminar de pronunciar la palabra cuando se abrazó a sí misma para controlar el temblor de su cuerpo.

—Maldición... no hay vino —blasfemó Kendrick sirviendo agua en su lugar para enjuagarse la boca del barro.

—Iré... a buscar... —sugirió ella.

—No —la detuvo, su cuerpo detrás del de ella.

Empezó a desabrocharle el vestido con rapidez y, cuando estuvo lo suficientemente abierto, lo deslizó por sus brazos y éste cayó, cual peso mojado, al suelo.

Al sentir sus manos en los muslos cogiendo la camiseta interior, Lei se alejó de él tirando de ella hacia abajo para evitar quedar expuesta. Por fortuna, él aún conservaba los pantalones, aunque su pecho estaba desnudo a excepción del vendaje, ahora sucio y a medio caer, que protegía la herida.

—Me baño... pero así...

Kendrick la miró inflamándose aún más de lo que ya estaba. No se daba cuenta de que, con la camiseta tan empapada, se le evidenciaban sus pezones erectos y su suave piel. Podía ver los rizos entre sus piernas cuando apretaba la camiseta contra su cuerpo. Contuvo el deseo de empujarla contra la pared y, en cambio, se dio la vuelta.

—Entrad. El agua se enfría —masculló tratando de aliviar su miembro pensando en cualquier otra cosa diferente a la mujer que había en su habitación.

Miró de reojo el avance de ella hacia la bañera y una pierna elevarse para entrar. Oía los gemidos placenteros al ser rozada por el agua caliente mientras él notaba el calor en sólo una parte de su cuerpo mientras el resto amenazaba con dejarle de funcionar si no aumentaba la temperatura.

Al ver cómo sumergía la cabeza en el agua, aprovechó para quitarse los pantalones y acercarse a la bañera, de espaldas a ella. Depositó en la silla la bandeja con agua para ofrecerle de beber.

Lei miró hacia atrás buscándolo hasta que, por el rabillo del ojo, notó su cuerpo desnudo y volvió la cabeza al frente.

—¿Qu... qué haces? —preguntó al sentir cómo se introducía en el agua—. Me... ¡Voy a salir! —gritó levantándose de la bañera.

—Quieta, mujer —replicó cogiéndola de la cintura—. Aún necesitáis el calor. —Se metió en la bañera detrás de ella y tiró de Lei hacia su pecho, sentándose con el cuerpo de ella encima.

Lei trató de moverse luchando por levantarse, pero los poderosos brazos de Kendrick la mantenían relativamente inmóvil.

—No os mováis —siseó molesto—. Sólo quedaos quieta.

—¿Cómo con... *eso!*? —gruñó moviéndose al sentir su miembro erecto bajo sus nalgas. Intentaba mantener la camiseta por debajo de su trasero, pero era una tarea difícil cuando éste se veía invadido por algo duro.

—¡Mujer! —exclamó él jadeando. Cerró los ojos con fuerza soltando el aire poco a poco. Lei se abstuvo de moverse por miedo a hacerle daño.

—Lo siento... —susurró.

Kendrick acercó más su espalda al pecho, recostándola sobre él mientras el calor entibiaba el frío de su cuerpo. Cogió la copa y se la ofreció mientras tomaba el paño que había al lado de la bañera y lo mojaba en agua para pasarlo luego por la piel de Lei. A pesar de haber un trozo de tela entre los dos, era tan poco que casi podía notar la suavidad.

—¿Tenéis frío?

—No... estoy bien. ¿Y tú?

—Bien.

—¿Ya no estás...? —Se quedó con la palabra en la boca al no saberla en gaélico—. Vino.

—*Ólta?*[\[46\]](#)

—Si eso significa borracho... —dijo pronunciando la última palabra en su idioma.

Él le cogió el mentón para que lo mirara y con la otra mano hizo el gesto de llevarse a la boca el pulgar, simulando la bebida. Asintió al comprenderlo.

—No estoy borracho. Se me pasó cuando os vi delante de la yegua. De golpe.

Lei agachó la cabeza recordando esos angustiosos momentos. Nunca se hubiese perdonado si le hubiera pasado algo.

—¿Y tu herida? ¿Se ha abierto?

—No, está bien —contestó llevándole la mano al costado para que notara el vendaje.

—¿Te divertiste... con las mujeres? —curioseó sin muchas ganas de conocer la respuesta. Estaba en su habitación y se había dado cuenta de las sábanas revueltas en la cama; era normal pensar que había pasado algo.

—Las eché. —La apretó más con su brazo en la cintura—. Sólo entraréis vos aquí, nadie más —susurró en su oído.

—¿Por qué?

—Porque os amo, Leilany.

No volvieron a pronunciar ninguna palabra. Kendrick se dedicó a ella, mojándola con el paño por toda aquella parte suya que sobresalía del agua y se enfriaba. Lei apoyó la cabeza en el hombro de Kendrick, deleitándose por el cuidado, ajena a la somnolencia que se apoderaba de ella sin ser capaz de avisarlo.

Éste supo que se había dormido cuando posó el paño en su pecho y ella no reaccionó. Se movió un poco en la bañera hasta verla; estaba tan hermosa dormida... Se levantó del agua, ya tibia, y la sacó de la bañera para acercarla a la chimenea, en busca del calor. La dejó en el sillón y avivó las ascuas; después cogió la toalla de lienzo y, tras quitarle la camiseta empapada, la secó por completo mientras se derretía por su cuerpo. Terminó de secarse él para cogerla en brazos y llevarla a la cama, donde la dejó boca abajo para secarle la espalda.

Una vez hecho, la cubrió con la sábana y se acostó a su lado. El amanecer despuntaba, ya serenos los cielos, cuando Lei se acurrucó junto a él, buscando el calor para abandonarse al sueño del que Kendrick ya era presa.

—¡Kendrick! —gritó Erin irrumpiendo en su habitación sin esperar para ser invitada a ello.

Éste protestó en la cama por la interrupción del sueño. Sólo hacía unas horas que se había quedado dormido y no estaba para despertarse aún.

—Erin, bajad la voz... —susurró. Se aclaró la garganta buscando con la mirada algo de agua.

—Pero es que Lei no está... La he buscado, pero no... ¿qué es ese bulto? —Se acercó más a la cama hasta ver el cabello castaño. Kendrick la abrazó, acercándola más a él.

—Fuera.

—¿Vos... y ella...? Ay, Dios, como madre se entere...

—¿Y vos o madre os habéis enterado de lo de anoche?

—¿Anoche? ¿Qué pasó anoche?

—Como siempre... —masculló él—. Anoche hubo tormenta y la yegua se encabritó. Tratamos de controlarla, pero nos fue imposible. Acabó escapando.

—¿Por qué está eso relacionado con Lei en vuestra cama? —preguntó poniendo los brazos en jarras.

—Lei se despertó y fue hasta la cuadra. De no ser por ella, hoy podríais estar sin hermano. ¿No hay nadie en el salón que hable de eso?

—Algunos quisieron contarme algo, pero estaba ocupada buscando a Lei y los despaché. Ahora tengo ganas de saber más. —Se sentó en el filo de la cama esperando un informe detallado, pero Lei se movió al notar el nuevo peso. Ambos la miraron, Kendrick esperando que no despertara, pues el tiempo transcurrido no era suficiente para el descanso que debía tener. Empezó a toser con fuerza.

—Erin, traed agua.

Se levantó deprisa para ir hacia la jarra, que estaba junto a la bañera, en el mismo sitio donde la habían dejado la noche anterior.

—¿Os habéis bañado con ella? —preguntó al ver la bañera—. ¡Ay Dios, está desnuda! —exclamó al ver la ropa de ella desperdigada, así como la de él.

—¡Erin, bajad la voz! —siseó él empezando a toser. Reprimió una mueca de dolor.

—¿Estáis bien?

—Me duele la cabeza. ¿Me preparáis algo?

—Claro. —Le pasó la copa e incorporó un poco a Lei para darle de beber. Después bebió él el resto del agua y se tumbó junto a la muchacha.

—Haced que alguien se ocupe de llevarse la bañera y que revisen los caballos, algunos se hirieron ayer queriendo escapar.

—Tranquilizaos, yo me ocupo —aseguró, más sumisa, al ver el estado de su hermano. Le tocó la frente y chasqueó la lengua—. Tenéis algo de fiebre. Dejadme tocar a Lei.

Él le tocó la frente con los labios y sonrió.

—No tiene fiebre.

—Bruto... —masculló—. Traeré un vestido para ella, por si se levanta. Y os prepararé la infusión antes de que empeoréis y tenga que haceros de criada. No, esperad, ¡eso es lo que soy ya! —exclamó al final haciendo que Lei gimiera. Se echó las manos a la boca y miró asustada hacia ella mientras Kendrick trataba de devolverla al sueño.

—¡Idiota! —siseó bajito.

—Mirad que no os traigo nada... —amenazó ella en un susurro. Dejó la jarra en la mesa al lado de la cama junto con la copa y se fue a la puerta

—. Vengo en un momento, seguid durmiendo.

—No le digáis a madre...

—¿Bromeáis? Ni a ella ni a tío Eoin. Eso os lo dejo a vos.

—...que estoy enfermo —terminó él frunciendo el ceño—. Me casaré con Lei; me importa poco la opinión de ellos.

—Oh... ¡Vale! Mientras sea Lei y no una de esas busconas de anoche...

—No me lo recordéis —masculló tapándose los ojos con la mano.

Cerró con cuidado y fue hasta el salón, donde empezó a dar órdenes a los hombres, quienes la siguieron sin dudar, conocedores del incidente de la noche anterior. Siona y Eoin entraron antes de darle tiempo a desaparecer para prepararle la infusión de hierbas contra la fiebre y tuvo que desayunar con ellos, inquieta por escaparse en cualquier momento.

A pesar de las ganas que tenía de escuchar los relatos de los que habían participado en el incidente de la noche pasada, algo que había despertado a todos menos a Eoin, su madre y ella misma al parecer, no prestó demasiada atención, más interesada por encontrar una vía de escape. Estaba preocupada por su hermano; él nunca se ponía enfermo y una lluvia no era lo bastante poderosa como para enfermarlo.

—¿Lei está bien, Erin? —le preguntó Siona.

—¿Eh?

—Hija, acaban de decir que Lei salvó a vuestro hermano, ¿dónde estaban vuestros pensamientos?

—Lo siento, madre —se disculpó—. Ella está bien, durmiendo.

—Es una suerte que ese animal le hiciera caso a ella y se marchara. Los hombres dicen que habló en ese extraño idioma suyo.

—Quizá el sonido de esas palabras es lo que apacigua al animal —sugirió Eoin.

—Es posible. ¿La has oído hablar de ese modo?

—Aún no.

—Madre, ¿me disculpáis? —interrumpió levantándose de la mesa.

—¿Adónde vais?

—Kendrick me pidió que retiraran la bañera de su habitación mientras él dormía y aún no lo he hecho.

—Está bien. También necesitará el ungüento para la herida, ¿se lo subís, querida?

Los ojos de Erin se dilataron y su rostro perdió el color.

—¿Erin?

—¡La herida! —gritó saliendo del salón.

Irrumpió en la habitación de Kendrick sin que ninguno de los dos se despertara a pesar del ruido provocado. Acercándose a la cama, retiró la sábana lo suficiente para mirarle la herida. Estaba enrojecida e infectada. El agua la había limpiado, sí, pero no lo suficiente, y ése era el motivo de su fiebre.

Cerró las cortinas de la cama y salió fuera para dar órdenes de retirar la bañera y traer agua limpia. Ordenó a dos soldados hacer guardia, dejándoles claro que nadie se acercara a la cama del laird ni hicieran ruido. Corrió entonces a su habitación y luego al cuarto donde guardaban los botes con mezclas de hierbas y recogió todo lo que le hacía falta. Minutos después, ya estaba en la habitación de Kendrick encerrada y tratando la herida con tanto cuidado como podía para no despertar a ninguno de los dos.

Aunque estaba preocupada por la fiebre de su hermano, no pudo evitar sonreír ante la imagen de él abrazando a Lei y ésta a su lado devolviéndole el abrazo. Ninguno abrió los ojos y sólo los quejidos de él al limpiarle la herida se unieron a la respiración de ambos.

Lei abrió los ojos y bostezó. Había dormido maravillosamente en los brazos de Kendrick y quería seguir así, pero su cuerpo le pedía movimiento. Miró hacia arriba para ver su cara, los ojos aún cerrados. Besó su pecho antes de alejarse de él con cuidado y salir de la cama.

Buscó algo para ponerse, divisando un vestido en la silla. ¿Había ido a su habitación por él? Se fijó entonces en que la bañera no estaba y había agua y comida en la mesa. Quizá se había preocupado por ella y había traído todo aquello.

Una vez puesto el vestido, y picado algo de la comida, se acercó a la puerta para irse de su habitación. Abrió con cuidado, revisando que no hubiera nadie, y se deslizó fuera. Caminó por el pasillo pendiente de sus pensamientos. Se habían bañado juntos... dormido juntos. Sabía de su amor por ella, el mismo que ella sentía por él. No le había importado ver su cuerpo desnudo, sentirlo sobre su piel... ¡Se había excitado más incluso! Las mejillas se le tiñeron de rojo y agachó la mirada.

Después le había dicho que las mujeres no estuvieron en su habitación, ¿podía creerle? Era un hombre con necesidades, hubiese sido

normal que él... Dio la vuelta a la esquina hasta quedarse paralizada. Delante estaban las dos en las que estaba pensando. Aún no se habían percatado de su presencia, ambas murmurando algo. Frunció el ceño al reconocer el nombre de Kendrick y se escondió para escucharlas.

—¿Creéis que Kendrick nos volverá a solicitar?

—Eso espero, porque ayer no quiso nada. Cuando íbamos a entrar en la habitación, vio a esa otra y todo se estropeó.

—Sí... dicen que es la mujer que ha elegido como esposa.

—Espero que no piense serle fiel.

—En mi cama siempre tendrá un lugar.

—¿Recordáis cómo nos echó? Parecía dolido por acostarse con nosotras y no con la otra.

—¡Sí! Como si ella tuviera algo diferente.

—¡Pues a lo mejor es así! —exclamó otra voz.

Lei sacó un poco la cabeza y descubrió a Erin plantada delante de las otras.

—Ya podéis buscar a otro, porque el laird tiene una esposa.

—Aún no está casado.

—Lo estará.

—Dicen que lo rechazó. Por eso no se sentó en la mesa ayer.

—Eso no es cierto.

—¿No? ¿Y eso por qué?

—Porque ahora mismo el laird está en la cama con ella.

La contestación las dejó mudas a todas, incluida a Lei. ¿Cómo sabía Erin que ella había estado en la cama con Kendrick? Recordó entonces el vestido y la comida. La habitación limpia... ¿Ella?

—Mentís. Lo decís porque os agrada esa muchacha.

—¿Seguro? ¿Entonces por qué ni el laird ni Lei han bajado a desayunar o almorzar?

—Sabemos del incidente de ayer. Estarán durmiendo, pero cada uno en su habitación.

—Preguntad a los criados —propuso ella—. Preguntad quién entró en la habitación del laird además de él. —Se cruzó de brazos y sonrió.

Las mujeres se miraron entre sí y abandonaron el lugar sin cruzar la mirada con Erin. Ésta se volvió a ellas.

—No os acerquéis a Kendrick. Está enamorado de Lei y nunca tocará a otra mujer.

Satisfecha por conseguir poner en su sitio a esas arpías, se dio la vuelta para ir a comprobar cómo se encontraba Kendrick. Jadeó al ver a Lei saliendo del pasillo algo sonrojada.

—¿Habéis escuchado la conversación?

Asintió frotándose las manos.

—Gracias.

—Oh, de nada. Se lo merecían. Decidme, ¿Kendrick despertó?

—No.

—La infusión lo mantendrá dormido hasta que le baje la fiebre.

Lei levantó la cabeza, alterada.

—¿Fiebre?

—El muy tonto no se limpió bien la herida anoche y se le infectó. Pero ya está bien —añadió al ver palidecer a Lei—. Se la curé mientras dormíais y la fiebre empezó a remitir.

Lei no oyó la última parte, interesada más por correr a la habitación y cerciorarse de su estado.

Le quemaba el pecho donde ella había posado sus labios. Los movimientos de Lei lo despertaron, pero quiso fingir que dormía para no asustarla.

No esperaba ese beso.

Se rozó el torso y suspiró; ¿sería bueno hablar con ella sobre la boda? Quería tenerla todos los días en su cama, disfrutar de su cuerpo y enterrarse en ella hasta que gritara su nombre.

Darle hijos... muchos hijos; ella amaba a los niños y él le daría todos los que quisiera. Sus hijos.

Puso los brazos detrás de la cabeza soñando con esos críos, sonriendo como un bobo, cuando la puerta se abrió de repente y él reaccionó saltando de la cama empuñando la espada que había sobre la mesa. La bajó de inmediato al ver quién era.

—¿Pasa algo? —preguntó acercándose a ella.

—¿Tienes fiebre? —Su mano temblaba cuando la posó sobre su frente. Notó salir el aire de sus labios, sus hombros cayendo relajados tras la tensión vivida. Kendrick le cogió la mano, apartándola de su camino. Tenía que besarla.

—¡Ay, Dioses! ¡Poneos algo! —gritó Erin interrumpiéndolos.

—Idos... —siseó él.

—Sí, claro. Madre viene hacia aquí, ¿queréis que os encuentre así?

Gruñó ante la evidencia y le dio la espalda a Lei, quien absorbió con los ojos su magnífico trasero, soltando un jadeo. Kendrick volvió la cara ante ese sonido y sonrió pícaro. Sí... podía haber observado los otros cuerpos, pero era el suyo el que conseguía dejarla sin respiración.

Se metió en la cama de nuevo para evitar vestirse en esos momentos en los que no habría pantalones que lo albergaran y esperó que su madre apareciera. Erin instó a Lei a sentarse en la silla al lado de la cama y ella se apresuró a eliminar de la habitación todo rastro de infusiones o mezclas de hierbas.

El golpe en la puerta los alertó de la presencia de su madre. Los tres se miraron y Kendrick dio permiso para entrar. Cuando la puerta se movió, Erin corrió a sentarse en la cama y observó cómo entraban su madre y su tío. Lei hizo amago de levantarse, pero la mano de Kendrick en su muñeca la detuvo. Giró la cara hacia él, sintiendo el agarre recio de su mano.

—No os hará daño.

Asintió sentándose de nuevo en la silla. Al retirar él la mano, ella se la cogió de pronto y, tras una mirada, entrelazó los dedos con los de ella.

—Buenos días, madre, tío.

—¿Buenos días? Está anocheciendo. Os habéis pasado todo el día durmiendo.

—¿En serio?

—Eso, Siona, o en otros menesteres —incluyó Eoin mirando la forma en que Lei y él estaban unidos.

—He dormido. Anoche tuve que ocuparme de un problema.

—Ya nos hemos enterado. ¿Por qué no la soltasteis? Hubiera sido todo más fácil.

—Porque no quería hacerlo. Esa yegua iba a ser un regalo.

—¿Para quién? —intervino Erin.

—No te importa —masculló él.

—Aburrido... —susurró ella cruzándose de brazos.

—¿Cómo os encontráis? Supongo que, con la borrachera que teníais ayer y el percance con esa testaruda mula, habréis estado de resaca.

—Algo así, madre.

—¿Y la herida?

—Erin la curó. Está bien —contestó evitando tener que decir mucho más, pues el ungüento que llevaba en ese momento no le pasaría por alto. No llevaba venda alguna, con lo cual, si su madre se percataba, sabría la verdad.

—Me alegro. No es una herida demasiado grave, pero hay que controlarla.

—Sí —convino Erin—. Lo mejor es curar las pequeñas heridas porque son las que más problemas pueden dar.

—¿Eso a qué viene? —le preguntó Siona.

—Sólo informaba.

La miró de reojo sin terminar de creerla.

—¿Los caballos están bien? ¿Y las casas? ¿Pasó algo con la tormenta?

—Muchacho, una pregunta cada vez —cortó Eoin—. Los caballos están bien; se ha tratado a los heridos, pero ninguno es de importancia. Las casas sobrevivieron, la lluvia colapsó el tejado de un par de ellas pero los vecinos ayudaron. Y, con respecto a la tormenta, ¿no os avisé de que llovería?

—Tío, dijisteis que llovería, no que diluviaría.

—He oído que esta muchacha os salvó la vida poniéndose delante de vos cuando la yegua quiso atacaros.

Kendrick le apretó la mano a Lei, mirándola.

—Sí.

Eoin se acercó a ella, poniendo la mano sobre su hombro.

—Estoy en deuda con vos.

Con algo de indecisión, Lei levantó la vista hacia él.

—Pedidme lo que queráis y trataré de compensaros.

—Gra... gracias.

Kendrick carraspeó.

—¿No hay algo más que decir?

—Oh, sí. Lo siento, muchacha, por asustaros. No fue mi intención.

Asintió ofreciendo una tímida sonrisa.

—¡Tío! Vos sabéis hacerlo mejor —se quejó Erin—. ¿Y si os arrodilláis y le pedís perdón? ¿No sería mejor?

—¡Erin!

—¿Qué? Es lo mínimo, ¿no?

Kendrick se echó a reír.

—Ya me gustaría ver al jefe de la orden druida postrado a los pies de mi mujer.

Lei retiró su mano de inmediato tras entender la frase. Kendrick frunció el ceño.

El silencio tenso hizo que Lei se levantara y abandonara la habitación.

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó Erin—. Si estabais bien...

Eoin dio la vuelta para marcharse.

—Tío.

—No os preocupéis, muchacho. No haré nada —contestó sin volverse—. Deberíais preocuparos ahora por recuperaros de la fiebre.

—¿Fiebre? —lanzó Siona.

—¡Tío! —gritó Erin.

—¿Se lo dijisteis a él? —acusó Kendrick.

—¡¡No!! Ya sabéis cómo es.

—Sí, y yo sé cómo sois vosotros —intervino Siona acercándose a su hijo y tocándole la frente—. Explicaos.

Era una tonta. ¿Por qué se ponía tan nerviosa cuando Kendrick le hablaba de matrimonio? ¿Aún no confiaba en él? Era el hombre que cualquier mujer querría a su lado y ella se comportaba de esa forma. No le extrañaba que Kendrick le hubiera preguntado si quería ser su amante. Ni ella misma se entendía.

—Lei —llamó alguien por detrás.

Al darse la vuelta, vio a Eoin andar hacia ella y su cuerpo se tensó de incomodidad.

—¿Sí?

—¿Puedo haceros una pregunta? —Asintió nerviosa—. ¿Deseáis volver a vuestra época? —Se esperaba cualquier otra pregunta, la que fuera, no esa—. ¿No sois feliz aquí?

—Lo soy —confesó ella—. No me espera nada en mi época y no me importaría no regresar a ella... pero no sé por qué estoy aquí. Ni siquiera estaba en Escocia, y no la había visitado jamás.

—A veces el destino es caprichoso... y a veces algunos actos lo guían.

—¿Qué significa eso?

—Quizá, con el tiempo, lo sepáis. Pero, si no queréis volver a vuestra época, ¿qué os preocupa entonces? Kendrick os ama, igual que vos a él.

Una mujer no se arriesgaría como vos lo hicisteis por salvarle la vida.

—No quiero verlo sufrir.

—Y, si vos estáis a su lado, ¿sufrirá?

—No lo sé. ¿Qué pasa si de repente vuelvo a mi época? ¿O si él encuentra a otra mujer? —Apartó la mirada antes de perder el poco valor que tenía.

—El rito druídico en la boda conectará vuestras almas para la eternidad. Cuando éstas se reencarnen, se llamarán la una a la otra para revivir vuestro amor.

—Pero no impedirá que regrese a mi tiempo.

—No... no lo hará. —Asintió agradecida por la sinceridad—. Pero ¿planeáis vivir pendiente de lo *posible* y no de lo *real*?

Lei frunció el ceño.

—Hablad en vuestro idioma, muchacha.

—¿Qué?

—Decid unas palabras en vuestro idioma.

Lei lo hizo y notó que los labios de él se movían en un suave murmullo.

—Ahora me entenderás mucho mejor, aunque sólo sea por unos minutos —dijo en su propio idioma, dejándola boquiabierta.

—¿Tú... ?

—No, muchacha. Sólo es una de las habilidades de los druidas, conocer cualquier lengua, viva o muerta, no importa la época. Pero es limitado. Ahora, dime, ¿por qué no quieres casarte con Kendrick?

—No es que no quiera... —masculló ella.

Eoin arqueó las cejas.

—¿Entonces? Te ama, no te ha rechazado ni una sola vez.

—Lo sé, eso lo sé, pero cada vez que pienso en él y en mí, yo...

—¿No te has dado cuenta de cuál es el miedo?

Lei lo miró.

—No tienes miedo a amar o a ser amada. Temes la traición de esa persona; pensar que puedes ser herida por ésta. Aceptas esta situación porque ninguno está atado al otro y hay una parte de ti que se mantiene a resguardo para evitar ofrecerte por completo, para evitar el dolor. Por eso ir más allá hace levantar tus escudos. ¿De veras crees que Kendrick sería capaz de traicionarte? —Se dio la vuelta alejándose de ella—. Kendrick os ama, Lei —añadió hablando ya en gaélico.

«No tienes miedo a amar o a ser amada. Temes la traición de esa persona; pensar que puedes ser herida por ésta. Aceptas esta situación porque ninguno está atado al otro y hay una parte de ti que se mantiene a resguardo para evitar ofrecerte por completo, para evitar el dolor. Por eso ir más allá hace levantar tus escudos. ¿De veras crees que Kendrick sería capaz de traicionarte? Kendrick os ama, Lei.»

No podía evitar seguir escuchando esas palabras de Eoin en su cabeza dos días después de pronunciarse. Él tenía razón, no tenía miedo de amar, temía que él la traicionara y por eso lo rechazaba.

Ya no era cuestión de si volvía a su época, de si se merecían el uno al otro... La cuestión era si podría confiar plenamente en él, darle todo de sí misma y confiar en Kendrick para cuidarla por siempre.

Se levantó de la cama cogiendo un paño y mojándolo en agua fresca para refrescarse. Tras la tormenta ocurrida días atrás, el calor había vuelto a ser asfixiante y las noches no daban tregua, y eso que sólo llevaba la camiseta interior.

Kendrick y ella habían pasado momentos juntos como antes del descubrimiento de los planes de boda; ninguno de ellos había querido profundizar en ese tema, y necesitaban con desesperación la presencia del otro. No podían dejar pasar un instante sin que sus cuerpos se rozaran de algún modo.

Avanzó hasta la ventana buscando la brisa, pero sus ojos se centraron en el lago; había alguien dentro. Agudizó la vista intentando ver algo más gracias a la luz de la luna, y quedó prendada por los movimientos de él en el agua. Odiaba estar tan lejos, no poder verlo por completo, pero lo que contemplaba era más que suficiente para llenarla de pasión por ese hombre. Sus músculos, al ser flexionados y forzados a moverse; el movimiento de sus caderas al impulsarse sobre el agua; el cuello, del que goteaba el agua del lago... Todo hacía que se sintiera repentinamente sedienta de él. Los labios se le secaron y su respiración se tornó más rápida, el corazón le latía con fuerza a causa del apetito no saciado.

Kendrick salió del agua completamente desnudo, aliviado por calmar el calor de su cuerpo, aunque sólo fuera temporalmente. El tiempo, unido

al deseo insatisfecho de tener a Lei, estaba desquiciándolo. Ni siquiera podía dormir por las noches pensando en las horas que ella había pasado en su cama, recordando su cuerpo presionándose contra el suyo en la bañera y la cama.

Siseó al sentir de nuevo una abrasión entre sus piernas. A este paso iba a vivir en el lago de forma permanente. Levantó la cabeza hacia la ventana de la habitación de Lei y sus ojos se cruzaron con los de ella. Lo estaba mirando a él, sólo a él, y esos ojos...

Lei se apartó en cuanto los ojos de él la enfocaron. ¿Cómo supo que lo estaba mirando? Estaban lejos, no podía... Tras varios minutos cavilando si curiosear de nuevo o no, se asomó un poco y, al no verlo, escudriñó minuciosamente el lago. Ni rastro. ¿Dónde se había metido?

Un escalofrío en su espalda le dijo que ya no estaba sola en la habitación. Sintió los pasos descalzos de Kendrick, las gotas caer al suelo, resbalando de su cuerpo desnudo, la presión de su miembro detrás de su espalda.

—Leilany... —susurró.

Capítulo 18

Lei sintió las yemas de los dedos de Kendrick recorriéndole los brazos desde las muñecas hasta los hombros. Ese camino le dejó un cosquilleo que acentuó el dolor entre sus piernas.

—Leilany —susurró en su oído dejando que el aire de su boca le acariciara el lóbulo de la oreja. Besó el cuello hacia su nuca, apartando el pelo con una de sus manos—. Leilany... —repitió.

Ella gimió al sentir los labios presionando en su carne como un leve mordisco.

Echó la cabeza hacia atrás arqueando la espalda y chocando con su pecho desnudo y fresco. Él introdujo sus brazos por debajo de los de ella, atrayéndola para presionarse contra su cuerpo.

—No... no deberías estar aquí.

—Pero vos me queréis aquí —replicó subiendo las manos hacia sus pechos—. Vuestro cuerpo me desea.

—No... es una reacción... —Su vientre se contrajo cuando le pellizcó los pezones. Jadeó.

—Decidme que me vaya ahora, y lo haré.

Lei se dio la vuelta y quedó frente a Kendrick, sus ojos por fin fijos en los de él... dos esferas de un oscuro azul reflejando sus ojos llenos del placer que ese hombre ansiaba descubrir.

Humedeció sus labios resecaos, palpitantes por trabajar sobre los otros labios. Se puso de puntillas y llegó hasta la boca con pasión desbocada, entrelazando sus dedos por detrás del cuello para acercarlo más a ella. Kendrick gruñó ante su proximidad, mordiéndole los labios, mojándolos con su propia saliva para succionarlos después.

En el momento en que se abrieron para él, Kendrick situó una de sus manos en la nuca y embistió con su lengua impidiéndole cualquier

retirada. Chilló dentro de su boca por su entrada, pero permitió el asalto presentando batalla con su propia lengua, rindiéndose al deseo y el placer que él le generaba.

Su otra mano en la cintura le permitía anclarla en el lugar mientras frotaba su miembro contra el vientre y sexo de ella. Podía notar el calor que exudaban sus piernas, la dulce humedad que, no dudaba, saborearía en pocos minutos.

Apartándose de sus labios a regañadientes, la condujo hacia la pared, donde la empujó para quedar su espalda pegada a ella. Levantó sus brazos por encima de la cabeza, fijándolos con una de sus grandes manos mientras la contemplaba con hambre. Su pecho subía y bajaba, provocándolo con sus senos, los pezones erectos sobresaliendo de su camiseta. Siguió bajando hasta llegar a la pelvis, perfectas caderas para engendrar hijos fuertes y sanos. Y más abajo... apenas oculto por la camisa ahora elevada por la postura, el centro de su feminidad. Su olor le atraía como ningún otro, un aroma capaz de hacer claudicar al más temible guerrero de Escocia. Volvió su mirada hacia arriba buscando la de Lei, pero la encontró con la cabeza ladeada, mordiéndose el labio con fuerza. Frunció el ceño con preocupación.

Acarició su mejilla aliviando el dolor en su labio al ser liberado de su agarre. Con el dedo índice dibujó el contorno de los labios ahora hinchados por sus anteriores atenciones. Acercó su cara a la de ella buscando otro beso, instándola a seguirle hacia su boca, mostrándole lo que obtendría de él. Justo cuando el deseo subía de nivel, Kendrick se retiró, situando en su lugar un dedo, jugueteando con la lengua de Lei, sintiendo la calidez de su interior.

—Sois hermosa, Leilany... tan hermosa para mí... —susurró iniciando un baile de entrada y salida de su dedo mientras ella lo succionada con sus carnosos labios, mojándolo con la lengua—. Entraré en vos como este dedo, me apropiaré de cada rincón de vuestro cuerpo.

Lei no podía hacer más que gemir ante las palabras y acciones de Kendrick. Si no fuera por el agarre en sus manos, las piernas ya le hubieran fallado. Su sexo necesitaba desesperadamente ser tocado, pues las piernas no eran suficientes para contener su anhelo.

Chilló cuando la boca de Kendrick se cerró sobre una de sus muñecas, acelerando con la lengua el pulso en esas venas. Podía sentir las latir con fuerza bajo su lengua, que descendió por sus brazos desnudos

para acabar bajo la axila y besarla con pequeños mordiscos. A pesar de sus intentos por moverse, el cuerpo de él no le dejaba oportunidad, su dedo siempre activo en la boca, buscando la lengua, incitándola a empujar e instigar.

Una de las piernas de él se introdujo entre las suyas, obligándola a separarlas para posicionarse, abriéndola de tal forma que no podía satisfacerse a sí misma.

Kendrick sacó su dedo de la boca y recorrió con él el otro brazo de Lei, acabando en el mismo lugar donde la había estado besando, sólo que en el otro lado de su cuerpo. Se separó un poco más y la observó. Sus mejillas estaban enrojecidas; sus ojos, más profundos, llenos de lujuria; su silueta, temblorosa por las sensaciones experimentadas, y su sexo... oh, ese lugar estaba sollozando por su tacto. Le había separado las piernas en un intento por negarle el placer para ser proporcionado sólo por él. Jamás volvería a dudar que no amaba su figura, si sólo se fijara en los temblores que su propio cuerpo le enviaba, la semilla de su placer escapando de su miembro...

—Kendrick... —sollozó ella. Pudo notar las contracciones de su vientre, la tensión en sus pezones y... sí, el ansia por ser satisfecha en su centro.

—Adoro vuestros brazos, Leilany, porque con ellos alrededor de mi cuerpo me siento la persona más querida —murmuró acariciándoselos con su mano. Apartó la mano con la que se los restringía para coger la camiseta por un extremo, el otro con la otra mano, y rasgarla de un solo tirón. Lei bajó los brazos por instinto para cubrirse, pero Kendrick anticipó su reacción.

Levantó la camiseta descubriéndole todo el cuerpo, subiéndola por sus brazos hasta las muñecas, donde anudó con fuerza los dos lados juntando sus brazos por encima de la cabeza, esta vez incapaces de moverse. Se movió de prisa, agarrando la daga que descansaba en la mesa al lado de la cama y la clavó en la pared, fijándole los brazos sin posibilidad de escape.

—Por favor... —gimió asustada.

Kendrick se lamió los labios al ver los pechos descubiertos, esas protuberancias redondeadas y terminadas en dos picos duros y rosados. Los acunó con sus manos, levantándolos al mismo tiempo que Lei se arqueaba con su toque mientras los pulgares presionaban los brotes,

estremeciéndola con cada caricia.

—Adoro vuestros pechos porque con ellos siento más la vida que la muerte a mi alrededor —pronunció con una voz tan grave que Lei tuvo que mirarlo para cerciorarse de quién hablaba. Su lengua le rozó uno de los pezones y ella trató de escapar; era como si sufriera una descarga cada vez que entraba en contacto con él.

Las manos cerradas sobre sus senos le impidieron alejarse, exponiéndolos más a su mirada hasta llegar el momento en que Kendrick se metió uno de ellos en la boca y mordió el pezón. Lei gritó mientras la humedad caía por sus piernas. Centrada en recuperar la respiración y volver a sentir su cuerpo, se lamentó en cuanto las sensaciones en sus pezones llegaron a su cerebro.

Kendrick seguía lamiendo y pellizcando, succionando y acariciando sus senos; primero uno, luego el otro, nunca dejando ninguno desamparado. Volvió a separarle las piernas, recogiendo con su muslo los restos de su esencia, restregándose en ella sin llegar a rozarle esa zona a punto de explotar.

Una vez satisfecho con el color de sus pechos, un rojizo oscuro conseguido por la dedicación a esos tesoros, se arrodilló delante de ella para besarle el vientre, pulsando con su lengua dentro del ombligo.

—Adoro vuestro vientre porque puede traer al mundo la prueba fehaciente del amor entre vos y yo —susurró acariciándolo con sus manos de forma tan venerable que las contracciones se multiplicaron de anticipación.

Las manos se quedaron fijas en la cintura y Kendrick bajó más la cabeza, oliendo su centro. Apretó los dientes con fuerza para controlar su clímax.

—Y adoro vuestro centro porque, a partir de ahora, es mío —reclamó antes de enterrar su cara entre los rizos, buscando con la lengua ese botón desesperado por ser tocado.

Lei gritó de nuevo, arqueándose hacia Kendrick, lo que provocó que éste profundizara su avance en su sexo y volviera a robarle otro grito. Todo su cuerpo temblaba por la liberación mientras sentía la boca de él bebiéndose su esencia.

Cuando los espasmos se detuvieron, abandonó su lugar limpiándose con el dorso de la mano, con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Se levantó a la caza de los labios desatendidos de Lei para volver a estar

dentro de ella de alguna forma.

Bajó una de sus manos hacia su entrepierna y, ayudándose con los dedos, la penetró lentamente, conociendo su estrechez y su... Sacó los dedos de inmediato y dejó de besarla.

—Lei... ¿sois...?

Ella volteó la cara, sintiendo las lágrimas amenazar detrás de sus ojos. Kendrick notó un calor en su pecho, éste hincharse con el orgullo de un hombre que encuentra el mayor tesoro del mundo. Le cogió la cara y la obligó a mirarlo.

—¿Ningún hombre, Lei? ¿Nadie?

Ella negó, dejando escapar una solitaria lágrima. Presto a eliminarla, acercó su boca para robarla y aprovechó para besarla con más fuego del que ya podía soportar.

—Mía... sólo mía...

Más lágrimas cayeron de los ojos de Lei, pero ninguna fue atendida como esa primera. Lágrimas de liberación descargando un alma herida, derribando la última barrera que el corazón se impusiera para confiar, plenamente, en un único ser.

—Kendrick... —susurró con tal deseo que él estuvo a punto de tomarla allí mismo.

Sin dejar de besarla, desclavó la daga de la pared y recogió su cuerpo laxo. Sin dejar de besarla, la cogió en brazos para llevarla a la cama. Sin dejar de besarla, la recostó sobre ella, desatándole las manos, extendiendo su cuerpo por encima, sosteniéndose para no aplastarla con su peso.

Acarició el cuerpo con una de sus manos mientras la otra lo aguantaba sobre Lei hasta llegar a sus piernas, extendiéndolas, ayudándose también con sus rodillas, todo lo máximo que podía abrirlas. Entró en su centro buscando su canal, penetrándola con suavidad hasta llegar a esa fina parte que aún conservaba su pureza. La desgarró de forma rápida con sus dedos, tragándose los gritos con su boca, calmándola con suaves caricias internas y un beso aún más tierno.

Una vez fuera éstos, situó su miembro entre sus piernas, listo para entrar y tomarla como había deseado hacer desde hacía semanas.

—Leilany, esto va a doler. Sois muy estrecha y yo demasiado grande. No podré evitar haceros daño.

Lei se cogió a uno de sus brazos.

—Lo sé. Aguantaré.

—Rodeadme con vuestras piernas y cruzad los pies por detrás de mi espalda. Trataré de ir lento hasta que os acostumbréis a tenerme dentro.

Asintió ante palabras de doble sentido, pues sabía que no sólo se refería a aceptarlo en ese momento.

Kendrick se movió ligeramente para ponerla en la posición adecuada, levantando sus caderas lo más posible. Cogió uno de los cojines y lo puso debajo de su trasero para darle mayor comodidad. Entonces empezó a entrar. Los ojos de él estudiaban las reacciones de ella. Veía cómo fruncía el ceño ante el dolor sin emitir ningún grito ni palabra suplicando que se detuviera. Avanzó más hacia dentro, hasta que Lei cerró los ojos con fuerza, lanzando un jadeo; su centro se tensó, apretando con fuerza el miembro de él y sus manos intentaron empujarlo.

—Chis... ya, tranquila... —susurró él acercándose, dejando que notara el torso sobre sus pechos, la respiración acelerada de ambos—. No os tenséis, sólo dolerá más.

—Me estira, me presiona... duele... —lloró poniendo las manos sobre sus hombros para alejarlo.

—Aguantad un poco más, pasará, os lo prometo —instó empujando de nuevo a pesar de la estrechez. Verla con tal sufrimiento le rompía el alma, pero a su vez lo llenaba de dicha por saber que ningún varón había estado donde él.

Se detuvo momentáneamente para que recuperara el aliento acariciándole los pechos, moviendo su torso para torturar sus pezones erectos.

—Ah... —gimió ella. Notó destensarse el canal y prosiguió su camino hasta estar enterrado dentro de ella.

—Ya estoy dentro, Leilany. ¿Me sentís?

—Demasiado... —Rio—. Eres muy grande, ahora sólo quiero que salgas para dejar de sentirme tan presionada...

Alcanzó la oreja de Lei.

—Ahora me decís eso, pero dentro de un momento no querréis que salga de vos jamás. Os proporcionaré la mayor felicidad que pueda existir, hoy y siempre.

Dicho eso, Kendrick sacó la mitad de su miembro para embestir de nuevo lentamente, calibrando sus movimientos con las reacciones de ella. Cada vez emergía más, para entrar después hasta habituarla a su intrusión. Avanzaba con lentitud, ofreciéndole una parte suya, una unión que los

fundía en un mismo ser compartiendo sentimientos, placer y dolor a partes iguales.

Lei arañó con sus uñas a Kendrick, quien aulló ante tan doloroso placer y aumentó los embistes.

—Kendrick... ¡Kendrick! —gritó ella sintiendo nacer algo abrasador en su vientre rumbo a su sexo.

—Dejaos ir, Leilany, sentidlo —masculló apretando los dientes para no liberarse hasta que ella no lo hubiera hecho.

Las contracciones de su canal lo apretaron con tal vigor que fue incapaz de soportarlo más y, saliendo casi hasta su base, se impulsó lo más adentro que pudo para soltar su semilla en ella, marcándola como suya.

Ambos gritaron el nombre del otro desplomándose en la cama. Aún unidos en cierta parte, ninguno podía moverse más que para contemplar el rostro del otro. Kendrick secó con sus dedos las lágrimas de Lei, quien lo miraba entre agotada y complacida totalmente.

—Lo siento, Lei.

Ella negó, tapándole la boca con sus dedos.

—Te amo, Kendrick —susurró acercándose a él.

—Os amo, Leilany —correspondió estrechándola contra su cuerpo. Sintió cómo el deseo se renovaba dentro de ella.

—No creo que pueda... —murmuró ella al notar su carne endurecida de nuevo.

—Yo creo que sí —susurró lamiéndole el lóbulo de la oreja antes de morderla—. Una vez, y otra, y otra más... Toda la noche, toda la mañana...

No podía apartar la mirada del cuerpo dormido de Lei mientras acariciaba su sedoso cabello. Cuando estuviera más largo... Gimió ante tales pensamientos, reprendiéndose a sí mismo por excitarse de nuevo. Ni siquiera había dormido, toda la noche contemplándola y haciéndole el amor cada vez que se despertaba.

Tumbada boca abajo, la espalda quedaba descubierta para darle atenciones. Su sonrisa colmada le hacía imitarla satisfecho por haberle proporcionado tal felicidad. La acarició con los dedos incapaz de estarse quieto a su lado. Sólo habían pasado unas horas desde que se durmiera después de tomarla cerca del amanecer; debía darle un descanso.

Se inclinó sobre ella para besarla como despedida. Tenía que volver a su habitación, o al lago, donde se encontraba su ropa. Cuanto antes lo hiciera, menos personas encontraría por el camino.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y Erin entró como un huracán, interrumpiendo el ambiente romántico.

—¡Lei! ¿¡Adivinad quién ha vuelto!?

Sus zapatillas chirriaron en el suelo al obligarse a detenerse.

—¿¡Otra vez!? —exclamó, voz en grito.

Kendrick la miró enfadado, girando la cabeza hacia Lei, que se había movido tras el grito de Erin.

—En serio, hay que enseñaros a llamar a las puertas —siseó él acariciando a su mujer para que siguiera durmiendo.

—Y a vos, cuál es vuestra habitación —susurró ella—. ¿Ahora qué hacéis aquí?

Kendrick torció sus labios en una sonrisa, entrecerrando los ojos con diversión.

—¡Por todos los cielos! —exclamó sonrojándose—. Lo habéis... ella ha...

Kendrick se echó a reír.

—Erin, lo que sois de atrevida para unas cosas, para otras...

—¡Callaos! —recriminó—. ¿¡Eso quiere decir que será vuestra esposa!? ¿Lo será?

La sonrisa de Kendrick se desvaneció y sus ojos se cubrieron de una capa de inseguridad.

—Sí... —respondió una voz ajena a Erin o Kendrick. Agachó la cabeza hacia Lei para encontrarla con los ojos abiertos, sonriéndole. Su mente se atoró repitiendo como un bucle esa palabra una y otra vez. Había dicho sí, era un sí, había escuchado un sí.

Saltó de la cama agarrando el brazo a Erin.

—Fuera...

—Pero...

—Fuera...

—Ya... pero...

—¡Fuera! —La empujó hacia el pasillo, cerrando la puerta y echando la llave—. Haced que alguien deje mi ropa en la puerta —ordenó—. Y comida.

—¡Que aún no estáis casados! —gritó fuera de sí.

Kendrick gruñó ante la evidencia. Se giró hacia Lei, sentada en la cama con la sábana cubriéndole el cuerpo.

Avanzó hacia ella y le arrancó de las manos la tela que le estorbaba mientras la tumbaba de nuevo.

—¿Os casaréis conmigo? ¿No estoy soñando?

—Sí. No —contestó ella a sus preguntas.

Kendrick frunció el ceño haciendo que ella riera.

—Me casaré contigo.

Como si de un animal se tratara, su gemido envió oleadas de anticipación a Lei, quien terminó anhelando sus atenciones de nuevo. Kendrick no le dio tiempo a prepararse cuando su miembro se insertó de nuevo en ella con una poderosa embestida, su boca asediada y ganada mientras su protesta viajaba por la boca de él.

Lei jugueteaba con el vello del pecho de Kendrick, apoyada como estaba sobre su hombro. El brazo la rodeaba, asentando su mano sobre la de ella. El otro lo tenía por detrás de la cabeza, un poco doblado para incorporarse en la cama.

—¿Os sentís bien?

—Dolorosamente complacida —contestó esbozando una sonrisa.

—Deberíamos salir... —murmuró mirando hacia la ventana.

—Humm... —Lei siguió enfrascada con su vello, descendiendo la mano por su torso. Kendrick la cogió antes de que desapareciera por debajo de la sábana.

—Leilany...

Ella levantó la mirada hacia él con diversión.

—Necesitáis descansar un poco, anoche nos pasamos.

—Quedémonos así un poco más, por favor —pidió acercándose más a él.

Kendrick la apretó con su brazo para notarla más cerca.

—¿Queréis que os explique la boda? —Notó el asentimiento de ella—. Los invitados llegarán en unas semanas, normalmente vienen tres o cuatro días antes y se alojan en el castillo. Prepararemos un torneo y batallas como diversión y mi madre os enseñará a ocuparos del castillo como corresponde a la mujer del laird.

—¿Y si lo hago mal?

—Entonces os encerraré en nuestra habitación y os castigaré en la cama —contestó reprimiendo la risa.

Lei se incorporó y le golpeó en el pecho al ver que se burlaba de ella. La atrajo de nuevo a su lugar, vibrando aún de las risas.

—Las mujeres que vengan pueden daros consejos también. No sé a qué se dedican cuando sus hombres no están, tendréis que preguntarle a mi madre sobre eso.

—Creo que se ocupan de ultimar los detalles de la boda, y los vestidos. También pueden ayudar con la decoración.

—¿Cómo sabéis eso?

—Libros... En mi época hay muchos libros —contestó sonrojándose.

—¿Qué clase de libros?

Escondió la cara en el pecho de él murmurando algo. Kendrick la apartó un momento para mirarla, su cara enrojecida por la vergüenza.

—¿Qué libros? —insistió.

Lei se mordió el labio y se impulsó hacia la boca de él para besarlo.

—De esos... —respondió acariciándole los labios mientras él le lamía los dedos. Se echó de nuevo sobre su hombro pero la mano iba bajando de los labios hacia su pecho y su entrepierna. Le agarró su miembro por encima de la sábana al tiempo que él le sujetaba la muñeca—. Y de esos... —añadió.

Kendrick la miró sorprendido por esa nueva Lei que estaba junto a él. No era el hecho de haber leído libros, sino la clase de lectura que le insinuaba. Apartó la mano antes de llegar a un punto irrecuperable y la llevó consigo hasta posarla sobre su pecho.

—¿Y os gusté yo? —preguntó con un pequeño atisbo de miedo.

—Humm... no estuvo mal...

—¿No estuvo...? —tartamudeó—. ¡Mujer! —gritó al sentir cómo ella reía. Tras el grito, la risa de ella estalló en toda la habitación—. Os vais a enterar... —lanzó antes de moverse de debajo de ella y empezar a hacerle cosquillas—. Haré que no podáis compararme con nadie.

Los dos empezaron una lucha en la cama que los llevaba peligrosamente a otro nivel más explosivo, hasta que los golpes de la puerta los hicieron callar.

—¡Idos, Erin!

—¡Kendrick! —llamó Drough.

—¡Largaos!

—¡Necesitamos a Lei! —Ambos se miraron entre sí.

—¿A Lei? —preguntó mirando hacia la puerta.

—Sí... Esa estúpida yegua va a arrasar con todo como no la calme.

—¿Yegua?

—¡Maldita sea, Kendrick, la yegua ha vuelto y no deja que se le acerque nadie! Y está herida.

Kendrick bajó de la cama y abrió la puerta cuando se cercioró de que Lei estaba envuelta en la sábana.

—¿Cuándo ha vuelto? —preguntó recogiendo de las manos de su segundo la ropa y una bandeja con comida y vino.

—Al amanecer. Erin dijo que intentó avisaros, pero que la echasteis.

—Miró hacia la cama y a Lei sentada en ella. Sonrió inclinando la cabeza.

—Iremos en cuanto nos vistamos y Lei coma algo.

—No creo que tengamos tanto tiempo... En serio, Kendrick, la necesitamos abajo.

—Drough, hemos estado toda la noche... —Lei tosió llamando la atención de Kendrick—, y toda la mañana, necesita recuperar fuerzas.

—A mí no me importa si baja por su propio pie o la lleváis en brazos, pero ese condenado animal va a acabar con lo que no acabó la lluvia la noche pasada.

—Estoy bien, Kendrick, puedo... —Se levantó de la cama tirando de las sábanas para acercarse a ellos. Las piernas le fallaron y se precipitó al suelo.

—¡Lei! —bramó corriendo hacia ella.

—Me tiemblan las piernas. —Rio sorprendida.

Kendrick frunció el ceño, enfadado por el susto que acababa de llevarse.

—Drough, controlad a esa yegua hasta que lleguemos. No me importa si perdéis un brazo en ello. No pienso dejarla salir hasta que desayune.

Drough avanzó hacia ellos cogiendo el vestido de Lei de la silla.

—¿Adónde vas con eso? —preguntó al verlo dirigirse a la puerta.

—Mientras venís, quizá vuestro olor la apacigüe un rato —replicó cerrando tras de sí.

Después de lavarse, vestirse y comer algo rápido, Kendrick y Lei se

reunieron con sus hombres en el patio del castillo, donde había una gran algarabía. Varios de los guerreros y aldeanos rodeaban el lugar, dejando un amplio espacio para aquello que ocupaba el centro. Una mancha blanca pasó cerca del lado donde ellos estaban.

—Es verdad que ha regresado... —murmuró Kendrick.

Ante la voz de su laird, las gentes empezaron a apartarse para que éste pudiera pasar. Situó su mano en la espalda de Lei y avanzó con ella hacia el animal.

—Parece estar herida.

—Herida y sucia.

Lei se separó de él para acercarse a la yegua cuando la mano de Kendrick la detuvo. Ella se volvió con suavidad.

—No me hará daño.

—Yo no estaría tan seguro —masculló mirando de reojo al animal.

—Kendrick, estaré bien.

A regañadientes, la soltó y esperó cerca por si necesitaba ayuda. Lei se fue acercando lentamente.

—Pensaba que no volvería a verte —le dijo a la yegua en su idioma. Ésta movió las orejas captando el sonido. Resopló y dio un paso hacia ella —. Creí que preferías la libertad a estar encerrada aquí. ¿Has perdido el rastro de tu manada? —prosiguió hablando mientras el caballo se acercaba más hacia donde ella estaba parada—. ¿Tienes hambre?

La cabeza del caballo se movió como si asintiera.

Miró a su alrededor buscando algo de comida para ofrecerle sin encontrar nada. Se giró entonces hacia Kendrick.

—Comida —le dijo en gaélico.

El rostro de él palideció y Lei se volvió hacia donde él miraba con tanto terror. Un hocico húmedo seguido de unos labios ásperos y una lengua babosa la marcó en la cara sin poder evitarlo.

—¡Oye! —gritó intentando apartar la cabeza de la yegua.

Kendrick eliminó la distancia que lo separaba de Lei, apartándola del animal. Éste resopló enfadado como si quisiera enfrentarse a él.

—Ni hablar —riñó Lei—. Vas a ser buena chica y dejar que Kendrick te eche un vistazo. Yo no sé qué hacer para curarte y él es bueno con los caballos.

La yegua la miró como una niña pequeña que es recriminada por sus acciones para, después, olisquear a Kendrick. Éste levantó una mano para

acariciarle el cuello con suavidad.

—No sé cómo lo hacéis, Lei, pero lo que le hayáis dicho, sea lo que sea, es magia para sus oídos.

Ella se puso de puntillas y Kendrick se agachó.

—Le he dicho... —susurró en su oído—... que sólo yo puedo morderte... sobre todo en cierta parte...

El gruñido de Kendrick hizo que la yegua se alejara de ellos mientras él no dejaba de mirar a Lei.

—Llevala al cerco e intentad meterla en una cuadra —le dijo con la voz más ronca de lo normal, incómodo por la presión que notaba en sus pantalones.

Ella intentó no reírse mientras avanzaba hacia las cuadras con la yegua pegada a sus talones. El resto de hombres murmuraban acerca del logro o se maravillaban por la capacidad de esa mujer.

Divisó a un jinete acercándose a ellos y borró la sonrisa y felicidad de su rostro. Cuando éste desmontó del caballo, corrió hacia él.

—Milord, un mensaje.

—¿De quién es? —preguntó cogiendo el trozo de papel.

—De su majestad, el rey de Escocia.

Abrió el pergamino y leyó en silencio. Drough se acercó a él.

—¿Malas noticias?

—No... Macbeth viene... Quiere ser el primero en llegar para vigilar a los invitados. Estará aquí dentro de tres días.

Capítulo 19

Todos coincidían en que Gavrin estaba demasiado serio y abstraído desde su regreso de la visita a su padre. Y él mismo lo sabía.

Contempló el manto verdoso de su amada Escocia y suspiró recordando la conversación mantenida con su progenitor... y la herida infligida por él.

Tres días antes

El caballo de Gavrin provocaba eco con sus pezuñas sobre el empedrado de Sands, su hogar desde su nacimiento. El corazón se le llenaba de emoción por estar de nuevo allí.

—¡Mi señor, habéis vuelto! —exclamó uno de los hombres encargados de las cuadras.

—Sólo temporalmente, Trevor. ¿Cómo está vuestra mujer?

—Está bien, señor. Gracias por preguntar por ella.

—¿Está mi padre dentro? —Bajó del caballo y le pasó las riendas. Cogió su espada y se la ciñó a su cinturón junto con un *sporrán*, donde guardaba el motivo de esa visita.

—No, lleva dos días fuera, pero avisó de que volvería hoy.

—¿Fuera? —inquirió frunciendo el ceño—. No sabía de su viaje.

—Nadie lo supo hasta ese día, milord. Ni siquiera sabemos adónde fue, no quiso decir nada.

—Entiendo. —Él sí sospechaba adónde habría ido—. Ocupaos de mi caballo, he de partir mañana al amanecer.

—Sí, milord.

Avanzó hacia su hogar esperando encontrar a su segunda madre

donde siempre. El gran salón no estaba tan limpio como esperaba, los criados relucían por su ausencia. Al lado de la chimenea, la delgada y menuda figura de la mujer de su padre era engullida por el enorme sillón donde estaba sentada.

—¡Madre! —exclamó andando hacia ella hasta detenerse en seco cuando se ésta giró hacia él. Su mejilla estaba amoratada y una de las manos, vendada por completo—. Por todos los dioses, ¿qué os ha pasado? —Corrió hacia ella y se arrodilló a su lado.

—¿Gavrin? ¿Sois vos? —preguntó acercando sus manos titubeantes. Sus ojos, hasta hacía unas semanas tan dorados como el amanecer de un día, ahora estaban pálidos e inservibles.

Reprimió el deseo de clamar a los cielos en pos de venganza por tal afrenta contra una de las personas que más amaba después de su verdadera madre.

—¿Qué ha ocurrido? —siseó controlando su ira.

—Me alegra teneros en casa, hijo. ¿Habéis tenido un buen viaje? ¿Qué tal con su majestad, el rey Macbeth? —Llegó hasta la cara de él y la palpó con su mano buena. Frunció el ceño ante el gesto huraño de Gavrin, intentando suavizarlo con los dedos—. Hijo, no os preocupéis por mí.

—¿Cómo no voy a preocuparme, Ailish? ¡Estáis ciega!

Ella sonrió acariciando el rostro del joven.

—Aún puedo ver con mis manos.

—¿Qué ha sucedido? ¿Os lo ha hecho alguien? ¿Quién osó poner sus manos en vos? ¿Mi padre se encargó de él?

La mención de Barthas estremeció el cuerpo de la mujer, quien apartó las manos de inmediato.

—Ailish, no me digáis que él...

—Cariño, no os preocupéis, yo...

—¿Lo hizo él? —presionó.

Ailish se quedó en silencio, dando con ello una respuesta.

—Recoged de inmediato vuestras cosas, os llevaré a Dunsinane. Macbeth puede daros protección y asilo, no volverá a...

—Gavrin, no. Vuestro padre enloquecería si hago eso.

—¿Os ha dejado ciega, madre! Tenéis un moratón en la mejilla y vuestra mano... ¿está rota?

—Gavrin, ¿hay alguien más con nosotros?

Miró a su alrededor.

—No, estamos solos.

Ailish se acercó a él cogiendo su mano para apretarla.

—Tenéis que iros antes de que vuestro padre regrese. Contadle la verdad al rey e implorad su perdón para vos. Por favor, Gavrin, no quiero veros morir tan joven...

—Ya tengo veinte años, madre —replicó enfadado por ser tratado como un niño pequeño.

—Vos no sois como vuestro padre, no tenéis maldad en el alma. No permitáis que os controle. Confiad en Macbeth; si sigue siendo el duque que conocí, entonces os ayudará.

—Ailish... venid conmigo, por favor.

Ella negó con la cabeza.

—Mi obligación siempre ha sido la de permanecer al lado de mi marido, Gavrin. Es lo que se espera de una buena esposa.

—Además de ser callada y discreta, dos cualidades de las cuales carecéis, sin duda —añadió alguien detrás de ellos.

Ailish resolló asustada, levantándose del sillón al igual que hizo Gavrin para colocarse delante de ella. Posó su mano sobre la espada y miró desafiante a su padre, quien los observaba con autoridad y puro e intenso odio.

—Ni siquiera me servisteis para educar como se debía a mi hijo.

—Mi señor, no... no os oí llegar —intentó dulcificarlo Ailish dando un paso hacia él. Gavrin la detuvo.

—¿Por qué lo hizo, padre?

—¿Por qué? Deberíais saber la respuesta. ¿Tan estúpido es el hijo que tuve? ¿Cuántas humillaciones más vais a infligirme, Gavrin?

—¿Fue por lo que pasó en Dunsinane?

—¿Creíais acaso que el camino a Fife me calmaría? ¿A pesar de ser atacado durante el trayecto y rebanar el pescuezo de los seis osados ladronzuelos? Esa zorra me negó mis derechos de cama al llegar y tuve que enseñarle cuál era su lugar. ¡Y después quiso hablarme del bastardo de Macbeth como si ella supiera algo!

—No insultéis al rey en mi presencia, padre —rugió él.

—¿Levantaríais la espada contra vuestro padre? —inquirió alzando las cejas. Rio creando eco en el gran salón—. ¡Jamás fuisteis bueno en nada y ahora osáis levantar vuestra espada por salvaguardar el honor de un usurpador!

Barthas desenvainó y avanzó hacia él.

—Vamos, Gavrin, ¿no queréis proteger a vuestro nuevo rey?

—Padre, deteneos. Ailish se viene conmigo, no permitiré que le hagáis más daño.

—¡Es mi mujer! Yo soy su dueño para tratarla como se merezca — bramó, descargando su cólera sobre su hijo.

—Milord, disculpadlo, os lo ruego —suplicó Ailish acercándose a Barthas. Antes de poder agarrarla, Gavrin vio cómo su padre le propinaba una bofetada que la enviaba al suelo.

Gruñó ante su desesperación por contemplar cómo herían a alguien querido. Sacó su espada, embistiendo luego con ella a su padre. Barthas interpuso la suya, creando entre los dos metales chispas por la fricción.

Gavrin empujó con fuerza para desplazarlo y alejarlo de Ailish, pero su padre era más musculoso y experimentado en las batallas y el joven pronto se vio obligado a retroceder antes de perder el equilibrio. Miró de reojo a Ailish, tendida en el suelo, sin apreciar ningún movimiento, su mente rogando por llegar hasta ella y cerciorarse de su estado.

Su padre negaba con la cabeza, fulminándolo con la mirada. Escupió a sus pies, levantando la espada hacia el pecho de Gavrin.

—Ningún hijo mío pondrá al servicio su espada para ese bastardo rey. Antes prefiero daros muerte si no vais a servir a mis propósitos.

—Macbeth no es tan malo como pensáis. He hablado con él y tiene ideas...

—¡Calumnias, es lo que tiene! ¿¡Acaso no os dais cuenta de que se casó con lady Grouch sólo por acceder para poder reinar!?! ¿Aceptó a su hijo sabiendo que primero sería él quien sentaría su trasero en el trono!

—Padre, si le dierais una oportunidad...

Volvió a escupir al suelo, para luego atacar a su propio hijo. Éste detuvo el primer ataque y los siguientes, retrocediendo para dejarlo avanzar de tal modo que lo separaba de Ailish. Tras alcanzar un espacio adecuado, contraatacó eludiendo los ataques de Barthas, utilizando los flancos que quedaban descuidados para beneficiarse de ello en sus propios ataques.

—¿A qué habéis venido, Gavrin? ¿Os he llamado a mi presencia?

—No, padre. Sólo quería avisaros.

—¿Avisarme de qué? ¿Habéis encontrado algo útil por una vez? ¿Alguna oportunidad de asesinar a vuestro querido rey?

Gavrin apretó los dientes, dejando que su rabia fuera conducida a la espada. Con ella desgarró limpiamente uno de los costados de su padre y la sangre manó pronto, manchando sus ropas. Barthas se detuvo por un momento, fijándose en la humedad de su ropa, en el rojo oscuro de la sangre. Giró la cabeza hacia su hijo, los ojos dilatados ante la evidencia.

—Condenado seas... —siseó agarrándose la herida con una mano mientras soportaba el dolor.

—He venido a deciros que Macbeth, su hijastro y un séquito de caballeros se dirigen al castillo Dornoch.

—¿Para qué van a ver a Mackay? ¿Tuvieron suerte mis hombres? —preguntó esperanzado por la idea de conocer la noticia de la muerte de Kendrick Mackay.

—Envió hace unos días un mensajero. Kendrick Mackay contraerá matrimonio con lady Lei, la mujer de los cielos.

—¿¡Qué!?! —vociferó de tal modo que hasta los pájaros emitieron un lamento, escapando de las cercanías del lugar —¡No, eso no puede ser! ¡Mortvail lo dijo, dijo que una mujer acabaría con el clan! —Dio la espalda a su hijo, caminando de un lado a otro mientras mascullaba, gruñía y gritaba por igual. Gavrin aprovechó para correr hacia Ailish.

Levantó con cuidado la cabeza de ella, incorporándola y recogiendo su cuerpo del suelo. Apoyó la espalda en su brazo y le acarició la mejilla con sumo cuidado.

—Madre... —Una débil sonrisa iluminó el rostro de ella.

—Estoy bien, Gavrin. No os preocupéis por mí.

El frío filo de la espada de su padre en el cuello tensó todo su cuerpo.

—No, querida, por lo que debería preocuparse en estos momentos es por su propia vida.

Gavrin se rozó el cuello, allí donde aún conservaba la marca de la espada de su padre. Las palabras de éste todavía resonaban en su mente: «Si no queréis que os envíe la cabeza de vuestra madrastra, os ocuparéis de seducir a la mujer de Kendrick para que ella lo mate. De lo contrario...»

—Gavrin, ¿ocurre algo? Habéis estado demasiado pensativo durante el viaje.

—Lo lamento, sire, la salud de mi madre...

—¿Ailish no se encuentra bien? —preguntó refiriéndose a lady Beaumont sólo por su nombre.

—¿La conocéis?

Macbeth miró hacia delante.

—Fue hace muchos años, en la corte. Ella sólo era una muchachita y yo solía... divertirme en esa época.

—Mi madre y vos...

—¡No! En aquel tiempo ella tenía quince años, y me soltó un buen sermón acerca de mi... conducta amoral con las mujeres. Nos vimos un par de veces y conversamos como nunca pensé que una mujer pudiera hacer; podía opinar sobre cualquier tema, incluso los pocos habituales entre féminas. De hecho, me quedé con ganas de llevar la conversación hacia un terreno más... placentero.

—¡Milord! —se escandalizó Gavrin, sonrojado al pensar en su madrastra desde esa nueva perspectiva.

—Sea como fuere, nuestros caminos se separaron y, cuando volví a saber de ella, estaba casada con vuestro padre. ¿Se encuentra bien?

—Rezo porque así sea —contestó él. «Y porque se acabe su sufrimiento», agregó en su mente.

—¿Conocisteis a Kendrick en Bothnagowan?

—Personalmente no, señor. Lo vi de lejos, pero no entablamos conversación.

—Habéis de retarlo nada más llegar. Será una buena experiencia para vos; ese hombre es el mejor guerrero de Escocia ahora mismo. Eso sí, os lo advierto: aunque creáis poder vencerlo, debéis bajar de las nubes. Sois un buen guerrero, pero no un rival para él. Si hasta a mí es capaz de vencerme con los ojos cerrados.

Gavrin sopesó la información. Los otros compañeros también contaban historias sobre el laird Mackay que hubiera calificado de fantasías femeninas. Y, ahora, el mismísimo rey de Escocia le confirmaba tales méritos.

—¿Conocéis a la mujer con la que va a desposarse?

—¡Infiernos, no! Y eso es lo que más me incordia. Pensé, cuando le di a esa muchacha caída de los cielos, que la usaría y después la entregaría a alguno de sus hombres. Pero el muy zagal va a casarse con ella. No sé si lo ha hechizado o si cometí el error de dar mi consentimientos sin ver

antes a esa joven.

—¿Creéis que podría querer matarlo?

—Nunca os fiéis de una mujer. No lo olvidéis —contestó con seriedad—. Y, hablando de mujeres, os prevengo de tener mucho cuidado con la hermana de Kendrick, Erin Mackay.

—¿Por qué, milord?

Una sonrisa cínica atravesó el rostro de Macbeth.

—Porque es el demonio disfrazado de ángel.

Gavrin frunció el ceño a su rey mientras éste se acercaba hasta el caballo donde montaba su hijastro, Lulach. Lady Grouch, la mujer de Macbeth, no quiso hacer el viaje y, aunque se opuso a que Lulach los acompañara, tuvo que aceptar la decisión de su marido. Según le contaron a Gavrin algunos de los hombres más cercanos a Macbeth, éste tuvo que imponerse y recordarle a su esposa quién era ahora el padre del niño.

Demasiado protegido desde su infancia, era un crío débil y falto de valentía; no tenía la inocencia ni la curiosidad de un chiquillo de diez años y había pasado todo el viaje callado, hablando sólo cuando se le preguntaba. Ni siquiera los soldados asignados a su protección le sacaban más de dos palabras seguidas antes de que agachara la cabeza, coartado por la gente extraña que lo rodeaba.

Volvió la cabeza al lado contrario, donde un hombre envuelto en una capa oscura cabalgaba entre los sirvientes. Uno de los espías de su padre.

Lo había conocido al salir del castillo Sands durante la noche, sin tener antes oportunidad de acercarse a su madrastra o poder huir con ella. Echado de su propio hogar como si fuera un perro, tuvo que ponerse en camino hacia Dunsinane para ser emboscado por ese taimado ser.

David era el nombre que le había dado. Un guerrero taciturno y frío, de oscuros ojos negros y tez morena, perfil aguileño y mentón pronunciado. Tan delgado como él, fue consciente pronto de su habilidad para atacar con rapidez y por la espalda. Él era quien debía cerciorarse de que el encargo de su padre fuese cumplido: seducir a una mujer y lograr que ésta asesinara a Kendrick.

Para Gavrin no era difícil seducir a las féminas, éstas caían a sus pies al verlo debido a su físico, que distaba del de un guerrero y se adecuaba más al calificativo de un noble amante. Muchas habían intentado meterse en su cama en el castillo de Macbeth y todas ellas corrieron la misma suerte. Sabía de los rumores que circulaban entre las criadas y los intentos

por conocer la verdad de ellos. No había defraudado a nadie. Pero obligar a una muchacha a cometer asesinato era otra cosa, una muy diferente.

Apretó los ojos con fuerza en un intento por alejar las imágenes de Ailish lívida al ser vapuleada por su padre. Los abrió al notar la presencia de alguien a su lado. Macbeth lo miró intrigado.

—¿Demasiado vino o demasiadas mujeres?

—Lo siento, sire.

—Muchacho, no lo sintáis, hay que aprovechar los buenos tiempos. Sólo espero que dejéis alguna libre en el castillo de Kendrick.

Gavrin rio por el comentario y pronto la risa de Macbeth se unió a la suya.

—Aunque estoy seguro de que una de ellas no caerá ante vos — agregó.

—¿La prometida del laird Mackay?

—No, recordad que no la conozco. Me refería a Erin; ningún hombre ha podido con ella, y no porque no lo hayan intentado. Es una mujer de carácter, ya la conoceréis; de hecho, debería estar por aquí.

Gavrin atisbó alrededor sin entender, pero percatándose de que los hombres se replegaban para darle más espacio a Macbeth, dejando que fuera él quien avanzara delante sin ninguna protección. ¿No se daban cuenta del peligro que entrañaba ese comportamiento? En esos momentos estaban al lado de un bosque que quedaba en el costado izquierdo de la marcha, tan cerca que podían ser engullidos por él. Y, sin embargo, ellos se alejaban de quien debían escoltar. Se acercó más a su rey para servirle de escudo si fuera necesario y prosiguió la charla.

—¿Ella da la bienvenida al castillo antes de llegar?

Macbeth se echó a reír.

—¿Bienvenida? Erin no es de dar bienvenidas. No, tenemos una apuesta.

—¿Lady Erin apuesta?

—Erin hace muchas cosas que no corresponden a una dama. ¿No os habéis dado cuenta del comportamiento de los hombres?

—Sí, por supuesto, milord.

—Mis hombres saben de la apuesta con Erin, como vos habéis de saber. Ella me retó a que podría ponerme una espada sobre el cuello.

Las cejas de Gavrin se elevaron, perplejo.

—¿Y vos?

—Juré que, si eso pasaba, le concedería un deseo, fuera el que fuese.

Gavrin entrecerró los ojos; empezaba a conocerlo bien.

—¿Cuántos años teníais cuando hicisteis esa apuesta?

—Ella, once. Lleva cinco intentándolo. —Sonrió ante la revelación—.

Y aún lo hace —añadió frenando a su caballo.

El ruido de ramas quebrándose hizo a Gavrin apartar la mirada de su rey y levantar la cabeza para ver caer del cielo a un ángel de pelo negro. Abrió sus brazos, acogiéndola en su cuerpo, pero la fuerza de la gravedad y el desequilibrio del peso hicieron que los dos se precipitaran al suelo, él aún protegiéndola.

El caballo de Macbeth se acercó a ellos mientras oía las carcajadas de los hombres. Alzó la cabeza para mirarlo.

—Buena pesca, Gavrin. Y vos, Erin, volvisteis a perder.

—¡Oh, callad! Habría jurado que no sabíais de mi presencia — exclamó enfadada volviéndose hacia él. Tumbada como estaba encima de Gavrin, su vestido alzado dejaba al descubierto sus tobillos y algo más de las piernas.

—No prestar atención no significa no estar atento, muchacha. ¿Podríais ahora levantaros de mi guerrero?

Erin miró entonces a Gavrin, prendado por la mujer a su lado. Era como un verdadero ángel. Sus ojos, de un color azul más pálido que el del cielo, parecían brillar con luz propia; su nariz pequeña le hacía el rostro más infantil de lo que en realidad era, y esa boca con los labios carnosos... el inferior un poco más tentador que el superior. Era... Apretó los dientes y cerró los ojos para aguantar el dolor que esa muchacha estaba haciéndole al clavarle una rodilla en una parte íntima. Oyó la risa de Macbeth y un resoplido que salía de los jugosos labios de esa mujer.

Gavrin soltó el aire poco a poco mientras se movía para levantarse. Abrió los ojos lentamente, fijándose en Macbeth y lady Erin; ella le hablaba sin ningún tipo de respeto, como si no hubiera diferencia entre ellos. Se apartó para recoger su caballo, controlado por uno de los camaradas que lo acompañaban.

—¿Cómo se os ocurre subiros a un árbol, Erin? Si Kendrick lo supiera...

—¡No seáis malo, Macbeth! No me ha pasado nada, ¿no? —protestó sacudiéndose el vestido de hojas y tierra.

—Dad gracias a Gavrin de eso, muchacha. De no ser por él, quién

sabe cómo estarías.

Erin bajó la cabeza torciendo la boca en una mueca. Arrastró una pierna, llevándose consigo algo de polvo y hierbas.

—Pensé que, si no me veíais así, os podría coger —masculló mientras Macbeth sonreía ante tal despliegue de temeridad.

—¿Y vuestro caballo, Erin?

—Ese traidor se aburrió —contestó cruzada de brazos—. Seguro que estará en la cuadra, inflándose de comida.

Macbeth levantó la cabeza un momento.

—¡Gavrin! —gritó interrumpiendo al joven, quien estaba en el aire a punto de montar su caballo. Se detuvo sosteniéndose del estribo con la pierna, la otra sin asidero.

—¿Milord?

—Venid un momento, muchacho.

Tomó tierra y avanzó, andando con las riendas del caballo en una mano. Observaba a Macbeth y a lady Erin con suspicacia, como si temiera estar metiéndose en la boca del lobo.

—¿Deseáis algo, milord? —preguntó, educado, sin querer mirar a, la ahora demasiado cercana para su seguridad masculina, lady Erin.

—Os presento a lady Erin Mackay, hermana del laird de Sutherland, Kendrick Mackay.

Gavrin giró la cabeza poco a poco, tratando de encontrar alguna forma de parecer feliz por conocerla tras sentir y ver de primera mano la clase de mujer que era.

—Lady Erin... —saludó tomándole la mano para besarla. Antes de que sus labios la rozaran más que su propio aliento, ésta la apartó, retrocediendo para darle la espalda después.

Él se quedó inmóvil ante el desplante de semejante dama, si se le podía llamar así. Su cara ardía por la vergüenza y no ayudaba el estar rodeado de guerreros y sirvientes, quienes contemplaban con regocijo y algarabía los acontecimientos.

—Macbeth, ¿me llevaréis en vuestro caballo? —preguntó Erin.

—No. Yo no fui quien os cazó al vuelo, así que, hasta mi partida, os encomiendo a este hombre, Gavrin Beaumont, heredero del título de conde de Leicester.

—Milord, es mi padre quien ostenta ese título actualmente —replicó Gavrin, incómodo.

—Ya veremos, Gavrin —cortó sin permitirse dar más explicaciones.

—¿Qué queréis decir con eso de encomendarme a él? —interrumpió Erin con los brazos en jarras.

—Gavrin salvó vuestra vida de una herida grave o incluso de la muerte, así que ahora le perteneceréis.

Erin lo miró con gesto despectivo. Acto seguido, se giró hacia Macbeth.

—¡No podéis hacer eso! —vociferó espantando a los pájaros del bosque—. Soy una mujer libre y...

—Y ésta es la penitencia impuesta para no contarle nada a Kendrick. ¿O preferís que lo haga?

La boca de Erin, que se había quedado abierta a mitad de palabra, se cerró de golpe.

—De acuerdo... —claudicó perdiendo la lucha.

Macbeth sonrió victorioso, azuzando su caballo hacia delante mientras el resto se ponía en marcha.

Gavrin miró de reojo a esa mujer. Su rostro, aún juvenil, ocultaba a una persona vibrante y salvaje en su interior. A pesar del vestido amarillo que llevaba y de llevar el pelo recogido en varias trenzas formando un peinado del que ninguna dama estaría satisfecha, él sabía de su cuerpo. Lo había sentido cálido y suave al presionarse sobre el suyo. Arrebatadoramente dulce. Una cintura estrecha, caderas algo más anchas, unos senos fuertes y redondeados...

El mero pensamiento de tener esa silueta entre sus manos otra vez le hacía temblar. Si sólo tuviera mejores modales y saber estar...

—¿Nos vamos a quedar aquí? —le espetó mirándolo con unos ojos azules oscurecidos.

—No. Lo siento, lady Erin. ¿Puedo ofreceros ayuda para montar? ¿Sabéis montar a horcajadas o preferís hacerlo de otro modo?

Erin puso los ojos en blanco y suspiró acercándose al caballo. Se recogió el vestido de tal forma que, al subirse a horcajadas en el mismo, dejaba al descubierto parte de sus piernas. Gavrin no supo qué decir o hacer, limitándose sólo a mirar.

—Primero —apuntó Erin levantando un dedo—, odio que me llamen lady Erin. Soy Erin para todos, no quiero ningún título. Segundo —un nuevo dedo—, no esperéis que os dé las gracias por cogerme cuando salté del árbol. Se suponía que Macbeth debía atraparme y entonces... En fin, lo

hecho, hecho está. Supongo que sois nuevo, porque no os había visto antes.

—Sí, entré al servicio del rey hace unas semanas.

—Pues aprended esto: tengo una apuesta con Macbeth y no voy a perderla. El resto sabe las ventajas de mantenerse alejados de mí cuando estoy cerca.

Gavrin resopló sonriente.

—¿Algo más? —Descansó su peso sobre una pierna mientras se cruzaba de brazos sobre el pecho.

—Sí, subid u os deajo atrás —contestó ella golpeando los flancos del caballo para ponerse en marcha.

Gavrin apenas tuvo unos segundos para maniobrar y subirse en movimiento, con especial cuidado de no acercarse demasiado al cuerpo de la mujer. Le quitó las riendas de las manos y aminoró el paso del animal a pesar de las quejas de ella.

—Quiero ir adonde está Macbeth.

—Está bien, lady...

Erin giró la cabeza, ofreciéndole un rostro encendido por la rabia.

—... Erin —terminó.

—Una vez más... lo decís una vez más y juro a los dioses que os echo polvo de ortigas en los pantalones —siseó.

Gavrin la miró impresionado por esa explosión de genio, pero mantuvo su silencio mientras adelantaba a los demás hasta ponerse al lado de Macbeth.

—¿Ya os habéis conocido? —preguntó al verlos acercarse.

—¿Dónde lo encontrasteis, Macbeth? Él no es como el resto de hombres que os acompañan.

Macbeth la miró, pícaro.

—¡Cuernos! ¿Eso ha sido un elogio? ¿Acabo de escuchar salir de los labios de la dama de hielo un cumplido hacia un hombre?

—¡Ni hablar! —exclamó con rapidez, incómoda—. Sólo una apreciación... Es... es raro, vuestros acompañantes suelen ser toscos y llenos de músculos, pero él...

Echó la cabeza hacia atrás y enrojeció por un instante ante su atenta mirada. Estaban hablando sobre el caballero en cuestión y éste no había interrumpido en ningún momento.

—Olvidadlo.

La risa de Macbeth estalló en el prado.

—¿Cómo está Kendrick, muchacha?

—Loco —masculló ella.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó contrariado.

—Pues porque no puede esperar al día de su boda —explicó ella enfadada—. Nuestra madre le ha prohibido acercarse a Lei, salvo cuando está en las cuadras cuidando de ese caballo salvaje, y han de vigilarlos todo el tiempo.

Gavrin escuchaba impasible pero, por dentro, su propio volcán amenazaba con desatarse. ¿Cómo podía una mujer hablar de esos temas sin ningún pudor? ¿Acaso lady Erin era más liberal que cualquier otra joven? Los ojos de él se encontraron con los de Macbeth, analíticos y de mirada fría. Sólo lo había visto de ese modo cuando se enfadaba por algo.

—Erin, ¿qué os dije la última vez? —continuó conversando con ella sin apartar la mirada de Gavrin, como si quisiera controlar la reacción que éste estaba teniendo ante las palabras de ella.

—¡Vamos, Macbeth! Es algo que hacen todos, los animales están durante todo el día y los hombres, igual.

—¿Habéis vuelto a interrumpir a alguien?

—¡No es culpa mía! —se defendió—. Si echaran la llave... —Giró la cabeza más ruborizada.

—Dioses, ¿dónde entrasteis sin llamar, muchacha? —soltó Macbeth. El rubor se acentuó más.

—Os reto a una carrera, Macbeth —habló cambiando de tema—. Si gano, tendréis que interceder por mí para dejarme participar en el torneo.

Las cejas de Gavrin se elevaron al conocer su objetivo.

—¿Y si gano yo? —preguntó mirando hacia delante, donde ya podía verse el castillo Dornoch.

—¿Qué querríais?

La boca de él se torció en una siniestra sonrisa.

—Un baile.

Gavrin pudo sentir cómo el cuerpo de ella se tensaba.

—Si os gano la carrera, bailaréis conmigo el día de la boda.

Erin tomó aire, hinchando su pecho mientras apretaba los dientes y miraba a Macbeth con odio, pero éste no parecía tomarlo en cuenta.

—Trato hecho. Pero lord Gavrin tiene que bajar o la carrera no será justa.

—Lo siento, Erin. No impusisteis ninguna regla. Y la carrera empieza... —Macbeth espoleó a su caballo, disparándose hacia delante mientras se oía su propia risa—... ¡ya!

—¡Condenado tramposo! —gritó Erin arrebatándole las riendas al joven. Instó al caballo a galopar, con lo cual Gavrin tuvo que sujetarse a ella para no caerse—. ¿¡No podéis correr más!? —le espetó al animal, moviendo sus piernas para golpearle en los flancos.

—Una montura sólo obedece a su dueño —comentó Gavrin más cerca de ella de lo que ninguno de los dos querría.

—Pues decidle que vuele, porque a este paso voy a perder.

—¿Y yo qué gano con ello?

—¿Que no os patee en vuestros...?

Dejó la insinuación en el aire al sentir los brazos de él aferrarse a su cintura, su pecho cerniéndose sobre la espalda. Una de las manos avanzó hasta las riendas, a las cuales dio un ligero tirón que hizo relinchar al caballo a la par que movía la cabeza a ambos lados.

—Si ganamos, me deberéis una...

—¡Lo que sea, pero daos prisa! —gritó desesperada—. ¡Va a ganar!

—No estéis tan segura —replicó él golpeando con sus talones a su corcel. Éste respondió acelerando el paso como si de verdad volara. Erin se quedó boquiabierta ante la velocidad que tomaban y, de forma inconsciente, se echó hacia Gavrin dejando que él la protegiera con su cuerpo—. ¿Veis? —susurró en su oído tan suavemente que se estremeció por la sensación.

—Humm... Deberías dejar que alguno de ellos te montara, porque si esperas que yo lo haga... —Lei se estremeció sólo de pensarlo. Una cosa era cabalgar con Kendrick y otra hacerlo sola. Además, aún no lograba superar su fobia a las alturas—. ¿Y Kendrick? ¿No lo dejarías a él?

La yegua bufó moviendo a los lados la cabeza. Lei rio ante la terquedad de ese animal. Pero ella no podía montarla sola, a pesar de lo que dijeran los otros.

—Voy adentro para buscar algo con qué cepillarte. No hagas de las tuyas. —La avisó con uno de sus dedos señalándola mientras tenía la otra mano en jarras.

Avanzó hacia las cuadras hasta el lugar donde guardaban los cepillos

para los caballos. Se agachó para coger uno del suelo, cuando sintió la presencia de alguien detrás de ella. Quiso incorporarse para girarse y ver quién estaba allí, pero ni siquiera tuvo tiempo de realizar alguna de esas acciones. El peso se le echó encima, obligándola a caer de rodillas mientras le tapaba la boca con su amplia mano.

Lei gritó a pesar de la mano y trató de liberarse, pero era tan grande... Sintió la boca de esa persona acercándose a su cuello, y luego lamiéndolo hacia arriba hasta prenderse del lóbulo de la oreja con los labios. Ese movimiento... Gimió ante el placer reencontrado tras el pánico.

—¿Eso quiere decir que ya sabéis quién soy? ¿O dejaríais que un vulgar violador os tomara aquí mismo? —susurró en su oído mientras apartaba la mano para descansarla debajo de sus pechos.

—Si no hubieras sido tú, ese *violador* se iría con algo menos —comentó ella levantando una de sus manos, con la que sujetaba la daga de Kendrick. Éste rio, apartándose de ella con los brazos en alto.

—Lo reconozco, os admiro por quién sois, pero aún más por las sorpresas en vuestras reacciones.

Lei sonrió sacándole la lengua. Los ojos de Kendrick se oscurecieron más aún. Cogió de la mano a Lei y tiró de ella.

—¿Adónde vamos?

—Fuera, a cualquier sitio. Quiero estar con vos.

Lei se soltó de Kendrick, cruzándose de brazos.

—¿Estar conmigo o estar en la cama conmigo? —lanzó, con la cabeza inclinada a un lado y mirada escéptica.

Kendrick alzó los ojos al techo, como si no tuviera que responder esa pregunta.

Ella abrió la boca para decirle lo bárbaro que era, pero apenas tuvo tiempo para tomar aire cuando fue envuelta en una aspereza húmeda y caliente. La lengua de Kendrick la asaltó por completo sin darle posibilidad de contraataque, sintiendo a la vez sus piernas peligrosamente al borde del colapso. Descruzó los brazos para apoyarse en los hombros de él, sus manos ya sosteniéndola de la cintura.

—Con vos... —murmuró tras dejar de besarla—. Me conformo con cualquier momento a vuestro lado, donde sea, como sea.

Lei miró esos ojos azules tan colmados de pasión y sintió rozar el cielo en ellos. Su propio cielo.

—Vámonos...

La boca de Kendrick se estiró en una sonrisa que le iluminó el rostro.
—Dorcha está esperando fuera de las puertas del castillo. Debemos escabullirnos con cuidado.

El relincho de la yegua hizo que los dos saltaran asustados.

—¡Fiáin! —exclamó Lei llamándola por su nombre—. Ya podrías ayudarnos o te dejo esta tarde sin tu zanahoria.

Fiáin resopló alejándose de ellos hacia el cerco.

—Esa lengua vuestra... —murmuró Kendrick maravillado al escucharle hablar en ese idioma tan extraño para él—. Tendréis que enseñármela.

—Por supuesto, mi laird... —comentó ella entrelazando su brazo con el de él. Le sacó la lengua ante la mirada atónita de él—... mientras os quedéis a mi lado.

—Siempre, Leilany... siempre.

Kendrick avanzó con ella protegiéndose en las pocas sombras que la luz del día les dejaba. Se escondían de la gente, siempre con los ojos fijos en la puerta de los muros del castillo, su meta. Cuando por fin pudieron llegar a ella, respiró aliviado; podría tenerla para él solo y no los volverían a ver hasta la noche, eso si la noche seguía tan fría como las anteriores. Si no...

—¿Qué es eso, Kendrick? —preguntó Lei mirando hacia delante.

Él prestó atención al ruido, cada vez más ensordecedor, de los golpes de los cascos de un par de caballos. Se divisaba una ligera polvareda que emergía al paso de los dos, como si estuvieran celebrando una carrera. Entrecerró los ojos para enfocar a los dos jinetes y entonces prorrumpió un juramento.

—¿Qué es?

—Uno de ellos es el rey Macbeth —contestó Kendrick cogiendo a Lei de la cintura para acercarla a él.

—¿Y el otro?

—Erin. —Su tono afilado le dijo que su humor acababa de cambiar. Intentó no echarse a reír sin mucho resultado y después miró hacia los caballos; estaban mucho más cerca.

—¿Quién llega antes?

—Macbeth, pero los otros se acercan con rapidez.

—¿Los otros?

—Erin no cabalga sola, hay un hombre a su lado.

Los dos se quedaron al margen viendo cómo se acercaban a los jinetes, los cuales alertaron a los demás, que salieron a ver qué pasaba.

El caballo de Macbeth casi había llegado, pero en el que iba montada Erin junto a ese misterioso joven ya había alcanzado la mitad de la montura del primero y, en cuestión de segundos, se puso a la par.

Los ojos de Kendrick captaron el brillo en los del rey, un brillo que denotaba la satisfacción por el desafío de su hermana, no dudaba de ello. A ésta, sin embargo, se le desencajó la mandíbula al ver a Kendrick a un lado de las puertas junto a Lei.

—¡Demonios! —blasfemó moviéndose en la montura. Eso desestabilizó a Gavrin, quien redujo la velocidad del caballo para sujetar con fuerza a Erin antes de caer al suelo—. ¡No! —se quejó ella al ver cómo la distancia con Macbeth aumentaba y pasaba por las puertas antes.

—Un baile, Erin. No lo olvidéis —recordó Macbeth volviendo su montura hacia ellos.

—¡No vale! ¡Él redujo la velocidad al final! —lo acusó pasando la pierna por delante de la cabeza del caballo y saltando al suelo.

—Porque ibais a caer —replicó él, desmontando.

Gavrin cometió el error de darse la vuelta para intentar calmar de algún modo la excitación provocada por tener a alguien como ella a su lado. Durante la carrera pudo oír su risa y sus murmullos, palabras que jamás había oído en boca de una mujer. Era original y única, estaba seguro de ello. Por eso, cuando Erin se acercó a él y, al volverse, le propinó una patada en las espinillas, se reprendió a sí mismo por confiarse.

—¡Erin! —tronó Kendrick ante el comportamiento de su hermana.

Lei y él se acercaban hasta ellos.

—¿Vosotros no deberíais estar separados? —preguntó enfadada por verlos cogidos de la mano.

—Pedid disculpas de inmediato, mujer —ordenó Kendrick mirando el joven, que se apoyaba en su caballo para recuperarse.

—Me ha hecho perder la carrera.

—¡Erin! —cortó. Ella lo miró y corrió hacia el castillo—. ¡Ya os pillare! —añadió más fuerte. Negó con la cabeza, disgustado por su conducta.

—Lo siento, ¿estáis bien? —preguntó Lei acercándose al hombre.

Gavrin giró la cabeza para mirar a la persona que le hablaba. Era

joven y hermosa. Parecía como si su piel resplandeciera de felicidad.

—¿Te ha hecho daño? —añadió frunciendo el ceño—. Kendrick, ¿digo algo mal? —preguntó volviéndose hacia él, más alto que Macbeth, musculoso y con un aura tremendamente poderosa.

—No, Lei, es sólo que el muchacho necesita un poco más de tiempo para recuperarse. Esa desvergonzada se merece un buen escarmiento.

—Yo diría que dos, Kendrick —comentó Macbeth al acercarse a ellos.

—¿Dos?

—Es la segunda vez que le propina una de las suyas.

Kendrick miró a Macbeth y después a Gavrin.

—Venid, joven, necesitaréis una buena copa de vino para aguantar a mi hermana durante estos días si os ha tomado como su juguete personal —estalló Kendrick cogiendo a Gavrin por detrás del cuello para conducirlo al castillo.

Macbeth y Lei los siguieron.

Capítulo 20

Lei estaba embobada ante la figura de Macbeth. ¿Ése era el mismo hombre que Shakespeare había retratado? ¿El asesino a sangre fría del rey Duncan? Tenía un cuerpo poderoso, músculos como resultado de las duras batallas y entrenamientos y alguna que otra cicatriz en los brazos, pecho y rostro. Su nariz estaba torcida, pero no afeaba lo más mínimo su aspecto. No podía pensar en él como en alguien capaz de cometer un asesinato por la espalda.

Los ojos de éste se centraron en ella, esbozando una pícaro sonrisa al elevar la copa en un saludo divertido.

—¿Y el resto de vuestros hombres? —preguntó Kendrick a Macbeth.

—Aún tardarán unos minutos en aparecer.

—Perfecto —masculló malhumorado.

—Así que ésta es la mujer de los cielos —comentó siguiendo con la vista el contorno del cuerpo de Lei, sentada al lado de Kendrick.

—Sí —gruñó apretando mandíbula y copa.

Miró a Lei, quien sólo tenía ojos para Macbeth. ¿Por qué tenía que comérselo de ese modo con los ojos, como si fuera el único hombre en el salón?

—¿Y entiende nuestro idioma?

—Perfectamente —respondió ella, para sorpresa de Macbeth.

—¡Vaya! ¡Tiene un ligero acento extraño, pero es una novedad que hable, ¿no Kendrick? ¿Le enseñasteis vos?

—En realidad, los niños. Gracias a ellos empezó a entenderlo y hablarlo. Yo sólo la corrijo o le indico aquello que no sabe.

—¿Y tenéis paciencia? Yo no podría, aunque por esta dama... — Macbeth le guiñó un ojo a Lei y ésta enrojeció. Kendrick rugió bajo, acercándose la copa a la boca para enmascarar el sonido—. Tranquilo,

muchacho, no hay peligro en mi persona.

—Eres diferente... —murmuró Lei—. No como Shakespeare te retrató...

—¿Shake... qué? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Qué clase de palabra es ésa?

—No es una palabra, sino un nombre. En mi... —Kendrick le apretó la mano, mirándola de forma adusta.

Macbeth captó el mensaje no pronunciado y miró a su alrededor, observador de todo sin prestar atención a los demás. El gran salón estaba limpio y adecentado, con el sutil toque de una mujer. Al lado de las chimeneas, limpias éstas de ceniza, había flores que desprendían un agradable aroma, como si la mezcla de las distintas especies contara un olor diferente.

Las mesas y los bancos también se encontraban aseados y colocados en sus posiciones para las comidas. De las anteriores veces, no recordaba a Siona siendo tan esmerada en esa clase de detalles, con lo cual la mano femenina debía de ser la de esa mujer.

Contempló a la pareja de la forma más objetiva posible. Tras recibir el mensaje de su matrimonio, no pudo menos que alegrarse por su amigo, pero necesitaba conocer a esa joven y saber si sería o no un peligro para su vida. Por eso estaban allí días antes de la ceremonia, ellos cuatro solos en el gran salón.

—¿Y vuestra madre, Kendrick? ¿No va a bajar a saludarme?

—Salió con mi tío esta mañana a recoger hierbas. Debe de estar a punto de llegar. Dime, ¿hizo algo más Erin que deba saber?

—¿Aparte de casi dejarme sin mi hombre? —puntualizó él arqueando una ceja.

Kendrick miró a Gavrin, sentado al lado de Macbeth en completo silencio.

—Os pido disculpas por el comportamiento de mi hermana y, si consideráis necesaria una compensación, yo...

—Por favor, no —cortó Gavrin inquieto—. Olvidad lo que ha pasado.

—Él es Gavrin, el hijo de Barthas.

Kendrick volvió la cara hacia Macbeth, sorprendido. Éste asintió para beber luego de nuevo, fijando sus ojos en Lei, aún pendiente del rey.

—Deduzco por ello que conocéis a mi padre —comentó Gavrin.

—Hemos tenido nuestras diferencias —contestó Kendrick llevándose a la boca la copa.

De forma más detenida observó al muchacho de delante. No se parecía a Barthas, salvo en algunos detalles faciales. Era más atlético y fuerte, aunque no del tipo de guerreros que acompañaban a Macbeth.

—Tiene una buena base —añadió éste adivinando sus pensamientos—. Me gustaría que, durante la estancia, entrenara con vos.

—No tengo inconveniente. A vuestros débiles guerreros les vendrá bien un poco de lucha.

Los dos se echaron a reír mientras Lei y Gavrin se quedaban mirándose el uno al otro. Ella sonrió y él le devolvió el gesto.

—Soy Lei —saludó en gaélico.

—Yo, Gavrin.

Los ojos del joven pasaron por encima de Lei hasta la pared del salón, donde había una pequeña cabecita asomada... observando. En el momento en que ambos cruzaron la mirada, emitió un débil chillido y se escondió, pero segundos después volvió a aparecer. Él agachó la cabeza para no mostrar a nadie la sonrisa de su rostro.

—De todas maneras, mi hermana ha cometido un grave error al deshonar a uno de mis invitados y será debidamente castigada.

—¿Qué vas a hacerle? —preguntó Lei preocupada. Kendrick le acarició la mejilla con suavidad.

—No os preocupéis, ya se me ocurrirá algo.

—Sugiero... —propuso Macbeth—... ya que ha sido a Gavrin a quien le ha faltado al respeto, que sea ella quien se haga cargo de las necesidades de mi hombre.

—¿Qué estáis pensando? —siseó Kendrick.

—Nada del otro mundo. Ocuparse de preparar su baño, su ropa... lo que haría una mujer. Y de esta manera resarcís la ofensa de vuestra hermana.

—Quizá tengáis razón —convino Kendrick.

—¡Ni lo soñéis! —gritó Erin apareciendo de golpe en el salón—. ¡No pienso hacerme cargo de ése!

—¡Erin, controlad vuestra lengua! —le espetó Kendrick levantándose del banco.

—¡Yo no soy criada de nadie!

—¡Vos deshonrasteis mi hospitalidad!

—¡Me hizo perder! —exclamó señalándolo con el dedo.

—¡Erin!

—Ya, yo me ocupo —intervino Lei levantándose para acudir hasta donde estaba Erin y sacarla de allí.

—¡No pienso ocuparme de un hombre! —gritó por última vez antes de atravesar el arco.

—¡Haréis lo que os mande! —bramó Kendrick perdiendo la paciencia frente a su hermana.

Lei lo contempló atónita, aún no acostumbrada a esos ataques de ira que tan poco comunes eran cuando estaba con ella.

Erin resopló y se marchó airada del salón bajo la atenta mirada de los demás. Lei quiso ir tras ella, pero la férrea llamada de Kendrick la detuvo.

—Dejadla sola. Al final hará lo que debe.

—Siempre lo hace —acordó Macbeth—. Erin no acepta ser la sirvienta de ningún hombre incapaz de vencerla.

—¿Por qué, entonces, imponerle tal castigo, milord? —preguntó Gavrin.

—Para ella no será un castigo, aunque yo que vos tendría cuidado con esa mujer y la vigilaría de cerca. Por los comentarios de mis hombres, Erin suele usar su habilidad con las hierbas para incordiar un poco.

—Entonces el castigo sería para Gavrin —intervino Lei.

—Depende de lo que él se imponga —replicó Macbeth.

Poco después de retomar la conversación, hicieron aparición Siona y Eoin, que traían consigo varios tipos de hierbas que pensaban usar para crear diferentes mezclas de cara al invierno, para las posibles enfermedades que podía sufrir el pueblo o el propio castillo.

La conversación fluyó entonces hacia situaciones pasadas, en las cuales Gavrin y Lei no tenían cabida y se limitaban a escuchar. Tampoco Kendrick participaba mucho, más pendiente de Lei que de otra cosa. Ésta se levantó para ir a rellenar el odre de vino.

Las cocinas eran un lugar bastante caldeado. Lleno siempre de mujeres y hombres afanados en la preparación de la comida, estaban atestadas de gente, pero el almacén siempre resultaba un lugar más tranquilo en ese aspecto. A punto de cerrar su mano sobre la tinaja, otra se cernió sobre su boca, silenciando el grito.

—Leilany —susurraron en su oído acabando con cualquier

resistencia.

Lei se dio la vuelta para encontrarse junto a Kendrick, éste con una hermosa sonrisa de satisfacción.

—¿A qué ha venido eso? ¿Y qué haces aquí? —murmuró bajito para que los demás no la oyeran.

Kendrick le quitó el odre y, cogiéndola de la mano, salieron por la puerta del patio.

—Nos vamos. Macbeth mantendrá ocupados a mi madre y mi tío lo suficiente como para escaparnos unas horas.

—¿Cómo has salido del salón?

—Macbeth me mandó por algo de comida. Aunque es consciente de que no volveré con ella. Ni vos con el vino —respondió mirándola de reojo, su boca esbozando una sonrisa tan seductora que su corazón olvidó latir por un segundo.

Avanzaron hacia las caballerizas, donde Dorcha estaba guardado al lado de Fiáin, quienes, al verlos, comenzaron a relinchar. Kendrick apuró el paso para acallarlos antes de llamar la atención de otros.

—Chis... silencio, muchacho. Necesitamos irnos sin hacer ruido —le indicó Kendrick a su caballo.

Lei acarició a su yegua con suavidad, ganándose así una caricia de su enorme cabeza.

—¿Queréis que la llevemos?

—Mejor no, Kendrick. No me siento capaz de cabalgar sola.

—Os enseñaré; aunque después no os permita ir sola a caballo —comentó.

—Entonces, ¿por qué molestarse?

—Porque debéis saber montar. Y perder ese miedo a las alturas.

La mención de las alturas le hizo sentir un escalofrío en la columna. Una cosa era enfrentarse a ellas con Kendrick a su lado y otra hacerlo sola. Por eso no había montado todavía a Fiáin.

—Lei, vámonos, de prisa —apremió él sacando a Dorcha de su espacio en el establo, con la silla y unas alforjas llenas. Ella acarició el cuello de su animal y salió del lugar.

—¿Qué llevas?

—Comida. No pienso volver hasta no haberme saciado.

—¿De comida? —inquirió arqueando las cejas.

—De vos.

Jadeó ante ello, dejando que Kendrick le sonriera, mostrando sus hoyuelos, mientras le acariciaba la mano y la entrelazaba con la suya.

—Creí haberte oído decir que querías estar conmigo, no con mi cuerpo.

—Quiero estar con vos, con vuestro cuerpo, vuestra mente y vuestra alma... Porque sois mía —replicó él mirándola con tanta intensidad que pensó que podría tumbarla allí mismo.

Salieron de las caballerizas lo más discretamente posible, caminando de forma tranquila como si no estuvieran haciendo nada malo. Les ayudó también el hecho de que en ese momento llegaban los hombres de Macbeth junto con un niño pequeño que, según le informó Kendrick a Lei, era el hijastro de Macbeth.

Una vez hubieron atravesado las puertas del castillo, Kendrick levantó del suelo a Lei y la montó en Dorcha. Lo siguiente que hizo fue espolear al caballo, incitándolo a cabalgar para traspasar el pueblo y, después, el valle fértil que los rodeaba.

Como siempre, los primeros instantes a caballo fueron los más difíciles para Lei, pues sus miedos se agolpaban por salir. Se notaba las palmas frías y sudorosas, su respiración se aceleraba y su cuerpo parecía hecho de hierro, incapaz de doblarse o moverse. Sólo los brazos de Kendrick arropándola, sus manos encerrando las de ella y su conversación, con voz suave y moderada, alejaban los temores hasta hacerlos desaparecer. Y sólo así Lei lograba relajarse y conversar de forma normal.

—Es increíble —pronunció cuando trotaban alejados del pueblo—. ¡He conocido a Macbeth!

Kendrick gruñó ante el entusiasmo de su mujer. Con otro hombre no se había puesto así, ni siquiera con él.

—No me lo puedo creer; no es como lo pintan, tiene don de mando y parece un buen guerrero. ¿Es cierto que mató a un rey?

—Sí —masculló sintiendo la bilis revolverse en su estómago. ¿Podría ser posible que ella prefiriera a un monarca?—. Al antiguo rey Duncan.

—¿Cómo lo mató? ¿Lo envenenó?

Kendrick frunció el ceño.

—¿De qué habláis, mujer? Macbeth luchó contra Duncan en la batalla de Bothnagowan y le dio muerte de forma honorable. ¿Quién ha osado

mancillar el nombre del rey?

—Tranquilo... Seguramente Shakespeare lo cambiara para que la obra fuera menos sangrienta.

—¿Quién es ése de nombre tan raro?

—Es un... —se mordió el labio al no saber la palabra para dramaturgo y pensó un momento—... bardo y representante de situaciones...

—Actor —puntualizó Kendrick dándole la palabra exacta.

—Sí, bardo y actor, que contó una historia con Macbeth como protagonista.

—Invenciones de un loco —masculló haciendo que Lei sonriera.

—Aun así, no me lo esperaba como es... ni conocerlo. Resulta tan increíble. Aunque no supiera que era el rey, por su porte y autoridad hubiera pensado que era alguien importante. Y parece muy joven aún, los años no tratan tan mal en esta época. ¿Podría pedirle que me contara algunas de sus batallas? ¿Es cierto que hizo tratos con druidas? Bueno, Eoin es un druida, pero... no sé... En la obra salían tres brujas...

—Basta —cortó Kendrick de golpe. Dorch se detuvo y, en esos instantes, ninguno de los tres se movió.

—¿Qué pasa, Kendrick? —preguntó Lei mirándolo a la cara. Al cruzarse sus ojos, éste se inclinó sobre ella para imprimirle un beso feroz y doloroso. Lei protestó contra su boca, pero el brazo detrás de su espalda la ancló en el sitio, impidiéndole moverse. La otra mano fue hasta el mentón, levantándolo en un arco para hacerla más accesible a él.

—No habléis más de Macbeth —gruñó al apartarse de su boca, sus ojos azules oscurecidos por el deseo y el enojo.

—Kendrick... ¿estás celoso?

Éste hizo una mueca mientras apartaba la mirada de ella y su cuerpo se cerraba de forma inconsciente sobre Lei.

—No. Él puede ofrecerte mucho más de lo que yo podría... —recalcó.

—Pero no aquello que amo —replicó ella acariciándole la mejilla. Kendrick volvió a mirarla—. No te tiene a ti. Y es a ti a quien adoro.

El corazón de Kendrick rugió de felicidad. Lo amaba, esas simples palabras que contenían un sentimiento tan profundo habían salido de los labios de su amada. Y quería volver a oírlas más veces, por el resto de su vida.

Movió a Lei entre sus brazos, instándola a pasar una de sus piernas

por encima de la cabeza de Dorcha para quedar a horcajadas sobre el animal, asentando su miembro en la espalda de ella para dejarle notar la excitación que sufría. Lei se volvió, boquiabierta, hacia él y éste le regaló una de sus sonrisas más desarmantes. Fijó con la mano en su cuello la posición y la besó mientras sus pies golpeaban suavemente los costados del caballo y éste iniciaba el paso.

La otra mano, asentada en un principio en la parte izquierda de su cintura, se arrastró por encima de su vestido buscando llegar a su centro. Presionó mientras descendía por el vientre hacia un punto aún más ardiente, provocando que Lei gimiera y se arqueara hacia esa parte viajera. Sin embargo, al no tener apoyo bajo sus pies, sintió más frustración que placer.

Kendrick se separó de sus labios y la miró a los ojos. Debió de ver algo en ellos, pues los suyos volvieron a oscurecerse y su pecho se hinchó para luego exhalar el aire poco a poco, como si con ello intentara tranquilizarse. Movi6 sus piernas hacia delante, chocando con los pies de Lei.

—Ponedlos encima, Leilany —la instruy6 dándole un golpecito en los pies. Ella mir6 hacia abajo y obedeci6, posicionando cada uno sobre los de él, teniendo así un apoyo donde poder sostenerse—. Ahora levantaos un poquito.

Ella volvi6 la cara para mirarlo.

—No os pasará nada, yo os tengo.

—¿Qué vas a hacer? —Oh, esa sonrisa, una que auguraba algo realmente atrevido y malicioso... Hizo fuerza con sus piernas para elevarse sobre el caballo cuando record6 los pies de Kendrick y volvi6 a su posición inicial.

—No me haréis daño, Leilany... Por favor, levantaos un poco —susurr6 más como una súplica. Kendrick frot6 su miembro en la espalda de ella, dejándole sentir que éste había tomado otro nivel de endurecimiento, uno más doloroso.

Lei se levant6, apoyándose en los pies y estribos. Not6 las manos de Kendrick moverse con rapidez, levantándole las faldas del vestido para, después, gruñir al sentir los pantalones interiores.

—¿Estáis menstruando...?

—No —contest6 en un arrullo.

Kendrick rio por lo bajo atrapando la daga de Lei y desgarrando con

ella esos pantalones. Ella permanecía erguida con los ojos cerrados sintiendo en su cuerpo todos los movimientos de él, como si cualquier roce le dijera lo que hacía en todo momento. Cuando posó la mano sobre uno de sus hombros, empujándola hacia abajo, su centro recayó entre las piernas de éste. Gimió ante ese contacto, pero más cuando pudo sentir algo más caliente que temblaba y ardía de deseo.

—¿No deberíamos bajar? —preguntó Lei mirándolo de reojo.

—¿Y perdernos esta diversión? Dorcha seguirá caminando mientras nosotros nos ocupamos de otros... asuntos. Él conoce el camino.

Kendrick se acercó más a ella, haciendo que se arqueara y echara la cabeza hacia atrás mientras su centro era invadido por el deseo de su hombre, ocultos los dos por el vestido de Lei.

—Me quemáis, Leilany. Me estáis quemando... —le susurró en el oído antes de comenzar a besarla y mordisquearle el cuello.

Lei no podía hablar. Quedaba tan expuesta en esa posición, tan abierta para él sin posibilidad de ejercer presión, que se veía presa de una lujuria más allá de la imaginada. Los brazos de Kendrick la movían poco a poco, dejándola caer suavemente para volver a elevarla después. Echó las piernas hacia atrás sin darse cuenta y ambos golpearon a Dorcha, quien empezó a trotar, desestabilizándolos. El movimiento de salto los pilló desprevenidos y ambos gritaron ante el efecto conseguido. Kendrick apretó la cintura de Lei mordiéndole en el hombro y gruñendo mientras ella aún gritaba por la profundidad lograda por esa parte de Kendrick clavada en lo profundo de su ser.

Dorcha siguió trotando mientras Kendrick aguantaba los embistes del caballo y éstos se transmitían a Lei, quien agonizaba de placer cada vez que un nuevo golpe la acometía. Estaba tan húmeda y caliente en su interior que él no dudaba de la satisfacción recibida, sus jugos empapándole cada vez que llegaba a un nuevo clímax.

—Kendrick... Kendrick, por favor... páralo... —suplicó agarrándose a la cintura de él—. Ya, ya no... —Una nueva exaltación corrió como el viento mientras él sobrellevaba la contracción de su canal para transigir después explotando sin remedio.

Llegó hasta las riendas y tiró de ellas deteniendo a Dorcha por completo; ambos cayeron sobre el animal extasiados y colmados por la experiencia.

—¿Estáis bien? —murmuró con la voz ronca.

Lei negó con la cabeza y dos lágrimas rodaron por sus mejillas. El cuerpo de Kendrick se tensó ante esa reacción y salió de ella con todo el cuidado posible. Desmontó tirando de ella para que cayera en sus brazos, llevándola luego hasta uno de los árboles del camino.

—¿Qué tenéis? ¿Os duele algo? —le preguntó serio.

Ella asintió echándole los brazos al cuello, buscando el calor que él no se privó de dar.

—Por los dioses, Leilany, decidme qué os duele —agregó apartándola de él para secarle las lágrimas. Una tímida sonrisa apareció en el rostro de ella.

—Aquí... —dijo señalando su corazón—. Me duele aquí porque tengo miedo de volver a mi tiempo. No quiero irme, no puedo volver cuando mi corazón está contigo. —Rompió a llorar y fue consolada por Kendrick, acunando éste el cuerpo de su mujer, mesándole el cabello y susurrándole palabras de amor.

—¿No os hice daño antes? —preguntó una vez calmada.

—¿Y yo?

—Me apretasteis como una salchicha —bromeó él carcajeándose y dejando que su cuerpo vibrara con la risa, contagiando a Lei.

—No me dolió mucho. Pero fue intenso.

—¿Seguro? —preguntó acariciándole la mejilla. Se hallaban sentados en la hierba, Kendrick apoyando la espalda en el tronco del árbol y Lei encima suyo, abrazada a él, medio adormilada por haber quedado saciada tan sólo unos minutos antes.

—Sí, Kendrick. Lo siento, te quiero tanto que me da miedo perderte.

—Cuando estemos casados, nada nos separará.

—Tu tío me dijo que eso no es cierto. Unirá nuestras almas, pero no los cuerpos. ¿Qué pasará si vuelvo a mi época?

—No volveréis —gruñó él abrazándola con más fervor—. Nos pertenecemos el uno al otro, ninguno puede separarse.

—Te amo, Kendrick. Es aquí donde está mi sitio, donde quiero estar.

—Leilany...

Besó la frente de Lei y quedaron unidos en esa postura.

Barthas blasfemó mientras sesgaba con su espada otra rama de los árboles. Odiaba a los druidas y, más que a cualquiera, odiaba a Mortvail.

Después de enviar a su hijo a ocuparse de la prometida de Kendrick, había mandado un mensaje a ese estúpido druida para pedirle explicaciones.

Lo había citado en los alrededores de Sands y, por respuesta, él lo declinaba, citándolo, a su vez, en pleno bosque, donde ya una vez se habían reunido. Condenaba con sus palabras a los druidas y más el hecho de necesitarlos... y, si no fuera por eso, Barthas no tendría remordimientos a la hora de ensartarlo con su espada.

—¡Mortvail! —gritó como un aullido consumido por el viento—. ¡Mortvail! —exclamó más fuerte.

—Siempre tan impaciente... —susurró una voz. Un torbellino de hojas y viento se fue creando poco a poco para, conforme desaparecía, ir conjurando al hombre que buscaba—. Faltaba un minuto para la hora, Barthas.

—Dejaos de tonterías, asqueroso druida. ¡Vos dijisteis que una mujer acabaría con Kendrick!

—¿Eso dije? —inquirió frunciendo el ceño.

—¡Sí! ¡Y ahora va a casarse! ¿¡Os dais cuenta de que esa mujer puede continuar con el clan!?

—¿Vos no queríais acabar con Kendrick Mackay?

—Maldito miserable —siseó él. Levantó su espada, asentando el filo en el cuello de éste—. Si apreciáis vuestra vida...

Unas palabras ronroneadas en silencio y Barthas soltó la espada, asustado. Mortvail se agachó a cogerla.

—Barthas, Barthas, Barthas... Nunca aprenderéis a no amenazar a un druida.

—Devolvedme la espada —le ordenó.

—¿Seréis capaz de cogerla? —retó ofreciéndosela postrada en sus manos—. ¿U os da miedo la ilusión que la envuelve en estos momentos?

Mortvail bajó la mirada, fijándose en la espada. Sonrió divertido hacia Barthas.

—Serpientes, muy apropiado para vos.

Él resopló mascullando algo y le arrebató la espada de las manos. La envainó, no sin algunos problemas para controlar sus nervios, y se enfrentó de nuevo al druida.

—¿Qué vais a hacer al respecto?

—Nada. Las cosas van tal como deben ir.

—¿Queréis decir que pasará algo en esa boda?

—¿Preguntáis si vuestro hijo será capaz de seducir a la mujer de Kendrick?

—¿Cómo sabéis eso?

Mortvail sonrió de forma amenazante, obligando a Barthas a presionar con más fuerza sus piernas para que éstas no sucumbieran al deseo de huir.

—Si tanto interés tenéis, deberíais ir al castillo Dornoch.

Y dicho esto, Barthas se quedó solo. Una bruma blanca era lo único dejado tras la presencia de Mortvail en el bosque.

Capítulo 21

Dorcha avanzó por el patio del castillo llevando en su lomo a Kendrick y Lei, ésta abrazada a él, dormida. La noche estaba cayendo, cubriendo el cielo de las Highlands con su negro manto. Un muchacho se acercó a ellos, para recoger las riendas del caballo mientras Kendrick zarandeaba suavemente a Lei para despertarla.

Ella abrió los ojos quejándose por el despertar, pero, al segundo de notar los labios de Kendrick sobre su mejilla, el quejido se transformó en gemido.

—Leilany, hemos llegado —murmuró él.

—Cinco minutos más... —dijo apoyándose en él.

—En otras circunstancias os los daría, pero el rey espera y ya nos saltamos el almuerzo.

Eso la hizo despertar del todo, restregándose los ojos para alejar el sueño.

—Lo siento —se disculpó.

—No, soy yo quien debería pedir perdón por no poder llevaros a la cama y volver a haceros el amor por... ¿cuántas veces lo hemos hecho hoy?

Lei rio, golpeándolo en el hombro.

—Da igual, una vez que estemos casados, no pienso dejaros salir de la cama durante tres días, por lo menos.

Se quedó atónita y Kendrick aprovechó para robarle un último beso antes de ayudarla a deslizarse del caballo para tocar suelo.

—Será mejor que vayáis a daros un baño y cambiaros para la cena. Tenemos el tiempo justo.

Se acariciaron las manos y, reacios a separarlas, Kendrick dejó a Lei marcharse apurando al máximo su contacto mientras lo iban perdiendo.

Cuando la vio entrar en el castillo, se dio la vuelta hacia el muchacho y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Ha pasado algo en mi ausencia?

—No, milord, todo fue organizado por vuestra madre y tío.

—¿Erin ha hecho de las suyas?

—No, aún no —contestó con una media sonrisa.

—Menos mal —suspiró aliviado. Iba a marcharse cuando atisbó algo en la mirada del chico—. ¿Qué pasa?

—Milord, el rey Macbeth pasó por las caballerizas esta tarde y vio a... a Fiáin.

Con la mirada, Kendrick le instó a proseguir.

—Nos hizo sacarla y trató de montarla.

—¿Pudo?

—No, sire, el rey se cayó todas las veces y acabó con el trasero dolorido y un bocado de la yegua en el brazo.

Kendrick se echó a reír retirándose hacia el castillo. Todavía reía cuando su madre salió del salón con los brazos en jarras.

—Buenas noches, madre.

Siona enarcó una ceja mirando a su hijo con enojo.

—¿Eso es lo único que vas a decirme?

Kendrick sonrió encogiéndose de hombros.

—¿Dónde habéis estado? Porque no me hace falta preguntar qué habéis hecho, me bastó con verle la cara a Lei para saberlo. ¿Tengo que encerrarla bajo llave para que respetéis a esa mujer y dejéis de mancillarla? Sólo quedan unos días, Kendrick, ¿no podéis esperar?

—Padre no esperó —soltó cruzándose de brazos—. Me contó sobre mi nacimiento, dos meses antes de cumplirse los nueve de casados...

Siona enrojeció, con las pupilas dilatadas, mientras su hijo se quedaba allí esperando una réplica convincente.

En ese momento le recordó a su esposo y padre de sus hijos. Kendrick se parecía tanto a él... Era serio en todos los asuntos que el título de laird comportaba, consciente de los problemas e involucrado en las soluciones. Y en el tema personal... apasionado, seductor, fiel, enamorado... podía aplicársele cualquier tipo de calificativo romántico. Ellos sabían amar con el corazón y estaba orgullosa de haberlo criado como un buen hombre.

—No esperaréis que eso sirva como excusa, ¿no? Vuestro padre no

tuvo como invitado al rey de Escocia en el gran salón y lo dejó para salir a cabalgar.

—No necesité a Kendrick para divertirme —intervino Macbeth bajando las escaleras. Parecía andar algo raro, como si se condoliera por algún motivo.

Kendrick apretó los labios para evitar reírse.

—¿Conocisteis a Fiáin? —preguntó fijándose en la mano ubicada en su cadera.

—Sí... conocí a esa tozuda mula —contestó con una mueca. Kendrick sonrió de forma retorcida—. ¿Qué hace una yegua inservible ocupando espacio, Kendrick? ¿No os dais cuenta de la comida desperdiciada...?

—Lei puede montarla —interrumpió él dejando al rey boquiabierto.

—Bromeáis, ¿verdad?

Negó lentamente con la cabeza.

—¿Dónde está? Esa mujer es demasiado para vos, me la quedo yo.

—¡Ja! Ya es mía, Macbeth, tendríais que matarme para tenerla.

—¡Infiernos! Debí haberla visto antes de dártela —refunfuñó como un niño pequeño.

—Macbeth, ayudadme, por favor —comentó Siona—. Convenced vos a este sinvergüenza para que espere hasta el día de su boda.

Él la miró, los ojos bien abiertos. Abrió la boca para contestar, pero la cerró al ver la mirada de Siona.

—No sé ni para qué os lo pido, sois igual o peor que él.

—Ya os dije que Grouch no quiso venir.

—Sí, sí... —despreció sus excusas con una mano y volvió a mirar a Kendrick.

—Haré que vuestro tío haga una poción para mantener tu bien máspreciado señalando al sur todo el tiempo —amenazó apuntándolo con el dedo. La sonrisa de Kendrick se desvaneció al momento, pues sabía que su madre sería capaz de cumplirlo.

Esta vez fue la risa de Macbeth la que llenó todo el pasillo. Pasó su brazo por encima del hombro de Kendrick, y lo golpeó con el otro en las costillas. Éste se contrajo por el impacto, esbozando una sonrisa traviesa.

—Será mejor que vayáis a daros un baño... estoy muerto de hambre.

—Id, Kendrick, la gente está esperando y deberíais ocuparos después de varios mensajeros llegados con noticias de otros lares.

—Sí, madre —accedió deshaciéndose de Macbeth para subir la

escalera. Se quedó parado con el pie en el aire mirando hacia arriba—. ¿Lulach? ¡Dioses benditos! ¿Éste es Lulach?

El pequeño se levantó del escalón y retrocedió asustado por el tamaño de Kendrick. Aun cuando se conocían, el contraste entre su menudo cuerpo y el musculoso de él lo puso nervioso.

—¡Lulach! —gritó Macbeth con el ceño fruncido—. ¡Jamás retrocedáis ante nadie! ¡Sois el heredero al trono!

El niño tembló por el bramido de su padrastro, poniendo su empeño en no echarse hacia atrás.

—Macbeth, aún es un niño, no seáis tan estricto —comentó Kendrick atrayendo a Lulach a su lado—. ¿Os apetece que entrenemos juntos mañana?

Macbeth resopló.

—Lulach no entrena. Grouch se lo prohíbe.

Kendrick lo miró sorprendido. Un rey no entrenado para la lucha no era un buen augurio para el futuro de Escocia. Si seguía así, Lulach no duraría ni un mes como rey... si llegaba a serlo.

—Pues eso no está bien. Seguro que tiene ganas de aprender. Mis hombres os enseñarán muchos trucos, algunos hasta os ayudarán a vencer a vuestro padre —dijo guiñando el ojo. El rostro del pequeño se iluminó ante esa promesa.

—¿En serio, milord?

—¡Por supuesto! —exclamó revolviéndole el pelo—. Os enseñaré montones de trucos para vencer a ese viejo —agregó con una sonrisa burlona hacia Macbeth.

—Idos de una vez, muchacho, o vamos a empezar los combates antes de tiempo.

Se echó a reír despidiéndose de Lulach, algo más tranquilo ya, de Macbeth y de su madre.

Lei salió de su habitación vestida para la cena con la ropa que las doncellas le habían dejado sobre la cama mientras tomaba un baño. El vestido era tan hermoso como los de siempre pero, por alguna razón, ese parecía más digno de ese calificativo. De color celeste, con algunos matices en azul oscuro sobre el escote y el dobladillo de las mangas y falda, presentaba el mismo tono que el del clan Mackay.

Bordado a lo largo de la falda con unas rosas que rodeaban toda la figura femenina, terminaba con un poco de verde fundido con el azul. Y, en la parte del pecho, lucía un brocado primitivo en comparación con los que ella había visto en su tiempo, con dorado y azul oscuro creando un diseño en espigas para realzar esa zona.

Llevaba en la mano unos lazos dorados y celestes y el pelo aún húmedo y suelto. Se dirigió a la habitación de Erin, con la esperanza de que no estuviera demasiado ocupada y pudiera ayudarla a hacerse algún peinado adecuado con esas cintas. El pelo, en el tiempo que llevaba en esa época, le había crecido y se le había fortalecido bastante, por lo que ya podía hacerse un recogido no demasiado alto.

Se paró frente a la puerta de Erin y tocó con suavidad. También quería hablar con ella sobre el comportamiento de esa mañana con el pobre caballero. Se le escapó una risilla recordando el momento en el que le golpeó en las espinillas y éste se arqueó de dolor sin buscar venganza o una compensación por tal deshonor. Parecía un buen hombre.

Volvió a tocar más fuerte y oyó ruido del otro lado. La puerta se entreabrió lo suficiente para que asomaran los ojos de Erin y, al reconocerla, sonrió feliz ampliando la apertura de la puerta para que entrara. Ella le devolvió la sonrisa mientras pasaba al interior, donde se vio abrumada por las decenas de telas presentes en la habitación. De todos los colores y tejidos, era como si estuviera en el cuarto de una costurera y no de una dama.

—Siento este desbarajuste. Nunca logro tenerlo bien ordenado —se disculpó Erin corriendo para apartar algunas telas de las sillas—. ¿Queríais algo?

Lei alzó las cintas que llevaba en las manos y Erin la entendió sin necesidad de palabras. La instó a sentarse delante de su tocador y cogió su cepillo para hacerle un bonito recogido.

—Tu habitación...

—Sí, disculpa. Kendrick me trae de sus viajes un montón de telas nuevas y los primeros meses me los paso con ellas aquí, haciendo vestidos y ropas para él. Bueno, y también para ti.

Claro. Alguien debía estar haciéndole esos vestidos que llevaba, pero pensaba que sería una de las doncellas, no la hermana del laird.

—¿Vos sabéis coser? ¿Bordar?

—No... Yo no soy buena en esas cosas —contestó un poco

avergonzada por ello.

—Tranquilizaos. Si alguna vez queréis algo especial, no tenéis más que decirlo. Al menos el último vestido os queda perfecto.

Lei agachó la cabeza hacia su ropa.

—¿Lo has hecho tú?

—La mayor parte. La zona de los pechos fue obra de mi madre, yo todavía no sé hacerlo. Pero las rosas fueron idea mía. ¿Os gusta?

Asintió repetidamente conteniendo las lágrimas. Se sentía en casa, querida por un hombre que le demostraba su amor a todas horas, y una cuñada y suegra pendientes de ella en todo momento.

—Entonces seguro que vuestro vestido de novia os... ¡No tenía que haber dicho eso! —Se reprendió a sí misma—. Mi hermano va a matarme.

—¿Estás haciéndome el vestido de novia?

Erin se arrodilló a su lado cogiéndole las manos.

—Por favor, no le digáis nada a Kendrick. Me trajo las telas y me pidió que os lo hiciera en secreto. Y a la primera voy y os lo digo.

Lei miró a su alrededor buscando el traje, pero había demasiadas telas, vestidos inacabados y otros tapados como para decidirse por uno en concreto.

—Está escondido —aclaró Erin sonriente. Lei se sonrojó agachando la mirada.

—No le diré nada.

—Gracias. —Se levantó y prosiguió con el peinado.

—A cambio de una cosa —añadió Lei.

—¿El qué?

—¿Que me cuentes qué te ha pasado esta mañana para darle esa patada a Gavrin?

Las manos de Erin dejaron de moverse a través del pelo de Lei y ésta se mantuvo quieta, mirándola de reojo. Cuando estuvo segura de no obtener ninguna respuesta, la voz de Erin la detuvo.

—¿Está muy enfadado Kendrick?

—Un poco. Y más por tu comportamiento después. Sé que no quieres servirle, pero después de lo que hiciste...

—Lo siento... —Los hombros de ella cayeron apesadumbrados—. No quería, pero es que él...

—¿Gavrin? Se ve un buen hombre.

—Sí, seguro que lo es —ironizó ella.

—Te he visto con los otros hombres y no has tratado así a ninguno, Erin. Y con Gavrin... Macbeth le contó a tu hermano que te salvó la vida cuando te tiraste de un árbol. Y después la carrera..

La chica apartó la mirada, cogiendo una de las cintas para entrelazarla con el pelo y prestando atención sólo a lo que tenía entre manos.

—Le pediré perdón, pero no me ocuparé de él.

—Kendrick lo ha ordenado. Y Macbeth igual, no sé si se les puede ocurrir otra cosa peor en caso de no cumplir.

Chasqueó la lengua mientras se apartaba de Lei después de terminar el peinado y luego se sentó en la cama.

—Si me obliga a ocuparme de él, os prometo que lo haré... de la peor manera posible. Yo no soy una mujer para servir modosita a su marido.

Lei se echó a reír dándose la vuelta.

—Erin, Gavrin no es tu marido.

Ella la miró a los ojos antes de apartar la cara. Su respiración estaba acelerada y la boca, abierta. Sus mejillas teñidas en rojo le dieron la clave a Lei. Algo podía surgir entre esos dos.

—Gracias por arreglarme el pelo. Deberías terminar de arreglarte tú y bajar a cenar.

—Enseguida voy —contestó con la voz un tanto temblorosa.

Lei se levantó de la silla y se marchó hacia la puerta, dejando a Erin pensativa y claramente desconcertada por sus propios sentimientos. Al parecer la boda no era tampoco un mal asunto para ella, si lograba darse cuenta de lo que estaba empezando a sentir por un hombre.

La cena transcurrió entre jolgorios y risas durante varias horas seguidas. Los hombres de Macbeth se mezclaron con los de Kendrick, algunos conocidos, otros nuevos. El rey se sentó con ellos en la mesa principal, en el centro, desplazando a Kendrick y Lei para cederle el lugar, por protocolo.

Erin se sentó junto a Lei en la mesa y pudo conversar con ella y aprender cosas, unas buenas, otras malas, de los hombres nuevos, a los cuales la muchacha parecía conocer bien. De hecho, más de una vez alguno de ellos se había acercado a ella para hablar o invitarla a dar un paseo y, de forma inteligente, así como ácida, los había despachado. Claro

que, después, muchos se acercaban a Lei, una vez presentados, y trataban de ganarse sus favores, provocando entonces los gruñidos y miradas enervadas de Kendrick, quien marcaba su propiedad.

Él siempre estaba pendiente de Lei tanto para la cena, ofreciéndole los mejores manjares en el plato que compartían los dos, como alejando a los demás. Prestaba atención a la conversación con Macbeth, pero su otra mitad protegía con celo a Lei de todo aquel que se atreviera a acercarse con otras intenciones que no fueran las de amistad.

Su comportamiento le hacía gracia, pero, cuando la mano de él se posó en su pierna acariciándola con descaro, tuvo que reprimirse para no alertar a nadie. Fue entonces el turno de él para reír. Lei intentó apartarlo, pero sólo consiguió ambas manos y mirarse con gran amor.

Tras la cena, las charlas siguieron dándose en grupo, tanto hombres como mujeres. Algunos se retiraron del castillo con sus mujeres o damas de compañía, mientras otros se agruparon en torno a Macbeth para escuchar historias del nuevo rey, los planes futuros para Escocia y todo aquello que quisiera compartir con ellos. Muchos debían dormir en ese salón, por lo que algunas mujeres se afanaban en barrer los desperdicios y limpiar las mesas para que pudieran pasar una noche tranquila (y, teniendo en cuenta que lo hacían por orden de Kendrick, para no tener ni un solo ratón en el castillo).

Junto a Macbeth permanecieron Kendrick, a uno de los lados, y Gavrin, al otro, a modo de guardaespaldas.

Lei se sentó junto a Erin, retiradas de las charlas, frente a una de las chimeneas que proporcionaba el calor en el lugar. Hablaban entre sí y reían de las bromas gastadas a los otros. Sin embargo, el día vivido con Kendrick empezó a hacerle mella y el calor la adormecía a pesar de querer seguir la conversación con los demás. Una mano rugosa y callosa le acarició la suya, y luego subió por el brazo hasta su hombro.

—Leilany... —susurró Kendrick. Lei levantó un poco la cabeza y los párpados, sonriéndole—. ¿Os llevo a la cama?

Hizo un ruidito echándole los brazos al cuello y apoyando su cabeza en el hueco entre el hombro y el cuello.

Se sintió alzada en el aire, unos poderosos brazos protegiéndola. Y, después, el suave contoneo, subir las escaleras y seguir adelante. Podía oír el corazón de Kendrick latiendo bajo su contacto. El sueño tiraba de ella y, aunque oponía resistencia, estar con él le hizo sucumbir. No notó cómo la

depositó en la cama, desvistió y arropó con las sábanas; tampoco cómo corrió la cortina de la ventana para impedir que entrara el viento fresco ni cómo reavivó las llamas de la chimenea para proporcionarle calor toda la noche. Y, finalmente, se perdió el beso en su frente, la caricia en la mejilla y el apretón en su mano al despedirse de ella.

Cerró la puerta con pesar por querer quedarse a su lado y avanzó por el pasillo para volver con Macbeth. En la esquina contraria, una sombra delgada de un cuerpo emergió y un escalofrío hizo que Kendrick se diera la vuelta, pero no vio nada. Entrecerró el ceño pensando que sólo se había tratado de una falsa alarma.

Los siguientes días transcurrieron repletos de actividad para todos. Tres días después de llegar Macbeth y sus hombres, el resto de invitados fueron haciendo su aparición. Siona se encargaba de organizarlos para alojarlos en el castillo y ocuparse de sus necesidades. Lei también la ayudaba en esa tarea, así como Erin, pero ésta no perdía ni una oportunidad para escabullirse e ir donde los hombres se entrenaban y combatían. Muchas veces la había pillado allí luchando con alguno, sorprendidos porque una mujer pudiera vencer a un gran guerrero.

Los preparativos se llevaban a cabo con rapidez, ayudando todas en los menesteres. El salón estaba casi decorado, con las cortinas y banderas limpias y perfumadas, así como las chimeneas y los suelos. También las flores estaban siendo preparadas por los niños del pueblo, y muchas mujeres se afanaban por ayudar con la comida que se serviría ese día y los sucesivos. Era un gran ajeteo, pero todos lo hacían con una sonrisa.

Las mujeres le explicaron acerca de cómo funcionaba el matrimonio en esa época. Al parecer no era una unión en la que el hombre pensaba en la mujer como en un objeto, o a la inversa. En ese compromiso serían compañeros, unidos en un mismo fin: encontrar su felicidad. Le preguntaron si ella había dado su consentimiento de buena fe, ya que, en caso contrario, el rey Macbeth podía negarle a Kendrick su mano por estar desamparada, sin bienes ni parientes. Menos mal que no pensaba negarse; lo amaba con locura y no permitiría a nadie separarla de él.

Por su parte, Kendrick estaba ocupado entreteniendo a los hombres. Habían ido a cazar en varias ocasiones, y a visitar otros condados cercanos con alguna pelea de por medio. Aun así, siempre encontraba un

hueco para acercarse a Lei y robarle un beso o sólo sentirla cerca de él.

El lugar preferido para asaltarla solía ser al salir de las cuadras, después de ocuparse de Fiáin, donde la atrapaba con sus brazos y daba uso de su boca, abriéndola para él.

—Tres días... —susurró estrechándola con su cuerpo—. Tres días y podré teneros a cualquier hora.

—¡Oye! ¿No importa lo que yo piense? —reprendió en un perfecto gaélico. La visita de tantas personas que hablaban ese idioma le había hecho adquirir un acento y una fluidez como si siempre hubiera pertenecido a Escocia.

Kendrick la besó de nuevo, encendiendo su pasión, percibiendo la reacción de ella al buscar mayor contacto, gimiendo por pasar a otro nivel. Se apartó con crueldad, su media sonrisa presagiando los hoyuelos.

—¿No lo querréis?

—Eres un manipulador.

Arqueó las cejas.

—¿Quién os ha enseñado esa palabra?

—La esposa de lord Dubod. Dijo que me enseñaría a ser manipuladora.

—Hubiera sido mejor casarnos sin invitar a nadie. No sabéis el poder que ya tenéis sobre mí —masculló él.

Lei sonrió feliz. Unas horas y sería la mujer de Kendrick Mackay.

—¿Dónde está Erin?

—¿Dónde crees? —insinuó inclinando la cabeza.

—Condenada hermanita... —Entrelazó la mano con la de Lei y fueron hacia donde se oía a los hombres vitorear—. Como sea mi hermana, os juro que la encierro y no sale hasta que no se hayan ido todos. Y todavía me estoy planteando dar su mano a Gavrin después de todo lo que soporta el muchacho.

El pobre de Gavrin... Lei no pudo evitar reírse por lo bajo al recordar todos los percances sufridos por culpa de Erin. Se había encargado de servirle como Kendrick le había ordenado, pero a su modo...

El primer día, al dejarle la ropa para ponerse, cumplió con lo que ya había dicho y antes la frotó con ortigas. Gavrin se puso el traje y, a los cinco minutos, todo su cuerpo estaba enrojecido y le picaba como demonios. Sin embargo, no se cambió, ni siquiera se quejó o le echó una mala mirada a Erin, a quien se le borró la sonrisa de autosuficiencia y se

aprestó a ser más ingeniosa. Y lo había logrado...

Ropa rasgada, que lo había dejado desnudo cuando entrenaba, o perfumada con un olor atrayente para los insectos. También puso en práctica otras tretas, como cuando le inundó la habitación de humo al no abrir la chimenea. Kendrick la reprendió por ello, pero no se dio por aludida y, al día siguiente, la chimenea estaba apagada y había bloqueado el tiro con unos trapos. Esa noche Gavrin tuvo que dormir sin calor.

Y la hora del baño... Gavrin había aprendido desde el primer día a bañarse antes de que Erin tuviera la oportunidad de acercarse o corría el peligro de encontrarse algo en el agua: tierra, hierbas venenosas, animales o bichos... La primera de las veces, su cuerpo se había tornado verde al echarle un pigmento transparente al agua, y su color persistió durante veinticuatro horas. O lo último.

—Sí, esta vez se ha pasado. Le dije que no le pusiera las bayas en la comida, pero no me hizo caso. Gavrin estuvo toda la tarde sin poder moverse del *garderobe*.

—¿Qué ha hecho qué? —bramó deteniéndose en mitad del camino. Lei lo miró sorprendida.

—¿No lo sabías?

—Gavrin no me cuenta ni la mitad de los problemas que le causa mi hermana. Sólo he sabido de aquello visible en él. Pero deduzco que vos sabéis muchas más cosas.

Lei enrojeció. Era cierto; Erin le contaba la mayoría de sus travesuras, no sólo para con Gavrin, sino para con otros hombres y mujeres... pero, las que se referían a él, no estaban entre sus favoritas y las evitaba, aunque las conocía por boca del propio protagonista.

Gavrin siempre acudía a ella buscando ayuda y se habían convertido en muy buenos amigos. Él le contaba acerca de su casa y su madrastra y, a cambio, ella le hablaba de su propia familia, sin mencionar el hecho de no ser de esa época, detalle que Eoin le había pedido que mantuviera en secreto. Kendrick se unía a ellos en ocasiones, pero era ése el momento en que Gavrin se retiraba.

—Es muy amable conmigo, Kendrick, y me siento bien con él a mi lado cuando hay demasiadas personas mirándome como si fuera algo raro. Además, también es amable con Erin; a pesar de todo por lo que pasa, no ha discutido con ella... y eso le molesta.

Llegaron al patio, donde los hombres rodeaban a los dos

combatientes y los vitoreaban a ambos, alentándolos para la lucha. Lulach corrió hacia ellos y Kendrick lo levantó en el aire como si no pesara nada.

—Kendrick, Kendrick, ¡es Erin!

—Demonios, ¿qué he hecho para merecer a una hermana como ella? —sollozó mientras Lei y Lulach reían.

—Pero esta vez la culpa no ha sido de ella —la defendió el pequeño—. Ha sido culpa de Gavrin, por reírse.

Tanto Kendrick como Lei se miraron boquiabiertos. ¿Estaban luchando Erin y Gavrin?

—Veréis, ella...

—Sois un insensato —siseó Erin empuñando la espada, nerviosa—. Habéis visto cómo he vencido hoy a tres de vuestros compañeros y os echáis a reír.

—Eso es porque ellos no se han dado cuenta de vuestro punto débil.

—¡Yo no tengo ningún punto débil! —gritó dando una patada en el suelo al abalanzarse sobre él.

Las espadas chocaron, produciendo pequeñas fricciones del metal. Erin sabía que su fuerza física no podía compararse con la del joven, por lo que, cuanto tuvo oportunidad, se apartó de él para atacarle en uno de sus flancos. Gavrin interpuso la espada, obligándola a replegarse y apartarse de él.

—Sí que lo tenéis —contradijo él—. Uno muy importante, que los demás verían si no fuerais vos.

—Mentís.

Gavrin atacó para sorpresa de Erin, quien defendió su posición y aguantó el tipo mientras los movimientos de las espadas, tanto altos como bajos, no permitían a ninguno distraerse.

—Vais a acabar vencido como los demás —avisó ella haciéndolo retroceder—. Se reirán de vos.

—No lo harán, porque no perderé —contestó él blandiendo la espada demasiado cerca del cuerpo de Erin, quien tuvo que dar un salto hacia atrás para impedir ser rozada por el filo.

En cuanto retrocedió, Gavrin se movió con rapidez, mayor que la de Erin, colocándose a su espalda, la espada en el cuello de ella, su otro brazo fijando el cuerpo femenino al suyo. Erin echó la cabeza hacia atrás,

apoyándola en el torso de él.

—¿Lo veis? En el momento de replegaros, protegéis vuestro frente pero no la espalda. Vuestras piernas no tienen el ángulo correcto para dejaros maniobrar con soltura y por eso habéis perdido.

Erin no podía moverse. La espada sobre su cuello imposibilitaba sus movimientos superiores: a pesar de tener todavía la espada en las manos, el brazo de Gavrin le estorbaba para maniobrar. Y, después, estaba el otro brazo: la tenía agarrada de la cintura, su ancha mano posada en la cadera. Notaba crecer el calor en todo su cuerpo, cuyo origen eran esa mano y ese brazo. Todo en ella reaccionaba al contacto, como con ningún otro hombre, chico o niño le había sucedido.

Oyó los gritos de los hombres, aplausos y aclamaciones por vencer a la pequeña diablesa. Erin se retorció en los brazos de Gavrin y éste apartó la espada del cuello por miedo a lastimarla. Aprovechó entonces para pisarlo y liberarse del otro brazo. Al hacerlo, salió corriendo con las risas de fondo.

Un golpe en su espalda lo desestabilizó, echándolo hacia delante. Gavrin se dio la vuelta y su sonrisa, creada al tener tan cerca el cuerpo de Erin y demostrarle su habilidad, se perdió al ver a Kendrick.

—Muchacho, tenéis que ser vos... casaos con ella, por favor.

Capítulo 22

—¡Ay! —gritó Lei por enésima vez—. Erin, por favor...

—Lo siento, perdonad —se disculpó separando su mano con alfileres—. Estoy un poco nerviosa.

—¿Un poco, hija? —le preguntó su madre.

Desde que había vuelto, después de la derrota a manos de Gavrin, su humor había ido de mal en peor y ahora lo estaba pagando con Lei.

Había quedado con ella esa tarde para probarse el vestido de boda y darle los últimos retoques antes del día señalado. Por eso estaba en la habitación junto a Siona y una novia con los ojos vendados, pues había tomado la decisión de que Lei no iba a ver el vestido hasta el día exacto.

—Se me pasará.

—Sí, no lo dudo, pero vais a dejar a Lei llena de marcas. Como vuestro hermano lo sepa, veréis lo que os hará.

Erin suspiró ante la risa de Lei por ese comentario. Pero tenía razón, Kendrick se enfadaría si tenía alguna herida.

—¿Qué te preocupa, Erin? —preguntó intentando animarla—. ¿El vestido no está bien?

Sabía que no era ése el problema, pero tenerla a su lado, y con todo un arsenal de agujas, podía hacer peligrar su piel. No era cuestión de aparecer en la ceremonia llena de motitas rojas.

—No, os queda muy bien, como si la tela se amoldara a vuestro cuerpo. Sólo hay que retocar un poco la parte de los hombros y acortarlo más por delante para que no os tropecéis. No es nada. Dentro de dos días estará listo; así me dará tiempo a terminar una cosa más que se me ocurrió anoche.

—¿Más cosas? —Lei estaba sorprendida por la habilidad que tenía Erin, quien, a pesar de comportarse como un muchacho, era capaz de

hacer semejantes creaciones. Discretamente había tocado el traje para hacerse una idea de lo que tenía puesto y no dudaba de que iba a ser algo maravilloso cuando pudiera verlo por completo. Pero ¿algo más para hacerle?

—Ya lo veréis a su debido tiempo, Lei. Quiero que mi nueva hermana lleve lo mejor y que todas las mujeres que hay en el castillo hablen de vos y de vuestro vestido durante generaciones.

No sabía bien si eso iba a ser buena idea o no, teniendo en cuenta que ya era la comidilla de todos por ser la «mujer que cayó del cielo».

—¿Estáis segura, Erin? ¿Podréis hacerlo? —le preguntó preocupada su madre—. Lo que me habéis dicho no es fácil y corréis el riesgo de echarlo a perder por completo.

—Probaré antes con un trozo de la tela y veré el resultado. No pasará nada. Tío Eoin me ayudará también.

—Por Dios, decidme qué vais a hacer —pidió Lei a punto de quitarse la venda de los ojos. Si iban a destrozar su vestido, antes quería verlo. La mano de Erin la detuvo.

—Ni se os ocurra, o al final os ataré las manos.

Siona rio en ese momento y fue el turno de Lei de suspirar y estarse quieta. No quería arruinar la ilusión de Erin por ver la reacción que tendría. Además, debía aguantar sólo un par de días más; lo que le quedaba no era demasiado.

A pesar de que le habían dicho lo que iba a ocurrir, los nervios iban en aumento. Esos últimos días habían recibido la visita de muchos caballeros con sus mujeres y niños, y ella no creía encajar con esa gente. Las mujeres, todas, demostraban tal habilidad con algunas actividades diarias que se sentía un poco cohibida de acercarse, a pesar de que era lo que querían y, en cuanto la veían, la arrastraban con las demás.

Al menos tenía a Kendrick para rescatarla, aunque los hombres empezaban a ocupar todo su tiempo y no era más que por la noche cuando sacaban algunos minutos para estar a solas, eso sin contar las veces que conseguían esconderse y atrapar al otro, como esa ocasión en las caballerizas.

Durante una hora estuvo con el vestido de boda puesto y, al no poder ver ni participar en las decisiones que sus costureras tomaban, se había abandonado a sus pensamientos, a recordar todo lo vivido desde que llegara a ese tiempo, a Kendrick. Era como un cuento, uno de esos libros

que leía y que parecía que jamás iba a ser cierto. Y, sin embargo, ella era la protagonista de una historia así, de una novela que esperaba tuviera final feliz.

Sonrió al recordar a Kendrick. Estaba enamorada, lo amaba con locura. Todo en él era la perfección, lo que siempre había buscado en un hombre. Le fascinaba la forma en que la miraba, cómo hacía que se sintiera la mujer más poderosa del mundo, capaz de postrar a sus pies a un guerrero de tal calibre. Ella era... inmensamente feliz.

—¿De qué os estáis acordando, Lei? —Su nombre hizo que se asustara un poco. ¿Había pasado mucho tiempo desde que había dejado de prestar atención a la conversación de las dos mujeres?

—Perdón, ¿decías?

—Os preguntaba cuáles eran los pensamientos que habían formado esa sonrisa en vuestro rostro.

Volvió a sonreír y notó que empezaba a quitarle el vestido. Al parecer habían acabado.

—Tu hermano —contestó ella con una voz que casi no se reconocía, mezcla de deseo, anhelo y felicidad.

—¿Estar... estar enamorada es tan bonito?

Lei se detuvo cuando trataba de sacar una de las piernas del vestido apoyándose en Erin. ¿Le estaba preguntando cosas sobre las relaciones entre hombres y mujeres? ¿Erin? ¿Su Erin?

—Esperad, guardo el vestido y os quitáis la venda.

—Vale —accedió ella. Esa pregunta era mejor contestarla mirándola a la cara.

Oyó el sonido de la fricción de la tela y cómo apartaba otras, cómo se movía con celeridad por toda la habitación, seguramente eliminando todo rastro del vestido o lo que pudiera darle pistas de cómo era el mismo. Tenía mucha curiosidad por saber cómo era, pero no iba a arruinar los deseos de Erin, así que se mantuvo quieta hasta que notó las manos de ésta aflojando la venda y pudo empezar a ver la claridad que ya se esfumaba por la ventana y las velas que ahora daban paso a la iluminación de la noche.

—Ahora mucho mejor. Gracias.

—De nada. Y no pasa nada si no queréis responder la pregunta; en realidad es una tontería. ¿Qué voy a hacer yo con una respuesta así? Sería...

¿Era ella o notaba que Erin estaba demasiado alterada? Echó un vistazo alrededor y se dio cuenta de que Siona ya no estaba allí. ¿Haría mucho que se había ido?

—Erin... Erin, escucha —la cortó ella—. Esa pregunta no es una tontería y con gusto te la responderé. Déjame vestirme antes.

—Claro. —Se apresuró a acercarle el vestido y Lei se lo puso lo más rápido que pudo. La notaba deseosa de saber cosas y no iba a hacerla esperar demasiado, pues intuía que eso tenía algo que ver con lo que había ocurrido en esa pelea con Gavrin.

—Verás, la felicidad puede llegar a la vida de muchas formas. A veces puede ser porque vives con todo lo que te gusta, o que te ocurran siempre cosas buenas. Pero la felicidad que te da el amor... es diferente. Es como si... —no sabía si lo que iba a decir lo entendería, pero se aventuró a ello—, como si se te llenara de mariposas el estómago y todas revolotearan contentas en tu vientre cuando apareciera esa persona especial. —Esperó a que la cara de Erin diera algún signo de entender, pero lo único que consiguió es que se echara la mano al vientre y bajara la cabeza, quizá esperando que de él saliera alguna mariposa—. Son mariposas que no se ven, que no son reales, Erin. Estar enamorada te da poder para vencer cualquier cosa, para...

—¿Vencer a cualquier oponente? —La interrumpió ella.

—Sí, o al menos intentarlo con todas tus fuerzas. Se dice que el amor lo puede todo, que una persona que se siente así puede conseguir aquello que pensaba que nunca lograría... sólo porque tiene quien confía en ella.

—Eso quiere decir que estar enamorado os da más poder... —masculló ella haciéndose una idea equivocada.

—No es así, Erin —trató de explicar—, no es esa clase de poder que estás pensando.

—¿No?

—No. El poder que tienes es el del amor, el de hacer cosas por la otra persona para que se sienta bien.

—¿Ser su criada?

Los ojos de ella se habían abierto de par en par ante esa revelación. ¿Estar enamorado significaba ser dependiente del otro?

—¡No! —Le estaba costando explicarle las cosas—. ¿Recuerdas cuando tu padre volvía de las batallas? ¿Te acuerdas de lo feliz que eras?

—¡Claro! Padre venía corriendo a caballo y bajaba de un salto,

abriendo luego las puertas de par en par sin darnos tiempo a llegar. Entonces cogía a madre y la besaba con mucha intensidad para después venir a por nosotros.

—¿Eso era felicidad? —prosiguió Lei.

—Sí. Adoraba cuando mi padre llegaba, y quería estar siempre a su lado.

—¿Y te pedía agua? ¿O le pedías tú pasar tiempo con él?

—Sí... —afirmó un poco dudosa acerca de hacia dónde estaba tomando dirección esa conversación.

—Pues con una pareja pasa lo mismo. No es que sea como un padre, pero, los sentimientos que tienes para con un padre, una pareja los multiplica. ¿Recuerdas cuando te enfrentaste a Sean por tu madre? —Erin asintió—. Pues imagina que, si hubiera sido la persona que amas, no te hubiera importado morir sólo porque no le hicieran más daño a la otra persona.

»El amor por una pareja hace que, cuando la ves, se te iluminen los ojos porque esa persona que más quieres está a tu lado. Y, si te mira, parece que vas a estallar de felicidad, pues notas todo tu cuerpo repleto de un sentimiento tan puro que, dependiendo de cómo seas, podrías ser capaz de salir corriendo y agarrarla, besarla delante de cualquiera y provocar lo mismo en ella. Una caricia, una palabra suya... te hace la mujer más afortunada del mundo.

—Entonces es una gran felicidad... —murmuró ella haciendo que Lei volviera de esos pensamientos que tenía. Rio un poco antes de torcer el rostro y fijarse en Erin.

—¿Sientes algo así por alguien?

—¿¡Yo!? ¡Ni por todos los tesoros del clan! —chilló levantándose de la silla donde había estado sentada escuchando pacientemente a Lei—. Sólo preguntaba por curiosidad, no por otra cosa.

—¿Y esa curiosidad tiene nombre de hombre? —inquirió ladina. Erin enrojeció al momento.

—¿¡Gavrin!? ¡Por favor, ése no es más que un lacayo de Macbeth! No me llega ni a la suela del zapato. No podría ser su mujer ni aunque los dioses lo ordenaran.

—Y, sin embargo, te ganó... Creía que le habías dicho a Kendrick que sólo el hombre que te venciera en una batalla podría ser digno de pedir tu mano en matrimonio.

Erin se quedó callada. Hacía un tiempo que había dicho eso, cuando no pensaba que hubiera un hombre capaz de lograrlo. Y ahora... El rostro del muchacho, la forma en que le había susurrado al oído cuando la tenía atrapada. No había podido quitarse de encima esos recuerdos y seguían incomodándola, haciendo que estuviera furiosa y a la vez queriendo verlo de nuevo. No entendía lo que le sucedía...

—A veces el amor llega cuando menos lo esperas —le dijo Lei.

Tras unos minutos en silencio, Lei decidió dejarla sola para que pensara un poco. Estaba claro que lo ocurrido ese día había hecho que despertara en ella un sentimiento nuevo, algo que todavía no controlaba, de ahí que hubiera estado más torpe y distraída de lo normal. Ahora necesitaba meditarlo todo en soledad, poner en orden su cabeza y, sobre todo, descubrir si realmente podía llegar a sentir algo por Gavrin.

Giró en la esquina para ir a su habitación, pero se detuvo cuando vio que, en la puerta de sus aposentos, había varias mujeres, quizá esperando a que ella abriera la puerta para entrar. Llevaban días queriendo instruirla en el matrimonio y, si bien ella lo agradecía, porque era una época totalmente diferente de la suya, quería un descanso, lo necesitaba.

Dio un paso atrás con todo el cuidado que pudo, y otro más, separándose de las demás. Rezaba porque no miraran hacia donde estaba hasta que llegara a la esquina y pudiera ir por otro lugar, cuando alguien la atrapó, cerrándole la boca para impedir el grito que se le escapaba, y la empujó más rápido para salir de la vista de las otras.

—Soy yo, Gavrin —la avisó para que dejara de forcejear ante su agarre.

—¿Gavrin? —dijo como pudo.

Éste apartó la mano, dejándola darse la vuelta y verificar que realmente era él.

—¿A qué viene esto?

—Lo lamento profundamente, señora. Es que vi que tratábais de alejaros de esas mujeres y estabais tan concentrada en ello que sopesé que, si en ese instante os decía algo o nos cruzábamos, del susto os pondríais a gritar, así que era la única forma de que no os descubrieran.

En eso llevaba razón, pues, en esos momentos, cualquiera hubiera hecho que saltara asustada y los habría alertado a todos.

—Gracias, entonces. Pero ¿qué haces aquí? —le exigió.

Esa parte del castillo estaba destinada sólo a la familia de Kendrick y

no habían dejado que nadie se instalara en la misma para preservar, sobre todo, a Erin, como mujer casadera de la casa Mackay. En cambio, Kendrick sí tenía que lidiar con los más allegados, como el propio Macbeth y algunos de sus compañeros de viaje, como Gavrin.

—Quería preguntaros... —se despeinó el cabello en un gesto nervioso—, bueno, es que no sé si lady Erin está bien o si le hice daño en el combate... Yo...

Lei sonrió intentando aguantarse la risa. Primero una, y ahora el otro. ¿No se daban cuenta de sus sentimientos? A su mente llegaron los muchos problemas que le había puesto a Kendrick para casarse y no pudo evitar soltar algunas risillas.

—Ella está bien, no tiene nada de lo que preocuparse —lo calmó—. Eres la primera persona que la ha vencido y eso hace que esté más irascible, pero, cuando se le pase, verás que no hay problema. Seguirá siendo la Erin de siempre. —Se sorprendió ante la sonrisa de alivio del rostro masculino y esos ojos brillantes.

—Me alegro. Y de nuevo me disculpo por ese atropello.

Lei alzó la mano para detenerlo.

—Soy yo la que te está agradecida. Me has librado de una buena. —Miró la ventana, fuera ya casi oscurecía—. Será mejor que vaya a buscar a Erin para ir a cenar. Espero verte allí —se despidió sin moverse. Tampoco era cuestión de indicarle cuál era la habitación de ella.

Gavrin captó el mensaje implícito e hizo una pequeña reverencia antes de marcharse de ese pasillo. Torció hacia un pasillo que conducía al gran salón y, antes de que ella se volviera para irse, vislumbró a un hombre en la distancia vestido de negro que la observaba mientras caminaba. Algo en su interior le hizo retroceder un poco y poner más distancia hasta que éste desapareció.

Sólo entonces Lei se acercó donde había dejado a Erin. Tocó a la puerta y, al no obtener respuesta, repitió la acción, llamándola esta vez antes de abrir y ver si estaba dentro.

—¿Lei? —sorprendida por tenerla allí de nuevo, Erin abrió del todo—. ¿Pasa algo? ¿Os encontráis bien?

—Estoy bien. Pero es la hora de cenar, ¿no crees? Debemos bajar y, sinceramente, prefiero ir acompañada de ti antes de que me cojan las otras mujeres... —explicó ella obviando la presencia de ese otro caballero.

—Claro. No sabía que ya era tan tarde.

Salió de su cuarto y ambas empezaron a caminar hacia el salón entre conversaciones y risas. Parecía que Erin había vuelto a ser esa chiquilla que era y a ella le venía bien eso.

Tuvieron que dar algunos rodeos para evitar encontrarse con los invitados que había (quienes les contaban varios secretos de los que ella era conocedora), por lo que finalmente llegaron al salón cuando ya casi todos estaban sentados.

Nada más entrar, muchos de los hombres se pusieron de pie por su presencia, no sabía si por Erin o por ella. Vio que Kendrick también se levantaba y abandonaba su puesto para ir a su encuentro. Embobada como estaba, con sus ojos fijos en una sola persona, el que sería su marido en poco tiempo, no notó los vítores que dieron algunos ni los labios calientes y húmedos por el alcohol hasta que las manos la pegaron más a su cuerpo, dejándola conocer el estado en el que estaba.

—¡Kendrick! —se avergonzó ella.

—¿Y qué le hago? —interrogó él, inocente. Las carcajadas de sus invitados hicieron que Lei quisiera esconderse entre su cuerpo—. Vamos, la comida se enfriará. —Le cogió la mano y avanzó con ella pero, a pocos pasos, tanto Lei como Kendrick se volvieron. Erin no se había movido—. ¿Erin?

—¿Qué hace ése ahí? —inquirió ella refiriéndose de forma despectiva a una figura que estaba sentada en la mesa principal junto a Macbeth. La mirada que le echaba era de auténtico asco, como queriendo acabar con su vida en ese mismo momento.

—Tened un poco más de respeto por mis invitados, mujer. Él es bienvenido a nuestra mesa y se ha ganado el derecho de tal honor después de vencer a la hermana del laird y de que ésta se portara de manera tan infantil.

—¡Yo no soy una niña! —exclamó cruzándose de brazos y apretando sus labios como si de una cría se tratara.

—Vamos, Erin, ¿acaso tienes miedo de estar cerca de él? —la retó Lei. Sabía que ella no sería capaz de rechazar un desafío y, teniendo en cuenta que todos en el salón los estaban mirando, cuanto menos tuviera que imponerse Kendrick mejor sería, pues las rencillas entre las casas podían hacer que los lairds utilizaran los puntos débiles de unos y otros.

Erin la miró como si no pudiera creer lo que había dicho y avanzó haciendo que ambos se apartaran antes de ser arrollados. Vieron cómo se

sentaba a la mesa, al lado de su madre, y, al saludarla Gavrin, ésta le giraba la cara con altivez.

—Dioses, dadme fuerza para aguantar a mi hermana... —susurró Kendrick atrapando el codo de Lei para conducirla a la mesa. Ella sólo acarició su mano. Iba a necesitar mucha paciencia.

—Gavrin —llamó Macbeth—, contadme vos lo que ha pasado. Me han llegado noticias acerca de que habéis sido capaz de vencer a Erin.

—No fue nada, sire —evadió él.

—¿Nada? —intervino Kendrick—. Diantres, le disteis una buena lección a mi hermana para que se dé cuenta de que no es invencible.

—Yo no diría tanto... —se justificó Gavrin—. Estoy seguro de que, una vez omita el error, volverá a ser difícil vencerla.

—Dicen que, de una boda, sale otra boda —murmuró echando un trago de su copa antes de atacar la carne del plato.

—Quizá no vayáis desencaminado, Macbeth. Quizá... —afirmó Kendrick.

Los dos rieron con energía mientras Lei miraba de reojo a Erin. Estaba conteniéndose, pero ¿por cuánto tiempo? Varias veces había tratado de cambiar de tema para relajar un poco el ambiente que, sabía, era bastante tenso entre los dos jóvenes, pero ni Kendrick ni el rey de Escocia eran capaces de darse cuenta de ello.

La cena de esa noche era muy diferente de las anteriores. Según Siona, sólo faltaban una o dos familias por llegar, lo cual significaba que ya estaban casi todos allí. Por ese motivo, tanto las comidas como las cenas eran abundantes: carnes, verduras, frutos, pescados... manjares exquisitos que ni siquiera había visto antes, ni probado; le preguntaba algunas veces a Erin, pero ni siquiera esa distracción la apartaba de tener sus oídos puestos en la conversación de los hombres.

Y es que, desde donde estaba sentada, tenía que prestar mucha atención. En el centro estaba Macbeth, como máxima figura del lugar y, al lado derecho, Kendrick y Lei. Al otro lado estaba Siona y, a continuación, Gavrin; en el último asiento del extremo contrario, Erin.

Eoin se había excusado de la cena y los días anteriores a la misma para la preparación de la ceremonia. Mientras, Drough y su esposa se encontraban en las otras mesas, disfrutando de la compañía de amigos,

familiares y conocidos de esa y otras tierras.

—Erin es ya casadera, sin duda... —comentó Macbeth—. Vos mismo me dijisteis meses atrás que tendríais que ocuparos de buscarle un marido, ya que los dioses bien saben que debe casarse pronto.

—Lo sé, sire. Pero tal carácter incorregible...

—Bueno, ahora que Gavrin la venció, seguro que podéis pensar en él como en un buen partido. Recordad que tiene mi bendición a...

—¡Pero no la mía! —gritó exaltada. Todos miraron hacia ella, de pie y hecha una furia.

—¡Erin! ¡Contened vuestra lengua! Estáis hablándole al rey de Escocia delante de todos —gruñó Kendrick alertado por la forma en la que estaba dirigiéndose a Macbeth. Si las cosas seguían así, tendría que imponerse y no quería hacerle daño a su hermana.

—¡No! ¡No voy a quedarme sentada mientras decidís mi futuro como si no tuviera nada que decir!

—Sois una mujer, Erin, vos no tenéis...

Las cejas de ella se elevaron amenazando a su hermano.

—¡Haré lo que me dé la gana! —replicó haciendo que todos se volvieran hacia ellos—. Y no voy a casarme con... —señaló con su dedo a Gavrin y sus ojos se encontraron—, con... con... ¡No pienso casarme! —exclamó al final rompiendo la conexión entre ambos. Se alejó de la mesa y Kendrick y Gavrin se levantaron al unísono, ambos siguiendo los pasos de Erin.

Lei se apresuró a interponerse ante Kendrick para apaciguarlo un poco y, al mismo tiempo, detenerlo.

—Espera... —le murmuró más bajo.

—Dejadme, mujer. Esto ha sido demasiado. Debe pedirle disculpas a Macbeth y a Gavrin antes de que...

—Lo sé, pero Gavrin va a por ella. Déjalos que hablen a solas. Lo necesitan.

Kendrick miró a Lei y le acarició la mejilla. Sus ojos le contaban que sabía algo más de lo que él aún no era conocedor. Asintió y volvió a la mesa, retomando la comida. Poco a poco los demás hicieron lo mismo.

—Gracias —le susurró Siona, a su lado—. El comportamiento de mi hija esta noche puede acarrearle problemas a Kendrick, hablaré seriamente con ella. Es extraño; a pesar de obrar como si fuera hombre, pues su padre la educó así, en esta ocasión ha llegado muy lejos.

—Sí, coincido contigo. Pero está alterada, necesita lidiar con lo que tiene en la cabeza.

—¿Creéis que ella y Gavrin...? —Lei asintió sonriendo—. Ojalá y los dioses os escuchen. Sería toda una bendición.

—¡Déjame en paz! —le espetó volviéndose para hacer frente a Gavrin.

—¿Qué tenéis conmigo? ¿Os he agraviado en algo?

—¿Vos? —Se echó a reír—. Debería ser al contrario, ¿no creéis? —Gavrin no entendió a qué se refería, así que ella siguió hablando—: La ropa, la comida... Mientras siga teniendo que serviros, voy a haceros pasar los peores momentos de vuestra vida, así que... ¿por qué no terminamos de una vez? Quiero la revancha; si os gano, vos os alejaréis de mí y se acabará ser vuestra doncella particular.

—¿Y si soy yo el ganador?

—¿Qué queréis? Puedo serviros sin daros problemas. Me portaré bien. —Vio que Gavrin se aproximaba y retrocedió hacia la pared—. ¿Dejaros vivir?

—¿Dejarme vivir? —Rio.

—No pienso perder. La otra vez sólo tuvisteis suerte, pero no habrá segunda.

—¿Estáis segura?

—Sí —contestó, rotunda—. Soy mejor que vos en todo.

—¿Incluso en besar?

No le dio tiempo a replicar, apesada entre la pared y su cuerpo mientras él se hacía cargo de sus labios. Gavrin le agarró las manos para que no lo golpeará y apartó otra zona más sensible de su alcance. Notó el sabor metálico de la sangre en su boca al haberlo mordido, pero no le importó, siguió exigiéndole más hasta que, en un instante, la reacción de Erin cambió; su pasión se encendió, devolviendo el beso que él le había dado con tanto deseo que él se llenó de júbilo al ver que no era tan indiferente a su persona como quería demostrar.

Se apartó a pesar de que aún quería más y observó su rostro. Era la viva imagen de la lujuria... sus mejillas encendidas, los ojos entornados, su boca buscando el aliento que le faltaba mientras todo el cuerpo se le estremecía.

Dio un par de pasos atrás para cerciorarse de que no fuera a caer en ese momento y, satisfecho, giró y se marchó por donde había llegado. Al final del pasillo, Lei avanzaba hacia donde habían estado ellos segundos antes.

Le sonrió y siguió su camino, pero ella ya sabía que algo había ocurrido.

Gavrin subió los escalones hacia donde se encontraba su habitación. Por el pasillo atisbó a un sirviente al que no le prestó demasiada atención hasta que éste pronunció su nombre sin ningún título, una falta de respeto por su parte.

Se volvió para increparlo por sus modales y quedó perplejo.

—Padre... —logró articular.

Capítulo 23

Barthas lo miró de arriba abajo. Llevaba buenas ropas, de calidad, con el escudo de Macbeth como rey de Escocia. A punto estuvo de escupirle y echarle en cara que pudiera vestir con semejantes ropajes, pero entonces recordó que había enviado a su hijo con una misión, meta que parecía no estaba teniendo demasiado éxito por los rumores que corrían acerca de la hermana de Kendrick Mackay.

—Padre, ¿qué hacéis vos aquí? Si os descubren...

Barthas lo abofeteó con fuerza, haciendo que girara la cabeza. Inconscientemente echó mano al lugar donde se debía encontrar la empuñadura de su espada, vacía en ese caso al estar dentro de un castillo que no era el suyo. Correspondía al clan Mackay dar la seguridad a todos sus invitados y sólo unos pocos podían permitirse el lujo de llevar sus armas. Sin embargo, ese gesto no le pasó desapercibido a su padre, quien lo cogió de la camisa para estamparlo en la pared.

—¿Os atreveríais a levantar de nuevo la espada contra vuestro propio padre, asqueroso malnacido? —Gavrin se mantuvo callado. Era mejor eso que decirle lo que realmente pensaba.

En su lugar, le mantuvo la mirada esperando que hiciera su siguiente movimiento. No le importaba, iba a aguantarlo. Y cuando pudiera...

—¿Qué hay del plan? ¿Lo estáis llevando a cabo? —preguntó.

—Sí.

—¿Y cuándo veré resultados? Ese bastardo se casa en apenas dos días, no creo que seáis capaz de seducir a esa ramera y convencerla para asesinar al que será su marido. ¿O habéis ideado algo en esa poca cabeza que tenéis? —Gavrin apretó los dientes—. Quizá debería haber traído aquí a vuestra madre para demostraros de lo que soy capaz —amenazó.

—No se os ocurra tocarla de nuevo —siseó él con rabia.

—Entonces cumplid con lo que os ordené. O lo haré yo de alguna forma —atacó soltándolo.

Lo dejó aturdido, sin saber qué hacer. Barthas abrió la puerta y se fijó en que David estaba allí. Seguramente habría estado montando guardia por si alguien aparecía, para poder avisarlo. Debía tener cuidado con ese hombre... mucho cuidado.

Dos días después

Había llegado el gran día. Después de mucho tiempo, era la fecha acordada y la boda daría paso a un nuevo estatus de solteros a casados para Lei y Kendrick. Los preparativos habían sido terminados la noche anterior y, esa mañana, sólo debían dedicársela a ellos mismos.

Desde el amanecer anterior no había podido ver o estar con Kendrick, separados por los propios invitados para que el encuentro en la ceremonia fuera más especial. Pero eso sólo la ponía más nerviosa, pues no dejaba de pasearse por su habitación a pesar de estar rodeada de mujeres que querían darle montones de consejos, de trucos incluso, para ejercer bien su papel de mujer de un laird.

—Tranquilizaos, Lei, lo haréis bien —le dijo Erin a su lado. Se había ido a una esquina mientras discutían de los trucos que les servían mejor a ellas para controlar a sus maridos y, al mirar la ventana, sopesaba si era mejor tirarse por ella o lanzar algo por la misma para llamar la atención de alguien que le prestara ayuda.

—¿No tiene Eoin que enseñarme nada más? —suplicó ella—. ¿Algo que me saque de aquí?

Erin rio ante el comentario. Aún faltaban unas horas para poder empezar a vestirse. El día anterior, el druida la había hecho llamar y le había pedido que hiciera algo especial en el salón con todos los invitados. Había llevado una jarra de agua con un cuenco y se lo había ofrecido a Kendrick para que éste se lavara las manos. La mirada que él le había regalado había sido única y más tarde descubrió que ese simple gesto implicaba que ella lo amaba y quería enlazar su vida con él. Al aceptarla, Kendrick también daba respuesta a ese amor. Y a partir de ese momento no lo había vuelto a ver... ¡Le hacía falta!

—No hay mucho más, os ha explicado en qué consiste la ceremonia y

también lo que va a pasar, o a intentar pasar. Sabéis que, hasta que no empiece a ocultarse el sol, la boda no empezará.

Lo sabía. Las bodas en esa época eran algo diferentes de las que había leído en los libros. La suya iba a celebrarse durante la noche, con la luna llena, en los inicios del bosque. Le habían llegado algunos comentarios acerca de un círculo que Eoin estaba consagrando y bendiciendo para que los dioses protegieran la unión. El último paso para hacerlo implicaba aportar una ofrenda y, como ella no tenía nada, iba a cortarse un mechón de su pelo. ¿Qué daría Kendrick?

Tenía ganas de estar ya allí y celebrar la ceremonia, pero le daba miedo que, por algún juego del destino, se desvaneciera antes de llegar, o incluso que saliera mal la unión y volviera a su época. Eso sería un tormento...

—¿Lei? —Ella se volvió hacia la voz que la había llamado—. ¿Estáis bien? —preguntó Erin. Asintió y miró por la ventana. Comenzaba a anochecer—. Es hora de prepararos.

—Sí.

Erin empezó a echar a todas las mujeres de la habitación para tener espacio para moverse y poder ayudarla a maquillarse, peinarse y colocarse el vestido. Ya le habían traído la corona que debía llevar, hecha por los niños con ramitas y flores ese mismo día. También Kendrick debía llevar una, pero, a diferencia de la de él, la suya iría con un velo que sólo levantaría su esposo cuando la ceremonia terminara.

Cuando la habitación quedó desierta, Lei suspiró aliviada. Le gustaba la gente, pero le habían dado demasiada información y no sabía qué hacer con ella.

—Olvidad lo que hayan dicho, es lo mejor —le comentó Erin cerrando la puerta después de haber ido a su habitación. Traía consigo un trozo de tela envuelto en otro que ocultaba el primero—. Por favor, cerrad los ojos por última vez. Prometo que, cuando termine, os dejaré veros.

—Erin... —se quejó ella. Quería ver ya ese vestido de novia que había hecho su futura hermana.

—Por favor... —Lei miró hacia arriba y cerró los ojos ante la petición. Sintió la gasa con la que iba a vendarla y se mantuvo quieta hasta que la fijó, cegándola temporalmente—. Vale, primero os pondré el vestido y, después, me ocuparé de vuestro peinado.

—De acuerdo.

Lei se dejó hacer. Tampoco podía hacer mucho, a ciegas como estaba. Notó de nuevo la tela sobre su cuerpo, una vez la desnudó Erin, y se estremeció, pues sabía que, en ese momento, el traje iba a cambiar su vida, iba a formalizar una relación que jamás hubiera pensado tener... no porque fuera de otro tiempo, sino porque realmente tenía una.

Durante unos minutos, que se hicieron muy largos, la sentía amoldando el vestido a su cuerpo, sujetando, apretando y haciendo mil cosas que ella no entendía pero que quería que finalizaran para poder quitarse la venda.

—Ya podéis retirárosela —le indicó Erin al cabo de un momento.

—¿Ya? —¿Ahora estaba dudosa de si hacerlo o no? La magia del misterio era mucha, pero ¿y si lo que veía no le gustaba? ¿Y si era horroroso?

—Vamos, Lei, estáis preciosa.

Se le escaparon unas risitas y respiró profundamente antes de levantar la venda. Con los ojos aún cerrados, fue abriéndolos lentamente, con la mirada hacia el suelo.

Lo primero que vio, en su reflejo frente al cristal, fueron sus pies, aún descalzos. Sabía que había unas zapatillas, pero todavía no se las había puesto. Sin embargo, ya podía ver algo del traje, con un corte ondulado; la tela, entre blanca y dorada, parecía hacer ondas por toda la falda, la parte de atrás mucho más larga que la de delante. Siguió subiendo, conteniendo la respiración al ver que, bordadas, tenía algunas flores y una herradura incluso, en la que se enredaban las ramas y tallos de muchas rosas. No era un vestido ostentoso, era suave y caía ligeramente por sus piernas.

Llegó a las caderas para ver un pequeño cinturón ancho en un trenzado dorado del que salían hebras plateadas para, más arriba, seguir con el propio conjunto ceñido en la zona de los pechos, realzándolos, y acabar en un cuello de pico que apenas dejaba sus senos cubiertos. Los hombros presentaban un ribete del mismo material que el cinturón, y las mangas llegaban hasta el codo; una vez allí, sobresalía una larga tela, que caía casi hasta la altura de los bajos del vestido. Toda la tela parecía brillar en matices blancos y dorados conforme se movía o lo hacían las luces que iluminaban el lugar.

—¿Qué tal? —preguntó Erin.

—Es... —Se había quedado con la boca abierta; no tenía palabras para expresar cómo se sentía en ese instante. El vestido era tan hermoso que

parecía afear a cualquiera que lo mirara.

Lei se volvió hacia ella con lágrimas en los ojos y la abrazó. No podía decir nada, pero de algún modo quería demostrarle lo mucho que le agradecía haber hecho un diseño como ese.

—Vamos, ahora queda el peinado y algo de color en el rostro. Voy a hacer que todas las demás os tengan envidia.

Ambas rieron y continuaron los preparativos.

Cuarenta minutos después, Lei abrió la puerta de la habitación para encontrarse, de pie, a Kendrick. Se lo quedó mirando impresionada por el traje que llevaba, en el que destacaba una falda escocesa, el *kilt*, con los colores de la casa Mackay, a la cual representaba. Eso dejaba sus torneadas piernas al aire, y los pies ataviados con unas sandalias de esparto. En la parte de arriba vestía una camisa blanca sobre la que cruzaba un trozo de tela del mismo color que el *kilt*. Una corona de flores y ramas coronaba su cabeza, el cabello recogido en una coleta.

—Estás...

—Estáis...

Hablaron los dos al unísono.

Podía sentir el hambre en los ojos de Kendrick, las ganas de introducirla en la habitación y encerrarse para saciarse. Ella misma tenía problemas para controlarse, pero sabía que, con el velo en el rostro, a él le sería difícil ver su mirada.

—¿No deberías esperarme junto a Eoin? —preguntó, con un tono de voz mucho más ronco de lo normal, detalle que no pasó inadvertido a Kendrick.

—En nuestras bodas, los dos novios entran en el círculo al mismo tiempo. Si tuvierais un padre, podría haberse hecho que él os entregara, pero, al no tenerlo, soy yo quien os conduce a una nueva vida.

—Entiendo. —Kendrick se acercó un poco más y le susurró.

—Aunque, por mí, la boda se haría más tarde.

Lei jadeó ante el comentario, más cuando notó la mano de él en la cintura y luego su palma bajando hasta el trasero, presionando un poco, haciéndola que respingara.

—Dejad esas cosas para después de la ceremonia. Nuestro tío se preocupará si no vamos ya —los regañó Erin.

—Tenéis razón. ¿Vamos?

Kendrick le ofreció la mano y ella posó la suya, entregándose. Quería eso. Quería a Kendrick. Con locura.

—Eoin nos logrará vincular, Leilany, no nos separarán.

Ella lo miró.

—Eso espero, Kendrick. Eso espero.

Se fijó entonces en el camino que tenía por delante. Desde que había salido de su habitación, el suelo estaba cubierto de pequeños pétalos de flores que marcaban un trayecto hacia el exterior. Erin había salido corriendo, dejándolos a ellos solos, por lo que suponía que eso era algo exclusivo para los novios, ser conducidos a través de ese pasaje formalizando el vínculo que estaban creando.

Bajaron las escaleras y prosiguieron hasta atravesar las amplias puertas del castillo; de ahí, dieron un giro alrededor para, después, comenzar a ir en dirección al bosque, que se hallaba a pocos metros del castillo de Kendrick. A lo lejos ya se oían las voces de los invitados y una más profunda, casi de otro mundo, que entonaba unos cánticos a los que respondían los otros.

—Ése es Eoin. Está purificando a los invitados.

—¿Y eso cómo se hace?

—Ni idea. Tendréis que preguntárselo a él y aun así no lo entenderéis —se agachó un poco para que no se oyera lo que decía—, ni si sirve de algo.

Lei sonrió ante ese comentario.

Observó que ya se veía a varias personas esperándolos, al principio hablando entre sí, pero, en cuanto fueron avisados de su presencia, callados y dirigiendo sus miradas a la pareja. Titubeó un poco por miedo a hacer algo que no debía y notó cómo Kendrick le apretaba la mano suavemente para infundirle fuerza.

—Estáis conmigo. Nada ni nadie va a separarnos y me importa poco lo que digan los demás. Por mí, acabaría antes si pudiera cogeros en brazos y correr hacia el círculo... De hecho...

—¡Kendrick, no! —exclamó cuando se vio alzada. Se agarró a su cuello para no caerse al iniciar la carrera, acompañada de exclamaciones y carcajadas de los presentes. Hasta Lei reía y sabía que también él lo hacía por la vibración de su pecho.

En segundos se encontraron dentro del círculo sagrado, donde la

bajó al suelo y sonrió altivo a su tío, quien esperaba con las cejas alzadas pidiendo una explicación que su sobrino no pensaba darle. Siona no tenía un gesto muy simpático, al contrario que Macbeth.

—En el círculo, sólo el druida de la ceremonia puede tocarnos —le informó Kendrick.

Por eso nadie se había acercado aún a ellos.

—Empecemos, pues... —comentó Eoin blandiendo su mano hasta fijar la atención en un fuego que había cerca—. ¿La pareja presente tiene ofrendas para los dioses?

—Sí —respondieron los dos.

—Así sea. —Esperó a que ellos sacaran sus regalos y se quedó sorprendido al ver que, de la ropa de Kendrick, aparecía una pieza de tela negra con una forma desigual, muy extraña.

—¡Mi sujetador! —gritó Lei al reconocerlo.

Kendrick se volvió a ella y le sonrió.

—Es mi pieza más preciada. Y ahora la ofrezco por pasar una vida y una eternidad con vos.

La había dejado sin palabras, incapaz de replicarle o pedírselo de vuelta. A cambio, asintió queriendo decirle mucho más con ese gesto.

Por su parte, cogió la daga que Kendrick llevaba en el muslo de la pierna y, con cuidado de no romper el velo, cortó un mechón de su cabello.

—Es lo único que tengo de mi posesión para ofrecer a los dioses y que me den una vida a tu lado —declaró dando su ofrenda a Eoin.

—Así sea —sentenciaron los tres.

Eoin se acercó al fuego murmurando palabras en un idioma muy antiguo que Lei no pudo entender y echó ambos objetos en él, esperando todos que fueran aceptados y consumidos. Sólo entonces se separó de las llamas, entrando en el círculo con ellos.

—Unid vuestras manos.

Tal y como Kendrick le había enseñado, cada uno cogió la mano contraria del otro, formando así un ocho horizontal, el símbolo de la eternidad. Sus ojos debían estar fijos en el otro en todo momento.

—Nos reunimos aquí familiares, amigos y compañeros para presenciar un rito sagrado en esta zona consagrada. Que los poderes que conocemos y las fuentes del amor sean llamadas a este lugar por todos para dotar esta unión de la fuerza necesaria para que no sea rota.

»Abrámonos todos a los dioses, que bendicen este matrimonio. ¿Venís aquí por voluntad propia?

—Así es —contestaron ambos.

—Que nuestras plegarias se eleven hacia las cuatro direcciones, que los espíritus del Este, del aire, nos dejen sentir su aliento. Decidme, pareja, ¿os amaréis y honraréis aun en tiempos de incertidumbre, cuando los vientos vayan en contra?

—Sí, lo haré —dijeron de nuevo los dos.

—Que los poderes del Este os envuelvan y bendigan para encontrar el vuelo y el camino aun cuando éste sea en contra y no parezca haber final feliz.

Una suave brisa procedente del Este los acarició, para sorpresa de Lei, que se volvió esperando ver a alguien que lo hubiera provocado con algún gesto. Pero no había nadie. Volvió a centrarse en la mirada de Kendrick y Eoin continuó.

—Llamamos ahora a los espíritus del Sur, los del fuego, que nos hacen sentir su poder a nuestro alrededor. ¿Todavía os amaréis y honraréis cuando las llamas de la pasión disminuyan en vosotros?

—Sí, lo haré —respondieron.

—Sed bendecidos por los poderes del Sur para que esa pasión que demostráis siga resplandeciendo e iluminando vuestra casa para llenaros del calor del amor.

El fuego que antes habían utilizado para las ofrendas crepitó con sonoridad, pero Lei trató de no apartar la mirada de Kendrick a pesar de los murmullos de la gente. ¿Acaso no era eso normal?

—Convoco, pues, a los poderes del Oeste, a los espíritus del agua, para que acudan a nosotros en este lugar sagrado. Decidme, ¿os seguiréis amando y honrando a pesar de ir contracorriente o en aguas turbias y oscuras?

—Sí, lo haré —manifestaron.

—Sed bendecidos entonces por los poderes del Oeste que nos visitan para que podáis unir y tejer todos los deseos que vuestros corazones anhelan para ser uno solo y fluir como las mareas del océano.

Un golpe seco en el corazón de ambos los hizo exhalar desconcertados. Sin embargo, Eoin prosiguió.

—¡Espíritus del Norte, os invocamos a este círculo, acudid a nosotros! ¿Os amaréis y honraréis incluso cuando los problemas parezcan

no tener solución y las restricciones os hagan dudar del otro?

—Sí, lo haré —afirmaron.

Un viento empezó a envolverlos, haciendo que tanto la ropa de uno como la del otro comenzara a ondear misteriosamente, pues, fuera del círculo, no parecía ocurrir nada.

—Benedicidos sois por los poderes de la tierra para echar raíces y crear una unión fuerte y segura frente a otros.

Eoin se dio la vuelta para alcanzar algo del altar que los acompañaba en el círculo y empezó a pasar unas cintas de tela alrededor de las manos de ambos para atarlos uno al otro. Una vez hecho esto, cogió otra cinta más fina, de color rojo, y anudó un extremo al dedo meñique de Kendrick para, con el otro, hacer lo mismo en el de Lei, los dos unidos por el hilo del destino, como se conocía a esa cinta, recordó Lei.

—Que los antepasados de todos los que han tomado parte en lugares sagrados sean ahora testigos junto a los dioses y espíritus de la unión libre que estas dos personas contraen, uniendo no sólo sus cuerpos, sino sus almas, en el espacio y en el tiempo. —La voz de Eoin no era normal, retumbaba en todo el lugar, tenebrosa y misteriosa al mismo tiempo—. Kendrick, Leilany, ¿estáis preparados para declarar el juramento que os juntará, alma a alma, corazón a corazón, mente a mente, formando un único ser en antepasados y descendencia, atestiguado por los aquí presentes en este círculo sagrado?

—Sí, lo estoy —contestaron.

—Sabed, pues, que todo en la naturaleza es circular. Así como la noche da paso al día y el día a la noche; así como la luna da paso al sol y el sol a la luna; así como la primavera precede al verano, éste al otoño, éste al invierno y éste a la primavera completando el ciclo... el ciclo de la existencia es circular, siempre girando, eterno y brillante.

»Decidme, Kendrick, Leilany, ¿están aquí los símbolos de ese ciclo de existencia?

—Sí —contestó Kendrick. Fue Siona la que se movió, dándole a Eoin dos anillos plateados.

Éste los puso en el altar, sobre un cuenco al que echó varias hierbas, y empezó a murmurar.

—Que estos anillos sean bendecidos y consagrados para que os den la fuerza necesaria para mantener el vínculo por años, generaciones, siglos, en espacio y tiempo. —Levantó una vela hacia ellos, realizando el

mismo símbolo del infinito por delante—. ¿Juráis que vuestra unión ofrecerá la luz del amor y la dicha?

—Sí, lo hago —manifestaron.

—¿Juráis honrar y amar al otro como hacéis por lo que os es más sagrado?

—Sí, lo hago —aceptaron.

Eoin dejó la vela en el altar y desató las manos de Kendrick y Lei, pero no los meñiques. Cogió los anillos y le ofreció uno a cada uno de ellos.

Kendrick tomó la mano de Lei con tanta delicadeza que le pareció imposible que un guerrero tan fiero como él pudiera hacerlo. Introdujo el anillo en el dedo anular y la miró.

—Yo, Kendrick Mackay, os hago mi esposa en cuerpo, alma, corazón y mente. Que nuestro amor nos una en el espacio y el tiempo para que nada ni nadie nos separe por los siglos de los siglos.

Lei cogió la mano de Kendrick y puso el anillo en su anular.

—Yo, Leilany... —omitió su apellido tal y como Kendrick le había aconsejado para que nadie sospechara de ella—, te hago mi esposo en este tiempo y en todos los demás, vinculando mi mente, corazón, alma y cuerpo a ti para que nada ni nadie nos separe jamás.

—Sea bendecida, pues, la piedra nupcial que ofrece cobijo a la pareja, que da el poder de la vida, nutriendo nuestro cuerpo y nuestra alma y siendo testigos de todas las historias de todos los tiempos. Que ésta sea la primera piedra de vuestra nueva vida, de vuestro matrimonio, a partir de este momento. ¿Juráis que seréis fieles a estos juramentos?

—Lo juro —contestaron posando la mano sobre la piedra.

—Que vuestros juramentos sean sellados de la forma más pura conocida: un beso.

Kendrick ensanchó la sonrisa y se aproximó para levantarle el velo a Lei. Ésta esperó paciente hasta que lo hizo y por fin pudo verlo sin una tela que ocultara los gestos y facciones de su amor.

—Te amo, Leilany. Por siempre.

—Te amo —correspondió ella.

Fundidos en un beso, el primero como marido y mujer, no se dieron cuenta de la lluvia de flores que caía sobre ellos ni de las palabras que Eoin pronunciaba en ese instante. Ahora, sólo estaban ellos dos, no importaba nada más.

A pesar de que no querían, rompieron el beso para tomar aire y fue cuando Eoin aprovechó.

—He aquí el pan y el hidromiel, los primeros alimentos que, como esposo y esposa, tomaréis para bendecir la unión. Que aquí y ahora este pan y este líquido sea consagrado a los dioses y espíritus, que éstos le aporten lo necesario a este matrimonio para que perdure en el tiempo.

Dicho esto, ofreció el pan a Lei, mientras que el cuerno de hidromiel se lo dio a Kendrick. Ella partió un trozo y lo tiró al suelo para que, a continuación, Kendrick lo regara con un poco de hidromiel. Cortó otro pedazo y se lo dio a Siona, de igual forma que hizo él con la bebida. Finalmente, la tercera porción la dividió en dos, obsequiándole una parte a Kendrick y comiendo la otra para, igual que ella había hecho, compartir él el cuerno con ella.

—Ante nosotros se presentan los lairds de la casa Mackay, que las bendiciones de los dioses y espíritus protejan esta unión de todo mal —sentenció Eoin, y una enorme ovación dedicada a ellos prorrumpió de los presentes.

—¡Qué vivan lady Lei y laird Kendrick! —vitorearon alzando las copas en el salón para dar buena cuenta del alcohol que se servía en ese momento.

Kendrick levantó su vaso hacia los que habían iniciado ese brindis y bebió con ellos mientras Lei permanecía sentada a la mesa. Si los días anteriores habían sido un ir y venir de comida, en esta ocasión el exceso era aún mayor, como si lo otro hubiera sido nada más que una preparación para ese día. Todos comían y bebían en abundancia; los sirvientes no dejaban de entrar comida y de rellenar las copas de vino, pues el hidromiel estaba reservado exclusivamente a los novios durante ese día y los treinta siguientes, un ritual de unión hacia los espíritus.

De camino al salón, después de salir del círculo y quitarse la cinta que los unía en la línea del destino, había visto a Drough y su esposa, con la que había charlado un poco, así como con Erin, que había sido de las primeras en felicitarla. Siona parecía muy feliz y le había dado la bienvenida a la familia, más cuando ella le había ofrecido el pan, un honor que sólo se reservaba a los familiares de la novia y, al no tenerlos, podía haber elegido a cualquier otro. Pero había preferido a Siona, quien, con su

paciencia, le había enseñado muchas cosas. Kendrick le había susurrado que podía habérselo dado a Macbeth, ya que, al carecer de familia en esa época, él, como rey de Escocia, se ocupaba de tutelarla. Sin embargo, no se arrepentía de su elección.

Echó un vistazo a su alrededor y suspiró. Ésa iba a ser su vida a partir de entonces. La señora del hogar de los Mackay. Debía aprender a ser buena organizadora, incluso a pelear, pues quería saber defenderse en caso de que ocurriera algo.

Todo el salón había sido decorado con los colores de la casa y se notaba los que eran fieles a ésta. Estaba familiarizada con los clanes más cercanos e incluso se había hecho amiga de varias mujeres y hombres a los que había prometido visitar cuando tuviera oportunidad de ello. La chimenea estaba encendida a pesar de hacer calor en el lugar, pero no demasiado como para agobiar. Estaba protegida para impedir que alguien se acercara demasiado, sobre todo si estaba ebrio, y se distribuyeron las mesas de forma que no se tocaba esa parte y quedaba, así, para los perros, que esperaban tranquilos la comida que pudieran lanzarles.

Divisó en las mesas a varios de sus compañeros de viaje en ese primer encuentro con Kendrick y sonrió recordándolo. Parecía que habían pasado años de eso.

—¿De qué os estáis acordando, esposa mía?

—De ti... —se giró hacia él—, siempre de ti —continuó robándole un beso de sus labios y oyendo las exaltaciones de aquellos que los habían visto. Cuando se separó, los ojos de Kendrick estaban más oscuros que de costumbre.

—Tienes sueño —dijo de repente levantándose del banco.

—¿Kendrick?

—Y yo también —añadió, obligando a que se levantara—. Madre, Macbeth, Eoin, lo lamento, he de cuidar a mi esposa.

Lei enrojeció al saber que no es que tuviera sueño, sino más bien hambre de ella. ¿Iban a irse en pleno banquete? ¿Con todos los invitados? Intentó oponer algo de resistencia, pero eso sólo le hizo las cosas más divertidas, pues, al ver que no parecía querer irse, se acercó para echársela sobre los hombros a pesar de las protestas, silenciadas por los gritos y aplausos de muchos de los presentes, que sabían lo que iba a ocurrir con la pareja.

—Ni se os ocurra buscarme mañana —dejó dicho a todos antes de

desaparecer con Lei escaleras arriba.

—¿Estáis segura de esto?

—Bastante. Todos están celebrando la boda, no tendremos interrupciones, ¿u os estáis acobardando?

Gavrin frunció el ceño. No era ningún cobarde, y menos delante de una mujer. En esos meses junto a Macbeth había conseguido subir su ego y demostrar a los demás, y a sí mismo, que era ducho en muchas materias y que poseía las habilidades necesarias para realizarlas. Si sólo pudiera enfrentarse a su padre...

Éste había entrado en su habitación a medianoche haciéndose pasar por el sirviente que figuraba ser para reclamarle que cumpliera la misión por la que lo había dejado a cargo del rey. Pero no podía. Lady Lei era una mujer encantadora y enamorada de su, ahora, esposo; no podía arruinar esa felicidad, pues él mismo anhelaba una igual.

Sin darse cuenta, se quedó mirando a Erin mientras ésta elegía un par de espadas para llevar a cabo la revancha que quería. Si él ganaba, ella se sometería, pero, si era vencedora, ya no la tendría más.

—¿Qué? —preguntó devolviéndolo a la realidad, a esa habitación donde se guardaban las armas iluminada por las antorchas que ellos habían llevado.

—Nada. —No pareció gustarle demasiado esa respuesta, pero se centró en escoger otra espada y se la tendió.

—El patio trasero estará libre de mirones y no nos oirán.

—¿No creéis que antes deberíais cambiaros? —puntualizó echando un ojo al vestido de color rosado con mangas de vuelo que llevaba.

—Puedo pelear incluso desnuda.

La sola mención de ese cuerpo carente de ropa hizo que el suyo se inflamara sin remedio. Se había convertido en un deseo contenido, pero ¿por cuánto tiempo? A su mente regresó el plan que debía cumplir y se dijo a sí mismo que lo odiaría cuando hiciera lo que debía. Era eso o provocarle más sufrimiento a su pobre madre.

—¿Estáis bien? —Su rostro denotaba preocupación.

—Sí. No os alteréis por mí.

—¿Por vos? —inquirió con tono jocoso—. Vamos, vais a ver cómo os venzo en pocos minutos.

Gavrin torció los labios. ¿Tan segura estaba esa fierecilla de ello? Observó cómo avanzaba delante de él y se quedó eclipsado por el contoneo que se apreciaba de su trasero. Tragó con dificultad, suspirando. O se concentraba, o al final ella iba a conseguir la victoria sin apenas esfuerzo.

Se dispuso a seguirla por los pasillos que ella conocía tan bien y pronto llegaron al patio donde podrían luchar hasta que uno de los dos perdiera.

La vio recogiendo el vestido y, de nuevo, tuvo problemas para lidiar con la visión.

—¿Listo? —preguntó esgrimiendo la espada. Él hizo lo propio con la suya, probándola y sopesando su peso, para equilibrar de esa forma su ataque y defensa.

—Listo —le contestó.

—¡Ya! —exclamó Erin sin darle apenas tiempo para hacerse a la idea del combate.

No tuvo más que unos segundos para anteponer el arma y afianzar los pies, utilizando su fuerza a fin de desplazarla y alterar su equilibrio por unos instantes. Aprovechó entonces para atacar antes de que se recuperara y embistió, encontrándose con la resistencia de ella y una finta que no había esperado. Ahora sabía algo más: era rápida esquivando.

Cambió su forma de ataque a otra más veloz, modificando continuamente, defendiendo y atacando, pocas veces realizando trucos, midiendo así la respuesta de su oponente. Había reparado algo el error que cometía, pero no lo suficiente como para que un guerrero experto no se diera cuenta de ello. Aunque era digno de mérito en tan poco tiempo.

Esquivó una estocada apartándose y colocando la espada justo cuando ella lanzaba la suya en una casi victoria. Gruñó por no conseguirla y se separó un poco para revisar su estrategia.

—¿Un descanso?

—¿Estáis cansado?

—Yo no, pero me consta que vos sí.

Y era cierto, pero no pensaba decírselo a él.

—En absoluto. Además, he estado a punto de venceros.

Volvió a atacar, esta vez de manera diferente: algunos avances a la desesperada, que fueron controlados por Gavrin, que ahora empezaba a luchar en serio. De vez en cuando le daba con la espada en el trasero o el

vientre como aviso de errores en sus ataques, pero eso sólo la ponía más furiosa.

La última arremetida hizo que ambos rodaran por el suelo, quedando Gavrin a la espalda de ella.

—¿Lady Erin? —la llamó. Al no obtener respuesta, empezó a temer. Se incorporó un poco para observarla—. ¿Erin?

Buscó con la mirada las armas, no fuera a haberse hecho daño con ellas. La zarandé esperando una respuesta y ésta llegó, pues lo echó contra el suelo y se le subió encima.

—Yo gano.

—Eso no vale. Habéis hecho trampa.

—No es cierto.

—Sí lo es. Y si os ponéis así... —No pudo oponerse a su fuerza y estuvo bajo él en segundos.

—Soltadme.

—Habéis dicho que no era trampa.

Se mordió el labio a punto de decir algo, pero se calló de pronto.

—Cojamos las espadas; en una pelea de fuerza es obvio quién resultaría vencedor... y entonces sí sería trampa. Las armas otorgan habilidad, algo de lo que vos carecéis.

Gavrin se quedó sin palabras ante semejante treta de esa chiquilla capaz de idear esa solución para no darle la victoria.

—Como queráis —aceptó, más interesado en ver en qué acababa todo eso que en otra cosa.

—Cogedla y retomemos el combate —murmuró apartándose a la carrera de él.

Iba a ser divertido.

Dos horas después

Gavrin sostuvo el acero de Erin a la vez que todo su cuerpo. Estaba exhausta y el agotamiento había sido evidente en los últimos quince minutos. La cogió en brazos y evitó como pudo a los invitados. Debía llegar a la habitación de Erin como pudiera. Menos mal que sabía cuál era, pues se había ocupado de localizar la de Lei y encontrado la suya por casualidad.

Después de varias vueltas y de tener que esconderse un par de veces, abrió la puerta y pasó dentro, sintiéndose mucho más seguro. La depositó sobre la cama y tomó un mechón de su cabello.

—Por favor, no me odiéis por lo que debo hacer... —le susurró antes de incorporarse.

Caminó hasta la puerta, pero, cuando tenía la mano sobre la manilla, sintió la punta de un cuchillo sobre su espalda.

—Odiaros, ¿por qué? —escuchó.

Capítulo 24

—Kendrick, bájame —repitió Lei viendo cómo iban pasando por los pasillos rumbo a la habitación de él.

—Sí, esperad a que lleguemos.

—Puedo andar.

—Lo sé, pero, si os suelto, no seremos capaces de llegar a la alcoba.

Lei no supo qué contestar en ese momento.

—Os deseo tanto que no podría detenerme. Quiero culminar el vínculo...

Sonrió agachando la cabeza para sentir su espalda. Estaba tenso, podía notarlo. Aceleró el paso y ella se echó a reír.

—Mujer, uno tiene su límite. —Rio con ella.

Una vez llegaron a la puerta, Kendrick le dio una patada para abrirla de golpe mientras cogía en brazos, y no sobre su hombro, a Lei para hacerla pasar con la solemnidad que requería.

—Bienvenida a vuestro nuevo lugar —le dijo con seriedad—. A partir de ahora, esto es tanto mío como vuestro. Todo lo que tengo os pertenece, incluido yo mismo.

Lei se acercó a él y lo besó, un beso fugaz.

—Y todo lo que yo soy te lo ofrezco a ti, sólo a ti. Ahora eres dueño de mi ser.

Gruñó ante esas palabras, sus manos temblorosas queriendo y no queriendo tocarla. Era suya. Por fin. Su amada Leilany... Se dio la vuelta para saber si había cerrado la puerta, cuando la suave mano de Lei hizo que se girara y la enfrentara. Su cara se tornaba en un lindo color carmesí, con un brillo travieso en los ojos. Él le acarició la mejilla para demostrarle su amor, pero, cuando ella se arrodilló delante de él posando su mano sobre su visible erección, perdió la capacidad para responder o

hablar. Podía sentir los temblores de la mano mientras lo acariciaba con titubeos, como si nunca antes lo hubiera hecho.

Bajó su mano hacia el filo del *kilt* y rozó con ella los músculos en su ascenso hacia un lugar más duro que sus músculos tensionados en ese momento. En cuanto lo tocó, Kendrick echó la cabeza hacia atrás siseando por el placer que una caricia tan suave le estaba causando. Las palpitaciones en su miembro se multiplicaron y a duras penas consiguió mantenerse de pie frente a ella.

Lei rodeó con su mano su ya dura y anhelante lanza y la deslizó arriba y abajo lentamente, como si con ello quisiera conocer la medida exacta que tenía, el grosor cada vez que lo apretaba.

Kendrick soltó el *kilt* y lo apartó por completo, desgarró la camisa que ocultaba su cuerpo y se ofreció desnudo a quien quedó boquiabierta ante la imponente figura de él. Ya lo había visto así varias veces, pero nunca estaba preparada para ver a ese hombre tal y como era.

Los hombros eran anchos, para flanquear unos pectorales llenos de músculos y cicatrices por igual. Tan duros e inflamados, se movían siguiendo la respiración acelerada de él. Un vello tan oscuro como su pelo enmarcaba el pecho y deseó poder tocarlo de igual forma que tocaba otra parte de su cuerpo. Bajó por su vientre y la recibió un abdomen firme y duro como una tabla. Su cintura se estrechaba siguiendo entonces las caderas y, en medio, se alzaba como una espada su virilidad, de excepcional tamaño, tanto en grosor como en longitud. El calor que emanaba hacía que su propio cuerpo, al estar en contacto con eso, también ardiera en deseos. La punta estaba rosada y de ella sobresalían las primeras gotas de líquido preseminal, que la hechizaron. Sin detenerse a pensar, acercó su boca a ese lugar y lamió el líquido que salía para goce de él, quien la contemplaba en silencio.

Saboreó el sabor en su interior, su esencia mezclándose con la saliva que ahora segregaba como anticipo de lo que quería hacer. Él se había portado bien con ella, la había elegido sobre otras mujeres, la amaba.

Abrió la boca para dejar salir su lengua y recorrer con ella la longitud hasta que posicionó los labios sobre el glande, primero besándolo, después empujando, tragando con ello su miembro.

Kendrick la detuvo poniendo una mano sobre su hombro y lo miró esperando que él la rechazara. Pero cuando sus ojos se encontraron, los sentimientos de felicidad en él y los de rechazo de ella intercambiaron

lugares. Por un momento Kendrick supo que ella esperaba ser detenida y rechazada por lo que hacía. Lei, sin embargo, se sintió feliz de saber que estaba dándole placer a ese hombre. Él la había protegido y aliviado de todo el dolor que había pasado en esos meses, demostrado lo que la quería. Para ella, él era su sol, su mundo. Deseaba proporcionarle la mayor felicidad posible.

Volvió a avanzar hasta llegar a su límite y empezó un suave contoneo ayudándose de la boca, balanceándose adelante y atrás cada vez con mayor urgencia cuando pudo adaptarse al ritmo que él necesitaba. En ningún momento Kendrick abandonó su contacto con ella en el hombro, como si la pérdida de éste pudiera lastimarla.

Sintió cómo se tensaba el miembro masculino mientras su propio cuerpo ardía cada vez más, su lugar interno pulsando por ser satisfecho, su clítoris esperando por el roce. Sentía la humedad en su cuerpo y la necesidad de llegar al clímax, pero no era ella la prioridad. Se esforzó todo lo que pudo en complacer a Kendrick hasta que éste aulló y su semilla se esparció por su boca.

Se arrodilló a su lado agotado pero contemplándola con tal pasión que casi le parecía que fuera a quemarla con su fuego interno.

—Leilany...

—Quería darte un regalo por todos los que tú me has hecho... — confesó.

—El mejor regalo que podéis darme es amarme como lo hacéis ahora.

—Eso siempre, Kendrick. Siempre.

Un tierno beso los unió, dejando que su respiración fuera una, que los sentimientos formaran un ciclo único entrando de uno y saliendo de otro, formando ese círculo de amor al que Eoin, en la ceremonia, había hecho referencia.

Kendrick posó la mano en su nuca para obligarla a levantar un poco más el cuello y el contacto fue mayor, más ansioso. Quería grabarla a fuego en su cuerpo y ser él quien la hiciera descubrir cualquier parte del suyo, reconocerse mutuamente a oscuras, sin luz.

Se levantó del suelo y la ayudó a hacer lo mismo. Le dio la vuelta y la besó en la nuca con tanta devoción que Lei no pudo evitar los gemidos que escapaban de su boca. Mordió su dedo para intentar acallarse, pero Kendrick lo retiró para ser el suyo el que tomara su lugar, más extasiado

cada vez que ella lo hería y lo acariciaba con la lengua.

Tiró de los lazos, deshaciendo los nudos que la contenían, despojándola lentamente de esa fina tela que ahora se interponía en su camino para adorar a su esposa, para darle el premio que se merecía entre muchos otros que le daría por toda la eternidad. Deslizó el vestido con cuidado de no romperlo, para asombro de Lei, quien esperaba que lo hiciera. Sin embargo, no fue así; iba despacio, besando la piel que se encendía y clamaba por su atención allá donde posaba los labios, bajando hasta su espalda, la cintura, los glúteos e incluso las piernas. Creyó que la tocaría en su centro, mas no fue así, dejando que su ropa cayera al suelo.

Le dio la vuelta conteniendo la respiración ambos mientras se contemplaban como si nunca antes lo hubieran hecho. Se inclinó sobre ella elevándola en sus brazos mientras retomaba ese beso perdido y la llevaba hasta la cama.

—Kendrick...

—Ahora me toca a mi daros mi ofrenda, milady... —susurró tendiéndola sobre las sábanas al tiempo que él se tumbaba sobre ella—. Hacer que vuestro cuerpo reaccione al mío, sacar las respuestas que deseo...

Le giró un poco el rostro para besarla, recorrerla con su lengua y chuparle allí donde la vena más se notaba, creándole una marca evidente que la hacía suya más de lo que ya era. Con la mano en el mentón, le hizo torcer la cabeza para besarla también en esa zona pero, esa vez, sin marcarla ni detenerse, bajando más, hasta el pecho, notando el latido acelerado en sus labios. Estaba viva para él; su corazón, uno solo con el suyo; sus vidas, vinculadas. Lo que siempre había querido...

Rodeó uno de los pechos, haciendo que se estremeciera por ello mientras su pezón se endurecía sobre la palma. Acarició poco a poco el seno siguiendo el camino hacia el otro, lamiéndola de forma circular hasta llegar a la perla que ya afloraba sin remedio. Quiso moverse sin resultado, más cuando la rodilla de Kendrick se posó entre sus piernas, rozándole una parte muy humedecida en ese momento. La oyó gemir y jadear, suplicar en silencio por un contacto en esa zona, pero no le hizo caso.

La cubrió de besos en el vientre. Pronto. Pronto albergaría el fruto de su amor, su hijo... Nacerían sanos y fuertes como sus padres, y tendría muchos, a los que amaría casi tanto como a ella. Su amor...

Sintió la mano de ella entrelazarse con la suya y se incorporó un poco por si pasaba algo. Su rostro era la viva imagen de la adoración y el apego, tanto que se hinchió de orgullo al sentirse completo en ese momento.

Sin separar las manos unidas, se afaná por besar el monte de Venus y abrir sus piernas para observar su centro, ese fruto de feminidad que lloraba por él. Apartó los labios mayores, desencadenando una serie de temblores en todo el cuerpo de Lei, incluso en su interior, y rio.

Sopló, juguetón, sobre ella, para crear la misma reacción y ésta no se hizo esperar, mojándose más.

—Por favor, Kendrick...

Le rozó con un dedo el clítoris, y descendió hasta otro lugar... y notó cómo las caderas lo acompañaban, intentando algo más pero sin conseguirlo. Durante varios minutos se entretuvo con ese juego que tanto lo divertía—. ¡Kendrick! —exclamó furiosa.

Levantó la cabeza hacia ella.

—¿Qué?

La dejó sin palabras. ¿Se atrevía a preguntarle cuando estaba a punto y vivía un tormento en su noche de bodas? Cerró los ojos al sentir los dedos de él curioseando entre su clítoris, más hinchado y sensible, bajando hasta los labios menores y probando lo que se escondía más adentro.

—Hazme... tuya... —susurró entre jadeos —, toda... la... noche...

—Eso haré, amada mía.

Bajó la cabeza y el primer lametón hizo que gritara, no sabía si por miedo o por la sensación que había recibido de esa zona. Otro le hizo soltar su mano y atraparle la cabeza para alejarlo, pero él le agarró ambas, fijándolas a la cama mientras se afanaba por demostrarle que también su lengua era habilidosa para eso. Introdujo la punta en su interior, haciendo que se tensara por la intrusión pero sin resultarle molesto. Una vez, otra, otra más... Salía de ella para rozar su clítoris y volvía a entrar de nuevo, bebiéndose su sabor, buscando encontrar ese ansiado líquido de puro placer que iba a regalarle en cualquier instante.

—Kendrick... Kendrick, por favor...

—Dádmelo... —gruñó él aumentando la velocidad —, dad lo que quiere vuestro esposo.

Chilló levantando las caderas mientras percibía cómo la succionaba,

tan profundo que pensaba que podría vaciarla.

Kendrick se detuvo un instante contemplando el cuerpo de su esposa agitarse. La noche no había hecho más que empezar... Se encaramó e introdujo su miembro con cuidado de no hacerle daño hasta lo más profundo y entonces la miró.

—Hola, esposa mía...

—Hola, esposo mío... —saludó ella con algunas risitas—. ¿Te has divertido?

—Creedme, esto no ha acabado... —Se dio cuenta de que ella lo apretaba y los ojos llenos de sorpresa de Lei le dijeron que ya sabía lo unidos que estaban—. Toda la noche, toda la mañana. Durante la eternidad.

Lei le acunó el rostro haciendo que bajara para besarlo; luego lo levantó y se mordió el labio.

—¿Y a qué estás esperando?

La carcajada inundó la habitación, pronto sustituida por jadeos y gemidos de la pareja que no cesaron en su baile bajo los rayos de la luna que bendecía su matrimonio y unión... en tiempo y espacio.

Erin clavó más la daga, esperando las respuestas de Gavrin, que se había quedado paralizado ante ese ataque repentino. Ni siquiera lo había visto venir.

—Odiar, ¿por qué? —repitió conteniendo la ira que tenía por dentro y desconociendo el motivo por el cual estaba así. Aún no había hecho nada.

—Lady Erin...

Volvió a darle con la daga, haciendo que respingara al notar la punta afilada.

—Responded —apremió.

Levantó las manos intentando que no lo viera como una amenaza y se giró con brusquedad, quitándole de un manotazo el arma; ésta rebotó en el suelo mientras él se ocupaba de controlar a Erin encerrándola entre la puerta y su cuerpo.

—Soltadme. Gritaré y los dioses saben que acudirán a mí.

—Si lo hacéis, verán que he entrado en vuestra habitación. —Se calló un instante esperando que ella entendiera lo que podía pasar—. No os haré daño, ya me iba.

—¿Por qué no debería odiaros? ¿Qué tenéis que hacer que no me gustará?

—No lo entenderíais.

—Probad.

Erin se detuvo de repente y su rostro hizo temer a Gavrin. Pasó de la duda a la culpa, de ahí a la furia. ¿Qué podía estar pensando que iba a hacer él? ¿Quizá ya lo sabía? ¿Sabía que iba a amenazar a lady Lei para que envenenara a su marido y lo matara? ¿Podría siquiera perdonarlo si le decía que era por salvar la vida de su madre?

—Ibais a dejar que os vieran salir de mi habitación... —No era una pregunta, sino una afirmación.

Gavrin pestañeó sin dar crédito a lo que acababa de escuchar. ¿Creía que iba a hacerle algo tan rastroso?

—¿Pretendéis casaros conmigo a la fuerza? Claro, por eso habéis peleado hasta agotarme, quizá ya nos han visto varios de los invitados y ahora sólo esperabais el momento para salir y confirmar sus sospechas. Sois... despreciable...

—No, diantres, no es eso. Os traje aquí sin que nadie nos viera, podéis confiar en mi palabra. Os juro por mi honor que no osaría mancillar vuestra reputación. Yo... —se separó de ella, dándole, de improviso, la libertad que quería tener—. Jamás me casaría con vos a la fuerza.

—Ni yo deseo que lo hagáis... —añadió ella todavía sin moverse—. ¿Por qué me trajisteis aquí si no queríais tenderme una trampa? ¿Y por qué he de odiaros?

—Es demasiado complicado, milady.

—No soy tan tonta como otras mujeres, seguro que puedo entenderlo. O ensartaros con la daga en caso de que sea necesario.

Ese comentario hizo que sonriera, débilmente, pero al menos alivió un poco el peso que estaba consumiendo su corazón. No podía acabar con el amor de esas dos personas... no era justo, ni lo que debía hacerse. Que los dioses lo perdonaran por sus decisiones y protegieran a todos los que ponía en riesgo en ese instante.

Derrotado, se marchó hacia la ventana dándole la espalda a Erin, quien corrió a recuperar la daga. Volteó hacia él y titubeó al verlo demasiado cerca de la abertura, ¿sería capaz de cometer una insensatez? ¿Qué era lo que le hacía comportarse de esa manera? No era el Gavrin de

siempre, se notaba que ese hombre ocultaba un secreto que lo desesperaba y, sin saber por qué, quería poder ser ella la que lo aliviara de algún modo.

Dio un paso adelante y otro más hasta que su mano le rozó la espalda. Fue ese contacto el que hizo que comenzara a hablar.

—Por favor, avisad al laird Kendrick de que tenga cuidado con mi padre. Va a intentar acabar con su vida.

—¿Cómo sabéis eso? —susurró intentando mantener la calma.

Gavrin la miró a los ojos. En los de él había sufrimiento, pesar, miedo, remordimientos... Era agobiante, sentía oprimirse su corazón y vio la culpa en ese hombre al que tanto había hecho... ¿Qué ocultaba?

—Yo debía seducir a lady Lei para que asesinara a su esposo — confesó dejándola boquiabierta—. Mi padre está aquí. Prepara un derramamiento de sangre.

Erin retrocedió mientras la daga caía de nuevo al suelo. ¿Quién era ese Gavrin que estaba en su habitación? Se echó las manos al rostro, ocultándolo a su interlocutor, con sus ojos aún fijos el uno en el otro. ¿Cómo podía haber engañado a tanta gente? ¿Cómo...?

—Lady Erin, por favor, no lloréis.

No fue consciente de que estaba haciéndolo hasta que él se lo dijo y se enojó por ello.

—Maldito seáis... —sollozó. Sorbió por la nariz tratando de serenarse, pero las lágrimas no cesaban ni tampoco la pena que sentía en todo su cuerpo. Y lo peor de todo era que no sabía por qué estaba así.

—Intentaré controlar a mi padre, pero no sé por cuánto tiempo lo lograré. Me dio un ultimátum; debía hacerlo en dos días y ya se ha consumido uno.

—¿Por qué me contáis esto ahora?

Gavrin se la quedó mirando sin responder. Sonrió, era una sonrisa triste y amarga.

—Lo siento —se disculpó sin ser esa la respuesta que Erin buscaba. Ya la había defraudado bastante como para contarle el motivo por el cual no podía hacerle más daño.

Avanzó hasta la puerta y la abrió antes de que ella la empujara para cerrarla de nuevo.

—¿Erin?

—¿Adónde creéis que vais?

—¿Disculpad?

—Tenemos que trazar un plan para salvarlos. —Erin sopesó las ideas que se le agolpaban en la cabeza—. Macbeth —susurró. Gavrin se atragantó—. Necesitamos su ayuda.

¿Avisar a Macbeth? El rey de Escocia pondría el grito en el cielo y su espada clavada en lo profundo de su pecho ante ese atentado contra la vida de un hombre de su confianza, pero ¿y ser traicionado por otro? Lo vería como lo que era, un traidor.

—¿No sería mejor avisar a vuestro hermano?

—¿Y convertir la boda en un funeral? —inquirió furiosa—. Vamos, debemos ir a su encuentro.

—Pero...

No tuvo tiempo de exponer nada, pues Erin lo cogió de la mano y abrió la puerta sin importarle si alguien merodeaba por allí o los veía juntos. Tiró de él y éste se dejó llevar. Macbeth lo asesinaría en cuanto descubriera su mentira. Quizá ése sería su castigo por no poder proteger y hacer felices a los que le importaban.

Miró el agarre que ejercía Erin. Lo sujetaba con fuerza, sus manos entrelazadas. Notaba fluir toda la energía de ella y su corazón se entibió. Rezó a los dioses porque le dieran el perdón y pudiera quedarse al lado de esa mujer, de esa fierecilla.

—¿Erin! —exclamó Macbeth al verla en el salón donde todavía quedaban bastantes personas comiendo, charlando o disfrutando con los juglares y músicos que amenizaban la velada y el banquete.

Miró buscando a Kendrick o a Lei y se preocupó al no verlos. ¿Y si les había pasado algo?

—¿Dónde está mi hermano? —le preguntó.

—Lady Erin, esas cosas no pueden contarse a una señorita —respondió él simulando estar cohibido—. Por cierto, milady, me debéis mi baile —le recordó en ese momento. La música sonaba de fondo y no esperó que ella diera su consentimiento.

Atrapó su mano y la acogió entre sus brazos al tiempo que empezaba a bailar y ella se amoldaba al paso.

—Milord, disculpad, he de tratar un asunto importante con vos.

—Ahora no, Erin. Estoy disfrutando de mi premio: tener entre mis

brazos a una mujer como vos.

—¡Macbeth! —replicó mientras él se reía de sus intentos por soltarse—. Esto es urgente, Kendrick está en peligro.

Se detuvo enseguida, el entrecejo fruncido. Por primera vez se fijó en Gavrin, quien esperaba a un lado de la sala, intranquilo mirando a un lado y a otro.

—¿Qué ocurre?

—Van a matar a Kendrick.

Macbeth cogió del codo a Erin y la hizo salir de la sala. Con la mirada instó a Gavrin a que los siguiera y los tres buscaron un lugar donde estuvieran tranquilos.

Cinco minutos después, Gavrin cerraba la puerta de la sala. Parecía un salón apacible, con unos sillones, una chimenea y una estantería decorada de forma sencilla. Las cortinas oscuras le daban mayor intimidad.

—Aquí hablaremos mejor. Decidme, Erin, ¿cómo es que Kendrick está en peligro?

Se mordió el labio. Si se le explicaba todo, estaría condenando a un hombre y, por alguna razón, no quería que fuera así.

—Milord, yo soy el culpable —confesó Gavrin—. Mi padre me ofreció a vos para infiltrarme y tener mayor acceso a laird Kendrick y lady Lei.

—¿Qué osáis decir? —gruñó acercándose amenazadoramente a él.

—Yo debía seducir a lady Lei o, en cualquier caso, obligarla a matar a laird Kendrick —respondió enfrentando su mirada.

Por la de Macbeth pasaron una serie de estados que hicieron a Erin temer por la vida del otro. Corrió hacia él y se interpuso antes de que lo agarrara.

—Macbeth, por favor. Gavrin ha confesado y quiere ayudar. Iba a enfrentarse solo a su padre.

—Lady Erin, dejadnos solos.

Había utilizado su título, no Erin, como la llamaba normalmente. Podía captar la carga de hostilidad que emanaba de ese hombre y lo que sentía era suficiente como para hacerla recular y apartarse, pero, en cambio, siguió en su lugar.

—Erin, apartaos —instó Gavrin.

—No. —Puso los brazos en jarras y se plantó entre ellos—. Me

parece bien que debáis arreglar esto, pero ahora la vida de mi hermano corre peligro y no es tiempo de perderlo.

Macbeth suspiró.

—Tenéis razón, Erin. —Se pasó una mano por el cabello mientras Gavrin respiraba aliviado. Había conseguido unos días, como mucho, para ser sentenciado—. Muchacho, ¿dónde está tu padre?

—Se encuentra aquí, disfrazado de sirviente. Lo destinaron a las caballerizas.

La risa de Macbeth estalló en la sala mientras los otros se miraban.

—Una escoria no se merece mejor lugar... ¿Os ha visto entablar conversación? ¿Habéis sido precavidos?

—Sí, milord. No había hombres de mi padre a la vista.

—¿Estáis seguro? —La pregunta, por dos frentes, hizo que asintiera dos veces, una hacia Erin y otra hacia Macbeth—. ¿Cuántos hombres tiene? —continuó éste.

—Dentro hay una decena pero, ocultos a unos kilómetros, hay más. El que debe preocuparos es David; ese hombre es un espía fiel a mi padre y no dudará en cumplir el plan en caso de que yo falle. Ha pactado con otros clanes para atacar y acabar con el clan Mackay y...

—Y, si puede, con el rey de Escocia y su descendiente... —sentenció.

El silencio llenó el salón. Los augurios de una batalla inminente eran muchos en un lugar lleno de guerreros pero, también, de mujeres y niños que tendrían que proteger. Era una buena estrategia; en esa situación sus fuerzas se verían mermadas por proteger a otros cuando, en el caso del enemigo, no ocurriría igual; a ellos no les importaría acabar con los inocentes.

—¿Qué hacemos, Macbeth? —preguntó Erin consumida por la espera.

Tardó en contestar, incluso en mirarla. Y lo que vio no tranquilizó su espíritu.

Los toques en la puerta terminaron de despertarla y alzó la cabeza. Estaba cubierta por la sábana y el cuerpo de Kendrick. Sonrió feliz. Había pasado una noche de bodas memorable, inolvidable, única... Si iba a ser así todo el tiempo, viviría el paraíso en la tierra.

El ruido volvió a centrarla en el motivo por el que se había

despertado. ¿Qué hora sería? ¿Llevarían mucho allí?

Trató de moverse con cuidado de no despertar a su marido y se envolvió con la bata que había en uno de los sillones. Se acercó y abrió un poco. Ante ella se encontró a Gavrin. Frunció el ceño.

—¿Gavrin?

—Ruego me disculpéis, milady. Me gustaría poder hablar con vos un momento.

—¿Ahora? —susurró para no despertar a Kendrick.

—Es urgente. Por favor... —El apremio en su tono de voz hizo que mirara hacia la cama y asintiera después.

—Déjame que me vista.

—Por supuesto. Gracias, lady Lei.

Cerró y dudó si despertar a Kendrick e informarle o dejarlo dormir. Si él se despertaba, seguro que su cita con Gavrin se pospondría por varias horas. Sin embargo, no quería asustarlo si no la encontraba en la habitación.

Fue decidiéndose mientras se vestía y, finalmente, fue hacia la puerta echando un último vistazo a la cama.

—No tardaré, Kendrick. Lo prometo.

Salió para encontrarse a Gavrin apoyado en la pared, esperando.

—No puedo tardar mucho.

—Lo entiendo. Me disculpo por molestaros, milady.

Caminaron juntos, Gavrin demasiado cerca para su gusto, y se cruzaron con varias personas que le sonreían y saludaban, salvo uno de traje oscuro y mirada aguileña. Ese hombre le ponía el vello de punta cada vez que lo veía fijar su mirada en ella. Continuaron hasta que llegaron a una sala íntima y la instó a pasar.

—¿Gavrin? —intentó retroceder, separarse de él, pero éste se lo impidió.

—Lo siento, lady Lei... —fue lo único que le dijo acercándose más.

Iba a desangrar al estúpido que estaba aporreando la puerta. Todo el mundo sabía que no era buena idea molestar a unos recién casados y, aún más, a Kendrick Mackay.

Buscó con su mano el cuerpo de Lei y se incorporó al no hallarlo. ¿Dónde estaba? El ruido no cesaba y finalmente salió de la cama gruñendo

por el estado de ánimo que tenía en ese instante. Esperaba despertar en los brazos de Lei y volver a amarla como lo había hecho esa noche, como lo haría durante toda la vida. Y, en cambio, se encontraba lidiando con una sábana para abrir la puerta a un maldito que iba a vérselas con su ira.

—¿¡Qué!? —gruñó casi arrancando de los goznes la puerta—. ¿Macbeth?

—Tenemos que hablar.

—¿Leilany? —llamó Kendrick entrando en las caballerizas. Fiáin bufó, quizá molesta por la interrupción—. ¿Estáis aquí?

—Sí... —contestó, su voz casi quebrada.

Kendrick se acercó hasta donde estaba, en una esquina encogida, sus brazos cubriéndole el rostro.

—¿Qué os aflige? —se preocupó.

—Nada...

—Algo será, mujer, estáis mal, lo puedo sentir.

Lei levantó lo suficiente la cara para que le viera los ojos, enrojecidos de haber llorado. Kendrick se apresuró a acercarse a ella y abrazarla para calmarla y, al mismo tiempo, compartir su dolor.

—Por los dioses, decidme qué os ocurre.

—Tomad —le ofreció. En su mano había unas pastas con olor a canela.

—¿Las habéis hecho vos?

Ella asintió y él las tomó y se las metió en la boca mientras lo miraba asustada.

—Están ricas, ¿cuándo las hicisteis?

Lei no contestó, más pendiente de su esposo que de otra cosa. Y entonces ocurrió.

Kendrick empezó a abrir y cerrar la boca en un intento por respirar sin mucho resultado. Empezaba a sentir una quemazón en todo el cuerpo, éste perdiendo la fuerza que poseía no sabía cómo. Cerró los ojos para tratar de centrarse y, al abrirlos, el rostro de Lei se desfiguró.

—Lei... ¿qué habéis hecho? —preguntó antes de caer de rodillas al suelo. A los pocos segundos ya estaba ella a su lado.

—Lo siento... —se disculpó—. Kendrick, lo siento... te amo...

Kendrick apartó la mirada y vio, antes de perder el conocimiento, a

Gavrin al lado de otro hombre vestido con harapos y a un compañero más, un hombre delgado y con ropajes negros. Quiso decirle algo, pero las palabras no le salían, la fuerza era ya apenas una ilusión. Se dejó caer en los brazos de Lei y sintió el calor de su cuerpo... por última vez.

—¡Sí! —exclamó con alegría el hombre peor vestido que acompañaba a Gavrin—. Por fin ese malnacido hijo de demonios ha tenido su merecido. —Palmeó al muchacho—. Bien hecho, Gavrin. Por una vez habéis servido para algo.

—Padre... —susurró dolido por la escena que tenía delante. Se condenaría al infierno por haber roto el amor de esa pareja, por lo que había hecho—. Padre, sois la persona más ruin sobre la faz de esta tierra... Me avergüenzo de ser vuestro hijo.

La risa llenó el espacio y los caballos relincharon.

—¿Avergonzaros? ¿Vos? Yo he tenido que cargar con un hijo que no vale para nada, que prefiere darme problemas a alegrías. A ver si ahora que habéis hecho esto empezáis a obedecerme.

—¿Dónde tenéis a vuestros hombres? —inquirió.

—Muy cerca. Estaba seguro de que me decepcionaríais y decidí ocuparme yo mismo. Iba a secuestrar a esa mujer y, cuando Kendrick fuera a rescatarla, asesinarlo. Pero me habéis ahorrado mucho.

»Con el laird muerto, el clan Mackay desaparecerá y tomaré la venganza que ansiaba. Atacaré ahora que el caos reinará y ni siquiera sabrán quién lo hace.

—¿Qué queréis decir?

—Mis hombres están dispersos por todo el castillo. Sólo esperan mi orden... Sí... —miró de nuevo a Kendrick—. Así debía ser: postrado a mis pies como el perro de Macbeth que era. Y ahora le toca al desgraciado que ha osado usurpar el trono de Escocia a su legítimo rey.

—¿Así es como me veis, Barthas?

Los tres se volvieron para ver que, ante el portón, Macbeth los observaba, espada en mano.

—Al parecer... —Otra voz captó su atención y, al girarse, vieron cómo Kendrick trataba de ponerse en pie—, os habéis perdido varias cosas más que ha dicho.

—¿Qué diantres es esto? —Se volteó en dirección a Gavrin—. Vos... me habéis tendido una trampa.

Gavrin se separó de los otros dos para rodearlos sin posibilidad de

escape.

—Debisteis pensar antes el dejarme con personas que supieran aceptarme y enseñarme a valorarme, padre. Pero, sobre todo, en personas en quienes pudiera confiar.

—Yo os maldigo —tronó.

Intentó alcanzarlo, pero éste se retiró de su lado desenvainando la espada.

—No volveréis a hacerle daño a madre... —siseó—. Ni a nadie más.

—¿Tan bajo caéis para amenazar a las mujeres, Barthas? —intervino Macbeth.

—Vos no tenéis derecho a decirme nada: habéis engañado, manipulado y asesinado para posar vuestro trasero en el trono de Escocia —ladro llevando su mano hacia la espada—. ¡A mí! —gritó esperando que, los hombres que estuvieran cerca, acudieran. No pasó nada.

—Barthas... vuestros hombres fueron diezmados anoche... Fue una noche de bodas ideal para novios e invitados... —le informó Macbeth.

—¿Y no me avisasteis? —se quejó Kendrick apoyado en Lei, ésta abrazada a él sin querer soltarlo.

—Vos tenéis una tarea mejor de la que ocuparos —le respondió guiñándole un ojo.

Barthas miraba a todos lados. Le habían tendido una trampa. ¡Y su propio hijo! Sus hombres... no podían haber acabado con ellos, era imposible. Estaban bien infiltrados por el castillo, incluso en el pueblo... Debía de ser un engaño para que no los avisara. Miró a David y se maldijo, pues se dio cuenta de que estaba más pendiente de escapar que de defenderlo.

—¡Soldados, a mí! —vociferó de nuevo acallando a los otros.

—Es inútil —le dijo Kendrick. Quiso dar un paso, pero su pierna falló y tuvo que apoyarse en Lei—. ¿Qué se supone que me habéis dado?

—Lo que me dio Erin. Dijo que se lo había dado Eoin.

—Esos dos... seguro que aprovecharon para resarcirse de lo que les hice alguna que otra vez.

Todos se rieron menos Barthas, que hervía de ira. Si hubiera sido él quien se hubiese ocupado del plan, ya estaría hecho: Kendrick muerto y Macbeth ensartado en su espada, recreándose por abrirle más la herida hasta que todas las tripas le saliesen del cuerpo.

Desesperado, desenvainó la espada y corrió hacia Kendrick en un

ataque inútil. Éste lo vio venir y apartó a Lei de su lado, empujándola para ponerla a salvo para sacar su hoja luego, pero las fuerzas aún no le habían regresado y su cuerpo se desplomó sobre el suelo.

—¡Kendrick! —chilló Lei—. ¡Fiáin! —llamó entonces.

La yegua de Lei se interpuso entre Kendrick y Barthas antes de que lo alcanzara, haciéndolo retroceder para que no lo coceara y entonces dirigió su ira a la esposa del laird.

—Maldita seáis... —Notó la espada de Gavrin clavada en su espalda, pero eso no impidió que lanzara la daga en dirección a Lei.

—¡Lei! —gritó Kendrick—. ¡Apartaos!

¿Apartarse? Trató de levantarse pero, donde había caído estaba lleno de heno y resbalaba. Veía a Macbeth correr hacia ella mientras los segundos parecían alargarse. No podía hacer nada. No podía...

Una figura envuelta en una capa le sonrió y lo siguiente que vislumbró fue una intensa luz proveniente del techo.

Intentó moverse y palpó que estaba en una cama. Tenía algo en el brazo y, al mirar, vio que era un tubo que iba hasta una bolsa de suero casi acabada.

La puerta se abrió y por ella entró una enfermera. Se afanó en cambiar la bolsa sin darse cuenta, hasta el final, de que estaba mirándola.

—¡Vaya! Has despertado.

¿Despertado? Si eso era así, ahora comenzaba la mayor pesadilla de su vida.

Capítulo 25

Nadie se movía en ese momento, sin saber bien lo que había ocurrido. El espacio que ocupaba el cuerpo de Lei, de repente, se había visto libre de ella. Por arte de magia, había desaparecido del lugar sin dejar rastro y ninguno tenía palabras para explicar lo que acababa de ver.

Lo siguiente ocurrió demasiado rápido. Gavrin tenía a su padre enfrente, la espada clavada en el cuerpo de éste al ver que no le valía el amago de amenaza para detenerlo. Lo había herido de gravedad, pero no lo suficiente como para que errara en el lanzamiento, la daga ahora clavada en la pared. Si Lei hubiera estado allí, ese puñal estaría ahora en su corazón, no le cabía duda.

Sacó el arma de su cuerpo, haciendo que cayera al suelo, donde Kendrick lo inmovilizó golpeándolo, asestándole un puñetazo tras otro, encolerizado.

—¡Kendrick! —lo llamó Macbeth sin que éste se detuviera—. ¡¡Kendrick, basta!! —lo intentó de nuevo.

Gavrin se giró para ver que David seguía allí, pero, al percatarse de que se había dado cuenta de su presencia, éste huyó del lugar. Sin pensárselo, lo persiguió saliendo de las caballerizas hacia el bosque, donde pretendía esconderse. No lo dejaría escapar, pondría fin a todo de una vez y para siempre. Aunque le costara la vida.

La enfermera se quedó a su lado esperando que Lei reaccionara, sólo que parecía no hacerlo. Llevaba unos pantalones y una camisa blanca con un identificativo y no aparentaba tener más de cincuenta años. Su pelo rizado y dorado le había recordado la peluquería, pues no haría mucho que habría pasado por una.

—¿Te encuentras bien? Espera, llamaré al médico, llevabas tiempo en coma.

—¿En coma? —Su voz era la misma, incluso su cuerpo lo sería. Lo único que no era igual era la época en la que estaba y, sobre todo, Kendrick... Él no estaba allí.

—¿Recuerdas el accidente? Al parecer tu coche se salió de la carretera al esquivar a un niño que se cruzó de repente. Los bomberos tuvieron serios problemas para sacarte y, cuando llegaste, nos temimos lo peor, pero fuisteis muy fuertes.

¿Fuisteis? Ella iba sola en el coche, sola había tenido ese accidente que la había llevado hasta su verdadero amor, el único que su corazón iba a admitir.

Las lágrimas empezaron a aflorar sin poder detenerlas. Quería volver, quería estar con Kendrick de nuevo. Su matrimonio no podía no haber funcionado... estaban vinculados y unidos.

Le dolía el corazón más que ninguna otra parte de su cuerpo y sabía que no era un dolor físico. Ese sentimiento lo compartía con Kendrick, estaba segura de que tanto él como ella podían sentir al otro. Si tan sólo pudieran volver a estar juntos...

—No, tranquila, preciosa... No os pasó nada. Tu bebé está bien y está creciendo sano.

Lei no reaccionó. Había dicho bebé... ¿Qué bebé? Ella no estaba embarazada, no tenía nada ni a nadie en su tiempo, sólo a Kendrick.

—¿Kendrick? —preguntó con un deje ilusionado. La enfermera frunció el ceño.

—¿Perdón? ¿Es alguien que conozcas? Nos pusimos en contacto con varias personas de tu agenda, pero no recuerdo un nombre así.

Toda su esperanza se desvaneció. No estaba allí. Y ella tampoco quería estar... pero... Se echó mano al vientre. La enfermera había dicho que estaba embarazada, y, aunque no lo notara, había una vida creciendo en su interior. Un vínculo nuevo entre Kendrick y ella.

—¿Sabes de cuánto estás?

Ella negó con la cabeza.

—Mes y medio. Tuviste mucha suerte de no perderlo. Parece todo un machito por la fuerza para resistirse a dejarte.

Lei intentó sonreír, pero no pudo.

—Voy a buscar al médico para que te revise. Enseguida vuelvo.

Oyó la puerta cerrarse y fue cuando la suya interna se abrió de par en par, dejando aflorar toda la rabia, pena y dolor que sentía, no sólo de ella, sino también de Kendrick.

Acurrucada en la cama, se tapó hasta la cabeza. Quería desaparecer y volver, pero... ¿cómo?

Nadie se atrevía a acercarse al salón donde, desde hacía poco, los ruidos y estrépitos habían cesado, dejando el lugar en una calma mucho más intranquila.

Erin miró a su madre y apretó los dientes para evitar llorar también ella. Se giró para ver a Macbeth, apoyado en la pared, aparentemente tranquilo, pero sabía que no era así. Gavrin estaba a su lado, pero más alejado. Cabizbajo y derrotado, no había vuelto a decir nada desde que pasara lo acontecido. Sólo sus ropas manchadas de sangre hablaban por sí solas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Drough nada más entrar.

—Drough... —susurró Erin. Lo había hecho llamar para intentar controlar a Kendrick y porque era el único lo bastante temerario como para entrar y enfrentarse a él.

—¿Dónde está Lei?

Un suspiro generalizado hizo que se temiera lo peor.

—Muchacho, Lei ha desaparecido.

—¿Cómo desaparecido? —inquirió, reacio a pensar lo que su mente le decía.

—Pensamos que ha vuelto a su época —comentó Macbeth.

—¿Cómo es eso posible? ¿No estaban ya unidos? Eoin...

—Eoin no les dio seguridad... —contestó Erin.

—¿Y ese hombre? —preguntó a su vez Gavrin.

Todos se volvieron hacia él. Conocían la historia pero no podían darle crédito, pues sólo una persona, Kendrick, había visto a ese personaje envuelto en una capa desapareciendo después. Pero nadie pensaba que fuera cierto, pues, al desvanecerse Lei, se había vuelto como loco y lo habían tenido que reducir varios a la vez.

—¿Qué hombre?

Nadie quiso responder.

Un estruendo hizo que giraran la cabeza hacia el salón. Siona dio

unos pasos, pero Macbeth la detuvo. Se miraron a los ojos y ella asintió. Fue él quien entró en el salón para ver cómo estaba todo destrozado. Había restos de bancos, sillones, mesas... hasta la chimenea tenía algunos de los troncos fuera de la misma, a punto de provocar un incendio.

—Muchacho...

Un gruñido por respuesta.

—Kendrick, hermano, ¿estáis bien?

—Dejadme —mandó casi lanzándose contra él.

Sabía que podía hacerlo pues, tras perder a su mujer, se había enzarzado con Barthas, ya herido de gravedad por su propio hijo en un intento de salvarlos a ellos. Pero ni eso había sido suficiente al no encontrar las respuestas que necesitaba. Cuando lograron apartarlo, poco quedaba de esa persona. Y, desde ese instante, se había recluido en el salón. Sólo con Eoin había hablado unos minutos y los gritos habían envuelto todo el castillo hasta que uno de ellos salió del lugar.

—Kendrick...

—¡¡¡Fuera!!! —vociferó sin volverse.

Estaba sentado frente a la chimenea, alrededor de todo el desastre del que era causante.

—¿Eoin no puede hacer nada?

Una risa amarga que le heló todo el cuerpo a Macbeth lo mantuvo paralizado.

—¿Hacer algo? Ya lo intentó y visteis el resultado... Ahora la he perdido y no puedo hacer nada. Estoy sufriendo por mí, pero también por ella. Está mal, lo siento, y no puedo ir a su lado, ¿cómo lo haríais vos?

No supo qué responderle. Jamás en su vida se había enfrentado a algo así y era lógico no tener una contestación para darle. Pero era el laird Mackay, el señor de Sutherland, debía seguir con su vida, atender a otros lairds que habían acudido para la boda y no mostrar debilidad, pues eso podía costarle su reputación y su clan. Hasta ahora habían conseguido que nadie se fijara más que en un enfado monumental del laird Kendrick, pues no sospechaban, aún, la envergadura que podía tener el mismo.

Avanzó un paso, pero se detuvo. ¿Qué le diría? ¿Cómo lograr que ese demonio que se había apoderado del cuerpo de su hermano de batallas lo dejara?

Eoin había intentado todo lo que estaba en su mano, sin resultado. Y lo peor era que nadie sabía el motivo por el que Lei había desaparecido...

Por eso la presencia de ese desconocido no abandonaba a ninguno de los que estaba y era conocedor de lo ocurrido.

—Voy a entrar —oyó Macbeth que decía Drough.

Se volvió hacia él para ver que se acercaba hasta Kendrick.

—Amigo mío, ¿creéis que Lei estaría feliz si os viera así?

La risa tétrica de Kendrick se apoderó del lugar.

—¿Y cómo creéis que puede aparecer?

—Obviamente... —esperó que Kendrick levantara la cabeza—, por los cielos. ¿Acaso no es la mujer que cayó de ellos?

—¿Sabéis cómo traerla de nuevo?

—Si una vez llegó, volverá... ¿Qué hizo para venir?

Kendrick respiró hondo. Había tenido esperanzas al oír a su amigo, pero ahora era consciente de que no había nada que hacer.

—Lei me contó que tuvo un accidente y apareció en Bothnagowan. Nunca supo cómo llegó.

—Sin duda hacer lo que estáis haciendo no va a servir de nada. Si Eoin no sabe cómo lograrlo, seguro que hay algún druida que sí lo hará.

—¿De verdad pensáis que es tan fácil? —gruñó enojado por esa mentalidad tan positiva cuando eso no lo ayudaba. Él quería a Lei de vuelta y la quería ya.

Se levantó de donde estaba y amenazó a su amigo, quien retrocedió asustado por el aura que había a su alrededor.

—Vos qué podéis saber de perder a vuestra mujer y no saber si la volveréis a ver alguna vez. Dejadme solo, no os atreváis a presentaros en mi presencia. Fuera... —Se fijó en que Macbeth seguía allí—. ¡Fuera, maldita sea!

Alcanzó la espada y los enfrentó con ella. A pesar de ser sus amigos, en esos instantes sólo lo era de aquel que le devolviera a su esposa.

Macbeth tocó el hombro de Drough y asintió, derrotado, para dejarlo solo. Necesitaba tiempo para asimilar que, tal vez, había perdido a su amor para siempre.

Kendrick esperó que salieran del salón y se alejaran del pasillo. No supo que había mantenido en alto la espada hasta que se dio la vuelta y una figura lo sobresaltó.

—Muchacho, bajad la espada. No es forma de recibir a los invitados —le dijo un anciano envuelto en una capa.

Él lo miró y su subconsciente lo reconoció. Sin embargo, no pudo

moverse del lugar.

—¿Quién diantres sois? —siseó obligando a su cuerpo a actuar.

Por respuesta, sólo una sonrisa.

—Lei volverá a vos. Sólo debéis dar tiempo.

Y como llegó, se fue.

La furia de Kendrick se desató entonces. Otra vez.

—¿Embarazada? —preguntó de nuevo al médico que había acudido a examinar su estado—. ¿Estoy encinta?

—¿No lo sabía? Cuando llegó tras el accidente le realizamos análisis de urgencia y descubrimos su estado. Lo cierto es que ambos han demostrado tener mucho coraje, pues no han estado en riesgo en ningún momento, ni su vida ni la del bebé han corrido peligro, a pesar de la situación en la que se encontraron. Ha tenido mucha suerte.

—¿He estado aquí todo el tiempo?

—¿Perdón? —Médico y enfermera se miraron—. Usted entró en coma y, desde entonces, no se ha movido de la cama.

¿Había sido un sueño? No, no podía ser eso, porque... ¿y el bebé? Había llegado a su vida por arte de magia y no era algo que se pudiera hacer de ese modo.

Ahora le hacía falta saber cómo regresar y no volver a separarse de Kendrick.

—Mañana le haremos varias pruebas para cerciorarnos de su estado de su salud y de buena esperanza. Si todo sale bien, en una semana podrá salir del hospital.

¿Una semana? Para ella eso era una tortura. Pero debía aguantar. En cuanto saliera, compraría libros, iría a ver a quien hiciera falta, todo para intentar regresar junto a su amado. A Kendrick.

Capítulo 26

Una semana después

Lei alzó la mirada hacia el cielo y achinó los ojos por la claridad. Estaba soleado, mucho más de lo que podía ver desde la habitación en la que se habían empeñado en tenerla para revisar su estado.

Todavía no estaban seguros de que estuviera bien debido a que había tenido un par de deslices hablando en gaélico y no en su idioma, lo cual desembocó en más pruebas que le hicieron tener que aguantar todo lo posible para salir de allí. Finalmente lo había conseguido y ya era libre. Tenía varias revisiones para la siguiente semana, pero, en realidad, lo único que quería era volver a casa.

Durante su estancia en el hospital, había recibido la visita de quienes iban a trabajar con ella en su nueva empresa. También se acercaron los padres del niño que tuvo que esquivar para evitar atropellarlo. No estaba segura de si darles las gracias o aceptar las disculpas, pero le alegraba que no le hubiera pasado nada al pequeño. Ellos mismos se habían comprometido a pagar los gastos del hospital y la compra de un nuevo coche, pues el suyo había quedado para el desguace.

Respiró hondo antes de dar el primer paso y pararse en seco. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Por dónde empezaba a buscar sobre viajes en el tiempo sin parecer enajenada mental o loca? Era algo en lo que había pensado mucho esos días, más cuando se había enfrentado a esas sospechas acerca de su cordura en el hospital. Debía ir con cuidado. Primero visitaría la biblioteca y después revisaría a través de Internet y encontraría algunos aficionados al druidismo, aunque lo que necesitaba era que estuvieran versados sobre los viajes en el tiempo y el lugar adonde quería ir.

Pero, su primera parada, sería su casa. Debía descansar un poco y pensar con objetividad. Y, sobre todo, intentar conectar con Kendrick. Desde el mismo momento en que había vuelto a su época, la conexión con él se había mantenido. Sentía todo lo que él, y sabía que le pasaba igual. Por eso intentaría tratar de que supiera que estaba bien, que intentaba regresar. De alguna manera.

Recordaba al anciano que había visto antes de desaparecer. Por alguna razón parecía conocerlo, pero no sabía dónde ni cuándo lo había visto. De lo que sí estaba segura era de que era el culpable de estar en ese tiempo, y de haberle salvado la vida.

Sospechaba que sería un druida como Eoin por su ropaje, tan sencillo, compuesto sólo de una capa oscura de un material resistente y un cinturón hecho de cuerda. Pero ¿por qué había aparecido y se la había llevado lejos? ¿Podía ser él el causante de que ella viajara?

Kendrick arrojó la copa a la chimenea haciendo que las llamas crecieran unos segundos antes de volver a su tamaño. Estaba harto de esperar, de tener que estar aguardando las noticias de su tío o incluso de ese viejo que aparecía y desaparecía cada poco tiempo como si el castillo fuera suyo. Todavía no sabía quién era y los intentos que había hecho para hablar de ello con otros sólo habían servido para que pensaran que se había vuelto loco. Por eso lo mantenía en secreto, pero el que ese hombre le diera esperanzas comenzaba a no ser suficiente para aguantar.

Por consejo de ese desconocido, se había ocupado de las responsabilidades como laird de Sutherland esperando que eso lo acercara a Lei, tal y como le decía el anciano. Pero ya habían pasado días sin ella y no veía que nada cambiara.

Su aspecto no era el mejor. Llevaba tiempo sin afeitarse ni bañarse y, en esos momentos, estaba ebrio. Por eso no se dio cuenta de la figura que lo acompañaba en su habitación hasta que éste carraspeó. Se volvió con un gruñido que se detuvo a la mitad.

—Kendrick...

—¿Qué queréis, Macbeth? —preguntó intentando ser amable.

—Lleváis tiempo encerrado aquí, ¿no creéis que deberíais bajar y uniros a nosotros, al menos, en la cena?

Era verdad. Salía de su cuarto para ocuparse de que todo estuviera en

orden para, nada más acabar, volver a recluirse. El único lugar al que no iba eran las caballerizas, donde estaba la yegua de Lei.

—No estoy de humor ni en condiciones, sire —contestó dejándose caer en el sillón con otra botella en la mano.

—Si lady Lei os viera así...

La botella se estrelló cerca de donde se encontraba Macbeth.

—¡El problema es que no me ve! —vociferó exasperado. Quiso decir más, pero calló al ver lo que acababa de aparecer—. Vos... —señaló con su mano y Macbeth se giró en esa dirección para ver a un anciano con un enorme cayado trenzado y una forma extraña que había entrado por arte de magia.

Habían pasado dos días desde que saliera del hospital y lo único que había podido hacer había sido llorar. Nada más llegar a casa y sentirse *segura*, su estabilidad emocional parecía haberse ido de vacaciones, dejándola con los sentimientos a flor de piel, tanto los suyos como los de Kendrick, sucumbiendo así a la pena. Con él había compartido la ira, el desespero, la tristeza, el amor, la ansiedad... todo.

Pero ese día se había levantado totalmente renovada. Sentía que todo iba a salir bien y, aunque no pudiera verlo, también creía que, en parte, era cosa de Kendrick.

Después de dejar la cama, se había afanado en limpiar toda la casa. Su estado evolucionaba muy bien y, de vez en cuando, se sorprendía con las manos en el vientre pensando en la vida que habían creado juntos. ¿Llegaría Kendrick a verlo?

Gracias a Internet supo de algunos clanes druidas, uno de ellos en su misma ciudad. En la biblioteca le esperaban guardados un par de libros en los que aparecía el nombre de Kendrick Mackay. Al menos conocería algo de él, o de su historia, aunque le daba miedo llegar a leer acerca de algún matrimonio, hijos o incluso la muerte de su amado.

Ese día tenía muchos planes: una vez adecentada la casa, iba a ir a la biblioteca para consultar los libros y, de ahí, a hablar con los druidas. Por supuesto, no les diría nada de su historia, pero sí trataría de llevar la conversación a su terreno para sacar algo en claro.

Su embarazo iba avanzando bien, según le habían dicho, y toda su fuerza la sacaba de ahí. Tenía algo de Kendrick y haría lo posible por

lograr reunirse los tres.

Salió de casa hacia su primera parada a pie. No estaba demasiado lejos y quería andar un poco después de estar encerrada durante tanto tiempo en el hospital. Se fijó en lo que había a su alrededor: las tiendas, las personas, los objetos... cada vez se decantaba más por el otro estilo de vida, a pesar de que reconocía algunos lujos como muy bienvenidos a su vida de nuevo. Y, aun así, los cambiaría todos sin dudarlo por volver.

Llegar a la biblioteca no le supuso nada y pronto estuvo al lado del escritorio de la bibliotecaria que atendía a otros usuarios. Esperó su turno mientras los nervios la recorrían. Estaba muy cerca de saber algo sobre Kendrick, de tratar de averiguar cuál había sido su vida y si podía encajar en ella.

—Buenos días —saludó la mujer.

—Hola. Venía a consultar los libros que le encargué en los que aparecen referencias sobre Kendrick Mackay —informó.

—¡Sí! Tengo la lista aquí, son sólo dos. No tenemos más. He buscado en otras bibliotecas y no he hallado nada más. Es un personaje desconocido, ¿acaso era alguien importante?

¿Para ella? Más que su vida.

—Es para una investigación. Necesito saber todo lo que haya sobre él.

—Es bastante antiguo... Quizá sea posible encontrar algo en Escocia, ya que es de allí, pero yo no esperaré mucho.

—Entiendo... ¿Puedo ver los libros?

—Claro. —Escribió unas referencias en un trozo de papel y se lo entregó a Lei—. Dale esto a un auxiliar y te los traerá.

—Gracias.

Se alejó de la mesa un poco abatida por no poder encontrar mucho. ¿Qué haría si no había nada? ¿Querría eso decir que le había pasado algo?

Localizó con prontitud a alguien que le trajo los libros y se sentó en una parte de la mesa a esperar. Se había puesto nerviosa al saber que no existía casi nada de él y no hubiera un porqué. Cuando vio aparecer a quien había enviado, le faltó poco para levantarse y arrebatarle los libros, pero se contuvo y esperó a que los dejara y se marchara.

En el papel tenía no sólo la referencia, sino también la página o páginas donde se nombraba a Kendrick. Cogió el primero de ellos y pasó las hojas hasta donde quería leer. Respiró hondo y empezó:

El rey Macbeth de Escocia tuvo varios guerreros en los que confiaba, como el laird Kendrick Mackay, uno de los más allegados a él, que combatió a su lado hasta la derrota de éste...

Trató de mirar más adelante por si había alguna mención más, pero no fue así. Sólo su nombre, eso era todo.

Dejó el libro y cogió el otro para hojearlo. Revisó la nota para descubrir dos páginas marcadas. Al menos era algo.

Abrió el ejemplar por la página correcta y buscó el nombre que quería.

Kendrick Mackay fue el laird del clan Mackay y uno de los guerreros más cercanos al rey de Escocia, Macbeth. Vivió con él la victoria al derrotar al rey Duncan y participó en varias guerras, ayudándole a mantener el reino y cambiarlo.

Gritó por dentro de frustración al no encontrar nada más en esa página y pasó hasta la siguiente referencia.

[...] el clan Mackay mantuvo su presencia en Escocia gracias a los matrimonios que se sucedieron, aunque no hay referencias al respecto. Era un clan muy arraigado a las costumbres celtas y druidas, por lo que sus creencias y mitos tenían cierta vinculación druídica. Kendrick Mackay fue uno de los escoceses que mantuvo por más tiempo esas costumbres y perduró en el tiempo su figura, sobre todo entre los guerreros posteriores.

¿No había nada más? ¿Eso era todo? No sabía cómo sentirse. Creía que, allí, habría datos sobre él, pero no había sido así. Se levantó, dejó los libros en el carrito y se encaminó a la salida.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —La detuvieron.

Se giró para ver a la bibliotecaria.

—La verdad es que no... —contestó derrotada.

—Suele ser difícil, pero se me ha ocurrido que, quizá, en el consulado escocés obtengas más información o puedan ayudarte a dar con algo. A lo mejor hasta tiene parientes actuales.

Lei se llenó de ilusión y esperanza. Podía ocurrir. Si en el consulado

la orientaban, podía viajar a Escocia y tratar de obtener la información necesaria para saber de Kendrick y averiguar cómo volver.

—¡Gracias! —exclamó con ganas de abrazarla.

Salió más animada de allí, consultando con su móvil nuevo la ubicación del consulado escocés, su siguiente parada.

—¿Quién dioses sois? —intervino Macbeth.

—Mi nombre es Mortvail.

Kendrick tosió al reconocer ese nombre. Era el que su tío Eoin pronunciaba cuando Erin o él se portaban mal: los amenazaba con avisar a Mortvail, el druida más poderoso de Escocia, para que les diera un escarmiento.

Lei abandonó el edificio y se dio cuenta de que ya era de noche. Consultó el reloj; las ocho. Debía volver a casa y descansar después de un día agotador. Había ido al consulado y salido del mismo en ese momento.

Durante horas, había estado hablando con personal del lugar, tratando de obtener información sobre Kendrick. Afortunadamente había dado con una persona que quería ayudarla y ambos habían iniciado la búsqueda, incluso se habían puesto en contacto con el Departamento de Cultura y Asuntos Exteriores escocés, con el que habían quedado que les mandarían documentación.

Aún no se creía que pudiera haberlo conseguido, aunque se lo debía todo a su nuevo amigo, Evan, quien, a los sesenta años, se había apiadado de ella e inventado lo que fuera para que atendieran la petición.

Las referencias que había en su ciudad apenas escarbaban datos que ya conocía y, por más que habían profundizado, las anotaciones eran inexistentes o se encontraban borradas. Por eso habían acudido al propio país en busca de algo de él.

Debía volver en un par de días, lo que le daría tiempo para hablar con los druidas que había en la ciudad, los cuales esperaba que tuvieran algo de información sobre la magia, conjuros, hechizos o lo que fuera, sin tomarla por una perturbada mental.

Camino a casa, se fijó en una tienda de lencería y sonrió recordando la reacción de Kendrick mientras guardaba su sujetador, o cómo lo había

ofrecido a los dioses para bendecir su matrimonio. Se le saltaron algunas lágrimas, que eliminó en segundos. Iban a estar de nuevo juntos, aunque le fuera toda la vida en esa odisea.

Volvió a fijarse en la pequeña tienda y acortó la distancia. Por él, tendría una bonita lencería de la que haría disfrutar a su cuerpo y le proveería de sensaciones a través de su vínculo.

Todavía no podía creer que ese hombre estuviera en el castillo de su sobrino... Kendrick lo había hecho llamar con urgencia y acudido para encontrarse con el representante más importante de todos los druidas.

—Eoin —llamó, y pensó que su voz no sólo había salido de su boca, sino también de su mente.

—Sí... —Era incapaz de decir nada más.

—Preparaos. Necesitaré ayuda para recoger a Leilany y traerla para siempre.

—Disculpad —interrumpió Gavrin—, sir Mortvail, la profecía...

—Ah, sí. —Sonrió—. «Una mujer acabará con el clan Mackay»... estamos haciéndolo. Lei es la última Mackay de su época.

Gavrin no entendió lo que le decía, pero no quiso preguntar más. Ya se sentía bastante avergonzado de que fuera su padre quien había provocado el daño que ahora trataban de enmendar.

Mortvail miró al cielo.

—Es la hora. Necesitamos darnos prisa. —Se volvió hacia Kendrick—. Preparaos, porque no habrá segunda oportunidad.

Éste tragó saliva y asintió. Ocurriera lo que ocurriese, haría todo lo posible por atrapar a Lei y devolverla donde debía estar: en sus brazos.

Lei salió de la tienda cargada de bolsas y con una gran sonrisa. No había podido resistirse y, al final, había comprado montones de conjuntos, algunos para cuando el embarazo estuviera más avanzado.

Iba andando por la acera mientras los coches avanzaban con lentitud llevando a sus ocupantes hasta sus casas, con los familiares que los esperaban. Confiaba en que le ocurriera lo mismo a ella alguna vez, sólo que en otro vehículo.

Los pitidos de los vehículos, junto con los derrapes de éstos, hicieron

que se volviera para encontrarse con algo que había paralizado a muchos otros: una luz formando una figura extraña en la calzada, como un muro, a la vista de los coches que habían chocado con algo invisible. Y, en el centro, una figura se estaba haciendo corpórea. No podía apartar la vista de ella, su corazón acelerándose conforme las facciones se definían y lo hacían carne en su tiempo.

Sus ojos se encontraron y Kendrick extendió la mano hacia ella.

—Lei, deprisa... —le susurró en esa lengua que hacía tanto que no escuchaba y añoraba como no se había dado cuenta.

No le hizo falta decir más. Echó a correr hacia él, atravesando el haz de luz para acabar en los brazos de éste y sentir el tirón que la aturdió por un momento, cayendo sobre Kendrick.

—Lei... Lei...

Oía su nombre cada vez más cerca, pero le parecía un sueño.

—Lei, vamos... —Sintió que la zarandeaban y se quejó por ello, pero abrió los ojos y sonrió al verlo.

—Kendrick...

—¿Estáis bien?

—Mientras siga soñando... sí.

—¿Soñando? —Kendrick sonrió de forma tan tierna que le parecía estar en el cielo—. Estáis conmigo. Habéis vuelto a casa. A mí.

Lei se incorporó rápidamente y observó. Ya no estaban en la ciudad, no se parecía en nada a ella. Era el salón del castillo, el lugar que tanto recordaba. En el mismo se encontraban algunas de las personas que más quería: Erin, Siona, Eoin, Macbeth y...

—¿Abuelo? —preguntó sorprendida al ver a un anciano sonriéndole. Vestía una capa oscura de la que se había retirado la capucha.

—¿Abuelo? —repitió Kendrick.

—Hola, cariño. Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

—Pero qué...

—Tranquila, es una larga historia. Ya te la contaré en otro momento. Lo importante es que, ahora, estaréis juntos para siempre.

—¿De verdad?

Kendrick la ayudó a levantarse y ésta se fijó en su abuelo. Tenía el mismo aspecto que recordaba de la última vez que lo viera de pequeña. Y ahora...

—Mi profecía fue «una mujer acabará con el clan Mackay». Lei es, en

realidad, una Mackay, sólo que nunca lo ha sabido. También ha sido la última, porque la hemos traído a este tiempo y, en su línea temporal, se pierde; lo cual hace que la profecía se haya cumplido.

—Nunca entenderé los vaticinios de los druidas... —intervino Macbeth—. Pero... estoy encantado de que, la mujer de los cielos, haya regresado a nosotros.

—¿Y esto?

Lei miró a Kendrick sacando de las bolsas que había llevado con ella la ropa interior y se sonrojó.

—Yo...

—Esto tendremos que probarlo —dijo él al ver a los demás.

Todos rieron y Lei lo abrazó. Estaba en casa, unida por el hilo rojo del destino a su amado, un hombre de un siglo muy diferente al suyo.

Y lo amaba.

Epílogo

Tres años después

Lei cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, chocando con la corteza del árbol donde estaba apoyada.

Oía los gritos de una niña pequeña que era perseguida por alguien y sonrió. Abrió un poco los párpados para ver a Kendrick corriendo tras su hija, ésta huyendo mientras reía y chillaba sin cesar.

La vida se había portado muy bien con ellos. Después de todo lo ocurrido, de volver a Dornoch junto a Kendrick y conocer a su abuelo, quien resultaba ser un druida viajero del tiempo, las piezas habían encajado y los años pasado.

No todo había sido bueno; las guerras y la época en que vivían no era pacífica, pero no podía quejarse.

Bajó la mirada hacia un par de cestas que se encontraban a su lado y acarició las mejillas de los dos pequeños que dormían allí.

—¿Descansando? —le preguntó Kendrick derrumbándose a su lado.

Su hija, Kirsty, había nacido unos meses después de regresar. Había sido toda una sorpresa para Kendrick, un momento que iba a recordar la vida entera. Y, hacía nueve meses, habían sido bendecidos con dos gemelos, Braian y Galvan.

—Sí —contestó pasando a rozarle el cabello al recostar la cabeza sobre sus piernas—. ¿Y Kirsty?

—Recogiendo flores. Erin le dijo que le enseñaría a hacer coronas de flores para sus muñecos.

—Esas dos se pasan la tarde jugando.

—Cuando debería pensar en casarse —añadió Kendrick.

Lei rio.

—¿Todavía sigue enfadada con Gavrin?

—¿Acaso alguna vez esos dos han tenido una conversación normal?

Los dos se desternillaron. Iban a dar muchos quebraderos de cabeza.

Y eso que se querían con locura. Era más que evidente.

—Os amo, lady Mackay.

—Y yo más, laird Mackay.

Agradecimientos

Esta página es quizá una de las que más dificultades me plantea porque siempre tengo miedo a olvidarme de las personas que forman parte de la novela o de mi vida en estos momentos.

Mi primer agradecimiento es para mi editora, Esther Escoriza, que supo confiar en mí y en *Pasión a través del hilo rojo del destino* para su publicación en Planeta. Te debo mucho, lo sabes, así que tenías que estar aquí.

Otro agradecimiento va para Irene, mi correctora, esa que lee la novela la primera y que me da un montón de tirones de orejas para que no ponga tonterías. Ella fue la que se la leyó primero entera y me dijo si la veía bien, si había algo que debía cambiar y si le gustaba. Así que, Irene, gracias por estar ahí y seguir apoyándome, buscando tiempo en tu día a día para corregirme y enseñarme a ser mejor escritora.

El tercer agradecimiento es para Ricardo, mi chico. Él es mi apoyo, la persona que, cuando todo se vuelve oscuro, me intenta sacar de esa cueva para que vea la luz y siga luchando. Él sabe lo mucho que le debo y que no hay palabras para agradecerle lo que significa tenerlo a mi lado.

Por supuesto, no puedo olvidarme de mi panda, La panda de Encarni Arcoya / Kayla Leiz, mi grupo en Facebook formado por más de 700 personas que me siguen y que día a día me apoyan, bien con sus mensajes en el grupo o en privado. Sé que me puedo olvidar de muchos nombres pero cuando pienso en la panda, estáis todos nombrados, porque realmente sois parte de mí, parte de lo que soy como escritora, y debéis tener vuestro lugar en estos agradecimientos. Espero que sigamos creciendo (si te quieres unir, <https://www.facebook.com/groups/823331417708194>).

Por último, un agradecimiento especial para ti que has llegado a esta

última página. Espero que la historia te haya gustado, que te haya hecho pasar unos momentos agradables. Ojalá que sea así. Seguiré esforzándome para crear más historias e ir mejorando en las próximas novelas.

Nos vemos por las redes:

www.kaylaleiz.com

@KaylaLeiz

@earcoya

facebook.com/KaylaLeiz

facebook.com/EncarniArcoya

KAYLA LEIZ

Notas

[1] Vos.

[2] Mujer.

[3] No habláis gaélico. ¿De dónde sois?

[4] ¡Cerrad la boca!

[5] Calma.

[6] ¿Tenéis dolor?

[\[7\]](#) ¿No habláis gaélico?

[8] ¿Si?

[\[9\]](#) ¿Estáis bien?

[\[10\]](#) ¡Por todos los cielos!

[\[11\]](#) ¿Estáis bien?

[\[12\]](#) ¡Idos al diablo!

[\[13\]](#) ¿Tenéis sed?

[\[14\]](#) ¿Cómo os llamáis?

[\[15\]](#) Buenas noches.

[\[16\]](#) No.

[\[17\]](#) ¿Por qué?

[\[18\]](#) ¿Tienes hambre?

[\[19\]](#) No os entiendo.

[\[20\]](#) Hermosa.

[\[21\]](#) ¿Qué os pasa?

[\[22\]](#) Aquí.

[\[23\]](#) No os preocupéis.

[\[24\]](#) Gracias.

[\[25\]](#) De nada.

[\[26\]](#) Venid aquí.

[\[27\]](#) ¿Cuál nombre? Lei crea una frase con las palabras que sabe, pero no lo dice bien.

[\[28\]](#) ¿Cuál es el nombre de ese caballo?

[\[29\]](#) Oscuro.

[\[30\]](#) Camisa... pantalones...

[31] Hijo.

[\[32\]](#) Hija.

[\[33\]](#) Esposa.

[\[34\]](#) Familia.

[\[35\]](#) ¡Larga vida a Macbeth!

[\[36\]](#) Madre.

[37] Hijo.

[38] ¿Estáis de mal humor?

[\[39\]](#) Ratones.

[40] Dioses del cielo
recoged este deseo,
enlazad mi protección
para mi más preciado tesoro.
Guardad su corazón
con mi vida y sentimientos,
volcad mi profundo amor,
en el sueño de mi amada.

[\[41\]](#) De nada.

[\[42\]](#) Boda.

[\[43\]](#) Matrimonio.

[\[44\]](#) Os amo.

[\[45\]](#) Os amo.

[\[46\]](#) Borracho.

Biografía

Kayla Leiz es el pseudónimo de Encarni Arcoya, autora multidisciplinar que escribe tanto cuentos infantiles como novela juvenil new adult y novela romántica adulta. Una de sus grandes pasiones ha sido siempre escribir y ahora, tras estudiar una carrera y trabajar en una actividad dinámica, donde cada día es diferente, saca tiempo para terminar las novelas que le permiten soñar con esos mundos que imagina.

Actualmente tiene autopublicadas varias novelas, pero también publica con Editorial Planeta, en sus sellos Zafiro y Click Ediciones.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

www.encarniarcoya.com
www.facebook.com/encarni.arcoya
www.facebook.com/kayla.leiz
www.twitter.com/KaylaLeiz
www.twitter.com/Earcoya

Pasión a través del hilo rojo del destino
Kayla Leiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Kayla Leiz, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: diciembre de 2015

ISBN: 978-84-08-14803-6

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

Table of Contents

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)